



SUMARIO

NOTAS EDITORIALES

<i>Balance de la política económica de Franco</i>	1
<i>Un objetivo común para España y Portugal</i>	3
<i>Nuevas perspectivas para las fuerzas antifranquistas</i>	4
<i>El movimiento huelguístico de los trabajadores belgas</i>	6
<i>La conferencia de los 81 y la crisis Moscú-Pekín</i>	7
<i>La socialdemocracia alemana renuncia al programa socialista</i>	8

ESTUDIOS

<i>¿La hora de Portugal?</i>	José H. BALBOA	10
<i>La evolución del campo español en los últimos veinte años</i>	J. NOGUERA	15
<i>El marxismo, concepción del mundo</i> ..	Eugenio WERDEN	23
<i>Situación del socialismo en Italia</i>	Giorgio GALLI	29

PROBLEMAS DE AMÉRICA LATINA

<i>América Latina y el imperialismo</i>	L. A.	39
<i>¿Hacia dónde va Chile?</i>	Oscar WAISS	42
<i>Apuntes sobre la realidad colombiana</i>	F. POSADA-DIAZ	48

ARTE Y LITERATURA

<i>Las cinco dificultades para decir la verdad</i>	Bertolt BRECHT	54
--	----------------	----

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

« <i>Les problèmes de la politique socialiste dans les campagnes</i> », por Ed. Kardelj. — « <i>Antonio Machado</i> », por M. Tuñón de Lara. — « <i>Historia de España</i> », por Pierre Vilar. — « <i>The Struggle for Madrid</i> », por Robert G. Colodny.	63
--	----

DOCUMENTOS

<i>Los beneficios de las empresas españolas en 1958 y 1959</i>	68
--	----

ENCUESTAS

<i>El presente y el futuro del movimiento sindical español</i>	71
<i>Respuestas de Francisco Gómez Peláez, Félix Carrasquer, Enrique Rodríguez y José Peirats.</i>	

A NUESTROS LECTORES

NOTAS EDITORIALES

Balance de la política económica de Franco

EN su discurso de fin de año, pronunciado el 30 de Diciembre de 1960, Franco dijo entre otras cosas no menos pintorescas:

« Nunca nuestra economía ha sido tan fuerte y nunca como ahora podemos contemplar con tanta seguridad y esperanza el futuro. » Unos días después, el 10 de Enero exactamente, el Banco Central lanzó su « Estudio Económico de 1960 ». E, inmediatamente, las palabras del « Caudillo » quedaron desmentidas por los análisis y las cifras.

El estudio anual del Banco Central es el documento más importante que se publica en España sobre la evolución de la situación económica. Por consiguiente, hay que guiarse por él. Pero haciendo la salvedad de que los economistas que lo redactan suelen desmentir en privado muchas de las afirmaciones optimistas que formulan en el citado documento. El hecho podrá parecer asombroso, mas es rigurosamente exacto.

Dicho esto, pasemos a lo esencial. ¿Qué balance nos hace el Banco Central? La renta nacional, que en 1959, año crucial de la « estabilización », experimentó un aumento de 3,1 %, bajó en 1960 en un 5,9 %. Un fenómeno de esta naturaleza no se había producido desde 1953. El índice de la producción agrícola fué en 1960 de 113,6, contra 123,3 en 1959, lo que supone una baja del 7,9 %. La renta industrial de 1960 fué inferior en un 3,3 % a la de 1959. El gasto nacional bruto sufrió una reducción del 11,5 %. Estas cifras dan una idea de lo que ha sido hasta el presente la famosa « reactivación ».

Para los economistas del Banco Central, el año 1960 se ha caracterizado por la baja de los stocks, la caída de la producción agrícola, que atribuyen exclusivamente a las malas cosechas, y lo que ellos llaman la « contracción del consumo ».

Evidentemente, los franquistas disminuyen la importancia de las cifras citadas más arriba y se consuelan exaltando los resultados alcanzados en el dominio del comercio exterior. Al parecer, éste ha dado un saldo favorable de unos 400 millones de dólares. Por otra parte, las reservas monetarias se elevaban en Octubre de 1960 a 540 millones de dólares (218 millones a fines de 1959). A este respecto habría que decir que la España franquista se ha beneficiado de la

prosperidad reinante en Europa Occidental y que ciertos resultados han sido obtenidos gracias a la reducción brutal de las importaciones de productos alimenticios y de algodón y al aumento de las exportaciones de ciertos artículos esenciales para el consumo del país, como lo reconoció Ullastres hace unos meses en Zaragoza.

Ahora bien, las perspectivas para 1961 no parecen ser nada brillantes. En un estudio que acaba de realizar el Ministerio de Comercio se anuncia un cambio importante en la balanza comercial. Se indica en él que en los meses venideros disminuirán las exportaciones de artículos siderúrgicos primarios, textiles, aceite de oliva y productos agrícolas y habrá que aumentar las importaciones de algodón, alimentos y bienes de equipo. Esa perspectiva supondría un déficit de unos 200 millones de dólares en la balanza comercial y comprometería gravemente el proceso de « reactivación ».

De un modo general puede decirse que la « estabilización » y la « reactivación » se han desarrollado bajo el control de los grandes Bancos que dominan la economía española, los cuales han seguido realizando beneficios cuantiosos como probamos en otro lugar de este mismo número. La « estabilización » ha liquidado infinidad de pequeñas empresas, agravando todavía más la proletarización de las clases medias, ha reducido los ingresos de los trabajadores entre un 30 y un 50 %, según las industrias y las localidades, y ha creado una situación de increíble miseria entre las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

Los resultados reales están a la vista : éxodo rural creciente, paro forzoso en el campo y en las ciudades (difícil de cifrar porque no se publican estadísticas sinceras), emigración en masa al extranjero, legal o clandestina, hasta tal punto que puede decirse que el franquismo ha hecho de España, que debía ser « una, grande y libre », un país exportador de criadas y de mano de obra barata. Jamás podíamos habernos imaginado sus adversarios que el balance de su política fuera tan catastrófico.

Ante semejantes resultados, ante la lentitud y las dificultades con que se desarrolla el proceso de « reactivación », la propaganda franquista se ha visto en la necesidad de suscitar otras ilusiones. Ahora, el problema no es de simple « reactivación ». Se trata de « desarrollo estructural ». Los dirigentes franquistas han anunciado la próxima llegada a España de una misión del Banco Mundial de Reconstrucción, al que, por lo visto, se piensa confiar el estudio a fondo del problema de la estructuración económica de España.

Según decía recientemente « A. B. C. » va a « elaborarse un auténtico y completo plan de modernización de la economía española... partiendo de las actividades claves : transportes, energía, agricultura, industria pesada ». Ignoramos lo que harán los técnicos del Banco Mundial. Lo que sí sabemos es que los cambios de estructura que necesita la economía española no pueden ser realizados por el franquismo, ya que éste se apoya justamente en las fuerzas parasitarias y reaccionarias que han impedido siempre la solución de los problemas fundamentales de nuestro país.

Un objetivo común para España y Portugal

LA prodigiosa y audaz aventura del « Santa María » ha tenido la virtud de llamar la atención del mundo sobre el caso de la dictadura de Oliveira Salazar y de demostrar que el destino del pueblo de Portugal está estrechamente ligado al destino del pueblo español. Por esa doble razón, el capitán Galvao y sus hombres merecen el homenaje de todas las fuerzas que luchan por la liberación de la Península Ibérica.

Portugal languidece desde hace más de treinta años bajo una dictadura hipócrita y mediocre. Sus actuales dirigentes, que son la expresión más acabada de las fuerzas reaccionarias tradicionales del país, oprimen no solamente al pueblo portugués, sino también a todas las poblaciones sometidas a la explotación colonial en los diversos lugares del mundo en donde flota todavía el pabellón lusitano.

La revolución colonial, que se encuentra en pleno apogeo en Africa, llama en estos momentos a las puertas de Angola y de Mozambique. A despecho de las terribles medidas represivas de las autoridades portuguesas, los movimientos de liberación se organizan y se disponen a librar batallas decisivas. Coincidiendo con ello —y quizás estimulada por ello—, la oposición portuguesa, después de superar una larga etapa de marasmo, ha pasado a la ofensiva. El movimiento sufrirá seguramente diversas alternativas, pero el resultado final no es dudoso. El pueblo portugués se liberará de la dictadura de Oliveira Salazar y Angola, Mozambique y demás colonias lusitanas alcanzarán la libertad y la independencia.

Por toda una serie de razones que no podemos examinar detalladamente aquí —y principalmente por el impulso de la revolución colonial y porque el pueblo portugués no ha pasado por una guerra civil como la española, ni ha conocido una represión tan implacable como la realizada por Franco—, es posible que la caída de Oliveira Salazar se produzca antes que el derrumbamiento del régimen franquista. En ese caso, el ejemplo portugués tendría repercusiones inmediatas e inmensas en España.

Ahora bien, en este momento lo importante no es formular previsiones a más o menos largo alcance, sino sacar conclusiones prácticas para la acción inmediata. Durante la Revolución Española, Oliveira Salazar estuvo incondicionalmente al lado de Franco y le aportó una ayuda eficaz en todos los dominios. Desde hace bastantes años, el régimen salazarista y la dictadura franquista han afirmado su solidaridad profunda a través del llamado « Pacto Ibérico ». Esa solidaridad se ha manifestado recientemente a través de las campañas de la prensa franquista contra los « piratas » del Santa María y mediante el envío del « Canarias » en busca del navío insurrecto.

El pueblo español ha vibrado al unisono con el de Portugal ante la proeza del « Santa María ». A bordo del buque, portugueses

y españoles han defendido la misma causa. En sus declaraciones a la prensa y a las emisoras de radio, Delgado y Galvao han asociado la lucha contra Oliveira Salazar a la lucha contra Franco.

Todo eso ha abierto un proceso irreversible. De ahora en adelante, las fuerzas que combaten contra la dictadura de Franco y contra la dictadura de Oliveira Salazar tendrán que asociarse y conjugar sus esfuerzos con el movimiento de liberación de las colonias portuguesas. El frente de lucha se ha hecho más amplio; pues bien ello quiere decir que sus posibilidades serán infinitamente mayores. Por los demás, la lucha común, la victoria común, sentarán las bases de una nueva organización política y social de la Península Ibérica y, posiblemente, de una federación de pueblos libres e iguales. El movimiento obrero y socialista debe preparar ya semejante perspectiva.

Nuevas perspectivas para las fuerzas antifranquistas

LA emigración española comienza a salir del marasmo en que venía vegetando desde hace algunos años. Las pruebas de ello son cada día más evidentes y más prometedoras. Enumeremos las principales: reunificación de las fracciones de la C.N.T. en una sola organización, trabajos con vistas a la constitución de una alianza de las fuerzas sindicales obreras (C.N.T., U.G.T., Solidaridad de Trabajadores Vascos), conversaciones entre las organizaciones obreras y republicanas con la finalidad de establecer un amplio frente de lucha contra el franquismo.

Por el momento, el hecho más positivo ha sido el reagrupamiento de todas las fuerzas anarcosindicalistas en una organización única: la Confederación Nacional del Trabajo, una de las columnas fundamentales del movimiento obrero español. La escisión de la C.N.T., que se produjo en 1945, tuvo consecuencias penosísimas no solamente para dicha organización, sino también para el movimiento obrero en su conjunto. A partir de entonces comenzó el proceso de dispersión de la emigración y de desarticulación de la oposición obrera en el interior de España. Luego, durante largos años, la existencia de dos sectores que se reclamaban de la C.N.T. debilitó la lucha contra Franco y creó situaciones inextricables a las demás organizaciones, haciendo imposible una coordinación de las diversas actividades que las circunstancias fueron imponiendo.

La reunificación de la C.N.T. ha clausurado un periodo doloroso y ha creado las condiciones necesarias para entrar en una nueva fase de actividad dentro y fuera de España. Ciertamente, muchos de los problemas que provocaron la escisión de 1945 subsisten. Pero todo parece indicar que el movimiento anarcosindicalista podrá afrontarlos ahora en mejores condiciones, en un marco común, y

que las querellas de tendencias se elevarán al plano ideológico, lo cual será altamente beneficioso para todo el movimiento obrero español.

El otro fenómeno alentador reside en la perspectiva de que se forme pronto una sólida alianza obrera sindical. Hace ya unos meses, la U.G.T., una de las fracciones de la C.N.T. y Solidaridad de Trabajadores Vascos llegaron a un acuerdo de principio y suscribieron un documento común. Pero las secuelas del llamado « Pacto de París » y el hecho de que quedara al margen de la alianza el sector más numeroso de la C.N.T. limitaron la importancia del hecho y no provocaron la reacción de entusiasmo que muchos esperaban. Por fortuna, la reunificación de la C.N.T. ha modificado esencialmente la situación y va a permitir la constitución de una alianza efectiva de las centrales sindicales obreras en España y en la emigración.

Si la alianza sindical se constituye definitivamente y se fija unos objetivos claros y precisos en lo que respecta a la acción en España, el panorama que ofrece actualmente la oposición interior cambiará radicalmente. La experiencia de todos estos últimos años ha probado que no es posible realizar una acción eficaz contra la dictadura franquista sin la intervención activa de la clase obrera organizada y de las masas campesinas. La organización y la dirección de esa acción corresponde lógicamente a las fuerzas del proletariado y, en un dominio concreto, el de las luchas reivindicativas, a las organizaciones sindicales. Por causas que están en la conciencia de todos, se han perdido oportunidades preciosas. Ahora, el tiempo apremia. Y lo capital es que la alianza sindical sea capaz de movilizar a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo contra el régimen franquista.

La reunificación de la C.N.T. y la constitución de la alianza sindical han suscitado una fuerte corriente unitaria y han planteado una vez más el problema de crear un amplio frente de lucha antifranquista. Aprovechando sin pérdida de tiempo esta nueva situación, la C.N.T. ha invitado a diversas organizaciones obreras y republicanas (Partido Socialista, Unión General de Trabajadores, Partido Obrero de Unificación Marxista (P.O.U.M.), Acción Republicana Democrática, Solidaridad de Trabajadores Vascos, Esquerza Republicana de Cataluña, Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca y Partido Republicano Federal) a efectuar un examen de la situación española y a concluir un acuerdo que permita dar un nuevo y fuerte impulso al movimiento antifranquista.

La iniciativa de la C.N.T. ha sido acogida con gran interés en los medios de la emigración y provocará sin duda un gran entusiasmo en España. El debate se ha abierto y ha alcanzado en seguida un alto nivel. Hay que esperar que se prosiga, con la participación de todas las organizaciones obreras y democráticas, y que conduzca a resultados positivos.

El movimiento huelguístico de los trabajadores belgas

El magnífico movimiento huelguístico de los trabajadores belgas ha constituido una sorpresa para todo el mundo y ha tenido la virtud de destruir toda una serie de mitos sobre los cuales se habían construido con sospechosa precipitación concepciones absolutamente reñidas con la dinámica del mundo contemporáneo.

En los últimos tiempos se repetía hasta la saciedad que los trabajadores de Europa Occidental estaban cloroformizados por la televisión, las máquinas de lavar y las « ventajas sociales » del capitalismo moderno. Ciertos sociólogos habían llegado incluso a lanzar la teoría del « obrero integrado » al aparato de producción capitalista, del obrero conformista y sin inquietudes, preocupado únicamente por mejorar su nivel de vida y obtener rápidamente los instrumentos de confort creados por la técnica moderna.

Pues bien, los trabajadores de Bélgica, que por cierto gozan de un nivel de vida privilegiado, han situado las cosas en su verdadero terreno. Espontáneamente, sin esperar directivas precisas de sus organizaciones representativas, respondieron sin vacilaciones al desafío de la burguesía reaccionaria (la llamada « Ley única ») con un movimiento huelguístico de tipo clásico, muy parecido a los que realizó en 1930-1936 el proletariado español.

La batalla fué particularmente dura : piquetes de huelga, manifestaciones con banderas rojas al frente, inmensas concentraciones populares, luchas con las fuerzas de represión... Los trabajadores, plenamente conscientes de que la burguesía belga (esa burguesía que ha vivido alegremente de los beneficios de la explotación del Congo y no ha pensado ni siquiera en modernizar el aparato de producción) quería hacerles pagar las consecuencias de su incapacidad y de sus desastres, dieron pruebas de un entusiasmo, de una combatividad y de un sentido político admirables.

El movimiento tomó en seguida las características de una gran batalla social y política. De ahí que fuera planteada incluso la cuestión del régimen y, por consiguiente, la del poder. Sin embargo, los trabajadores, pese a su firmeza y a su tenacidad, no lograron alcanzar la victoria.

Una vez más, las masas (esas masas que muchos burócratas menosprecian) se han revelado superiores a sus dirigentes. Y una vez más, las fuerzas que tenían que haber sostenido el frente de clase no han estado a la altura de su misión. Los llamamientos de la izquierda sindical en favor de la apertura de un segundo frente político dentro y fuera del Parlamento no fueron atendidos. Por otra parte, la solidaridad internacional, absolutamente indispensable en una lucha de semejante envergadura, resultó casi platónica. Las grandes organizaciones sindicales de Europa no adop-

taron las medidas que se imponían con urgencia. Y « los diplomáticos de la Internacional Socialista, reunidos casi clandestinamente en Salisbury el 1° de Enero (transcribimos esta frase de « Critica Sociale », revista socialista de Milán) no tomaron la menor iniciativa para sostener la gran batalla belga ».

Los trabajadores de Bélgica han sido momentáneamente vencidos por una de las burguesías más mediocres y rapaces de Europa Occidental. Pero su combate histórico no ha sido inútil ni mucho menos. Una dirección inteligente y audaz y una solidaridad internacional efectiva hubieran permitido al proletariado derribar al gobierno de Eyskens y abrir una nueva etapa política. Las consecuencias habrían sido importantísimas en toda Europa.

La lección fundamental del movimiento huelguístico belga es que el neocapitalismo y el reformismo no resuelven los problemas esenciales ni anulan la lucha de clases. Los trabajadores belgas han perdido una batalla. Pero sus fuerzas permanecen intactas. La lucha continúa.

La conferencia de los 81 y la crisis Moscú - Pekín

EN los tiempos de Lenin y Trotsky, los congresos de la Internacional Comunista se celebraban a puerta abierta y se ajustaban a las normas democráticas tradicionales en el movimiento obrero. Stalin transformó la I.C. en un aparato burocrático al servicio de la estrategia diplomática de la U.R.S.S. y, durante la segunda guerra mundial, la liquidó en aras de la política que debía conducir a Yalta y a Teherán.

La conferencia de los 81 partidos comunistas celebrada en Moscú en Noviembre de 1960 se desarrolló a puerta cerrada. De ahí que algunos comentaristas hayan hablado de « concilio » y de « debates eclesiásticos ». En este dominio, como en tantos otros, la « desestalinización » no se ha traducido por el retorno a las prácticas del período leninista.

Así las cosas, para comprender la evolución del « mundo comunista » no queda más recurso que examinar los textos y, sobre todo, la práctica cotidiana. La declaración de los 81, documento de una mediocridad desconcertante, no arroja mucha luz sobre las dificultades y los problemas del movimiento comunista internacional. Es, evidentemente, el resultado de un compromiso laborioso entre las tesis del equipo de Jruschov y las de los dirigentes de Pekín. Ella misma, y todo lo que ha sucedido después en la política mundial, prueban que la tensión entre Moscú y Pekín subsiste.

La conferencia de Moscú fué convocada sin duda con objeto de restablecer el frente del « movimiento comunista ». Pero la experiencia de cada día demuestra que eso es casi imposible. Las grandes transformaciones revolucionarias de nuestra época (y en particular la revolución colonial) han roto el difícil equilibrio que

Stalin pudo mantener a duras penas. Moscú ya no puede ser el eje del movimiento comunista internacional. A partir del momento en que los comunistas llegan al poder por sus propias fuerzas en un país de una cierta importancia, el conflicto con la burocracia rusa es inevitable. Así sucedió con Yugoslavia y así sucede con China. Stalin rompió pensando que sería fácil someter a los comunistas yugoeslavos. Para Jruschov, la ruptura con Pekín es impensable.

La burocracia rusa, que es profundamente conservadora, desea el mantenimiento del statu quo y busca un acuerdo con el capitalismo norteamericano. Sus mayores audacias consisten en ayudar a la burguesía nacional en ciertos países en vías de liberarse de la dominación colonial. Los dirigentes de Pekín rechazan el statu quo actual, preconizan una política ofensiva contra el imperialismo y el apoyo a las fuerzas más avanzadas de la revolución colonial. La dinámica de su « revolución ininterrumpida », los problemas urgentes de su país, la cuestión de Formosa y su exclusión de la O.N.U. y demás organismos internacionales les imponen fatalmente una postura que no puede coincidir con la del Kremlin. Y esa postura les lleva incluso a una política de aventura en el problema de la paz o la guerra.

En tales condiciones, y dado el peso creciente de China en la política mundial, es casi natural que los partidos comunistas (en particular los de los países coloniales y semicoloniales) que quieren jugar un papel eficaz y no esperar pacientemente los resultados de la « competición económica entre el mundo capitalista y el mundo socialista » tiendan a orientarse hacia Pekín. Ello explica que las tesis de Mao Tse Tung sean cada día más populares entre los comunistas de Asia, África y América Latina y que no haya que descartar que, en un período más o menos largo, Pekín se convierta en otro « centro » del movimiento comunista internacional.

El conflicto entre Moscú y Pekín presenta la ventaja de que obliga a pensar sobre todos los grandes problemas de nuestra época incluso a los que preferían seguir pura y simplemente las consignas de los aparatos políticos. Ese conflicto puede estimular a las fuerzas de renovación socialista y asestar nuevos golpes al dogmatismo stalinista. Lo cual sería de una importancia inconmensurable para todos los que al margen del movimiento comunista quieren abrir una perspectiva de auténtica liberación socialista.

La socialdemocracia alemana renuncia al programa socialista

El partido socialdemócrata alemán que va a dirigir ahora Willy Brandt (el mismo hombre que hace veinte años dirigía la juventud socialista revolucionaria del S.A.P.) no tiene nada que ver con el partido de Augusto Bebel, ni con el de la República de Weimar, ni siquiera con el que reconstruyó penosamente en 1946 Kurt Schumacher.

En efecto, el congreso de Hannóver, celebrado a fines de 1960, ha cerrado el ciclo revisionista inaugurado en 1954 en Berlín. El programa presentado en 1957 en Stuttgart y aprobado en 1959 en Bad-Godesberg, ha sido solemnemente ratificado por una mayoría impresionante. Y, sobre la base de semejante programa, los congresistas de Hannóver han definido una política que rompe radicalmente incluso con el socialismo reformista clásico.

Cierto, la experiencia nos ha demostrado que los programas no bastan para garantizar una política justa. El famoso programa de Erfurt no impidió que la socialdemocracia votara los créditos de guerra en 1914, ni que Noske aplastara la revolución en 1919.

Ahora bien, esta vez, el programa y la política constituyen un todo perfectamente coherente. En Bad-Godesberg, la socialdemocracia declaró que « la propiedad privada de los medios de producción merece la protección de la sociedad cuando no se opone al establecimiento de un orden social justo », se declaró en favor « de una economía libre de mercado cuando la libre competencia sea real » y reconoció la « misión especial de la Iglesia y de las comunidades religiosas, y su autonomía ». En Hannóver, la socialdemocracia ha formulado un programa de reformas de una pobreza increíble, ha proclamado que la « República Federal necesita la protección de la alianza atlántica » y que la « Bundeswehr debe ser provista de medios eficaces », lo que, por cierto, está bastante lejos de la célebre campaña contra la « muerte atómica ».

Este programa y esta política, que apenas se diferencian de los del canciller Adenauer, han suscitado no pocas reacciones de asombro incluso fuera del movimiento obrero. Sin embargo, los socialdemócratas alemanes nos lo presentan como la expresión más acabada de un « socialismo moderno », adaptado a las exigencias de nuestra época », que, según dicen, es muy distinta de la que conocieron no solamente Marx y Engels, sino también Kautski y Bernstein.

Por desgracia, ese « socialismo moderno » se parece demasiado al neocapitalismo que propagan ciertos ideólogos de la burguesía liberal en los países altamente industrializados y deja curiosamente de lado los problemas realmente nuevos y profundos que se plantean en nuestra época, que, en efecto, no es la de Marx y Engels, sino la época en que la realización del socialismo aparece como la única solución para desarrollar efectivamente las fuerzas productivas y liberar al mundo —que es mucho más grande que Alemania y que Europa Occidental— del hambre, de la miseria y de la ignorancia.

La socialdemocracia alemana ha abandonado el programa socialista y lo ha reemplazado por un pragmatismo mediocre, estrechamente nacionalista, fundado en una prosperidad circunstancial, que ha enriquecido de un modo fabuloso al capitalismo alemán sin transformar fundamentalmente las condiciones de existencia de la clase trabajadora.

¿La hora de Portugal?

Por JOSE H. BALBOA

EL año 1933, aciago por varios otros motivos, presenció el acceso al poder absoluto de Oliveira Salazar, « jefe nacional » del cuño « nuevo » de moda entonces en Europa, y centro y símbolo en su país de las fuerzas que tendían, desde al menos veinte años antes, a *congelar* definitivamente la lucha de clases. Su « Estado Novo » y « Corporativo », heredero directo de las dictaduras o semi-dictaduras militares derechistas que se habían sucedido tumultuosamente en Portugal desde Sidónio Paes, no fué ni lo uno ni lo otro. No fué nunca nuevo porque equivalió a la continuidad del poder de las fuerzas y grupos más reaccionarios, los cuales habían ya demostrado suficientemente su incapacidad para modernizar el país, y no lo fué tampoco porque no modificó ni abolió ninguna estructura económica, ni introdujo ningún hecho económico nuevo. Ni social : las Corporaciones nunca constituyeron la base ni la justificación del régimen.

En realidad, las famosas dotes de « estadista y hacendista » de Salazar, o de sus colaboradores, equivalieron, y equivalen aun hoy, a una vigilancia casi morbosa de los índices de estabilidad, a una « estabilización de la depresión », que sacrifica a la miope igualdad contable del « Debe » con el « Haber » la expansión, la evolución y el natural progreso que lógicamente podía esperar el pueblo portugués, incluso de su burguesía más atrasada, en esta primera mitad del siglo XX. Además, a través de las excepcionales ventajas ofrecidas por el Gobierno y los « técnicos » de Salazar a los capitalistas y monopolios extranjeros, y a causa de las facilidades permitidas a éstos para la introducción de sus mercancías en el país, Portugal ha perdido definitivamente la esperanza de poseer un día una industria pesada propia, y ve arruinado su comercio interior y comprometida o liquidada la posible y necesaria extensión de sus manufacturas.

Por otra parte, esta situación de hecho ha repercutido en la independencia del país, acentuando la tradicional sumisión de los dirigentes oficiales portugueses a los intereses de Inglaterra, país cuya influencia es reemplazada hoy en parte, en el terreno estrictamente económico, por los grandes monopolios internacionales, que explotan incluso las colonias lusitanas. Esta dependencia, a los ojos de los portugueses, y ante los del mundo, ha resaltado y esclarecido aun más la demagogia y falsedad de las afirmaciones y ver

balismo oficial en torno a la « grandeza » del « Estado Novo », « continuador en nuestro tiempo del Portugal de la Gran Epoca ».

En lo que se refiere a la agricultura, espina dorsal de la nación, a la cual está adscrita el 47 % de la población laboriosa, la situación de Portugal equivale, en términos absolutos, a la de un país completamente desorganizado por una causa de fuerza mayor, por una catástrofe a la escala nacional (por ejemplo, como se halló la agricultura en la Península Ibérica en los más difíciles períodos de la Reconquista) : grandes propiedades anacrónicas en el Sur (monocultivo) contrastando con la enorme y antieconómica fragmentación y atomización de las parcelas en el Norte (región superpoblada) ; y todo ello, sin posibilidad de lucha en igualdad de condiciones con las empresas y trusts monopolistas, y sin ninguna proporción, relación o interacción con la repartición demográfica, la situación de la industria y la necesidad de su evolución ; ni con las verdaderas, reales y visibles necesidades del país. En verdad, una agricultura de supervivencia, una agricultura de crisis, de « después de la catástrofe », sin horizontes ni esperanza. Un callejón sin salida económico y social contra el cual, diferentemente a lo que en condiciones normales sucede, no trabaja el porvenir. Una gigantesca burla o trampa del tamaño del país, ilustrada por la tragedia y la miseria de los 1.200.000 campesinos frustrados que, sobre los 3 millones que componen la población activa total de Portugal, trabajan duramente la tierra sin poseerla.

La industria es la típica de un verdadero país subdesarrollado, lo que hace que Portugal se halle en este aspecto, más o menos, en la situación especialísima de una región o nación de monocultivo (el caso del corcho), es decir, ampliamente dependiente de la exportación, y por tanto del extranjero y de los un tanto impersonales fletes y precios mundiales. Y, naturalmente, con todo el triste corolario económico y social propio de estas situaciones : imposibilidad de realizar una modernización y racionalización en beneficio real del país, sensibilidad excesiva de la balanza exterior (deficitaria en un 50 %), avalancha de importaciones no útiles o que sólo benefician a una clase, ruina del comercio nacional, aparición de un grupo social parasitario ligado al triste « deporte » del « import-export », retraso en la cimentación y equilibrio del mercado interior ; repercusión negativa de todos estos hechos, y de la situación general de la agricultura, sobre el desarrollo industrial : imposibilidad de creación de una industria pesada nacional, y por tanto, de una industria ligera adecuada a las necesidades sociales y a las proporciones económicas del país, etc., etc.

Para mantener esta caótica situación de la economía portuguesa, y por tanto de su sociedad, dentro de sus pobres y medianos límites ; y también para evitar que el estado de hecho evolucione hacia una crisis visible y abierta, con su consiguiente favorecimiento del ascenso de las fuerzas progresistas y revolucionarias, el Gobierno de Salazar viene recurriendo, con éxito diferente, a tres principales procedimientos :

1) Reforzamiento del aparato represivo y defensivo del régimen, e intensificación de la presión sobre el pueblo por todos los medios (censura, leyes drásticas, propaganda única, partido único, terror policíaco, etc.).

2) Creación de una multitud y multiplicidad de controles y organismos de tipo estatal y para-estatal que sofocan el desarrollo del país, y únicamente benefician a la burocracia, ganada al régimen, que los hace funcionar.

3) Cesión casi total de los dominios más decisivos, importantes y productivos de la economía portuguesa a las compañías y monopolios extranjeros.

En efecto, el Gobierno de Salazar ha reforzado, apoyándose en el Ejército, las fuerzas que podrían, a su entender, asegurarle su triunfo en el curso de una eventual guerra civil, y también en el curso de la actual « guerra civil » que el régimen lleva a cabo contra su pueblo. Junto al Ejército, es mantenida una importantísima y especial tropa de choque, dotada de armamento pesado, la llamada « Guardia Nacional Republicana » (semejante a la Policía uniformada de la Alemania de Hitler, conocida con el nombre, en abreviatura, de « Orpos »), cuya importancia se ha revelado decisiva en lo que se refiere a la defensa del régimen. Además, la Policía normal del Estado ha sido reforzada con una organización policíaca paralela más politizada aún, la famosa P.I.D.E., encargada de garantizar la continuidad política del Estado de Salazar mediante el aniquilamiento o la neutralización de toda oposición.

Estas organizaciones de represión (a las que debe añadirse, potencialmente, la famosa « Legión Portuguesa », « anticomunista ») no se han mostrado inactivas. En efecto, ya desde el comienzo del « reinado » de Salazar, y hasta el asalto al « Santa Maria », las fuerzas más modernas y progresivas del país, la clase obrera, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales, se han alzado sin cesar en protesta abierta contra la mediocridad y tragedia de la situación, a fin de romper la ignorancia y la inercia en que el régimen ha sumido al pueblo y elevar a Portugal al puesto que le corresponde. La huelga insurreccional de Marinha Grande (1934), los motines de la Marina de Guerra de 1936 (consecuencia y reflejo de la guerra civil española), los grandes movimientos huelguísticos de 1942, 1943, 1945, 1947, etc., etc., hasta los recientes combates de Angola, lo prueban claramente. Por desgracia, todas estas manifestaciones han sido, hasta ahora, vencidas y sofocadas por el Gobierno, y han tenido como dolorosa consecuencia el martirio y la reclusión de muchos líderes y participantes en cárceles o campos de concentración —como el tristemente célebre de Tarrafal (Cabo Verde)—, y ha obligado a otros oponentes a marchar al exilio.

En segundo lugar, el « Estado Novo » se preocupó bien, desde sus primeros momentos, de dominar y domeñar las organizaciones de clase de los obreros y campesinos convirtiendo los Sindicatos y las « Casas del Pueblo o « de Pescadores », en organismos de control social y policíaco de los trabajadores, o en asociaciones de bene-

ficencia o « caridad » más o menos demagógica y paternalista, dirigidas y regidas por los explotadores. Por otra parte, como refugio de la burocracia y de una parte de los partidarios del régimen, y como modo también para éstos de vivir parasitariamente de los recursos del país, han surgido multitud de organismos más o menos estatales (Consejos Nacionales que controlan diversas ramas de la industria o la agricultura, Consejos Reguladores en el Comercio, Institutos económicos, « Plano de Fomento », etc.), que añaden trabas a la general confusión y frenan con su peso muerto las tendencias que tratan de imponer, incluso en el marco del régimen, el saneamiento económico y social del país. Están también, como « coronación » final de la obra del régimen, y realización « predilecta » de éste, las famosas Corporaciones, organizaciones inspiradas en las « Ideas » italianas de « después de la marcha sobre Roma », que han sido instaladas por Salazar bastante tímidamente, y mucho después de que acabará la gigantesca propaganda nacional e internacional hecha en torno a ellas. Por todo esto, y como puede fácilmente comprenderse, las Corporaciones no merecen mucho que se hable de ellas puesto que ni estructuran al « Estado Novo » (que vivió y casi vive, o se mantiene, sin ellas) y que nunca le sirvieron de apoyo fundamental.

De otro lado, y refiriéndose al tercer punto, puede afirmarse con certeza que la economía portuguesa está hoy más que nunca, sobre todo a partir de la guerra —exactamente desde 1947—, en manos de los monopolios extranjeros, que extraen beneficios fabulosos de la explotación de una gran parte de la riqueza nacional portuguesa sin provecho real para los habitantes del país ni para su desarrollo. Esta introducción del capital y de la dirección extranjera en dominios económicos vitales para la nación y la sociedad portuguesa (como ha sucedido con el corcho, hoy controlado en su totalidad por el trust norteamericano « Armstrong Cork Co. »), ha arrollado la débil defensa constituida por el proteccionismo aduanero, y arrojado a millares de trabajadores a la desesperación y tragedia que supone el paro en un país de escasos recursos. Este especial modo de despojo y explotación tiene lugar también en la agricultura, donde, al mismo tiempo que la abrumadora organización corporativa y burocrática frena o impide la expansión, la situación se ve perturbada también por la inadecuación o debilidad de la red ferroviaria y el escaso poder de compra de la población.

*
**

Pero... las elecciones de 1958, y la importante agitación en torno a ellas, ha mostrado que una gran parte del país, desde los más explotados campesinos hasta un sector de la oficialidad del Ejército y de los ex-colaboradores del régimen (e incluso los miembros de esa pequeña burguesía que creyó ser favorecida especialmente en los primeros tiempos de Salazar, y que hoy día, como también sucede en España, se ve proletarizada en parte y amena-

zada de pauperización), se alza por toda clase de métodos contra un régimen condenado por la lógica, la economía, el tiempo y la Historia. *¿Ha sonado la hora, la gran hora de Portugal?*

Un proceso ha comenzado : un núcleo de luchadores portugueses se ha puesto en marcha, y se ha comprometido a despertar al país de su letargo, de su inercia y de su ignorancia. La apatía y el temor —las dos columnas que constituyen la fuerza y casi el motivo de la existencia de los regímenes del género del impuesto por Salazar— pueden ser, evidentemente, superados y vencidos. El conocimiento y la admiración de Portugal, de los portugueses, esos hermanos nuestros que tantos caminos abrieron al mundo, permite pensar que la respuesta a esa interrogante puede ser, felizmente para todos, afirmativa.

José H. BALBOA.

CUADRO I — Valor de las exportaciones en 1955

	Millones de Escudos
1 — Corcho	1.709
2 — Conservas	955
3 — Vino	683
4 — Textiles	680
5 — Minas	532
6 — Aceite	150
7 — Papel	60

CUADRO II — Industria. Valor de la producción en 1955

	Millones de Escudos
1 — Textil (con algodón)	4.774
2 — Corcho	1.990
3 — Química	1.337
4 — Pesca	1.276
5 — Conservas (de pescado)	633
6 — Papel (y pasta)	499
7 — Minas (con carbón)	471
8 — Cemento	346

(Los dos cuadros estadísticos presentados muestran que el corcho es el « talón de Aquiles » de la economía y de la exportación portuguesas. Los textiles, cuya producción es mucho más importante, son absorbidos en su mayor parte por el mercado interior, y sólo ocupan, en las exportaciones, el 4º lugar, lo que es bastante modesto.)

La evolución del campo español en los últimos 20 años

por J. NOGUERA

ESPAÑA es, geográficamente, una tierra de contrastes. Cinco sistemas montañosos cruzan su territorio, lo fragmentan y dan origen a una extrema variedad de paisajes, a una profunda diversidad de tierras, climas y cultivos, desde las húmedas praderas del Cantábrico hasta los desiertos del sureste, calcinados por el sol.

De los diez millones de personas que componen su población activa, casi la mitad viven del trabajo del campo, del producto de una tierra cultivable de la que tan sólo un 7 % puede ser regada, quedando el 93 % restante para el « secano », un término que incluye diversas gradaciones de la desolación, hasta llegar a esos semidesiertos en los que se cultivan el esparto y las chumberas, o a esas miserables tierras secas de Murcia que tantas veces devoran el mismo grano que se ha empleado en sembrarlas ; « tierra que vacía los graneros », como dijera el gran poeta medieval.

Pero, secano o regadío, tierra del norte o del sur, del este o del oeste, sobre este escenario cambiante no hay más que un solo e idéntico problema humano : aquél que posee tierra en abundancia puede vivir de ella, quien tiene poca o no cuenta más que con su trabajo, sólo consigue subsistir en una lucha difícil contra la estrechez y el hambre. Ahora bien, si tenemos en cuenta que de los cinco millones de seres humanos que trabajan en el campo, por lo menos dos millones son obreros agrícolas sin tierra y que de los tres millones restantes, descontando aún los arrendatarios, hay un 2 % que posee la mitad de toda la tierra cultivada, mientras el 37 % de los propietarios más modestos no llegan a reunir ni aún el 3 % de la misma, se comprenderá que el panorama humano de nuestra agricultura esté dominado por la pobreza de ese ejército de los hombres sin tierra y sin trabajo.

Millones de familias campesinas para las que las comidas constan siempre de un solo plato : alubias, arroz, lentejas, bacalao seco... Carne, una sola vez al año : el día de la Fiesta Mayor del pueblo. En verano, cuando se trabaja « de luz a luz » y la tarea es más pesada, un arenque salado con un trozo de pan sirven de desayuno. En invierno, cuando la jornada laboral es más corta, los campesinos de la Mancha comen sólo dos veces al día : una antes de empezar y otra después de terminar la faena.

El trabajador agrícola percibe un salario mísero ; pero lo peor del caso es que no tiene ocupación más que durante una tercera parte del año, o aún menos en muchos casos. En los pueblos de Andalucía, los braceros se concentran cada mañana en la plaza, en donde los capataces de los grandes propietarios escogen a los afortunados que aquel día tendrán trabajo y sueldo. Los demás se verán condenados a una forzada ociosidad, contemplando impotentes las fértiles tierras que se dedican a pastizales para toros de lidia, que se emplean como cotos de caza o que yacen en el estéril reposo del barbecho, sin hablar de tantas y tantas otras que podrían trabajarse mejor y saciar el hambre de muchos.

« Por un lado, hombres sin tierra ; por otro, tierra sin hombres », se ha dicho. Pero es que entre los hombres y la tierra se eleva una muralla de intereses mezquinos. Hay, por encima de todo, una voluntad deliberada de perpetuar el « orden establecido », el abismo establecido entre el campesino que no posee más que unos brazos sin empleo y el gran propietario, a quien poco importa que sus campos se cultiven mal y produzcan poco, con unos rendimientos por hectárea que figuran entre los más bajos de Europa, porque dispone de tierras más que suficientes para permitirse vivir bien y sabe que el precio de sus productos se halla defendido de la competencia exterior por unas barreras aduaneras proteccionistas y de la competencia interior por el monopolio de la tierra y de los medios de cultivo.

Mala distribución de la propiedad de la tierra, ineficiencia de la producción agraria, miseria de las masas rurales... Problemas viejos, éstos que estamos tratando de sintetizar. Tan viejos que a su alrededor viene girando la política española desde hace doscientos años, sin haber conseguido resultados positivos. Problemas tan ligados entre sí, por otra parte, que ninguno de ellos puede tener una solución independiente de los otros dos y que obedecen a una misma y única causa profunda : la intransigencia de quienes necesitan la conservación de una estructura social injusta y una organización económica ineficaz y anquilosada para poder mantener sus privilegios.

A su advenimiento en 1931, la segunda República Española anunció su propósito de emprender una reforma agraria que permitiese mejorar la grave situación del campo español. En 1932 apareció por fin la « Ley de Reforma Agraria » ; pero los grandes propietarios se unieron contra ella y contra el gobierno, pese a que la citada ley no implicaba una transformación profunda del « orden establecido », e hicieron una oposición obstinada a cuanto pudiera lesionar sus intereses, aunque se tratase de la más ligera alteración de las condiciones de arrendamiento. Pronto iba a poder observarse, además, que los terratenientes no se limitarían a hacer una resistencia pasiva. Ya en 1933 formularon amenazas tan claras como ésta : « En otros países, movimientos similares han sido causa de los fascismos organizadores de la alta burguesía en pie de guerra ; aquí, si no se pone remedio, podría tener idénticas deri-

vaciones » (1). Tres años más tarde empezaba la guerra civil y los grandes propietarios tomaban desde el primer momento el partido de los sublevados.

En 1939, acabada la contienda, se anularon todas las mejoras sociales que la República había llevado a cabo en el campo, y se anularon todas las conquistas de la Revolución ; se expulsó de la tierra a los campesinos asentados en los ocho años anteriores, se exigieron a los arrendatarios tres y cuatro años atrasados del pago de las restas, etc. Con esta reacción que un subsecretario de Agricultura del propio Gobierno español calificó como « el más duro de los sarcasmos, la arisca reacción de la propiedad, la burla más cruel que pudo hacerse a la masa trabajadora » (2) se iniciaron veinte años de una política agraria opuesta a la que se había realizado durante el período republicano y durante la Revolución.

¿Cuáles han sido los resultados conseguidos en estos veinte años? Vamos a intentar exponerlos sumariamente, utilizando para ello única y exclusivamente fuentes estadísticas y testimonios oficiales franquistas.

Para ello vamos a analizar los tres problemas centrales de los que hemos hablado más arriba : el nivel productivo, las condiciones de vida de la población rural y la estructura económica y social de la producción.

LA PRODUCCION

La producción agrícola española seguía en los años de anteguerra un ritmo de crecimiento semejante al que tenía lugar en otros países similares, debido a los progresos técnicos de todo orden : mecanización del campo, selección de las variedades cultivadas, puesta en riego de nuevas tierras, etc. Pero, mientras esta trayectoria se ha proseguido en aquellos países hasta nuestros días (basta consultar las estadísticas de la F.A.O. para comprobarlo), en España se quebró bruscamente en 1939. Casi todas las cosechas importantes descendieron a un nivel bajísimo, y, en los veinte años transcurridos desde entonces, la mayor parte de ellas no ha vuelto a alcanzar aún el nivel de anteguerra.

Conviene señalar, por otra parte, que este descenso no ha sido motivado por una diversión de recursos hacia otros sectores de la producción, en perjuicio de la agricultura. La suma de las superficies cultivadas se ha mantenido establemente alrededor de los 40 millones de hectáreas y la población activa agrícola ha pasado de unos 4 millones en 1930 a más de 5 millones en 1950 (último censo publicado).

(1) GARRIGA, Joan : *Contribució a l'estudi de l'actual conflicte agrari de Catalunya*. Barcelona, 1933, p. 13.

(2) Emilio Lamo de Espinosa, hablando ante las « Cortes » españolas, el 25 de abril de 1946.

Comparemos el volumen de las cosechas de los más importantes productos de la agricultura española, según los datos de los « Anuarios Estadísticos » oficiales, expresados en millones de Qm.

	Media del quinquenio 1931-1935	Media del quinquenio 1952-1956
Trigo	43,6	39,6
Cebada	23,9	18,3
Centeno	5, 5	4,8
Maíz	7,1	6, 8
Arroz	2,9	3,8
Garbanzos	1,2	1,3
Judías	1,6	0,9
Vino (*)	19,8	18,6
Aceite	3,5	3,6 (**)
Patatas	50,1	40,2 (**)

(*) En millones de Hls.

(**) 1951-1955

Es cierto que en 1955 el Ministerio de Agricultura rectificó arbitrariamente las cifras de las cosechas de los años 1931 al 1935 que se habían venido publicando hasta entonces en los « Anuarios Estadísticos », debido a que ofrecían un término de comparación harto molesto con la realidad agrícola española actual ; pero esta revisión está tan poco justificada que no ha merecido confianza ni a los propios economistas oficiales. Ahora bien, admitiendo incluso estas revisiones de cifras, la magnitud del desastre que se ha producido en el campo español en los últimos veinte años es tal, que apenas queda paliada. Véanse, si no, algunas comparaciones para cuyo cálculo se han aceptado como buenas las citadas revisiones de datos.

Producción en bruto por habitante (en kgs.)		
	Media del quinquenio 1931-1935	Media del quinquenio 1952-1956
Trigo	148,1	137,3
Cebada	86,4	63,5
Maíz	27,5	23,7
Vino (en litros)	77,8	64,4
Patatas	160,9	140,4 (*)
Aceite	14,6	12,7 (*)

(*) 1951-1955

Los rendimientos por hectárea de casi todos los cultivos y los de los árboles frutales en kgs. por árbol han descendido también. A nuestro país le cabe el dudoso honor de compartir con Portugal los rendimientos más bajos de la Europa Occidental, hecho que ciertamente hay que atribuir más a la similitud de su estructura social que a la de su clima.

En cuanto a la ganadería, basta comparar los siguientes censos ganaderos, cuyos datos están expresados en millares de cabezas.

Ganado	1935	1950	1955
Bovino	4.215	3.112	2.742
Ovino	17.525	16.344	15.933
Caprino	4.692	4.135	3.097
Porcino	5.134	2.588	2.793
Caballar	808	642	598
Mular	1.176	1.089	1.071
Asnal	1.478	732	683

Publicamos las cifras de 1950 y las de 1955 para que el lector pueda advertir por sí mismo que las diferencias entre el estado de la ganadería en 1935 y en nuestros días no son debidas a las consecuencias de la guerra civil, sino que son el resultado de una decadencia motivada por factores internos, que sigue desarrollándose en la actualidad.

A nadie extrañará, a la vista de estos datos, que el peso en canal de las reses sacrificadas (ganados bovino, ovino, caprino y porcino) fuese de 784 millones de kgs. en 1931 y de tan sólo 420 millones de kgs. en 1954. Si conjugamos esta considerable disminución con el aumento de la población que ha tenido lugar entre esas fechas, tendremos idea de hasta qué punto ha debido disminuir el consumo de carne por habitante en España.

Resumiendo : en un país cuya población ha aumentado de 25 a 30 millones de habitantes de 1939 a 1959, en el que se sigue cultivando la misma superficie que hace veinte años y en cuya agricultura hay por lo menos un millón de trabajadores más que en el período de anteguerra, la producción agraria está estancada o en retroceso y el producto bruto por habitante ha descendido de una manera alarmante.

LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA POBLACION RURAL

Las estadísticas oficiales nos dan muy pocos datos acerca de estas cuestiones. Podríamos hacer uso aquí de nuestra experiencia personal, de nuestras conversaciones con campesinos, por ejemplo, para reflejar un panorama difícil de imaginar para quien no lo haya conocido. Hablaríamos de los años de hambre que transcurrieron entre 1939 y 1951, cuando los jornaleros se ofrecían a trabajar por debajo del mísero salario base legal y el pan de trigo era

un lujo vedado a los más. Relataríamos también cuántas y cuántas veces hubieron de aceptar resignadamente toda clase de abusos y tropelías.

Renunciamos, sin embargo, a utilizar testimonios personales, porque creemos que bastará una sola estadística oficial, tomada directamente de los « Anuarios Estadísticos » españoles (en la que nos hemos limitado a efectuar la reducción a pesetas de 1931 según los índices de precios publicados en los mismos « Anuarios »), para hacer comprender cuál ha sido la situación de los campesinos en estos últimos veinte años.

1931	100,0	1939	96,5	1947	55,1
1932	106,8	1940	86,0	1948	51,4
1933	114,5	1941	81,0	1949	48,1
1934	114,4	1942	78,9	1950	40,7
1935	115,2	1943	75,5	1951	31,7
1936	121,3	1944	71,4	1952	31,4
1937	121,0	1945	67,4	1953	29,3
1938	123,0	1946	59,2	1954	39,5

Nadie se sorprenderá de que los « Anuarios Estadísticos » hayan dejado de publicar los salarios agrícolas en los años posteriores a 1954.

Pero acaso algún lector se pregunte : ¿y las grandes obras tan anunciadas por la propaganda franquista? ¿Y el Instituto Nacional de Colonización, los planes Jaén y Badajoz, etc.? También en este caso serán suficientes unos pocos datos concretos para dar la medida real de su significación. En el quinquenio 1952-1957 el Instituto Nacional de Colonización dió tierras a un total de 7.737 campesinos (gastando, eso sí, casi un millón de pesetas por hombre). Para ver lo que representa este promedio de 1.500 campesinos asentados por año, basta recordar que el número de jornaleros es de unos dos millones. Así pues, al ritmo seguido en los últimos años y suponiendo que se pudiese contener el crecimiento demográfico de la población agrícola, el Instituto Nacional de Colonización habría solucionado el problema del reparto de la propiedad de la tierra en un plazo de algo más de mil trescientos años.

MONOPOLISMO EN EL CAMPO

Entre 1939 y 1959 se ha producido un hecho trascendental que ha cambiado profundamente la estructura agraria española. Nos referimos a la aparición del capital financiero y bancario como factor importante en la economía agrícola del país. Ello ha contribuido a agravar considerablemente la situación del campo español, ya que el capital financiero no ha venido a aportar sus recursos para conseguir una mejora de la producción, poniendo en

cultivo nuevas tierras o incrementando los rendimientos de las que ya venían siendo cultivadas, sino que en la mayor parte de los casos se ha limitado a crear monopolios que han puesto en sus manos el comercio de los productos agrícolas y le permiten obtener saneadas ganancias a costa del productor y del consumidor.

El azúcar está controlado por cuatro grandes empresas. El tabaco es un monopolio. El aceite y el algodón están dominados por unas pocas grandes compañías. Lo mismo ocurre con el comercio exterior de la naranja, la almendra y la avellana. La seda, el lino, el lúpulo, la producción de semillas, el alumbramiento de aguas subterráneas, la nivelación de terrenos, etc. están entregados en exclusiva a un reducido número de grandes empresas, en cuyos consejos de administración se repiten los mismos nombres con sospechosa frecuencia. La fabricación de tractores, de los que tan necesitada se encuentra la agricultura española, se concedió únicamente a la « Ford Motor Corporation » y a la empresa alemana « Lanz ». El comercio de la carne está en manos de unos pocos individuos que lo manejan a su gusto. Etc., etc.

Pero lo más grave no es que toda esta gente nueva haya venido a sacar beneficios de la agricultura española, sino que, como ya hemos señalado, lo hayan hecho sin ligar su suerte a la producción, sin realizar aportaciones de capital, limitándose a obtener unas ganancias parasitarias que han repercutido sobre el productor, reduciendo sus ingresos y por ello mismo sus posibilidades de mejorar el cultivo, y sobre la masa de población consumidora, forzándola a disminuir el consumo de alimentos.

Vamos a dar a continuación algunos testimonios de lo que venimos diciendo, procedentes de fuentes nada sospechosas de oposición al gobierno franquista.

En un artículo publicado en la « Revista del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro », órgano de los grandes propietarios catalanes que en la guerra civil española militaron activamente en el bando franquista, se observa, estudiando estadísticas del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, que los precios pagados al agricultor por sus productos distan mucho de haber aumentado con relación al período de anteguerra en el mismo grado en que lo han hecho los precios que el consumidor paga por ellos y se acusa a « los intermediarios » de haberse embolsado estos beneficios, en perjuicio de unos y otros (3). En otro artículo publicado en las mismas páginas se nos habla del comercio exterior de la almendra y la avellana, cuyos beneficios van a parar íntegramente a almacenistas y exportadores, que a veces actúan de simples gestores que no llegan ni a tocar la mercancía, y se nos asegura tex-

(3) SALA ROCA, E. : *La valoración de los productos del campo en origen*. Rev. del I.A.C.S.I., 1954, p. 32-33.

tualmente que « de los 220 millones de ptas. por escandallos de exportación de almendras, alrededor del 70 % es acaparado por docena y media de exportadores dirigentes del Monopolio » (4).

Podríamos ir repitiendo testimonios de esta misma índole hasta la saciedad. Testimonios que nos demuestran, por otra parte, que no sólo los campesinos modestos, sino hasta los propietarios medios han sido perjudicados por la nueva situación creada en el campo español.

Pues bien, si hablando de la situación anterior a 1939 acusábamos al latifundismo y a la vieja estructura de la producción de los males de la agricultura española, fácil es comprender que la aparición de un nuevo sector de explotadores improductivos no ha hecho más que agravar estos males endémicos. El estancamiento de la producción y el empeoramiento de la situación de las masas rurales nos lo demuestran claramente.

*
**

Nos hemos limitado a hablar de estadísticas (y no siempre tan recientes como hubiésemos querido, a causa del retraso con que se publican en España) ; pero conviene recordar que detrás de las cifras hay realidades palpitantes, que esos dos millones de braceros pobres de que hemos hablado son exactamente dos millones de hombres, de seres humanos que saben que el futuro debe ser distinto y mejor, que deben construir un mundo más justo que éste en que les ha tocado vivir para los que han de sucederles sobre la tierra y que comparten en sus corazones (de otra manera ¿cómo hubiesen podido seguir viviendo?) aquella gran esperanza que se encierra en las palabras de Miguel Hernández, el poeta muerto en la cárcel de Alicante :

« *La España que hoy no se ara, se arará toda entera.* »

J. NOGUERA

(4) BOFARULL, José de : *No exportamos bastante. Análisis de la exportación de frutos secos.* Rev. del I.A.C.S.I., 1954, p. 223.

El marxismo, concepción del mundo

Por EUGENIO WERDEN

El artículo que publicamos a continuación es la introducción de un largo estudio del escritor socialista revolucionario argentino Eugenio Werden, titulado « El materialismo dialéctico según Henri Lefebvre ». En dicho estudio, el compañero Werden trata de ofrecer a los lectores de lengua castellana una síntesis de los trabajos fundamentales del conocido filósofo marxista francés, trabajos casi desconocidos en América Latina y, con mayor razón, en España.

I

POCO antes de la pasada guerra la revista católica *Archives de philosophie* consagró un número al marxismo en el cual se comenzaba por advertir a los lectores que no debía ser considerado como un simple movimiento social o una actividad política como todas. « Una visión tan estrecha falsearía la perspectiva. El marxismo no es solamente un método y un programa de gobierno, ni una solución técnica de los problemas económicos. Menos aún un oportunismo zigzagueante o un tema para declamaciones oratorias. Él se considera como una vasta concepción del hombre y de la historia, del individuo y de la sociedad, de la naturaleza y de Dios ; como una síntesis general, teórica y práctica a la vez ; en resumen, como un sistema totalitario ». Podemos decir, por lo tanto, que hasta los más enconados y tenaces adversarios reconocen que el materialismo dialéctico es una concepción del mundo

Cuando hablamos de concepciones del mundo entendemos significar algo más que lo que tradicionalmente se llama una filosofía. *En primer lugar* : toda concepción del mundo es, no sólo una actitud filosófica, sino también una actitud práctica. Por más que la acción que respalda no pueda, en algunos casos, ser vinculada expresamente con la doctrina y aunque no siempre se manifieste mediante un programa, esa acción existe siempre. En la concepción cristiana del mundo es la política de la Iglesia, decidida por las autoridades eclesiásticas. En la concepción marxista del mundo, en cambio, la acción es definida racionalmente y unida con el conjunto doctrinal. Además, se expresa abiertamente en un programa político. Ambos ejemplos muestran suficientemente cómo

mo la actividad práctica, política, desdeñada o relegada a un segundo plano en las filosofías tradicionales, forma parte integrante y esencial de las concepciones del mundo.

En segundo lugar : las concepciones del mundo no son la obra de tal o cual pensador, sino la obra y la expresión de toda una época. Para comprender y formular su contenido es necesario estudiar las obras de quienes la han expresado, pero dejando de lado los matices, los detalles, y esforzándose en aprehender el conjunto. Por el contrario, cuando uno se ocupa de filosofía o de historia de la filosofía, en el sentido tradicional de la palabra, debe investigar hasta los menores matices que distinguen a los pensadores y representan su aporte original.

II

Muchas doctrinas y pseudodoctrinas pretenden en la actualidad la categoría de concepciones del mundo, pero sólo tres de ellas pueden considerarse tales a la luz de los conceptos expresados : el cristianismo, el individualismo y el marxismo.

La concepción cristiana fué expresada con la mayor nitidez y rigor por los grandes teólogos católicos. Reducida a lo esencial, se define por la afirmación de una jerarquía estática de los seres, de los actos, de los valores, de las formas y de las personas. En la cúspide de la jerarquía se encuentra el Ser supremo, el puro espíritu, el Señor, Dios.

Esta doctrina que busca ofrecer, efectivamente, una visión de conjunto del universo, fué formulada ya durante la Edad Media. Poco han agregado los siglos ulteriores a la obra de un Santo Tomás. Razones históricas la hacían especialmente adecuada a las condiciones sociales medievales. Es, por lo tanto, la concepción medieval del mundo la que aún se nos propone como válida.

La concepción individualista apareció al final del medioevo, durante el siglo XVI. En los cuatro siglos transcurridos muchos pensadores la han formulado en sus diversos matices. El individuo (ya no la jerarquía) es la realidad esencial. Posee en sí, en su fuero interno, la razón. Entre lo individual y lo universal —la razón— existe una unidad, una armonía espontánea. También entre el interés individual y el interés general, entre los derechos y los deberes, entre la naturaleza y el hombre. A la teoría pesimista de la jerarquía (inmutable en su fundamento y justificada por un más allá puramente espiritual) el individualismo opone una teoría optimista de la armonía natural de los hombres y de las funciones humanas.

Históricamente, esa doctrina corresponde al liberalismo, al crecimiento del Tercer Estado, a la burguesía en ascenso. Es, esencialmente, la concepción burguesa del mundo.

La visión marxista del mundo, por su parte, rechaza la subordinación completa, inmóvil e inmutable de los elementos del hombre y de la sociedad y se niega a plantear una jerarquía exterior a los individuos, metafísica. Pero tampoco acepta la hipótesis de

una armonía espontánea porque comprueba la existencia de contradicciones tanto en el hombre individual como en la sociedad (el interés privado se opone frecuentemente al interés común. Las pasiones individuales —sobre todo las que nacen de intereses de grupos y clases— no suelen estar espontáneamente de acuerdo con la razón, etc.). Además, se niega también a dejarse encerrar, como el individualismo, en la conciencia individual y en el examen de esa conciencia aislada, llegando por ese camino a ser consciente de realidades importantes que escapan a aquel examen: realidades naturales (la naturaleza, el mundo exterior); prácticas (el trabajo, la acción); sociales e históricas (la estructura económica de la sociedad, las clases sociales, etcétera).

Observa, además, que no existe la armonía que grandes individualistas como Rousseau creyeron descubrir entre la naturaleza y el hombre. El ser humano está obligado a luchar contra la naturaleza, no puede permanecer pasivamente a su nivel, ni contemplarla puramente, ni sumergirse románticamente en ella. Debe, por el contrario, dominarla mediante el trabajo, la técnica y el conocimiento científico. Pero diciendo contradicción, se dice problema, es decir, dificultad, obstáculo, lucha. Pero también superación, victoria, progreso. Se dejan atrás, por lo tanto, superados, tanto el pesimismo definitivo como el optimismo fácil.

La visión marxista ha descubierto, pues, la realidad natural, histórica y lógica de las contradicciones. Representa, de tal modo, una toma de conciencia del mundo actual, porque en éste las contradicciones son tan evidentes y fundamentales, que quien no se decida a colocar en el centro de su preocupación el estudio de éstas y de su solución, se lanza, irremediablemente, en el absurdo.

III

Hemos dicho que una concepción del mundo es, forzosamente, no la obra de un pensador, sino la obra y la expresión de una época. Resulta claro, entonces, que no puede reducirse el materialismo dialéctico a la obra de un hombre. Efectivamente, las investigaciones sobre el trabajo, como relación activa y fundamental del hombre con la naturaleza, fueron comenzadas a fines del siglo XVIII por una serie de grandes economistas: Petty, Smith y Ricardo. Las investigaciones sobre la naturaleza como realidad objetiva, como origen del hombre, por los grandes filósofos materialistas —Holbach, Diderot, Helvetius y Feuerbach— y por los hombres de ciencia —matemáticos, físicos y biólogos— durante los siglos XVIII y XIX. Las investigaciones sobre los grandes grupos sociales —las clases y sus luchas— por los historiadores franceses del siglo XIX: Thierry, Mignet y Guizot, en el curso de sus estudios sobre la Revolución Francesa o influidos por sus acontecimientos.

Por otra parte, la ruptura con el concepto de un mundo armonioso se operó desde mediados del siglo XVIII. Comenzó virtualmente con las obras de Voltaire (*Cándido*), Rousseau (la sociedad

opuesta a la naturaleza) y Kant. Malthus, a pesar de sus errores (teoría de la concurrencia y de la lucha por la vida), y más tarde Darwin condujeron a la obra esencial en este punto, que fué y sigue siendo la de Hégel. Él aclaró y puso a plena luz las contradicciones en el hombre, en la historia y hasta en la naturaleza. El año 1813 —aparición de la *Fenomenología del Espíritu*— debe considerarse como una fecha capital para la formación de la nueva concepción del mundo.

Además, durante el siglo XIX los grandes socialistas franceses habían planteado una serie de nuevos problemas : el de la organización científica de la economía moderna (Saint-Simon) ; el de la situación de la clase obrera y el porvenir político del proletariado (Proudhon) y, finalmente, el problema del hombre, su porvenir, y las condiciones para el cumplimiento humano (Fourier).

Por último, no se puede olvidar que, desde el comienzo, la doctrina fué el resultado de un verdadero trabajo colectivo en que se expandió el genio propio de Marx. La contribución al marxismo de Federico Engels no puede ser pasada en silencio. Fué él quien atrajo la atención de Marx sobre la importancia de los hechos económicos y sobre la situación del proletariado.

IV

Todos los elementos arriba considerados, múltiples y complejos, se vuelven a encontrar en el materialismo dialéctico, pero hubo, indudablemente, una contribución original de Carlos Marx. ¿Cuál fué ésta?

Primeramente, los audaces descubrimientos del pensamiento humano de los siglos XVIII y XIX ya detallados, permanecían dispersos y aislados. Cada doctrina era limitada y tendía a fijarse en un sistema incompleto y unilateral. Por ejemplo : el materialismo, inspirado en las ciencias de la naturaleza, desarrollado en Francia, tendía hacia el mecanicismo, reduciendo la naturaleza a elementos materiales siempre y en todas partes idénticos a sí mismos. Al contrario, la teoría hegeliana de las contradicciones tendía a fijarse en un idealismo abstracto que definía todas las cosas por la presencia en ellas de la contradicción en general. Los trabajos de los economistas se habían detenido precisamente allí donde para proseguir el análisis era necesario tomar en cuenta las clases sociales redescubiertas por los historiadores. Los socialistas, incapaces de dar un fundamento teórico y práctico a sus aspiraciones, seguían siendo utopistas que imaginaban una sociedad ideal. El genio de Marx le permitió captar todas esas doctrinas en sus vinculaciones hasta entonces ocultas y ver en ellas la expresión, fragmentaria pero inseparable, de la civilización industrial moderna, de sus problemas y de la nueva luz que lanzaban sobre la naturaleza y la historia de los tiempos nuevos. Supo romper todas las compuertas, liberarlas de sus limitaciones, aprehenderlas en su movimiento profundo. Aun en los casos de oposición contradictoria —materialismo e idealismo—, aun en los casos de autocontradicción —los his-

toridores que descubrieron las luchas de clases en la Revolución Francesa eran más bien reaccionarios ; Hégel mismo derivó hacia un callejón sin salida—, fué capaz de resolver las contradicciones y superar esas doctrinas incompletas, criticándolas profundamente, transformándolas e integrándolas. De este modo supo extraer de ellas una teoría nueva, de profunda originalidad. Ahora bien, esa originalidad no debe comprenderse como subjetiva, es decir, como expresión de la fantasía, de la imaginación creadora o del genio individual. Esa originalidad consistió en el hecho de saber sumergirse en la realidad armado de todo ese instrumental de conocimiento y ser capaz de ponerla al descubierto y expresarla en su totalidad, en lugar de separarse de ella o aferrarse a un fragmento aislado. De ese modo supo transformar profundamente todas las doctrinas que prepararon la suya y que permanecían fragmentadas.

En segundo lugar, se le debe también la comprensión neta y clara de la importancia de los fenómenos económicos y de que esos fenómenos requieren un estudio científico, racional y metódico. Es lo que se llama materialismo histórico, fundamento de una sociología científica.

En tercer lugar, le pertenece el descubrimiento de la estructura contradictoria de la economía capitalista y el análisis de la relación esencial —fundamentalmente contradictoria— de esta economía : el salario, la producción de la plusvalía.

Finalmente, supo también descubrir el papel histórico del proletariado, la posibilidad de una política independiente —con relación a la burguesía— de la clase obrera y de transformar las relaciones sociales por medio de esa política.

V

Determinados así los elementos del pensamiento filosófico y científico moderno que confluyeron en el materialismo dialéctico y los rasgos más notables de su reelaboración por Marx, siguiendo de muy cerca el análisis hecho por Lefebvre en *Le Marxisme*, recordemos que la magnitud del genio de Marx se expresó no solamente en la tarea personal que fué capaz de cumplir, sino en el grado de desarrollo y de precisión que supo hacer alcanzar a ese precioso instrumento de conocimiento que es el método dialéctico « puesto sobre sus pies ». Ésa es tal vez la más valiosa herencia que dejó a la posteridad dentro de un patrimonio de impresionante riqueza. El marxismo, constituido por el movimiento de un pensamiento sintético, unificador, nunca se ha detenido ni se ha cristalizado en su desarrollo. Se nos presenta, así, como un conocimiento racional del mundo que se profundiza sin cesar y que continuamente se supera a sí mismo. Ese enriquecimiento no ha cesado hasta nuestros días. Prosigue y proseguirá. El marxismo, como una ciencia, se desarrolla sin destruir sus principios. En eso se distingue de las filosofías clásicas. Pero, sin embargo, como se verá, al mismo tiempo que ciencia —sociología científica, economía, etc.— es también una filosofía —teoría del conocimiento, de la razón, del

método racional, etcétera—. Reúne en sí, por lo tanto, esos dos elementos, hasta su aparición separados, aislados e incompletos, del pensamiento humano.

No se equivocó Moses Hess cuando le escribió a un amigo en 1841 : « Prepárate para conocer al más grande, más bien, al único verdadero filósofo viviente. Pronto se hará conocer por el público con sus escritos y sus discursos y atraerá sobre sí las miradas de toda la Alemania. Por las cualidades y el vigor de su inteligencia supera a Strauss y aún a Feuerbach, lo que no es poco decir. El doctor Marx, así se llama mi ídolo, es todavía muy joven (tendrá, cuanto más, veinticuatro años) y dará el golpe de gracia a la religión y a la política medieval. Une a la más profunda seriedad filosófica la más mordaz ironía. Imagínate a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hégel reunidos en una sola persona, reunidos digo, y no mezclados : y tendrás al doctor Marx ».

VI

La denominación del marxismo, como concepción del mundo tomada en toda su amplitud, debe ser : materialismo dialéctico. En efecto, sintetiza en sí, unifica dos elementos que se encontraban separados y aislados en la ciencia y en la filosofía de la época de Marx. Por un lado : materialismo filosófico, ciencia avanzada de la naturaleza. Por el otro : ciencia esbozada de la realidad humana, dialéctica de Hégel, es decir, teoría de las *contradicciones*.

Lefebvre manifiesta su preferencia por la denominación materialismo dialéctico porque ésta muestra mejor los elementos esenciales de esa vastísima síntesis, la separa de la obra propiamente dicha de Marx y permite comprender mejor que esa doctrina es la expresión de una época y no la de un individuo. En una nota observa que, evidentemente, llegará el día en que no se diga más marxismo, por la misma razón por la que no se llama pasteurismo a la bacteriología.

Eugenio WERDEN.

Situación del socialismo en Italia

Por GIORGIO GALLI

Giorgio Galli es uno de los principales colaboradores de « Critica Sociale », una de las revistas socialistas más antiguas de Italia. Ha escrito varias obras. Merecen citarse especialmente « Storia del Partito Comunista Italiano » y « La sinistra italiana nel dopoguerra ».

DESDE el punto de vista político, el movimiento obrero italiano presenta rasgos particulares que le distinguen de los demás movimientos obreros de Europa occidental : en Italia existe un partido comunista poderoso, pero existe también un fuerte partido socialista que tiene profundas raíces en las masas y que posee su propia plataforma, bastante próxima de las tendencias de izquierda de un cierto número de partidos socialistas europeos, mientras que el partido socialdemócrata propiamente dicho goza de una influencia menor.

A pesar de estas particularidades, el movimiento obrero italiano sufre las consecuencias de la crisis general del socialismo europeo. Esta crisis podríamos resumirla del siguiente modo : el movimiento ha abandonado la vía revolucionaria hacia la conquista del poder, pero no ha encontrado formas legales para dicha conquista, dentro del marco de las instituciones existentes.

Esto es lo que determina la crisis general del socialismo, a pesar de los resultados importantes que ha conseguido en Europa —incluida Italia— durante las cinco últimas décadas. Estos resultados podemos resumirlos como sigue : el socialismo no ha dejado de ejercer una presión constante sobre el Estado capitalista para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y para democratizar cada vez más las instituciones de la sociedad burguesa ; ha creado organizaciones políticas y sindicales importantes que, pese a una evidente deformación burocrática, defienden en cierta medida los intereses de la clase obrera.

Así, pues, la crisis del socialismo puede atribuirse, incluso en Italia, de una parte a una cierta estabilización de las relaciones de clase (el Estado capitalista ha realizado ciertas exigencias del movimiento obrero sin cambiar por ello de naturaleza), y de otra, al estancamiento ideológico en que han desembocado las dos interpretaciones a que ha dado lugar el marxismo desde que existe : versión revolucionaria (conquista del poder por la fuerza aprovechando la agravación de las contradicciones del capitalismo) y versión evolucionista (transformación progresiva de la naturaleza del Estado mediante la ampliación de la parte de poder obtenida por la clase obrera).

Las características de la crisis son aproximadamente las mismas en todos los países, incluida la Gran Bretaña, aunque la influencia ideológica del marxismo haya sido siempre débil en ésta última. En efecto, el problema de la liquidación del Estado de clase y de su substitución por un orden social en que las diferencias de clase queden abolidas se presenta en todas partes de la misma manera.

Examinando los porcentajes obtenidos por los partidos italianos en las consultas electorales, porcentajes que muestran la repercusión de ciertas ideas sobre el conjunto de la población, la influencia de los diversos movimientos que defienden el socialismo resulta manifiesta. Sumando los porcentajes de votos obtenidos por esos partidos —comunistas más del 22 %, socialistas el 16 % aproximadamente y socialdemócratas más del 4 %—, se obtiene un total de más del 43 %. Así, pues, en Italia los votos socialistas han pasado del límite del 30 % alcanzado por los socialdemócratas alemanes en su esfuerzo por igualar los porcentajes de los partidos hermanos inglés y escandinavos.

Pero, una vez hecha la suma, resulta que no tiene ninguna significación política. En realidad, la gran masa —e incluso las ideas— de los electores socialdemócratas se halla separada de la de los electores comunistas por un auténtico abismo, puesto que unos y otros dan a la palabra « socialismo » un contenido muy diferente.

Desde luego, para los comunistas, la crisis no existe. En efecto, para ellos, el marxismo revolucionario triunfó con Lenin, obteniendo una victoria efectiva primero en Rusia y después en los países del « campo socialista ». Por otra parte, si se hace abstracción de las discusiones sobre las « vías nacionales » que pueden conducir al socialismo, los tipos de Estado y de sociedad que el socialismo debe realizar tienen su modelo en la experiencia soviética (planificación económica, poder político dictatorial).

Para los socialdemócratas, la experiencia socialista típica es la de Escandinavia y la de Inglaterra. De todos modos, esta experiencia tiene sus límites, puesto que su resultado ha sido el *Welfare State*, cosa muy diferente de una sociedad socialista.

Tras haber aceptado durante mucho tiempo, en sus puntos esenciales al menos, la variante « comunista » de la sociedad socialista, el Partido Socialista Italiano se encuentra, desde 1956, en una fase de seria revisión teórica y política. El Partido se da cuenta de los límites de la experiencia comunista y socialdemócrata, sin que de todos modos consiga salir del proceso crítico en que se encuentran estancadas las fracciones más avanzadas del socialismo europeo. En efecto, estas fracciones rechazan los dos tipos de experiencia, sin que por ello consigan formular directivas precisas para una política socialista capaz de armonizar los objetivos inmediatos y la meta final (lo que constituía ya el problema a comienzos de siglo). Nos referimos a una política socialista capaz al mismo tiempo de obrar al día y no sólo de no perder de vista las perspectivas,

sino de dar el salto histórico que permita pasar de la sociedad capitalista —por muy evolucionada que esté— a la sociedad socialista.

Mientras comunistas y socialdemócratas actúan sobre la base de una certidumbre absoluta —ambos partidos ignoran las discusiones teóricas—, el Partido Socialista Italiano se encuentra abiertamente enfrentado con los problemas. Pero es significativo que este estado de cosas no afecte a su vitalidad. En las elecciones que se han venido sucediendo desde 1953, el Partido Socialista ha mejorado más que nadie su porcentaje de votos, lo que muestra la simpatía de las masas hacia él, a pesar de que no dispone de una organización comparable a la del Partido Comunista. El P.S.I. presenta también una fuerza de atracción considerable, dado que su prestigio no cesa de aumentar entre los intelectuales y la joven generación obrera. Finalmente, ha demostrado también su vitalidad en el plano de la acción concreta, consiguiendo influir fuertemente sobre la vida política italiana, sobre todo durante los dos años últimos.

De todos modos, es precisamente en este plano en que el P.S.I. suscita críticas importantes, a propósito de los problemas fundamentales de que hablábamos al comienzo de este artículo. Para comprender exactamente la situación, es necesario indicar las grandes líneas de la evolución de la sociedad italiana inmediatamente después de la guerra y esbozar sus problemas actuales.

Al final de la guerra, las masas populares italianas, y en particular los obreros del Norte, los campesinos pobres del Sur y las clases medias rurales del centro del país, esperaban una transformación profunda de las relaciones de propiedad y de clase (nacionalización de las industrias clave, expropiación de las grandes propiedades rústicas y amplia reforma agraria, reforzamiento de la influencia de los partidos obreros en la dirección política del país).

Las organizaciones llamadas a promover esta transformación eran las siguientes: el Partido Socialista (entonces unido y mayoritario), el Partido Comunista y la Confederación General Italiana del Trabajo (C.G.I.L.), en el seno de la cual los dos partidos disponían de una mayoría del 90 %.

No obstante, la táctica oportunista del P.C.I., que con los medios de que disponía, sus cuadros y su dinamismo dirigía en la práctica la política de los partidos obreros, así como el debilitamiento del P.S.I., desgarrado por diversas corrientes —evolucionistas y maximalistas, procomunistas y anticomunistas—, permitieron a la burguesía italiana recobrase. Finalmente, esta burguesía consiguió recuperar el control de la situación poco después de terminada la guerra, hasta tal punto que, bajo la influencia de la evolución de la situación internacional, pudo mejorar su posición en el seno del bloque occidental.

La ruptura en el seno del Partido Socialista entre procomunistas y anticomunistas (en Enero de 1947), la eliminación del gobierno de los partidos obreros (Mayo de 1947), el fracaso electoral del frente socialista-comunista (Abril de 1948: 31 % de los votos,

contra el 48 % a la democracia cristiana, partido dirigente de la burguesía, y el 7 % a los socialdemócratas), el fracaso del movimiento de masas desencadenado a raíz del atentado contra Palmiro Togliatti, fracaso debido al retroceso impuesto a las masas por los dirigentes comunistas (Julio de 1948), y la ruptura de la unidad sindical que fué la consecuencia de este fracaso (tras la separación de los católicos, en 1948, seguida en 1949 de la de los socialdemócratas, del seno de la C.G.I.L.): tales son las principales etapas de la restauración de la hegemonía capitalista en Italia.

A partir del año 1948 (no es un azar si este año se señaló en las democracias populares por el triunfo del stalinismo más implacable), son las fuerzas tradicionales de la burguesía italiana (grandes empresarios, grandes propietarios, Iglesia católica, alta burocracia del Estado), quienes, bajo los gobiernos de coalición dirigidos por la democracia cristiana con la participación de los socialdemócratas, imprimen su sello a la evolución de la sociedad italiana posterior al fascismo.

Los resultados de esta evolución son evidentes: la economía italiana ha realizado un progreso considerable, el más considerable desde la unificación del país. Las más grandes empresas de la industria privada (automóviles Fiat, productos químicos Montecatini, caucho Pirelli, electricidad y electroquímica Edison), así como las empresas controladas por el Estado (gasolina y metano E.N.I., aceros Finsider, etc.), producen hoy a precios que corresponden al nivel internacional.

Esta expansión económica ha creado una cierta prosperidad en las regiones más avanzadas, en particular en el Norte. Y, sin embargo, los problemas fundamentales que se le plantean a un Estado moderno siguen en Italia sin resolverse. Las provincias del Sur continúan estando aun hoy terriblemente atrasadas y a veces se oye esta fórmula paradójica: mientras que la Italia del Norte se parece cada vez más a Alemania, el Sur del país se parece cada vez más a Egipto.

Por otra parte, un paro endémico afecta a un promedio de dos millones de trabajadores, cifra a la que hay que añadir la de los parados parciales. La agricultura, con su organización arcaica, atraviesa una crisis que se ha acentuado durante los últimos años, caracterizándose por un nivel de producción muy bajo, producción que ha de distribuirse entre una población pletórica.

Por tanto, durante la década de 1950-1960 Italia ha sufrido una evolución sumamente desigual. La clase dirigente capitalista, aunque haya obtenido resultados apreciables en los sectores antes mencionados, se aprovecha de la renta nacional en el sentido de sus intereses, que no corresponden a los del conjunto de la sociedad.

El movimiento obrero italiano, bajo la dirección del Partido Comunista —en alianza estrecha con el P.S.I.—, no sólo ha sido incapaz de oponer a la evolución capitalista su propia solución de conjunto, sino que, además, a pesar de su fuerte influencia electoral, ha ido perdiendo constantemente posiciones, tanto en las fábricas como en el campo.

En las fábricas, la escisión sindical y el autoritarismo patronal han reducido al mínimo la resistencia obrera y la posibilidad por parte de los sindicatos de arrancar las mejoras exigidas por el progreso técnico (en este sentido, los sindicatos italianos han tenido menos influencia que la mayoría de los demás sindicatos europeos).

En el campo, las organizaciones de campesinos y obreros agrícolas se han contentado con una resistencia pasiva que ha hecho fracasar las tentativas de los propietarios encaminadas a resolver, aunque fuera parcialmente, la crisis estructural de la agricultura modernizándola (mecanización, reducción del trabajo manual, coordinación para la venta de la producción).

Así, pues, tanto en el terreno en que la clase dirigente tenía objetivos ambiciosos (industria), como allí donde se inclinaba al empirismo (agricultura), los partidos de izquierda le han dejado la iniciativa, permitiendo así que reforzara su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad.

El principal responsable de esta pasividad fundamental del movimiento obrero, el Partido Comunista Italiano, ha justificado su actitud invocando pretendidas contingencias internacionales, alegando por ejemplo que para evitar ingerencias extranjeras no había que emprender ninguna acción de envergadura (como todo el mundo sabe, Italia entraba en la zona de influencia de los Estados Unidos). Por otra parte, el P.C.I. afirmaba que la evolución de la relación de fuerzas en favor del « campo socialista » no dejaría de tener consecuencias felices, incluso en Italia, para el movimiento obrero.

Todo esto explica la crisis profunda que sufrió el Partido Socialista Italiano en 1956. El golpe sufrido por el prestigio soviético en dicho año volvió a poner en tela de juicio no sólo los problemas fundamentales relativos a la verdadera situación del « campo socialista », sino también la táctica moderada del P.C.I. que, so pretexto de unidad monolítica, había provocado tanta confusión, tantas dudas y tanto desánimo en los medios más activos de dicho partido (obreros, intelectuales, miembros que se consideraban como « revolucionarios profesionales »).

Pues bien, fué precisamente en este terreno donde la acción autónoma del P.S.I. adquirió consistencia. En efecto, este partido sometió a revisión no sólo sus juicios sobre la experiencia de los países del Este (es decir, que critica severamente la forma en que en ellos se utiliza el poder), sino también sus perspectivas, proponiendo una nueva línea de acción al movimiento obrero italiano.

Tal es la plataforma en que se han colocado, dentro del Partido Socialista, Nenni y la mayoría agrupada en torno a él. Esta plataforma fué aprobada por los congresos del Partido celebrados en Venecia en 1957 y en Nápoles en 1959. De ella se deduce que los socialistas apoyan indirectamente las corrientes democrático-burguesas que tratan de llenar, aunque sólo sea parcialmente, las lagunas de que antes hemos hablado en la evolución de la sociedad (paro, situación de la Italia del Sur, agricultura, instrucción pública), en

la medida en que esas corrientes se muestran decididas a promover una política económica diferente, menos favorable a los privilegiados y más ventajosa para los no privilegiados.

Conviene precisar a este respecto que en la antigua coalición gubernamental llamada del centro, que, aun oponiéndose a la izquierda, se oponía también a la derecha reaccionaria y neofascista, mientras la edificación económica y las relaciones de clase evolucionaron en el sentido que hemos descrito, aparecieron dos tendencias: una conservadora, la otra renovadora. La primera, que englobaba a una parte de los demócratas cristianos, los liberales y una minoría de los socialdemócratas y de los republicanos (estos cuatro partidos constituían la antigua coalición), no quería modificar el equilibrio político de la vida italiana tal como había quedado establecido durante la última década. La segunda estaba representada por el ala izquierda del partido cristiano-demócrata —es decir, aproximadamente la mitad de los efectivos de este partido, con una base considerable en la clase obrera— y por la mayoría de los partidos socialdemócrata y republicano. Esta última tendencia quería, al menos en una cierta medida, enfrentarse con los problemas que seguían sin resolver y, sin afectar fundamentalmente al poder de los industriales y de los terratenientes, reducirle al menos algo. En efecto, ¿cómo disminuir el paro y reducir las diferencias existentes entre el Norte y el Sur del país sin dar un destino completamente diferente a las inversiones, sin privar a la clase capitalista de sus derechos discrecionales?

Pues bien, si en teoría es cierto que el capital monopolista se siente inclinado a identificarse con el Estado, en la realidad los dirigentes de las grandes empresas italianas no muestran actualmente ninguna disposición a abandonar una parte del poder económico que detentan (control de las inversiones) en provecho de los hombres políticos, aunque estos estén dispuestos a dejar intactas, por lo que al fondo respecta, las relaciones de las clases en Italia. Dicho de otro modo, entre una gestión política puramente conservadora y una gestión prudentemente reformista, la clase capitalista en su conjunto —pese a algunas excepciones— ha optado por la primera y sostiene a las fuerzas que le ofrecen garantías en este terreno. En este sentido, el P.S.I. ha dado un apoyo indirecto a las tendencias reformistas del partido católico y democrático laico, en interés de sus propios objetivos.

De todos modos, dado que estas tendencias mantienen su posición anticomunista tanto en el terreno interior como en el de la política internacional, surge a este nivel una diferenciación entre el Partido Comunista y el Partido Socialista Italiano. También los comunistas se mostrarían dispuestos a apoyar eficazmente las tendencias renovadoras, pero sus intenciones chocan precisamente con ese anticomunismo.

A causa de este apoyo, calificado de « concesión » a la ideología burguesa tanto por el Partido Comunista como por la minoría del Partido Socialista, se ha acusado a la mayoría del P.S.I. de

querer tomarse sus distancias a todo precio respecto al Partido Comunista, sobre todo en materia de política extranjera, con el fin de consolidar su crédito ante el bloque burgués.

A lo que esta mayoría replica que, cuando critica la gestión del poder en los países del bloque soviético, permanece fiel a los principios socialistas y que no puede hablarse de concesión cuando se trata de corregir el conformismo de los años anteriores favoreciendo, en materia de política interior, a las fuerzas católicas y democráticas laicas que desean aplicar una política renovadora. Esta actitud resultará mucho más útil a la clase obrera que toda la oposición de los años 1948-1958, con su táctica de ataque frontal. En efecto, esta oposición, realizada por el P.C.I. y el P.S.I., unidos contra la hegemonía capitalista, no constituyó hacer fracasar a ésta, ni siquiera debilitarla. (Convendría precisar que en realidad la oposición favoreció a la hegemonía capitalista, pues sólo en apariencia atacó de frente, renunciando a la lucha en los sectores críticos en el momento decisivo).

Si en lo inmediato el P.S.I. quiere justificar con hechos su nueva posición política, tanto en el plano internacional como en el interior, de todos modos resulta que su balance no puede dar una respuesta a los problemas que hemos esbozado al comienzo de este artículo y que han mostrado a la luz del día la crisis actual del socialismo europeo.

En efecto, imaginemos la situación más favorable. Las fuerzas democráticas laicas y católicas dispuestas a innovar consiguen imponerse (por el momento, se lo impiden los conservadores) y aplicar ciertas reformas con ayuda de los socialistas. En Italia se producirá entonces un viraje político y social importante, pero sólo en el sentido de que su situación se acercaría a la que prevalece en la Europa occidental, la cual se halla muy alejada del socialismo.

Ciertamente, tales resultados constituirían una victoria importante para la clase trabajadora italiana, sobre todo si se piensa en las derrotas y en el estancamiento del movimiento obrero entre 1948 y 1958. La lucha contra el paro, por la prosperidad del Sur, por la reducción del poder de las clases privilegiadas, por el aumento de la influencia de los sindicatos, por una administración más descentralizada y más democrática, movilizaría energías y reclamaría esfuerzos que podrían devolver su impulso y su vitalidad a toda la clase obrera.

No obstante, a pesar de todos estos aspectos positivos, esta lucha podría parecer exclusivamente destinada a mejorar las posiciones de la clase capitalista, a menos que se manifestara como una inmensa iniciativa que imprimiera a la sociedad un carácter socialista, no sólo en Italia sino en la Europa occidental. Todo esto en el cuadro del internacionalismo proletario, que, a pesar de todas las deformaciones, sigue siendo uno de los valores más significativos del movimiento obrero.

Una iniciativa socialista al nivel de la Europa occidental suscitaría relaciones nuevas con el continente africano en pleno desper-

tar, gracias a una visión precisa de los problemas del mundo ex-colonial o semi-colonial, problemas decisivos en lo que concierne a la confrontación de los diversos sistemas políticos y sociales que se oponen en el mundo.

El lazo entre los objetivos inmediatos (justos en sí mismos) propios de Italia y la lucha por un renacimiento de la iniciativa socialista a escala mundial sólo puede consolidarse mediante una visión de conjunto, mediante una concepción general que se distinga de la concepción comunista, no sólo en el terreno puramente táctico, sino también en el de las perspectivas fundamentales.

El P.C. italiano ha seguido siempre una línea más oportunista que el Partido socialista. Así fué desde 1944, fecha en que tuvo lugar un acuerdo entre Togliatti y los monárquicos, hasta las maniobras recientes realizadas de concierto con los fascistas en pro de un gobierno regional en Sicilia.

El Partido Comunista italiano ha aceptado completamente el sistema capitalista que rige la sociedad italiana y sólo considera al socialismo como una perspectiva lejana que se pierde en la bruma de los tiempos. El VIII Congreso del Partido, que tuvo lugar en diciembre de 1956, así como el IX celebrado en enero de 1960, declararon que la constitución italiana actual sigue siendo válida « para todo un período histórico ». Tras este período se abrirá la era socialista. De todos modos, este oportunismo del P.C.I., su falta de perspectivas reales, se ve contrarrestado, en el plano psicológico y en el de la propaganda, en lo que concierne a la influencia del Partido sobre el movimiento obrero, por el hecho de colocarse dentro del bloque soviético, que garantiza la expansión del socialismo y su « victoria final ».

Desde la grave crisis de 1956, el prestigio soviético ha venido aumentando a partir del lanzamiento del primer « sputnik ». Por otro lado, la crisis abierta por la muerte de Stalin en la dirección soviética ha quedado resuelta, por el momento al menos. El reforzamiento simultáneo de China, la expansión revolucionaria anti-colonialista y la política del gobierno de los Estados Unidos han permitido a los comunistas —y por tanto a los comunistas italianos— trazar un cuadro del mundo en el que el campo socialista se halla en ascensión constante, mientras que el bloque imperialista se halla sujeto a una decadencia irremediable.

En consecuencia, los comunistas no pierden ocasión de insistir sobre el reforzamiento ulterior de lo que ellos creen que es el socialismo : la relación de fuerzas, entre el Este y el Oeste, dicen, va a sufrir un cambio decisivo a la vez en el plano militar, en el económico y en el político. Como dicen los chinos, puesto que el viento del Este es más fuerte que el del Oeste, acabará por barrer al capitalismo de toda la superficie del globo y el régimen que hoy caracteriza al bloque soviético se instaurará en todas partes.

Por muy gratuitas que puedan ser estas afirmaciones, ofrecen la ventaja de presentar claras perspectivas que llenan de optimismo y de energía a los militantes del « campo socialista ».

El movimiento socialista oficial no tiene nada que oponer a esta visión del mundo. La Internacional Socialista apenas es hoy algo más que un organismo diplomático. Sus argumentos, fríos y sensatos, no nos dicen cómo podrá alcanzar el socialismo sus objetivos. Y si en los países donde existen fuertes tradiciones el socialismo democrático no está en condiciones de proponer a sus militantes un ideal poderoso, parece que será escasa la influencia que pueda ejercer en un país como Italia, donde la tradición socialista ha sido siempre « izquierdista » y donde el partido socialdemócrata es bastante débil.

Es, pues, evidente que si el socialismo quiere superar la influencia comunista sobre la clase obrera, tiene que dar de las fuerzas en acción y de las perspectivas de futuro una imagen tal que se oponga punto por punto a la interpretación comunista. (Y en este sentido no pensamos sólo en los países capitalistas avanzados, sino también en las regiones subdesarrolladas del tercer mundo e incluso en el proletariado del bloque soviético.)

El socialismo debe empezar por probar que el régimen del bloque soviético no es el « socialismo » y que ese régimen no podrá reinar sobre el mundo entero. Por otra parte, deberá presentar ejemplos de regímenes verdaderamente socialistas o de tendencias socialistas auténticas que se opongan al ejemplo ruso. Sólo en este contexto las particularidades de la situación italiana y las perspectivas políticas inmediatas propuestas por el P.S.I. podrían adquirir una significación general.

La carencia de perspectivas de conjunto y de lazos entre los objetivos inmediatos y los lejanos hacen que la línea actual del P.S.I. se halle sometida a la crítica y a la presión constante de la izquierda ; no sólo de la pretendida izquierda del P.C.I., oportunista en el plano interior y turiferario encarnizado de quienes mandan en el Este en el plano exterior, sino también de la verdadera izquierda. Nos referimos a esa izquierda que no quiere aceptar el punto de vista según el cual el único deber del socialismo es preferir unas soluciones a otras, pero siempre dentro del marco de la sociedad capitalista.

Esta crítica y esta presión impiden que el P.S.I. encuentre en las filas de la clase obrera y entre las fuerzas dinámicas de la sociedad la aprobación y el apoyo que necesita urgentemente, aunque sólo sea para realizar sus objetivos inmediatos.

Ya hemos dicho que el P.S.I. es, de todos los partidos, aquel cuya influencia y efectivos han aumentado más en el curso de los siete últimos años. Ello se debe a que ha sido este partido el que ha abordado más francamente los nuevos problemas, mostrándose dispuesto a examinarlos y a analizarlos, naturalmente dentro del espíritu del pensamiento socialista, pero sin dogmatismo estéril. Aun puede aumentar más su influencia si toma posición frente a los intereses de las potencias del Oeste y del Este, hasta traducir en una síntesis doctrinal las experiencias socialistas de medio siglo, dejando a la discusión y a la crítica la posibilidad de expresarse

y trazando las grandes líneas de la acción socialista en la escala mundial.

La crisis actual no puede ser resuelta mediante una adaptación progresiva a las condiciones del capitalismo occidental, como hacen casi todos los partidos socialistas europeos, a través de diversas modificaciones de sus programas, todos ellos caracterizados por la ligereza con que se analiza la sociedad industrial moderna, dejando de lado la cuestión de las clases, así como la de las relaciones entre el poder político y el poder económico.

El P.S.I. tiene en cuenta la crisis fundamental del socialismo actual. En el plano político, critica desde luego este « revisionismo » occidental (muy diferente del revisionismo de los países del Este), pero en el plano de la investigación no oculta sus simpatías por las revistas y los grupos intelectuales que tratan de proyectar luz sobre ciertos fenómenos descuidados por ese mismo revisionismo.

De todos modos, esta actitud, plausible en sí misma, no puede sustituir a un renacimiento orgánico del socialismo, en tanto que doctrina e iniciativa política. Por su parte, los socialistas italianos pueden desde luego participar en tal renacimiento, pero éste sólo puede producirse en el plano internacional.

Giorgio GALLI

"EDICIONES SOCIALISMO"

(Cuadernos de información política)

Las « Ediciones Socialismo », de Santiago de Chile, prosiguen su interesante labor de información y de educación. Hasta el presente han publicado los siguientes folletos :

- « La experiencia de la Primera Internacional » ;
- « Frente único y lucha de clase » ;
- « Cuba : una experiencia heroica » ;
- « Coexistencia o guerra » ;
- « La crisis política argentina » ;
- « La lucha sindical en Chile » ;
- « Revolución o vía pacífica ».

Próximamente publicarán :

- « La interpretación materialista de la Historia », por Harold J. Lasky.
- « Antecedentes filosóficos del marxismo », por Oscar Waiss.
- « ¿Qué es la Revolución de Octubre? », por León Trotsky.
- « El internacionalismo proletario », por V. Vlahovic.
- « Perspectivas económicas internacionales », por M. Pablo.

Tenemos a la disposición de nuestros lectores ejemplares de los folletos publicados.

Latinoamérica y el imperialismo

Por L. A.

En el editorial de presentación de « TRIBUNA SOCIALISTA » escribíamos : « La Revolución Cubana ha inaugurado una nueva etapa en América Latina ». Los acontecimientos de las últimas semanas lo han confirmado plenamente. El movimiento de emancipación de los pueblos coloniales y semi-coloniales, iniciado en Asia durante la segunda guerra mundial, está en pleno apogeo en Africa y comienza a manifestarse con extraordinario vigor en América Latina.

El fenómeno presenta un enorme interés para los trabajadores españoles y para el futuro de nuestro país. De ahí que el franquismo lo vea y lo juzgue con una gran inquietud. Recientemente, « A B C » publicó un editorial en el que decía : « Desde el Caribe hasta la Patagonia, América hierve ». El castrismo ha sembrado por doquier inquietud y peligro. Ha exasperado a las masas con programas utópicos de imposible realización ».

Comprendemos perfectamente las angustias de los caballeros de la « Hispanidad ». Sí, América Latina está en plena efervescencia. Y las fuerzas de liberación que allí se manifiestan son las aliadas naturales del pueblo español. Por lo tanto, es necesario conocerlas y saber cómo y por qué combaten.

Inauguramos en este número una sección destinada a estudiar los problemas de América Latina. Daremos la palabra a los representantes de las fuerzas obreras y populares y a los jóvenes intelectuales revolucionarios de dicho continente, los cuales podrán expresarse con entera libertad.

ANALIZANDO la actividad del imperialismo (especialmente el yanqui) en los países de América Latina, tenemos un índice bien claro del constante proceso de explotación, atraso económico y social y descapitalización progresiva a que se ven sometidos nuestros pueblos por la acción de los monopolios. Esta acción del imperialismo, dirigida a mantener a los países subdesarrollados en la situación de dependencia directa de las metrópolis, se efectúa mediante dos armas fundamentales que tipifican y configuran la política seguida por el mismo : a) Inversión de capital financiero y b) Comercio internacional. Veamos cómo juegan ambas.

El imperialismo como fase más reciente y avanzada del capitalismo, se caracteriza por la exportación de capitales.

Debido a la formación de grandes monopolios y al desarrollo desigual de las distintas ramas productivas en los países imperialistas se produce la acumulación de un « exceso » de capital que no encuentra ocupación lucrativa en el mercado interno. Este « exceso » de capital es exportado a los países atrasados, donde los salarios bajos y el precio relativamente bajo de la tierra asegura grandes beneficios que compensan la tendencia decreciente de los mismos en la metrópolis. Además, tras la exportación de capitales se esconde la exportación de mercancías ya que las empresas instaladas de propiedad de los monopolios trabajan con maquinarias, materias primas y combustibles que importan del país de origen. Asimismo, a través de vinculaciones económicas y políticas, los monopolios controlan el comercio interior y exterior.

La exportación de capitales se efectúa en dos formas clásicas ; a saber : 1) las inversiones directas y 2) los empréstitos. Ultimamente predominan las primeras y los empréstitos han tomado otro carácter. El país imperialista o el organismo internacional que realiza el empréstito, quiere participación en las empresas y exige condiciones o « clima favorable » y que las compras se efectúen en su país, etc. (Eximport — FMI).

Las inversiones y préstamos que concedan los países imperialistas no son ni mucho menos la « ayuda desinteresada » de la que hablan los apologistas del capitalismo. La experiencia demuestra que lo que ellos buscan son los beneficios más elevados posibles para los monopolios.

Si estudiamos las inversiones yanquis en América Latina vemos que han pasado de 754 millones de dólares en 1908 a 7.000 millones de dólares en 1957. Sólo entre 1945 y 1952, Estados Unidos entregó en concepto de « ayuda financiera » 780 millones de dólares y recibió en cambio de los países latinoamericanos, en concepto de amortizaciones, intereses, utilidades y servicios la suma de 5.830 millones de dólares o lo que es lo mismo recibió 7 dólares por c/u. que invirtió. Para poder pagar este exceso, los países de América Latina han debido exportar más de lo que importan, comprimiendo los consumos y restringiendo la capitalización interna. Como resultado de ello, el desarrollo económico se realiza a un ritmo muy lento.

Si examinamos ahora las ramas productivas en las que se emplean las inversiones de los monopolios imperialistas, vemos que ellas se hacen principalmente con el fin de acaparar las fuentes de materias primas y sobre todo los llamados materiales estratégicos que necesitan para su industria. De acuerdo con esta política acaparan petróleo en Venezuela, Perú y ahora Argentina ; cobre en Chile ; hierro en Brasil, Perú, Venezuela y México ; manganeso y bauxita en Brasil, etc. Es interesante al respecto la opinión de la CEPAL, a través de su informe de 1957 en el que dice : « La inversión extranjera (en América Latina) se concentra ahora en un

LATINOAMERICA Y EL IMPERIALISMO

grupo reducido de operaciones y no desempeña gran papel en la formación de la infraestructura económica y social sobre la cual debe basarse todo nuevo crecimiento económico. Esto es natural ya que el inversor privado —fuente principal de recursos— no se interesa en desarrollar servicios o la producción de alimentos en el mercado interno sino que invierte en aquellas ramas que le reportan grandes utilidades » ; y agrega « Si un país trata de desarrollar estos recursos (servicios sociales, alimentos) y guardar los beneficios para sí, descubre que no puede contar con préstamos financieros ».

Analicemos ahora la otra forma de expoliación, no menos eficiente : el comercio internacional.

La naturaleza del comercio exterior de los países latinoamericanos se caracteriza por depender de la venta de materias primas y productos alimenticios a un número reducido de países imperialistas que dominan el mercado.

A su vez, compran a estos países productos manufacturados y maquinarias. Es sabido que los precios de las materias primas tienden a disminuir y los de los productos elaborados a aumentar.

Un estudio de la ONU calcula la caída de los precios de las materias primas, en lo que va del siglo y para el conjunto de países subdesarrollados, en un 40 %. En cuanto a América Latina, reproducimos un cuadro interesante con los productos principales objeto del comercio exterior :

Productos	3° trimestre 1957	1° trimestre 1958
Lana	96 %	77 %
Cobre	81 %	65 %
Plomo	97 %	81 %
Cinc	95 %	80 %
Café	95 %	80 %
Maíz	81 %	76 %

(Nota : Tomamos como base 100 los precios pagados en 1953.)

Pero los inconvenientes de la dependencia del comercio exterior van aún más lejos. Las crisis económicas que sufren los países imperialistas, afectan a los países subdesarrollados. Su situación de dependencia hace que cualquier restricción en el mercado produzca grave consecuencia. Esto se ha puesto de manifiesto actualmente debido a una contracción del mercado estadounidense que ha provocado la disminución de las importaciones con el consiguiente perjuicio de los países que dependen del comercio exterior.

Vemos, pues, cómo la explotación de los países atrasados por las metrópolis mediante las inversiones y el comercio internacional mantiene y recrea continuamente el atraso de dichos países.

L. A.

¿Hacia dónde va Chile?

Por OSCAR WAISS

El compañero Oscar Waiss, dirigente del Partido Socialista de Chile, autor de diversas obras, entre las que merece destacarse « Nacionalismo y Socialismo en América Latina », inicia su colaboración en nuestra revista con el artículo que publicamos a continuación.

DESPUES de veinte años de gobiernos más o menos camuflados de izquierdismo, hemos completado dos de gobierno indisimuladamente reaccionario. Los trabajadores han podido hacer, pues, una doble experiencia : la de la dirección socio-económica de la burguesía y algunos sectores de la pequeño-burguesía, a través de su partido más representativo, el Partido Radical, y la de una orientación típicamente regresiva, inspirada por el imperialismo norteamericano a través de los círculos de la alta finanza, la oligarquía y los grupos adheridos a las grandes empresas extranjeras, cuyos portavoces son el Partido Liberal, el Partido Conservador y, en una gran medida también, el Partido Radical, que se desplaza velozmente hacia la derecha.

Paralelamente a esta experiencia, el mundo en que vivimos ha sufrido una rápida evolución. La última guerra mundial provocó una variación sustancial de las fuerzas en pugna. Vivimos una época profundamente revolucionaria, debido al crecimiento incontenible de las fuerzas socialistas en algunas zonas del mundo y al efecto que este desarrollo provoca en las masas, tanto de los países industriales, como de los países coloniales o subdesarrollados. La coexistencia es un lujo que no podrán permitirse por muchos años los equipos dirigentes del imperialismo monopolista.

En un marco histórico y geográfico como el diseñado precedentemente, el gobierno actual de nuestro país no resulta anacrónico. En una u otra forma, la red mundial de intereses de los monopolios capitalistas se agencia gobernantes hechos a su imagen y semejanza. Sutilmente, unas veces, a través del delicado sistema « democrático » de las elecciones « libres », burdamente, otras, a través de los pedestres cuartelazos o golpes de Estado, designan sus lugartenientes y los financian, si no con excesiva largueza, por lo menos con dádiva prudente. El enfrentamiento de estas fuerzas, en la amplia geografía planetaria, se expresa en América Latina, ya sea tumultuosamente en la explosión revolucionaria de Cuba, ya sea ordenadamente en el entronizamiento de un gobierno reaccionario en Chile. Por un lado, la vida, el riesgo y la esperanza y, por el otro, la hipocresía, la conformidad y el desaliento.

EL ESPEJISMO QUE MURIO PARA SIEMPRE

Las experiencias históricas sirven para que las masas —que son las que edifican el futuro— saquen consecuencias y aprendan. En Chile, los trabajadores han hecho la experiencia, y muy a fondo, de los gobiernos híbridos de colaboración, tanto en la época del frente popular como en la de la insurgencia ibañista.

El gran error de los partidos de la clase obrera, en una oportunidad como en la otra, fué el de permitir que los puestos decisivos quedaran en manos de los sectores burgueses. El Partido Radical, en la etapa del Frente Popular, jugó el mismo papel que el Partido Agrario Laborista y los grupos nacionalistas en la del general Ibañez. Se produjo un vertiginoso trasvasijamiento de sectores sociales afectos al radicalismo hacia la corriente ibañista, y eso explica el resultado electoral de 1952. Al frente quedaron, potencialmente, las mismas capas sociales, que son las que hoy sustentan al señor Alessandri.

Tanto los gobiernos del frente popular, como el de Ibañez, salvo fluctuaciones temporales, sirvieron de para-rayos del ímpetu popular, que buscaba un cauce revolucionario ; analizados retrospectivamente, representan un gigantesco escamoteo del ascenso combativo del pueblo ; y poco valen ya, como excusas, las circunstancias que pudieron ser aprovechadas por una dirección política responsable. Porque tal vez recordemos siempre, con cierto rubor, las oportunidades perdidas y la forma como los políticos profesionales de la burguesía manejaron cómodamente la situación. Todos esos gobiernos no modificaron la estructura económica de Chile, no aventaron a los traficantes de nuestras riquezas naturales, no aumentaron la participación de los trabajadores en el goce de la renta nacional y ni siquiera pudieron mejorar sus condiciones de vida, en una forma mínima. Lo que pudieran exhibir en el plano del progreso industrial, no es otra cosa que el crecimiento vegetativo de las fuerzas productivas nacionales, por lo que al pregonar estas realizaciones no hacen más que vestirse con galas ajenas.

Quienes han inventado la teoría del « péndulo », que muestra a los radicales oscilando históricamente desde el lado « bueno », el de los trabajadores, hasta el lado « malo », el de la oligarquía, olvidan que ahora toda la pared ha cambiado de sitio y el movimiento oscilatorio del Partido Radical carece —históricamente hablando— de sentido y —socialmente— de toda significación. Queremos decir que esa experiencia está consumada y superada ; la época actual requiere nuevos métodos y otra conciencia ; los gobiernos de « izquierda » son un espejismo que se desvaneció definitivamente ; los trabajadores chilenos saben ya que no será a través de argucias electorales como recuperarán el terreno perdido.

Para hacer frente a las nuevas tareas se necesita, también, la voluntad de resolverlas con un espíritu nuevo, lo que es especialmente válido para nosotros, socialistas, que tenemos a veces la tendencia a repetir mecánicamente algunas fórmulas desgastadas por el uso.

LAS CIFRAS FRIAS Y LA VIDA ARDIENTE

El gobierno Alessandri representa genuinamente a los sectores sociales ligados a las empresas extranjeras y al dominio de la tierra. En el len-

guaje del fraude político cotidiano, este gobierno dice representar la legalidad, el orden y la paz social. Pero en el idioma real del pueblo, sólo significa más sacrificio, más miseria y más hambre.

El señor Alessandri mantiene las formas de la democracia burguesa y condesciende, a veces, a tratar y parlamentar con los dirigentes obreros. Mientras se procesaba al presidente de la Central Unica de Trabajadores por participar en un mitin de protesta ante el alza del costo de la vida, y se le arrastraba a la cárcel, el Presidente de la República le enviaba una larga epístola. En esa carta, que desnuda la orientación social del régimen, se emplean muchos guarismos, porque este gobierno, llamado de « los gerentes », se caracteriza por disimular la realidad con estadísticas. Son estadísticas falsas, pero impresionan. Por eso yo no me inclino a estimular la tendencia « economista » que, generalmente, sustituye la indigencia teórica por un barniz numérico. No pretendo exagerar esta posición, pero considero útil expresarla.

En la carta de mi referencia dice el señor Alessandri : « Ningún hombre consciente y con un conocimiento mínimo de los problemas nacionales ignora que no existe ninguna posibilidad de que la economía del país esté en condiciones de pagar los reajustes que ahí se proponen (en el Memorandum de la Central Unica de los Trabajadores). »

Mientras tanto, el diputado José Cademartori ha leído en la Cámara a que pertenece las cifras que reseñan las utilidades de algunas empresas. Veamos algunas : Gleisner, con 100 millones de capital, 92 millones de utilidades en un año ; Papeles y Cartones (la Empresa del Presidente de la República), con 10.421 millones de capital, 2.142 millones de utilidad ; S.A. de Productos Eléctricos, con 261 millones de capital, 408 millones de utilidad ; Braden, con 2.332 millones de dólares de capital, 20.932 millones de dólares de utilidad. El Banco de Chile ha obtenido en seis meses 1.115 millones de pesos de utilidad.

Este porcentaje de utilidades no es una excepción ; los Bancos y las Empresas obtienen en Chile dividendos verdaderamente increíbles ; es, entonces, falso el argumento esgrimido por el señor Alessandri cuando sostiene en el mismo documento : « La situación que se crearía en el sector privado no es menos disparatada, ya que de acuerdo con la nueva política puesta en práctica por el Gobierno, los reajustes otorgados por éste, lo han sido con cargo a las utilidades de las empresas. Ocurre, entonces, que a esta altura del año, ellas no tendrían medios para pagar el efecto retroactivo de un mayor reajuste y se verían impelidas a elevar los precios de inmediato para poder cubrir los nuevos aumentos, fuera de que ese pago retroactivo agravaría aún más el problema derivado del incremento de los gastos públicos a que me acabo de referir ».

Si se colocan frente a frente las afirmaciones del Jefe del Estado con las cifras esgrimidas por el diputado Cademartori, la intención oficial salta a la vista. El actual régimen se preocupa de que la extracción de nuestras materias primas no se encrezca por los aumentos de la mano de obra ; resguarda celosamente el anacrónico sistema de producción agraria, que es cada día más insuficiente para responder a las necesidades elementales de la población ; no se propone, siquiera, intensificar la producción industrial y diversificarla, a través de un mercado común latinoamericano, en que se

eviten las fricciones entre los intereses contrapuestos de las burguesías nacionales. Su única salida es la intensificación del dominio de clase sobre los asalariados, la reducción de sus niveles de vida, la congelación de sueldos y salarios, el aplastamiento de toda reivindicación obrera, y todo ello hipócritamente descrito como un « saneamiento » de la economía nacional. La magnitud de las consecuencias, que de tarde en tarde preocupa a algún político « progresista » vinculado al Departamento de Estado, sorprenderá a nuestros gobernantes, que suelen olvidar, demasiado a menudo, que quien siembra vientos cosecha tempestades.

EL CAMPESINO SE ASOMA A LA HISTORIA

La última elección presidencial reveló una circunstancia que suele ser subestimada por los partidos de la clase obrera. Por primera vez en la historia de Chile los campesinos demostraron una voluntad colectiva. Zonas en que siempre habían predominado los señores feudales, exhibieron una votación sorprendente en favor del candidato de las izquierdas. El campesinado, clase tradicionalmente pasiva, especie de tribu perdida del frente de trabajadores, reclamaba un lugar en la barricada del pueblo. Desgraciadamente, esta circunstancia no ha sido aprovechada por el FRAP, que ha permitido el retroceso en ese frente, con un descuido que debemos criticar con severidad.

Finalizada la campaña electoral, debió darse preferencia a la organización campesina, a la educación de sus cuadros, al mantenimiento de los lazos de todo orden creados con los obreros de las ciudades ; por ningún motivo debió esperarse otra campaña electoral, porque eso hace creer a los campesinos —y con bastante razón— de que sólo se les busca como aporte electoral. Se ha perdido un tiempo precioso por desidia e incapacidad de la dirección. La desviación « electoral » frena el impulso revolucionario y castra la combatividad de las masas.

Hace algunos años se consiguió en Chile unificar el movimiento de los empleados, tanto del sector público como del privado, con el de los obreros. Los empleados comenzaron a utilizar tácticas de lucha típicamente proletarias, como la huelga y la agitación en las calles. La Central Unica de Trabajadores cuenta en su seno con la mayoría de los gremios de empleados y su propio presidente es el viejo dirigente de los empleados públicos, Clotario Blest. Esta es una conquista muy valiosa, conseguida a través de la acción unitaria, durante los gobiernos de frente popular. Quince años de lucha han consolidado esta unidad.

Algo similar debió haberse logrado con los campesinos, a través de la lucha electoral del año 1958 y durante los dos años de régimen alessandrista. Esta tarea es una de las primordiales, si se quiere movilizar un contingente mayoritario hacia la revolución socialista chilena.

Las capas privilegiadas son demasiado hábiles y experimentadas para jugarse su suerte a una sola carta. Calculan también que, algún día, la presión popular podrá ser tan intensa que arrase al autoritarismo alessandrista. En este momento, tendrán que sacar de su manga otra baraja. Ella podría ser un radicalismo nuevamente izquierdizado (¿la teoría del péndulo?) o, lo que es más probable, un partido muy idealizado, muy espiri-

tual, barnizado de excelentes intenciones, en resumen, la democracia cristiana.

Aún en círculos de avanzada existe la tendencia a disimular los verdaderos propósitos, para no « asustar » a los sectores intermedios, olvidando el camino recorrido por las fuerzas de la revolución en los últimos años. Gentes como esas suelen aconsejar a los militantes que oculten su « marxismo ». A este respecto, un socialista inglés, Raffle, publicó en el « New Stateman » este « sermón imaginario » :

« Hermanos míos, nuestras iglesias se vacían cada vez más, y es preciso rendirse a la evidencia : nuestro mensaje no atrae a las multitudes. La razón de este alejamiento se encuentra, según mi opinión, en nuestra obsesionada adhesión a Jesucristo.

« Hubo un tiempo durante el cual los llamamientos a la caridad, al amor, a la fraternidad, al término de las injusticias y a la expulsión de los mercaderes del templo, en una palabra, la imagen del cristianismo según Cristo tenía una gran resonancia. Ya no es el caso de hoy. Los valores han cambiado, las injusticias se han atenuado. Los ricos son ahora menos ricos y los mercaderes, es preciso reconocerlo, tienen una misión que cumplir en la sociedad. Ninguna fe, que se base en principios caducos, tiene posibilidades de conseguir fieles. Es por esto que yo os digo : abandonemos a Jesucristo y nuestro cristianismo reformado saldrá fortalecido ».

Son estos argumentos los que llevan a muchos socialistas a abandonar el socialismo y los que permiten, a contrario sensu, la falsificación de las soluciones socialistas por los ideólogos del social-cristianismo. Cuando el camino del asalto al poder, arrasando con toda la maraña de legalismos democráticos, se imponga ante las masas como la única solución, aparecerán los fariseos de la democracia cristiana exhibiendo sus buenas intenciones, esas mismas buenas intenciones con que está empedrado el camino del infierno. Ellos también atacarán violentamente al gobierno y a la oligarquía, ellos también hablarán de revolución agraria, ellos también utilizarán trucos populacheros y audaces. Pero a sus espaldas tendrán a la misma oligarquía criolla, a los mismos intereses empresarios, a la misma burguesía aprovechadora y, además, *last, but not least*, a la Iglesia.

NUEVOS TIEMPOS, NUEVAS LUCHAS, NUEVOS METODOS

La terrible presión combinada de la variación mundial en las relaciones de fuerzas del capitalismo y el socialismo y del aplastamiento económico de las clases productoras en el plano nacional, están desarrollando condiciones vertiginosas de ascenso popular y de ofensiva de clase.

El mayor enemigo de esta ofensiva es la debilidad de la dirección política que retrasa inútilmente el proceso ; porque una cosa es mantener inmovible la ideología marxista y otra, muy diferente, creer que ello significa perpetuar la rutina. La verdad es que tantos años de orfandad teórica, de practicismo casi oportunista, resultan un lastre para abordar con agilidad estos tiempos en que muchos hechos van a precipitarse, sin darnos casi tiempo para reaccionar.

Debemos prepararnos para actuar de una manera muy distinta a como lo hemos hecho en los últimos años, si queremos que el socialismo dirija

la batalla por la conquista del poder, que es algo más importante que una lucha parcial o electoral. Y si no estamos dispuestos a encabezar esa acción definitiva, si no comprendemos que la historia nos empuja en este momento hacia un desafío revolucionario, serán las propias masas las que se darán una dirección adecuada.

Chile no ofrece condiciones geográficas para una guerra de guerrillas al estilo cubano. En cambio, tiene una magnífica tradición huelguística. No es difícil predecir una ola de huelgas, impulsada por la política congelatoria del gobierno. Pues bien : hay que unir a la huelga la ocupación del sitio de trabajo (mina, fábrica, oficina, fundo) para demostrar a los trabajadores que tienen el derecho a mantener su medio de subsistencia. Y la ocupación debe ser seguida por una campaña de solidaridad de los trabajadores de la misma industria, del barrio, de la ciudad o de la zona. Hay que tratar de ampliar cada lucha, transformándola de lucha parcial en lucha general, de lucha económica en lucha política. A través de una acción semejante se podrá dinamizar la ofensiva de las masas y nuestra versión de la Sierra Maestra será una versión chilena, nacida de nuestra tradición y de nuestra experiencia, en la que la guerra de guerrillas será sustituida por la ocupación de las minas y las fábricas.

No pretendo que esta acción elimine totalmente los métodos usuales de la lucha económica, pero señalo una tendencia, una intención política, que requiere un programa revolucionario y una voluntad revolucionaria. Las condiciones objetivas existen : falta el elemento subjetivo direccional, que las masas buscarán y encontrarán. Algo de ello hemos visto, espontáneamente, en las últimas luchas de la Central Unica de Trabajadores. De lo que se trata es de sustituir la espontaneidad por el método, la improvisación por el plan.

OSCAR WAISS.

Santiago de Chile, 1º de Febrero de 1961.

« TRIBUNA SOCIALISTA »

puede adquirirse en las siguientes librerías :

Librería Española (Ediciones Hispanoamericanas)

26, rue Monsieur-le-Prince, Paris (6°).

Librairie H. Sauramps

34, rue Saint-Guilhem, Montpellier.

Librairie L.E.E.

1, boulevard d'Arcole, Toulouse.

« Le Livre »

9, rue Thiers, Bayonne.

Apuntes sobre la realidad colombiana

Por FRANCISCO POSADA-DIAZ

El presente artículo es una parte de un largo estudio inédito titulado « Esquema de la realidad colombiana », obra del joven escritor Francisco Posada-Díaz, director de la revista « Tierra Firme » de Bogotá. Posada-Díaz colaborará regularmente en nuestra revista.

LA situación actual del campo colombiano es la siguiente : En nuestro país, el 15 % de la superficie cultivable se dedica a la agricultura y el 85 % a la ganadería. Sin embargo, de la actividad agrícola se derivan el 75 % de los ingresos de la población y del 40 al 50 % del ingreso nacional. El café, nuestro principal producto, suministra más de las 3/4 partes de las divisas disponibles para las importaciones. La insostenible desigualdad en la distribución de la tierra se manifiesta en dos casos extremos : el 55 % de los campesinos tienen acceso sólo al 3.5 % de las tierras ocupadas y el 3 % de los propietarios concentran el 55 % de las tierras fértiles. El resto de la población campesina lo integra un vasto ejército de aparceros, jornaleros y asalariados. El control del mercado cafetero lo ejercen los Estados Unidos. Sin una elevación sustancial del ingreso por habitante en el campo, no será posible ni una empresa de industrialización a largo plazo, ni una ampliación radical de la industria nacional existente, ni, por lo tanto, una política de desarrollo económico independiente.

Todo lo anterior nos obliga a desembocar en la siguiente conclusión : el porvenir de nuestro desarrollo económico depende de lo que suceda en el campo. La reforma agraria se inscribe, como una necesidad, en los hechos. Sin embargo, la llamada burguesía nacional, por su composición misma y por sus nexos con el capital extranjero, especialmente con el capital norteamericano, no puede, ni podrá, llevar a cabo esta tarea.

El examen de la estructura del capitalismo en Colombia nos permite afirmar que la burguesía es incapaz de concebir y realizar cualquier movimiento que tienda *efectivamente* a la transformación del *statu quo*. Entre otras razones porque algunas de sus capas serían afectadas de modo irreparable y directo (burguesía comercial ligada al capitalismo extranjero, etc.), porque otras temen sufrir perjuicios transitorios (empresas constructoras, etc.), o, en fin, porque, seguramente beneficiadas con medidas revolucionarias, sus relaciones con el capital extranjero (ciertas empresas mixtas) o su debilidad estructural en el conjunto del capitalismo (monopolios netamente nacionales) las condenan a la pasividad.

No se debe descartar la importancia que ciertos sectores de la burguesía puedan tener como factor de liberación nacional. Ahora bien, sería erróneo dejar la dirección de la política nacionalista en manos de la burguesía. Más aún: la política de alianzas por la liberación nacional contra el imperialismo no debe llevarse a cabo con la burguesía en bloque, sino, en la medida de lo posible, buscando contactos con las zonas que puedan interesarse por un programa de auténtica reforma agraria y de reivindicaciones nacionalistas.

UNA POSICION NACIONALISTA Y REVOLUCIONARIA

La burguesía es incapaz de constituir a Colombia como nación. Ahora bien, ¿a qué capas de la sociedad colombiana se ha desplazado el cumplimiento de esa política nacionalista y revolucionaria? A las masas populares en su conjunto. Sin embargo, algunos escritores, utilizando fórmulas clásicas del marxismo, sitúan la contradicción principal del país en la lucha de la burguesía contra el feudalismo. Cuando Engels trataba el problema de Rusia y atacaba las teorías de Tkatschhoff, para quién la situación campesina anterior al capitalismo era la que verdaderamente colocaba al borde del socialismo, no lo hacía sino para denigrar una posición que, en la época, ignoraba, como él mismo dice, « el abc del socialismo » (1). El apoyo a la burguesía, contra el feudalismo, era en la Rusia de la época, una posición progresiva, porque significaba, para parafrasear al mismo Engels en términos modernos, que la burguesía era un supuesto necesario del desarrollo económico. Sin embargo, este planteamiento no se reproduce en nuestro tiempo en los países subdesarrollados del mundo. Decir: únicamente por medio de la industrialización efectuada por la burguesía es posible crearle bases firmes a un pueblo, es una verdad a medias. Porque cualquiera sabe que la forma del capitalismo actual es el imperialismo. Si la reacción feudal fué el enemigo mortal de la burguesía, para los países subdesarrollados lo es el imperialismo. ¿Cuál es, entonces, la manera de romper con el « círculo infernal » del subdesarrollo? El marxismo vulgar reemplaza el análisis concreto por el dogma: la industrialización llevada a cabo por una burguesía nacional que, por su interés (!), entre en colisión con el feudalismo (!) y el imperialismo (!) y pueda establecer las bases de una futura independencia nacional. La clase burguesa vuelve a ser la clase universal. Sin embargo, la argumentación misma está sobrecargada de supuestos implícitos y sin dilucidar. Por ejemplo: ¿porqué, si el esquema se reproduce, hablar de « burguesía nacional », de « imperialismo », de « subdesarrollo o colonialismo », etc.? ¿Es que esta concepción se apoya en una posición de principio? ¿Es nuestra burguesía nacionalista? ¿Es nuestro nacionalismo burgués? La fase imperialista del capitalismo deforma totalmente la anterior situación y la burguesía ya no es nacionalista, ni el nacionalismo es ya burgués. La contradicción central es hoy en día no la oposición, real en cierta medida pero no dominante, burguesía-feudalismo, sino

(1) Marx-Engels, *Ausgewählte Schriften*, t. II, Dietz Verlag, Berlin, 1958, p. 42.

el antagonismo más amplio, condicionante de todos los otros fenómenos y, por lo mismo, decisivo, desarrollo económico nacional-imperialismo.

Hemos dicho antes que la política nacionalista y revolucionaria se ha desplazado a las masas populares en su conjunto. Con todo, esta afirmación —que no excluye la participación de ciertas capas de la burguesía en la medida antes señalada— es, apenas, punto de partida para un conjunto de problemas de diverso orden. Tomemos uno de ellos : la clase obrera.

La experiencia de la actividad revolucionaria en Colombia ha demostrado que el destino de la clase obrera ha sido semejante al destino del proletariado en los grandes países industriales. En éstos, después de una fase más o menos larga de agitación revolucionaria, de grandes luchas políticas y sindicales, la elevación del nivel de vida y la obtención de ciertas conquistas ha dado por resultado un paso hacia el reformismo. Pero esta confrontación no es más que una semejanza : nuestra clase obrera jamás llegó a pasar por el período heroico revolucionario ; del embrión prerrevolucionario de luchas espontáneas pasó, en sus sectores más avanzados, al puro sindicalismo. Existe, pues, dentro de la clase obrera, una división entre grupos más o menos « privilegiados » y otros con bajo nivel de vida. Sin embargo, este cuadro clásico se ve modificado por ciertos factores que permiten afirmar que si bien nuestro proletariado no se encuentra en una situación típicamente revolucionaria —como el caso del campesinado—, tampoco se halla en una situación típicamente reformista. Por ejemplo : a diferencia de muchos países subdesarrollados en donde el sector capitalista evoluciona a un ritmo ascendente, nuestro capitalismo evoluciona a un ritmo muy lento, casi estacionario. Las compañías extranjeras, en el ramo de las industrias extractivas (petróleo), realizan una política de « zonas de reserva » y no de expansión, idean nuevos métodos de organización del trabajo que desembocan en la utilización de un menor número de obreros ; las compañías nacionales monopolísticas arruinan a sus competidores y se limitan a introducir sus productos intensivamente, sin preocuparse por una ampliación de las ventas a otros sectores de la población ; en fin, todo ello se manifiesta en la tendencia demográfica revelada por el Departamento Nacional de Estadística : en Colombia, el movimiento de la población urbana es relativamente regresivo y el movimiento de la población rural es relativamente progresivo. Este *destino ambiguo* de nuestra casa obrera está enraizado, naturalmente, en las características peculiares de nuestro subdesarrollo y puede abrir diversas posibilidades. Los trabajadores colombianos pueden adquirir, en un momento dado, conciencia de sus intereses y manifestar una actitud revolucionaria. O pueden mantenerse en la impotencia que significa ser apéndice de todos los movimientos políticos o, como sucedió el 9 de abril de 1948, lanzarse a la revuelta espontánea y desesperada.

Actualmente, nuestra clase obrera es el fruto de un monopolismo momentáneamente estabilizado y, en estas circunstancias, hoy por hoy no puede cumplir el papel de ser *vanguardia* de un movimiento revolucionario ; la energía revolucionaria está *condenada* en el campo.

La relación entre estas dos clases oprimidas plantea una cuestión decisiva : la dirección del movimiento. O sea : el de la procedencia de los cuadros. No es posible que en situaciones como la de Colombia, en que,

por un lado los campesinos, sumidos en su letargo colonial, vegetan en la miseria y, por otro, los dirigentes obreros « consagrados » se circunscriben a defender los intereses más inmediatos, la clase obrera pueda poner sus propios cuadros al servicio de una revolución que ellos mismos obstaculizan, ni la clase campesina suministre cuadros de que carece. Pero el caso de Cuba, ejemplo y modelo para América Latina, nos muestra que estos cuadros, en ciertas circunstancias, pueden desprenderse de grupos intelectuales pequeñoburgueses, que en cuanto *grupos* poseen cierta homogeneidad y en cuanto *intelectuales* se hallan al margen de la sociedad subdesarrollada, en la exacta medida en que la cultura burguesa más avanzada o el pensamiento socialista son repelidos ciega y violentamente por nuestros países y no gozan del grado de integración y « asimilación » al cual han llegado en las grandes naciones industriales. La relación entre el grupo y la clase, además, no puede ser una relación externa, algo así como lo que pedía Mannheim para sus intelectuales.

Pero pasemos al tema que nos ocupa. Decíamos antes que la energía revolucionaria está condensada en el campo. Este hecho obedece a causas reales ; las hemos visto : el atraso, la baja constante del nivel de vida y de la situación general del campesinado, factores a los cuales se agrega la política de violencia y terror practicada por las dictaduras de Ospina, Gómez, Urdaneta y Rojas Pinilla en favor de los terratenientes y de otros usufructuarios, que ha cristalizado en un estado de guerra civil no declarada, con un saldo de *medio millón de muertos en trece años de crisis ininterrumpida*. Si damos crédito a las cifras de la población económicamente activa vinculada al campo, 2.400.000 campesinos, un 60 % está ocupado en forma permanente ; el resto, 900.000, entran en el 40 % sobrante de población económicamente activa, « pero potencial », según la jerga de los técnicos, es decir, desocupada. Es esta situación la que hace que el campesino colombiano corresponde a aquella categoría de campesino revolucionario que Marx admitió cuando cesaba de actuar el estímulo que lo condenaba a seguir el « espectro del Imperio », la « superstición », el « prejuicio », a ser « no futuro, sino pasado » : afirmarse en la parcela. Por otra parte, en Colombia podemos aplicar otra de las enseñanzas de la Revolución cubana y que Guevara, en su libro *La guerra de guerrillas*, resume así : « No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución ; es posible crearlas ».

LECCIONES DE LA REVOLUCION CUBANA

Hoy, después de la Revolución Cubana, nuestros antiguos prejuicios han sido conmovidos y las cuestiones de estrategia y de táctica han sido, asimismo, fundamentalmente transformadas. En América Latina, la cuestión de los instrumentos y medios revolucionarios se plantea con mayor claridad.

Tomemos un caso : el del partido obrero, en teoría representante de la clase obrera revolucionaria. Se puede afirmar actualmente : el valor desmedido que se daba a ciertos partidos obreros latinoamericanos y colombianos en la estrategia y en la táctica era erróneo. *En la estrategia* : La clase obrera no es la única depositaria de una misión revolucionaria, ni entre esta tarea y su situación actual existe una coincidencia perfecta. Ello

no quiere decir que sea el campesinado *solo* la clase llamada a romper la cadena del subdesarrollo. Al contrario : hay que mostrar que el interés inmediato del campesinado, la reforma agraria, es interés también de la mayoría del resto de la población. En el caso de Cuba, la « lucha » no fue obra de ningún partido político, burgués u obrero, sino una acción de guerrillas independiente del aparato político de los partidos cubanos, y aunque algunos de ellos fueron elementos muy importantes de la lucha, lo fueron precisamente a título de elementos, puesto que la visión y la praxis provinieron siempre de la Sierra Maestra. Había que elevarse por encima del particularismo de los partidos, ya que ninguno de ellos, por lo que representaba en el caso del partido burgués, o por sus posibilidades reales en el caso del partido obrero, podía encarnar en su totalidad el programa mínimo que la nación debería reconocer como suyo. *A la tesis del partido revolucionario se superpone, pues, la de la acción revolucionaria conjunta.* Esto nos coloca ante los problemas de *táctica*. A título provisional, tomando en cuenta tanto la estructura económica como los últimos acontecimientos políticos, quisiéramos señalar las formas de acción que, a nuestro entender, son actualmente posibles en Latinoamérica.

1°. — En algunos países, los más atrasados, amarrados a la dependencia extranjera más absoluta, subsiste aún el régimen de dictadura militar ; los partidos de oposición, aún los menos liberales, han sido eliminados de la vida pública y el poder reposa en un grupo minúsculo de latifundistas sostenidos por el ejército. Es el caso de la República Dominicana, Nicaragua, Paraguay, Guatemala ; y era el caso de Cuba. En una situación como ésta, no es posible utilizar ni las organizaciones políticas, ni, menos, las sindicales. La única salida es la acción guerrillera.

2°. — Hay un segundo grupo de países, entre los que se encuentra Colombia, cuya vida política es muy singular. Una larga tradición de bipartidismo —un partido liberal policlasista y un partido conservador igualmente policlasista— se disputa la opinión pública, aún hoy con una ferocidad tal que podría parecer que la lucha entre las clases se reflejara de modo inmediato en la lucha entre los partidos. La verdad es que la lucha de clases no desaparece, sino que toma otra forma ; el combate entre ellas no cede en intensidad, pero se descentra, se vuelve parcial. El reformismo de la clase obrera, el atraso del campesinado, el miedo y la debilidad de las clases medias nutren a estos colosos. Ni una labor de educación ni una empresa de desmistificación podrán hacer saltar en mil pedazos lo que no es un mero sentimiento político parasitario, sino que se nutre de la sabiduría del subdesarrollo. Se requiere reconocer el hecho de que no hay posibilidad de éxito en un plazo más o menos largo con una política que, antes de atacar a las raíces que afirman los partidos, comience su lucha enfrentándose a los partidos mismos ; en vez de acercarse el momento en que brote *ex nihilo* un partido obrero, este momento se aplaza (el ejemplo más elocuente lo tenemos en Colombia con el Partido Socialista, caricatura del laborismo inglés, que colaboró con la dictadura militar). Ello no quiere decir que los partidos obreros que funcionan sean inútiles o su papel insignificante ; todo lo contrario, como recientes experiencias lo han mostrado. Lo que se debe ver con claridad y lucidez es que ningún partido obrero « puro » podrá alcan-

zar al triunfo, no a causa de su ideología, sino porque la estructura económica y política del país impone límites insuperables. En Colombia pertenecen al Partido Liberal la inmensa mayoría de los electores. El programa táctico sería, pues, reunir alrededor del ala más avanzada del liberalismo a *todas las fuerzas* que coincidan en el objetivo mínimo de una reforma agraria (que implique una transformación en las relaciones de producción) y una política nacionalista revolucionaria.

3°. — En un tercer grupo de países (Argentina, Méjico, Chile, etc.) el fenómeno de la multiplicidad de organizaciones y partidos de izquierda, su mayor grado de evolución, plantea una política de alianzas muy compleja. No es, como en el caso anterior, la política izquierdista de un partido mayoritario que sirve de polo de atracción a todos los demás pequeños partidos y grupos progresistas ; allí, la cuestión se plantea de modo diferente : son partidos (y a su nivel sindicatos) de influencia política más o menos semejante los que tienen que constituir una alianza en la que la eliminación previa de las fricciones, de las oposiciones y de las diferencias tomará una importancia considerable.

En los dos últimos casos, la toma del poder será siempre un hecho violento, pero no tendrá que ser necesariamente una acción de fuerza. La actividad misma de las masas, el coraje con que lleven hasta sus últimas consecuencias la política de liberación nacional, el poder de su presencia y la demostración de que sin ellas no podría funcionar el país, serán decisivos.

Francisco POSADA-DIAZ.

ARTE Y LITERATURA

Las cinco dificultades para decir la verdad

Por BERTOLT BRECHT

Este artículo del gran dramaturgo alemán Bertolt Brecht fué escrito en 1934, en pleno ascenso del fascismo en Europa. El autor lo redactó para que fuera difundido clandestinamente en la Alemania hitleriana. Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces. Sin embargo, « Las cinco dificultades para decir la verdad » sigue siendo de una gran actualidad, especialmente para los intelectuales y los estudiantes que animan en las tierras de España la oposición a la dictadura franquista. Lo dedicamos, pues, a la joven generación intelectual de nuestro país que quiere ligar su suerte a la del proletariado español.

EL que quiera hoy luchar contra la mentira y la ignorancia y escribir la verdad, tendrá que vencer por lo menos cinco dificultades. Tendrá que tener el *valor* de escribir la verdad aunque se la desfigure por doquier : la *inteligencia* necesaria para descubrirla ; el *arte* de hacerla manejable como un arma ; el *discernimiento* indispensable para escoger a los hombres capaces de utilizarla eficazmente ; la *astucia* indispensable para difundirla.

Estas dificultades son enormes para los que escriben bajo el fascismo ; pero son también considerables para los exiliados y los expulsados, y para los que viven en las democracias burguesas.

1. — EL VALOR DE ESCRIBIR LA VERDAD

Para mucha gente, es evidente que el escritor debe escribir la verdad, es decir, que no debe rechazarla, ni ocultarla, ni deformarla. No debe inclinarse ante los poderosos ; no debe engañar a los débiles. Ahora bien, es difícil no inclinarse ante los poderosos y muy provechoso engañar a los débiles. Desagradar a los poderosos es renunciar a poseer. Renunciar al salario de su trabajo es, quizás, renunciar al propio trabajo. Rechazar la gloria cerca de los poderosos equivale con frecuencia a renunciar a la gloria en general. Para todo ello se necesita bastante valor.

Cuando impera la represión más feroz, se habla gustosamente de cosas grandes y nobles. Es entonces cuando se necesita valor para hablar de las cosas pequeñas y bajas como la alimentación y el alojamiento de los obreros. En efecto, por doquier aparece la consigna : « No hay pasión más noble que el amor al sacrificio ».

Cuando se entonan alabanzas al campesino, hay que hablar de máquinas y de abonos que facilitarían un trabajo tan ensalzado. Cuando se clama en todas las antenas que el hombre inculto e ignorante es mejor que el hombre cultivado e instruido, el valor consiste en preguntarse ¿mejor para quién? Cuando se habla de raza perfecta y de razas imperfectas, el valor consiste en decir : ¿es que el hambre, la ignorancia y la guerra no crean taras?

Se necesita igualmente valor para decir la verdad sobre sí mismo cuando se es un vencido. Muchos perseguidos pierden la facultad de reconocer sus errores ; la persecución les parece la injusticia suprema : los verdugos persiguen, por lo tanto son malos ; las víctimas se consideran perseguidas a causa de su bondad. En realidad, esta bondad ha sido vencida. Era, pues, una bondad débil, mala, impropia, una bondad incierta, ya que no es justo pensar que la bondad implica la debilidad como la lluvia la humedad. *Decir que los buenos fueron vencidos no porque eran buenos, sino porque eran débiles, exige un cierto valor.*

Naturalmente, escribir la verdad es luchar contra la mentira. Pero la verdad no debe ser algo general, elevado y ambiguo ; ya que ahí reside lo propio de la mentira. En efecto, sobre un mismo tema, el mentiroso se reconoce en que está por las generalidades y el hombre verídico en que dice cosas prácticas, reales, innegables : ve justo. No se necesita un gran valor para deplorar en general la maldad del mundo, el triunfo de la brutalidad, y para anunciar con estruendo el triunfo del espíritu en países donde éste es todavía concebible. Muchos se creen apuntados por cañones cuando en realidad solamente gemelos de teatro se orientan hacia ellos. Es en un mundo de amigos inofensivos donde formulan reivindicaciones generales y donde reclaman una justicia general por la cual no han combatido nunca ; y una libertad general : la de seguir percibiendo su parte habitual del botín. En resumen, sólo admiten una verdad : la que suena bien.

Pero si la verdad se presenta bajo una forma seca, en cifras, en hechos, y exige ser confirmada, ya no saben qué hacer. Esa verdad no les exalta. Del hombre verídico sólo tienen la apariencia. Su gran desgracia es que no conocen la verdad.

2. — LA INTELIGENCIA NECESARIA PARA DESCUBRIR LA VERDAD

Tampoco es fácil descubrir la verdad. Por lo menos la que es fecunda. Así, según opinión general, los grandes Estados caen, uno tras otro, en una barbarie extrema. Y una guerra intestina, que se desarrolla implacablemente, puede, en cualquier momento, degenerar en un conflicto generalizado que convertiría nuestro continente en un montón de ruinas. Se trata, evidentemente, de verdades. Del

mismo modo, no se puede negar que la lluvia cae de arriba abajo. Numerosos poetas escriben verdades de ese género. Se parecen al pintor que cubría de naturalezas muertas las paredes de un barco en vías de hundirse. El haber resuelto nuestra primera dificultad les procura una cierta tranquilidad de conciencia. Ciertamente, no se dejan engañar por los poderosos, pero ¿oyen los gritos de los torturados? No ; pintan imágenes. Esta actitud absurda les sume en un profundo desconcierto (del que sacan provecho) ; en su lugar, otros buscarían las causas. No creáis que sea cosa fácil distinguir sus verdades de las vulgaridades referentes a la lluvia ; al principio parecen importantes, ya que la operación artística consiste precisamente en dar importancia a algo. Pero mirad la cosa de cerca : os daréis cuenta de que no hacen otra cosa que decir : no se puede impedir que la lluvia caiga de arriba abajo.

Hay todavía los que, por falta de conocimientos, no llegan hasta la verdad. Y, sin embargo, distinguen las tareas urgentes y no temen a los poderosos ni a la miseria. Pero viven de antiguas supersticiones, de axiomas célebres, a veces muy bellos. Para ellos, el mundo es demasiado complejo : se contentan con conocer los hechos e ignoran las relaciones entre ellos.

Me permito decir a todos los escritores de esta época confusa y rica en transformaciones que hay que conocer el materialismo dialéctico, la economía y la historia. Estos conocimientos se adquieren en los libros y en la práctica, con tal de que no falte la aplicación necesaria. Es posible descubrir de un modo muy simple fragmentos de verdad e incluso verdades enteras. El que quiere buscar necesita un método, pero se puede encontrar sin método e incluso sin buscar. Sin embargo, ciertos procedimientos pueden dificultar la explicación de la verdad : los que la lean serán incapaces de transformar esa verdad en acción. Los escritores que se contentan con acumular pequeños hechos no son aptos para hacer manejables las cosas de este mundo. Pues bien, la verdad no tiene otra ambición. Por consiguiente, esos escritores no están a la altura de su misión.

3. — EL ARTE DE HACER LA VERDAD MANEJABLE COMO UN ARMA

La verdad debe ser dicha pensando en sus consecuencias sobre la conducta de los que la reciben.

Hay verdades sin consecuencias prácticas. Por ejemplo, esa opinión bastante extendida relativa a la barbarie : el fascismo sería debido a una ola de barbarie que ha caído sobre varios países como una plaga natural. Así, al lado y por encima del capitalismo y del socialismo habría nacido una tercera fuerza : el fascismo. Las dos primeras podrían continuar existiendo perfectamente sin ella. Semejante opinión es fascista, es una capitulación ante el fascismo. Para mí, el fascismo es una fase histórica del capitalismo, y a ese título, algo a la vez muy nuevo y muy viejo. En un país fascista, el capitalismo sólo existe como fascismo. *Combatirlo es combatir el*

capitalismo, y bajo su forma más cruda, más insolente, más opresiva y más engañosa.

Así las cosas, ¿de qué sirve decir la verdad sobre el fascismo (que se condena) si no se dice nada contra el capitalismo que lo origina? Una verdad de ese género no es de ninguna utilidad práctica.

Estar contra el fascismo sin estar contra el capitalismo, rebelarse contra la barbarie que nace de la barbarie equivale a reclamar una parte del ternero y oponerse a matarlo.

Los demócratas burgueses condenan con énfasis los métodos bárbaros de sus vecinos, y sus acusaciones impresionan tanto que sus auditores no tienen conciencia de que tales métodos también se practican en sus países.

Ciertos países logran todavía mantener sus formas de propiedad gracias a medios menos violentos que otros. Sin embargo, la monopolización capitalista de las fábricas, de las minas y de las empresas agrícolas engendra por doquier condiciones bárbaras. Pero mientras que el régimen de la democracia burguesa garantiza a los capitalistas, sin recurso a la violencia, la posesión de los medios de producción, la barbarie se reconoce en que los monopolios ya no pueden ser defendidos más que por la violencia declarada.

Ciertos países no tienen necesidad, para mantener sus monopolios bárbaros, de destruir la legalidad instituída, ni su confort cultural (filosofía, arte y literatura); de ahí que acepten perfectamente oír a los exiliados alemanes estigmatizar su propio régimen por haber destruído esas comodidades. A sus ojos es un argumento suplementario en favor de la guerra.

¿Puede decirse que respetan la verdad los que gritan: « Guerra sin cuartel a Alemania, que es hoy la verdadera patria del mal, la oficina del infierno, el trono del Anticristo »? No; los que dicen eso son tontos, impotentes, gentes peligrosas. Sus discursos tienden a la destrucción de un país, de un país entero, con todos sus habitantes, ya que los gases asfixiantes no perdonan a los inocentes.

Los que ignoran la verdad se expresan de un modo superficial, general e impreciso. Peroran sobre el « alemán », estigmatizan el « mal » y sus auditores se interrogan: ¿Debemos cesar de ser alemanes?; ¿basta con que seamos buenos para que el infierno desaparezca? Cuando sacan sus tópicos sobre la barbarie salida de la barbarie, resultan impotentes para suscitar la acción; de hecho, no se dirigen a nadie. Para terminar con la barbarie se contentan con predicar la mejora de las costumbres mediante el desarrollo de la cultura. Eso equivale a limitarse a aislar algunos eslabones en la cadena de las causas y a considerar como potencias irremediables ciertas fuerzas determinantes, al propio tiempo que se hace la oscuridad sobre las fuerzas reales que preparan las catástrofes. Un poco de luz y los verdaderos responsables de las catástrofes aparecen claramente: son los hombres. Pues vivimos en una época en que el destino del hombre es el hombre.

El fascismo no es una plaga que tendría su origen en la « naturaleza » del hombre. Por lo demás, es un modo de presentar las catástrofes naturales que restituye al hombre su dignidad porque se dirige a su fuerza combativa.

El que quiera describir el fascismo y la guerra —grandes desgracias, pero no plagas naturales— debe hablar un lenguaje práctico : mostrar que esas desgracias son uno de los efectos de la lucha de clases : poseedores de medios de producción contra masas obreras. Para presentar verídicamente un estado de cosas nefasto, mostrar que tiene causas remediables. Cuando se sabe que la desgracia tiene un remedio, es posible combatirla.

4. — COMO DISCERNIR A QUIEN CONFIAR LA VERDAD

Un hábito secular propio del comercio de la cosa escrita hace que el escritor no se ocupe de la difusión de sus obras. Él se figura que su editor, u otro intermediario, las distribuye a todo el mundo. Y se dice : yo hablo y los que quieren entenderme me entienden. En realidad, el escritor habla y los que pueden pagar le entienden. Sus palabras no son jamás oídas por todos, y los que las oyen no quieren entenderlo todo.

A este respecto se han dicho ya muchas cosas ; mas no bastantes todavía. Transformar la « acción de escribir a alguien » en « acto de escribir » es algo que me parece grave y nocivo. La verdad no puede ser simplemente escrita ; es absolutamente necesario escribirla a *alguien*. A alguien que sepa utilizarla. Los escritores y los lectores descubren la verdad juntos.

Para ser revelado, el bien sólo necesita ser bien escuchado, mientras que la verdad debe ser dicha con astucia y comprendida del mismo modo. Para nosotros, escritores, es importante saber a quién la decimos y quién nos la dice ; a los que viven en condiciones intolerables, debemos decirles la verdad sobre esas condiciones, y esa verdad debe venirnos de ellos. No nos dirigamos solamente a las gentes de un solo sector ; hay otros que evolucionan y se hacen susceptibles de entendernos. Los propios verdugos son accesibles ; basta con que comiencen a temer por sus vidas. Los campesinos de Baviera, que se oponían a todo cambio de régimen, se revelaron permeables a las ideas revolucionarias cuando vieron que sus hijos, de vuelta de una larga guerra, quedaban reducidos al paro forzoso.

La verdad tiene un tono. Nuestro deber es encontrarlo. Ordinariamente se adopta un tono suave y dolorido : « Yo soy incapaz de hacer daño a una mosca ». Lo que tiene la virtud de hundir al auditor en la miseria. No trataremos como enemigos a los que lo emplean, pero no podemos considerarlos como compañeros de lucha. La verdad es de naturaleza guerrera. No combate solamente la mentira ; combate también a los embusteros que la propagan.

5. — OPERAR CON ASTUCIA PARA DIFUNDIR LA VERDAD

Orgullosos de su valor para escribir la verdad, contentos de haberla descubierto, cansados sin duda de los esfuerzos que cuesta hacerla manejable, algunos esperan impacientemente que sus lectores la discernan. De ahí que les parezca vano proceder con astucia para difundir la verdad.

Confucio alteró el texto de un viejo almanaque popular cambiando algunas palabras. En lugar de escribir « el maestro de Kun hizo matar al filósofo Wan », puso « el maestro de Kun hizo asesinar al filósofo Wan ». En el lugar en donde se hablaba de la muerte del tirano Sundso, « muerto en un atentado », reemplazó « muerto » por « ejecutado ». De ese modo abrió la vía a una nueva concepción de la Historia.

El que en la actualidad reemplaza « pueblo » por « población » y « tierra » por « propiedad rural » se niega ya a acreditar algunas mentiras. Priva a algunas palabras de su magia. La palabra « pueblo » implica una unidad fundada en intereses comunes ; sólo habría que emplearla en plural, puesto que únicamente hay « intereses comunes » entre varios pueblos. La « población » de una misma región tiene intereses diversos e incluso opuestos. Esta verdad no debe ser olvidada. Del mismo modo, el que dice « la tierra » personificando sus encantos, extasiándose con su perfume y su colorido, favorece las mentiras de la clase dirigente. Al fin y al cabo ¡qué importa la fecundidad de la tierra, el amor que el hombre siente por ella y su infatigable ardor en trabajarla! ; lo más importante es el precio del trigo y el precio del trabajo. El que saca provecho de la tierra no es nunca el que recoge el trigo y el « gesto augusto del sembrador » no se cotiza en la Bolsa. El término justo es « propiedad rural ».

Cuando reina la opresión, no hablemos de « disciplina », sino de « sumisión », ya que la « disciplina » no está ligada a una clase dirigente. Del mismo modo, el vocablo « dignidad » vale más que la palabra « honor » ; tiene mucho más en cuenta al hombre. Todos sabemos qué clase de gente se precipita para tener el beneficio de defender « el honor » de un pueblo. Y con qué liberalidad los ricos distribuyen el « honor » a los que les enriquecen con su trabajo.

La astucia de Confucio es utilizable todavía en nuestros días. Como también la de Tomás Moro. Este último describió un país utópico exactamente igual que la Inglaterra de aquella época, pero en el que las injusticias estaban representadas como costumbres admitidas por todo el mundo.

Cuando Lenin, perseguido por la policía del Zar, quiso dar una idea de la explotación de Sajalin por la burguesía rusa, sustituyó Rusia por el Japón y Sajalin por Corea. La identidad de las dos burguesías era evidente, pero como Rusia estaba entonces en guerra con el Japón, la censura dejó pasar el trabajo de Lenin. Pa-

ra el alemán de hoy, Austria puede jugar el papel del Japón de Lenin.

Hay una infinidad de astucias posibles para engañar a un Estado receloso. Voltaire luchó contra las supersticiones religiosas de su tiempo escribiendo la historia galante de la « Doncella de Orléans ». Describiendo en un bello estilo aventuras galantes sacadas de la vida de los grandes, Voltaire llevó a éstos a renunciar a la religión (que tenían hasta entonces por la caución necesaria de su vida disoluta). De golpe, éstos se hicieron los propagadores celosos de sus obras y ridiculizaron a la policía, que, sin embargo, defendía sus privilegios. La actitud de los grandes permitió la difusión ilícita de las ideas del escritor entre el público burgués al que apuntaba Voltaire efectivamente.

Lucrecio contaba —lo dijo él mismo— con la belleza de sus versos para propagar su ateísmo epicúreo. Las virtudes literarias de una obra pueden favorecer su difusión clandestina. Pero hay que reconocer que a veces suscitan múltiples sospechas. De ahí la necesidad de descuidarlas intencionalmente en ciertas ocasiones. Tal sería el caso, por ejemplo, si se introdujera en una novela policíaca —género literario menospreciado— la descripción de condiciones sociales intolerables. A mi modo de ver, eso justificaría completamente la novela policíaca.

En la obra de Shakespeare puede encontrarse un modelo de verdad propagado por la astucia : el discurso de Antonio ante el cadáver de César. Afirmando constantemente la respetabilidad de Bruto, cuenta su crimen, y la pintura que hace de él es mucho más aleccionadora que la del criminal. Dejándose dominar por los hechos, Antonio saca de ellos su fuerza de convicción mucho más que de su propio juicio.

Jonathan Swift propuso en un panfleto que los niños de los pobres fueran puestos a la venta en las carnicerías al objeto de que reinara la abundancia en el país. Después de efectuar cálculos minuciosos, el célebre escritor probó que se podían realizar economías importantes llevando la lógica hasta el fin. Swift jugaba al monstruo. Defendía con pasión absolutista una cosa que odiaba. Era una manera de denunciar la ignominia. Cualquiera podía encontrar una solución más sensata que la suya, o al menos más humana, sobre todo los que no habían comprendido adonde conducía de hecho ese tipo de razonamiento.

Militar en favor del pensamiento, sea cual fuere la forma que éste adopte, sirve la causa de los oprimidos. En efecto, los gobernantes al servicio de los explotadores consideran el pensamiento como algo despreciable. Para ellos, lo que es útil para los pobres es pobre. La obsesión que estos últimos tienen de comer, de satisfacer el hambre, es baja. Es bajo menospreciar los honores militares cuando se goza de este favor inestimable : batirse por un país donde se muere de hambre. Es bajo dudar de un jefe que os conduce a la desgracia. El horror al trabajo que no alimenta al que lo efectúa es asimismo una cosa baja, y baja también la protesta

contra la locura que se impone y la indiferencia por una familia que no aporta nada. Se suele tratar a los hambrientos de gentes voraces y sin ideal, de cobardes a los que no tienen confianza en sus opresores, de derrotistas a los que no creen en la fuerza, de vagos a los que pretenden ser pagados por trabajar, etc. Bajo semejante régimen, pensar es una actividad sospechosa y desacreditada. ¿Dónde ir para aprender a pensar? A todos los lugares en donde impera la represión.

Sin embargo, el pensamiento triunfa todavía en ciertos dominios en que resulta indispensable para la dictadura. En el arte de la guerra, por ejemplo, y en la utilización de las técnicas. Resulta indispensable pensar para remediar, mediante la invención de tejidos « ersatz », la penuria de lana. Para explicar la mala calidad de los productos alimenticios o la militarización de la juventud no es posible privarse del pensamiento. Pero recurriendo a la astucia se puede evitar el elogio de la guerra, al que nos incitan estos nuevos maestros del pensamiento. Así, la cuestión ¿Cómo orientar la guerra?, lleva a plantear otra pregunta: ¿Vale la pena hacer la guerra? Lo que equivale a preguntar: ¿Cómo evitar una guerra inútil? Evidentemente, no es fácil plantear esta cuestión en público hoy. ¿Pero quiere decir ello que hay que renunciar a dar eficacia a la verdad? Evidentemente, no.

Si en nuestra época es posible que un sistema de opresión permita a una minoría explotar a la mayoría, la razón reside en una cierta complicidad de la población, complicidad extendida a todos los dominios. Una complicidad análoga, pero orientada en sentido contrario, puede arruinar el sistema. Por ejemplo, los descubrimientos biológicos de Darwin eran susceptibles de poner en peligro todo el sistema. Pero solamente la Iglesia se inquietó. La policía no veía en ellos nada nocivo. Los últimos descubrimientos de los físicos implican consecuencias de orden filosófico que podrían poner en tela de juicio los dogmas irracionales que utiliza la opresión. Las investigaciones de Hegel en el dominio de la lógica facilitaron a los clásicos de la revolución proletaria, Marx y Lenin, métodos de un valor inestimable. Las ciencias son solidarias entre sí, pero su desarrollo es desigual según los dominios; el Estado es incapaz de controlarlos todos. Así, los pioneros de la verdad pueden encontrar terrenos de investigación relativamente poco vigilados. Lo importante es enseñar el buen método, que exige que se interroge toda cosa a propósito de sus caracteres transitorios y variables. Los dirigentes odian las transformaciones; desearían que todo permaneciera inmóvil, a ser posible por mil años, que la Luna se detuviera y que el Sol interrumpiera su carrera. Entonces, nadie tendría hambre ni reclamaría alimentos. Nadie respondería cuando ellos abrieran el fuego: su salva sería obligatoriamente la última.

Subrayar el carácter transitorio de las cosas equivale a alentar a los oprimidos. No olvidemos jamás de recordar al vencedor que toda situación contiene una contradicción susceptible de tomar vas-

tas proporciones. Semejante método (la dialéctica, ciencia del movimiento de las cosas) puede ser aplicado al examen de materias como la biología y la química, que escapan todavía al control de los poderosos. Pero nada impide que se aplique igualmente a describir la suerte de una familia ; no se corre el riesgo de suscitar la atención. Cada cosa depende de una infinidad de otras que cambian sin cesar : esta verdad es peligrosa para las dictaduras. Pues bien, hay mil maneras de utilizarla en las narices mismas de la policía. Los gobiernos que conducen a los hombres a la miseria quieren evitar a todo precio que, en la miseria, se piense en el gobierno. De ahí que hablen mucho de destino. Es a él y no a ellos al que atribuyen la responsabilidad de las insuficiencias del régimen. Y si alguien pretende llegar hasta las causas de éstas insuficiencias, se le detiene antes de que llegue al gobierno.

Pero en general es posible rechazar los lugares comunes sobre el destino y demostrar que el hombre se forja su propio destino. Ahí tenéis el ejemplo de esa granja islandesa sobre la cual pesaba una maldición. La patrona se había arrojado al agua ; el patrón se había colgado. Un día, el hijo se casó con una joven que aportaba como dote algunas hectáreas de tierra. De golpe, se acabó la maldición. En la aldea se interpretó el acontecimiento de diversos modos ; unos lo atribuyeron al natural alegre del joven ; otros a la dote que permitía al fin a los propietarios de la granja comenzar sobre nuevas bases. Incluso un poeta que describe un paisaje puede servir la causa de los oprimidos si incluye en la descripción algún detalle relacionado con el trabajo de los hombres. En resumen : importa emplear la astucia para difundir la verdad.

CONCLUSION

La gran verdad de nuestra época —conocerla no es todo, pero ignorarla equivale a impedir el descubrimiento de cualquier otra verdad importante— es ésta : nuestro continente se hunde en la barbarie porque la propiedad privada de los medios de producción se mantiene por la violencia. ¿De qué sirve escribir valientemente que nos hundimos en la barbarie si no se dice claramente por qué? Los que torturan lo hacen para conservar la propiedad privada de los medios de producción. Ciertamente, esta afirmación nos hará perder muchos amigos, todos los que como nosotros estigmatizan la tortura estimando que ella no es indispensable para el mantenimiento de las formas actuales de propiedad (lo que es falso).

Digamos la verdad sobre las condiciones bárbaras que reinan en nuestro país ; así será posible suprimirlas, es decir, cambiar las actuales relaciones de producción. Digámoslo a los que más sufren del *statu quo* y que, por consiguiente, tienen más interés en que se modifique ; a los trabajadores, a los aliados posibles de la clase obrera, a los que se aprovechan de este estado de cosas sin poseer los medios de producción.

Bertolt BRECHT

Crítica de libros y revistas

Ed. KARDELJ

LES PROBLEMES DE LA POLITIQUE SOCIALISTE DANS LES CAMPAGNES

Las ediciones « La Nef » de París han publicado recientemente una obra del más alto interés : « Les problèmes de la politique socialiste dans les campagnes » (« Los problemas de la política socialista en el campo »), de Ed. Kardelj, uno de los principales dirigentes de la Liga Comunista de Yugoslavia.

Como se sabe, después de su ruptura con Stalin, los comunistas yugoeslavos se encontraron ante problemas teóricos y prácticos inmensos. Ello les impuso un esfuerzo de reflexión que no tardó en dar sus frutos. Luego, los años fueron pasando. Pese al proceso de desestalinización iniciado después de la muerte de Stalin y a la nueva actitud de los dirigentes rusos con respecto a la Yugoslavia independiente, los comunistas yugoeslavos prosiguieron su experiencia, en los más diversos dominios, con arreglo a las condiciones particulares de su país.

Se ha hablado ya bastante de la experiencia de gestión obrera de las empresas industriales inaugurada por los yugoeslavos hace diez años. Las discusiones sobre el particular se prosiguen y se proseguirán durante mucho tiempo. En cambio, hasta ahora se había hablado muy poco de la política de los comunistas yugoeslavos en el campo. El libro de Kardelj viene a llenar ese vacío.

En su breve ensayo sobre « La Revolución Rusa », Rosa Luxemburgo dijo que « el problema más difícil de la transformación socialista » sería el del campo. La historia no la ha desmentido. En 1917, los bolcheviques rusos hicieron la amarga experiencia. Años después, Stalin realizó la terrible colectivización forzosa, que tuvo terribles consecuencias y cuyos resultados fueron desastrosos.

Los comunistas yugoeslavos parecen haber sacado provechosas lecciones de las experiencias citadas. Su política agraria ha consistido en crear un sector colectivizado que guardara proporción con las posibilidades de la industria y en alentar los diversos tipos de cooperativas de pequeños propietarios, permitiendo a éstos ganar más y vivir mejor que en el pasado. Esa política ha sido combinada con una inmensa labor de educación y con una acción tendiente a frenar las tendencias inevitables a la formación de fuerzas pro-capitalistas.

El libro de Kardelj explica esta experiencia y saca toda una serie de conclusiones de valor general para el movimiento obrero y para la política agraria del socialismo. Todo ello es de un gran interés para nosotros, militantes españoles.

La experiencia de la Revolución Española en el dominio agrícola fué demasiado breve, pero tan rica como aleccionadora. Una comparación entre esa experiencia y la yugoeslava sería del mayor interés. En España, las tendencias espontáneas a la colectivización fue-

ron sin duda más fuertes que en Yugoslavia y las posibilidades de desarrollar un amplio sector colectivo eran mayores. En ciertos lugares, los sindicatos campesinos dieron pruebas de una espléndida actividad creadora. Ahora bien, se cometieron bastantes errores, faltó el poder político central capaz de establecer una orientación general. Y, en los últimos tiempos, la política stalinista se redujo pura y simplemente a la destrucción de las colectividades agrícolas.

M. LAIN.

Manuel Tuñón de Lara

ANTONIO MACHADO

HE aquí un bello homenaje que la Editorial Pierre Seghers, especialista en poesía universal, viene a añadir a los muchos que en Francia se han tributado a la vida y a la obra de uno de los poetas españoles más grandes del siglo XX. El volumen, excelentemente presentado e ilustrado, se compone de un largo estudio de Manuel Tuñón de Lara y de una selección de poemas y prosas cuya traducción lleva la garantía de nombres como Pierre Darmangeat, Juan Marey, Robert Marrast, Pradal-Rodríguez, Rolland-Simon, Claude Couffon...

El excelente estudio de Manuel Tuñón de Lara, lleno de fervor por su biografiado, nos da la exacta medida del poeta y del hombre de una sola pieza que fué Antonio Machado. Cierta crítica tendenciosa ha pretendido disociar de la esencia profunda del poeta sus tomas de posición sociales y polí-

ticas, en particular en el último período de su vida, durante la República y la guerra civil. Según esta crítica, la política le alejó a Machado de sí mismo, arrebatándole al « intimismo romántico », que era connatural a su poesía y a su vida. Tuñón de Lara da la réplica adecuada a esta supuesta « disociación » : la batalla política que Machado sostuvo en los últimos años de su vida — batalla apasionada por el pueblo español asaltado por la reacción indígena y europea— era la consecuencia lógica de su vida, su pensamiento y su obra enteras. Hay en ellas una continuidad vital e intelectual que Tuñón de Lara subraya con toda claridad apoyándose en los textos del poeta mismo. Entre el poeta amargo y apasionado de *Campos de Castilla* y el polemista airado de los artículos de *La Vanguardia* de Barcelona, durante la guerra civil, no hay solución de continuidad, sino la evolución natural de un gran espíritu que no vacila en llegar a las últimas consecuencias de su pensamiento y en adoptar en la realidad histórica las posturas que ese pensamiento le exige. Machado fué un hombre hondamente enraizado en su época (« raramente se encuentra una concordancia tan perfecta entre una época y una obra como en el caso de Machado », nos dice Tuñón de Lara ; « jamás veremos en él el corte entre la vida cotidiana y la vida de creación »). Tuñón de Lara estudia así a Machado como evolución intelectual propia, pero que al mismo tiempo refleja con gran autenticidad y honrada a su época.

En este sentido, la biografía que Tuñón de Lara ofrece es sumamente iluminadora, escrita con

gran perspicacia y penetración (en especial, en lo referente a la filosofía de Machado, expuesta a través de sus dos personajes apócrifos, Abel Martín y Juan de Mairena). Tras leer el estudio que comentamos, Antonio Machado adquiere todo su relieve humano y poético, todo el vigor intelectual de una vida en la que nunca dejan de estar presentes, dolorosa o esperanzadamente, los temas de « España » y « los hombres de España ».

Para terminar, reproduciremos la cita que Tuñón de Lara hace del discurso pronunciado por Machado en enero de 1937 en Valencia; en estas palabras se refleja exactamente la filosofía política del poeta, ese humanismo profundamente meditado y vivido al que siempre fué fiel:

« Desde el punto de vista teórico, yo no soy marxista; no lo he sido y es muy posible que no lo sea nunca. Mi pensamiento no ha seguido el camino que va de Hegel a Marx... No puedo creer que el factor económico, cuya enorme importancia no ignoro, sea el más esencial en la vida humana y el gran motor de la historia. Pero veo muy claramente que el socialismo, en lo que concierne a una manera de vivir en común basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarle y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa obligatoria en el camino de la justicia; veo claramente que él es la gran experiencia de nuestros días, a la que todos debemos contribuir. »

Fernando TOLEDO.

Pierre VILAR

HISTORIA DE ESPAÑA

QUIZA la historia de España sea una de las más mistificadas y ambiguas del mundo. Campo en el que se han enfrentado juicios y pasiones violentamente contradictorios, que dividían y dividen aún tremendamente a los mismos españoles, la exploración científica tiene que penetrar en ella con mil cuidados y precauciones, dispuesta a apartar todos los mitos y enmarañamientos que impiden ver las cosas en profundidad. La ciencia histórica moderna —tanto española como extranjera— ha hecho mucho por conseguir una visión clara de ese mundo revuelto de lo español. De todos modos, aún queda bastante por hacer.

He aquí, dentro de este esfuerzo de exploración científica de la realidad histórica española, esta *Historia de España* de Pierre Vilar (Librairie des Editions Espagnoles, París, 1960). Es esta una obrita —tiene sólo 200 páginas— que no dudaremos en calificar de magistral.

Pierre Vilar, brillante hispanista que ha estudiado y enseñado en España y que actualmente es Director de Estudios de la « Ecole des Hautes Etudes » de la Universidad de París, ocupa hoy un lugar eminente entre los investigadores de la historia de España. Y en este libro que comentamos ha sabido destilar en forma concentrada y extraordinariamente sugeridora toda la experiencia de su largo trabajo y meditación. Prescindiendo de todo fárrago de citas, pero basándose siempre en los resultados proporcionados por

la investigación científica, el autor nos ofrece una visión apretada y coherente de la historia de España; nada sobra en el libro, nada falta tampoco. Todos los grandes hechos, las grandes corrientes de lo español, nos son ofrecidos con objetividad, valorados en función de una visión de conjunto; hombres e ideas adquieren su necesario relieve social al ser puestos en relación con los datos geográficos, demográficos y económicos. Historia vital la que Vilar nos cuenta, desde sus orígenes remotos, para pasar a la Edad Media, el Imperio (estudiado con admirable objetividad), la decadencia y sus causas, para entrar, con el siglo XVIII, en la edad contemporánea. Probablemente sea esta última parte la más interesante —la más vital para los españoles que hoy vivimos—: en ella Vilar nos lleva desde el tímido resurgir del siglo XVIII hasta nuestros días, a través de la confusión política del siglo XIX y las grandes crisis político-sociales del XX, para desembocar, en 1936, en un «pronunciamiento técnicamente logrado y que fracasa políticamente en las partes vitales el país para convertirse en revolución y guerra civil».

Y, a través de todos los dramas y peripecias históricas, vemos desarrollarse el drama fundamental de la historia moderna española: el enfrentamiento a menudo sangriento y terrible de una España vuelta hacia su pasado, la «España negra» agarrada a sus viejas glorias muertas y alérgica a toda movilización histórica hacia adelante, y una España joven, vital, que se esfuerza constantemente, siempre sofocada y siempre renaciente, por abrir la entraña española a un futuro que la fecunde,

una España futurista que sin embargo se halla profundamente arraigada en la tradición viva. Vilar, pensador de mentalidad progresista, no oculta hacia cual de las dos Españas van sus simpatías; sin embargo, ello no empaña en lo más mínimo su objetividad científica, la honradez de su juicio de historiador. Un mérito más que viene a añadirse a los muchos que este libro contiene.

En suma, un libro a la vez claro y profundo, escueto y sugestivo, lleno de hechos y de ideas, objetivo y desmistificador.

Excelente la traducción de Manuel Tuñón de Lara (la obra ha tenido ya cuatro ediciones en francés), y muy grata en su sencillez la presentación editorial.

F. T.

Robert Gerland COLODNY

**THE STRUGGLE FOR MADRID,
CENTRAL EPIC OF THE
SPANISH CONFLICT**

EL norteamericano Robert G. Colodny, ex-combatiente de España, historiador profesional, ha intentado llenar una importante laguna estudiando la batalla de Madrid. Su libro se basa en una abundante bibliografía en la que figuran obras en ruso prácticamente desconocidas en Occidente, así como la mayor parte de las obras de inspiración franquista y las publicadas en francés y en inglés.

El libro de Colodny es apasionante y, en algunos momentos, nos da una pintura excelente de la epopeya de Madrid. Sin embargo, hay que lamentar que un interés

demasiado exclusivo por las cuestiones militares propiamente dichas le haya hecho descuidar los aspectos políticos y sociales de la defensa de la capital de España. A propósito de los acontecimientos de Diciembre de 1936, Colodny escribe : « Bajo la dirección de los generales del Ejército Rojo, la defensa de Madrid se transformó de guerra de los comités revolucionarios en guerra organizada por los técnicos del Estado Mayor Central ». Esta frase, y otras del mismo tipo, dejan al lector que no vivió los acontecimientos un tanto perplejo. ¿Qué fué de los comités revolucionarios? ¿Qué papel desempeñaron los sindicatos? ¿Qué significación tuvo la Junta de Defensa de Madrid? Sin embargo, era posible contestar a esas preguntas. Basta con leer los periódicos madrileños de la época para comprender toda una serie de cosas fundamentales que el autor no nos dice.

Estas lagunas, al igual que muchas otras, obedecen sin duda a una orientación política que conduce a Colodny a repetir, sin haberlas verificado previamente, todas las afirmaciones del P.C. sobre la defensa de Madrid. De ahí que su concepción de la « Quinta columna » refleje exactamente la tesis stalinista de la época de los procesos de Moscú y de la represión contra los opositores (anarcosindicalistas, P.O.U.M.). Decididamente, el señor Colodny no ha tenido en cuenta todo lo que la « desestalinización » ha destruído para siempre.

Nada sería tan fácil como formular críticas de detalle. El autor comete no pocos errores con las personas y con los hechos pese a haber utilizado una copiosa docu-

mentación. Enumerarlos en una breve nota resulta imposible. La verdadera historia de la defensa de Madrid está por hacer. Esperemos que un día la escriban los que la vivieron o un historiador que sea capaz de utilizar todos los materiales sin excepción y construir un libro objetivo y plenamente sincero.

F. MANUEL

EDICIONES PRAXIS

Buenos Aires

Silvio Frondizi

La realidad argentina

I tomo : El sistema capitalista

II tomo : La revolución socialista.

Marcos Kaplan

La crisis del radicalismo

Política y vida cotidiana

Eugenio Werden

El materialismo dialéctico según Henri Lefebvre

Silvio Frondizi

La revolución cubana.

Pueden efectuarse pedidos a

« TRIBUNA SOCIALISTA »

DOCUMENTOS

Los beneficios de las grandes empresas en 1958 y 1959

PUBLICAMOS a continuación un documento de una elocuencia extraordinaria. Se trata de una lista de los beneficios obtenidos por las principales empresas españolas en los años 1958 y 1959. Esta lista ha sido establecida a base de las informaciones facilitadas recientemente por el Banco de Vizcaya.

Como se sabe, 1959 fué el año de la estabilización. La crisis afectó a algunas empresas, especialmente a las de construcción naval, a las navieras y a las del Instituto Nacional de Industria. Sin embargo, los beneficios globales de las 239 empresas más importantes experimentaron un incremento de 147 millones de pesetas. Y ciertas empresas —los Bancos, las compañías de Seguros, Mineras, Aguas y las sociedades de Inversión— registraron incluso un incremento notable del coeficiente de rentabilidad.

Lamentamos no poder dar todavía las cifras correspondientes a los beneficios de 1960. Pero podemos anticipar ya, basándonos en las informaciones facilitadas hasta el presente por la propia prensa económica y financiera franquista, que esos beneficios han sido, en general, mejores que en 1959, pese a que la « reactivación » ha dejado mucho que desear.

A este respecto, « El Economista » del 7 de Enero de 1961, escribía : « Seguramente, el año 1960 traerá para los Bancos, en general, un buen ejercicio. Pudiéramos decir incluso el mejor año de su historia, pero con decir que es excelente ya está bien, especialmente si consideramos lo difícil e irregular que fué el año 1959. »

Así, 1960, el año más duro para los trabajadores y para las masas populares, ha sido al propio tiempo « el mejor año » de la historia de la Banca, esa Banca monstruosa que controla toda la economía española, que penetra en los dominios más diversos y que ha organizado la usura en gran escala. Ese contraste es altamente significativo y nos aclara la significación real del régimen franquista.

LOS BENEFICIOS DE LAS GRANDES EMPRESAS

EMPRESAS	Beneficios líquidos		% de beneficios con relación al capital desembolsado	
	1958	1959	1958	1959
BANCOS				
Banco de Vizcaya	272.457.428	299.423.210	18,69	20,32
Banco de Bilbao	267.375.702	291.860.362	17,60	19,14
B. Hispano-Amer.	463.198.818	487.138.248	14,40	16,40
B. Español de Crédito	389.514.236	418.118.311	16,00	19,20
Banco Central	284.792.325	285.524.834	15,88	17,21
Banco Urquijo	125.959.006	108.104.330	12,00	12,00
Banco Exterior de España	164.693.026	166.300.870	10,34	11,03
Banco Popular Español	53.590.963	57.800.809	10,16	10,56
ELECTRICAS				
Electra de Viesgo, S.A.	145.566.947	151.374.105	10,00	10,00
Iberduero, S.A.	523.904.498	606.546.790	12,00	12,00
Eléctricas Reunidas Zaragoza	87.390.505	88.985.035	8,00	8,00
Unión Eléctrica Madrileña	223.468.361	242.056.667	10,00	10,00
Sociedad Hidroeléctr. Española	342.135.583	374.193.599	12,00	12,00
Compañía Sevillana de Electr.	273.494.452	292.228.879	8,30	8,70
Catalana de Gas y Electr.	52.731.132	63.349.675	9,00	9,50
Salto del SIL, S.A.	217.327.067	228.505.562	9,84	10,00
Hidroeléctrica Moncabril	55.788.975	96.616.075	6,09	6,37
Hidroel. de Cataluña	48.370.190	75.590.973	9,00	9,50
Fuerzas Eléctr. de Cataluña	597.029.863	629.429.657	10,25	10,62
QUIMICAS				
Cros, S.A.	204.326.096	222.037.588	16,60	13,60
Unión Esp. de Explosivos	159.101.652	188.425.589	10,17	10,17
Energía e Ind. Aragonesas	63.186.342	64.710.696	8,50	8,50
Sociedad Electroquím. Flix	55.191.869	48.575.392	12,43	12,72
Compañía Esp. de Petróleos	296.401.798	315.621.159	12,32	13,60
Refinería de Escombreras	204.345.964	226.874.231	9,00	8,70
SNIACE	118.900.586	73.273.285	15,00	10,91
INMOBILIARIAS-CONSTR.				
Fomento de Obras y Constr.	43.355.869	45.391.728	10,89	8,00
Comp. Inmobiliaria Metropol.	37.553.244	39.101.845	8,00	8,50
Constr. hidráulicas y civil.	21.813.186	24.220.649	8,50	10,14
Dragados y construcciones	45.003.488	45.638.584	10,17	6,49
Constr. General Española	11.247.156	14.478.127	6,58	100,00

MINERAS				
Minas del Rif	192.084.858	237.711.729	80,00	
Comp. Minera Sierra Menera	19.785.292	20.509.988	6,00	9,00
Comp. Andaluza de Minas	54.051.133	75.305.659	50,00	80,00
Minas Potasa de Suria	38.103.094	33.319.596	41,00	40,89
Minero Sider. Ponferrada	127.319.291	119.361.967	25,00	25,00
NAVIERAS				
Comp. Marítima Nervión	10.674.802	6.308.600	24,00	20,00
Comp. Transmediterránea	50.629.967	50.966.230	10,00	10,00
Ibarra y Compañía	15.148.014	17.499.608	10,00	10,00
CONSTRUCCION NAVAL				
Soc. esp. Constr. Naval	91.465.671	94.752.182	8,50	8,50
Comp. Euskalduna	46.326.566	48.750.670	14,00	14,00
Unión Naval de Levante	18.735.592	14.968.252	7,83	7,83
SEGUROS				
Banco Vitalicio de España	13.841.023	18.350.734	13,35	17,40
La Unión y el Fénix Esp.	59.307.950	72.033.308	150,0	162,50
Aurora, S.A.	12.013.483	16.862.586	24,00	28,00
La Vasco-Navarra, S.A.	8.926.532	9.483.762	23,00	24,00
Bilbao, C.A. de Seguros	3.465.001	8.062.367	15,00	15,00
MONOPOLIOS				
Compañía Telefónica	594.413.622	723.178.319	7,52	7,67
Tabacalera S.A.	163.505.783	172.819.215	10,03	10,03
Monopolio de Petróleos	256.629.797	290.268.513	9,00	9,00
VARIAS				
La Papelera Española	51.149.899	60.852.396	14,00	14,00
Aguas de Barcelona, S.A.	38.373.498	43.675.518	11,30	12,30
Azucarera de España	135.537.221	88.657.701	9,35	9,35
Asfaltos y Porlan Aslan	37.621.957	44.117.998	16,00	14,80
Cervezas El Aguila	82.914.291	82.654.175	61,42	17,92

ENCUESTAS DE "TRIBUNA SOCIALISTA"

El presente y el futuro del movimiento sindical español

CUESTIONARIO

- 1°. — *¿Qué valor tiene para Usted la reunificación de la C.N.T.?*
- 2°. — *¿Qué objetivos debería fijarse una alianza efectiva de las fuerzas sindicales obreras españolas?*
- 3°. — *¿Es usted partidario de la constitución de una central sindical única formada sobre la base de las organizaciones tradicionales?*
- 4°. — *En caso afirmativo, ¿qué carácter debería tener la central única?*
- 5°. — *¿Qué misión deberán llenar los sindicatos después de la caída del franquismo?*
- 6°. — *¿Qué relaciones tendría que mantener la central sindical única con las organizaciones sindicales internacionales y con las centrales sindicales autónomas de América Latina y de África?*

PRIMERAS RESPUESTAS

FERNANDO GOMEZ PELAEZ. — *Militante sindicalista de Santander. Fué director de « SOLIDARIDAD OBRERA », órgano de la C.N.T. de la región de París, durante varios años. Fundó el « SUPLEMENTO LITERARIO » de dicha publicación.*

1°. — El empeño que yo mismo he puesto, con otros compañeros, por alcanzar la reunificación confederal, significa haber considerado la cuestión, no ahora precisamente, sino desde hace más de diez años, de importancia capital. Dividida, la C.N.T. se hallaba incapacitada para desarrollar la labor que, por su arraigo popular, le correspondía en la lucha contra Franco. Es más, los intentos que ambos sectores realizaron, cada uno por su lado, se han perdido, sino en balde —porque la historia se encargará de valorarlos—, poco menos que en medio de la indiferencia general. Reunificada, desaparecida la competencia de fracciones, su intervención en la lucha resistente es probable que tome mayor relieve y constituya la base de futuras tareas reivindicativas, todo lo cual cabe suponer que repercuta entre los emi-

grados y pueda, en fin, servir de acicate para la reagrupación de las fuerzas antifascistas en un bloque auténticamente combatiente.

2º. — La alianza sindical me parece condición esencial para el desarrollo de la oposición antifranquista y el éxito de todo movimiento renovador en nuestro país. Los objetivos de esa alianza pueden, naturalmente, ser diversos, pero, en primer lugar está el de derribar la dictadura. Esta empresa, tratada hasta aquí un poco a la ligera, requiere de los militantes sindicalistas la preparación de una labor continuada e inteligente que permita recobrar la iniciativa de la protesta en el terreno obrero, pues es de él —y no de otro cualquiera— de donde puede arrancar el ataque decisivo contra el edificio franquista. Sin confundir, pues, los problemas, es decir, sin dar más importancia a las cuestiones exteriores que la que en realidad tienen y sin entretenerse, como los partidos o movimientos faltos de clientela, en la elaboración de planes militares o de conspiración al estilo ochocentista, la alianza sindical rendiría innegable fruto en cuanto estableciera una red segura con ramificaciones en todas las provincias, vigorizara sus cuadros respectivos y fomentara la actividad con elementos adecuados. Lo importante, en la situación en que se encuentra hoy la clase trabajadora española, completamente impreparada en el aspecto social, es llegar a ella e interesarla poco a poco en la lucha, que adquiera conciencia de su responsabilidad y no resulte que, de la pasividad presente, vaya a caer en la obediencia a consignas ajenas a sus intereses. Quizá parezca insuficiente ese propósito, mas, en realidad, queriendo correr mucho, han pasado ya quince años y no se ha adelantado nada. Merece, pues, la pena reflexionar sobre los problemas tal cual se presentan y se comprenderá que no hay resurgimiento posible de la organización obrera, si no es mediante el contacto directo con los propios obreros. Bien está invocar el pasado, pero mejor será conocer como es debido y hacer ver a los trabajadores los motivos de su desgracia presente, fortalecer su ánimo para que hagan frente a los abusos patronales y desprecien a los burócratas falangistas, disponer de elementos de información serios para denunciar en todo instante las arbitrariedades e inmoralidades gubernamentales, demostrar que, como en otros lugares, la dictadura no es inatacable y, en fin, instar siempre a la reivindicación de los derechos fundamentales. Todo lo demás vendría por añadidura.

3º. — La idea de constituir una central sindical única me parece, por ahora al menos, completamente fuera de lugar. Eso podría defenderse —y se defiende— en países cuya tradición es unitaria y donde la división actual de las fuerzas obreras obedece, no a motivos fundamentales, sino —exceptuadas las rivalidades de los dirigentes y las intrigas políticas— a cuestiones de poca monta. En España, la tradición es distinta, pues desde que apareció el movimiento obrero existieron dos corrientes bien definidas —la revolucionaria y la reformista— y hace más de medio siglo que se organizaron separadamente. Sin tratar ahora de juzgar a cada una de esas organizaciones, cabe decir que su existencia separada, en vez de perjuicio, reportó un beneficio indiscutible: el de haber mantenido, en general, la independencia de los sindicatos, sin que sirvieran, como en otros lugares, de fácil presa para el oportunismo staliniano. Los errores que pudieron existir en la actuación de ambas centrales no justifican una condena absoluta, sino simplemente la preocupación de que no se reproduzcan. Además ¿quién se

atrevería a sostener que la unificación nos pondría a cubierto de errores? Los ejemplos que corren por el mundo muestran cuan absurda sería semejante pretensión. Creemos, pues, que todo verdadero sindicalista, de cualquier tendencia que fuere, debe sentir el deseo fervoroso de que las dos organizaciones sindicales no se combatan como enemigas, sino que más bien mantengan el contacto y se entiendan en momentos determinados para la realización de tareas conjuntas. El principio adoptado en Asturias durante la revolución de 1934, el de una etapa de la guerra con los comités de enlace, es el que se impone hoy con vistas al desarrollo de la Resistencia y el que se impondría mañana para asegurar e impulsar las conquistas obreras. En concreto : buena relación, pero sin confusión. Porque en la confusión desaparecería la substancia, se perdería la combatividad obrera y el movimiento sindical quedaría convertido en lo que es hoy en medio mundo y algo más : un simple trampolín electoral para los partidos o un apéndice del Estado.

4°. — Huelga, pues que mi respuesta anterior se opone a la constitución de la central única.

5°. — La pregunta parece suponer ya qué suerte de régimen va a suceder al franquismo. Confieso, por mi parte, no tener una idea concreta respecto a la salida de Franco, pues, si bien podría resultar una situación revolucionaria, también es posible —y acaso más probable— que el cambio no afecte en gran modo a las estructuras presentes. Creo, sin embargo, que las organizaciones sindicales deben prever las diferentes alternativas —situación revolucionaria, evolución democrática, monarquía o simple cambio de fachada— y estar dispuestas a aplicar en cada caso las medidas que se impongan. Así, pues, anticipar planes que corresponderían a una forma dada y querer adaptarlos a cualesquiera de las otras, sería lo mismo que predicar en el desierto o construir en el vacío. De todos modos considero que a los sindicatos compete, en cada uno de los casos, afirmar su personalidad y su derecho de libre iniciativa. Y tal vez no sería tampoco de menos importancia que se prepararan ya para asegurar el cumplimiento de las libertades de asociación, reunión y prensa, pues así como la unificación sindical puede tener sus partidarios de buena fe, también los hay —los comunistas— que han encontrado el embrión de la futura organización única en las oficinas de la Central Nacionalsindicalista, y no se sentirán en modo alguno molestos, sino al contrario, ante el poder —militar o civil, monárquico o republicano— que, desaparecido Franco, pretendiera mantener su mismo sistema

6°. — En esta pregunta se hace mención nuevamente a la central sindical única, como si fuera un hecho adquirido. No lo es. Mi contestación, por consiguiente, se fundará en lo que juzgo aceptable : la alianza sindical. Esta podría y debería mantener relaciones con todas las centrales sindicales independientes, procurando obtener la ayuda necesaria para incrementar la lucha contra el franquismo y garantizar la atención de sus víctimas. En esta fase es todo cuanto interesa. Después, ¡ah! después del franquismo, la relación habría de ser objeto de estudio distinto, puesto que nuestras organizaciones estarían en condiciones de poder corresponder en los distintos aspectos de la acción solidaria. Mas, de todos modos, interesará señalar que el sindicalismo español, a fuer de internacionalista, debe rechazar todo

concurso acordado con intención especulativa o que, como contrapartida, pudiera tender a justificar cualquier suerte de totalitarismo.

* * *

ENRIQUE RODRIGUEZ. — *Fué uno de los principales dirigentes y animadores de la U.G.T. clandestina en Cataluña (1946-1948). Reside actualmente en París y es miembro del Comité Central del P.O.U.M.*

1. — A pesar de la actuación heroica de sus grupos y militantes en el interior de España, hay que reconocer que la C.N.T. tradicional ha estado neutralizada políticamente en los últimos quince años. La escisión de 1945 contribuyó poderosamente a ello. Entonces, una gran parte de la emigración, sino la mayoría, creyó que una determinada orientación política, sobre la base de las instituciones republicanas primero y, más tarde, en torno a iniciativas o gestiones de la dirección del P.S.O.E., bastaría para acelerar la caída del franquismo. Los hechos, reconozcámoslo francamente, han probado la inconsistencia de tal política. Salvo los que por inercia o por patriotismo de organización se aferran aún a defenderla, es raro encontrar en la emigración o en el interior de España quien mantenga la menor ilusión en ella. Los antifranquistas en general, y el movimiento obrero fundamentalmente, han llegado a la conclusión de que hay que hacer algo nuevo, emprender otros rumbos políticos. En estas condiciones, bajo este clima de desilusiones políticas —no de desmoralización— se ha producido la reunificación de la C.N.T., o más bien el reencuentro de todos los cenetistas en la C.N.T. tradicional. Ahora no hay más que una C.N.T. Ello es altamente positivo. Todas las especulaciones o equívocos políticos montados durante la escisión, desde los ángulos más diversos del exilio, son ahora imposibles. Esto impone a la C.N.T. reunificada una mayor responsabilidad. Por su importancia y el peso que tiene en nuestro movimiento obrero, la C.N.T. es la organización que puede determinar una nueva y más eficaz orientación de la lucha contra Franco.

2°. — Indudablemente, la U.G.T. es la otra gran fuerza sindical equiparable a la C.N.T. La alianza, verdaderamente efectiva, de estas dos fuerzas es fundamental. Teniendo presente que en la emigración tales organizaciones no tienen problemas específicamente sindicales, el objetivo es siempre el mismo: la lucha por el derrocamiento del franquismo. Lo que hay que cambiar son los métodos. Dejando de lado la taumaturgia de la « alta política », debemos volver al viejo principio de la Internacional: « La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos ». La confianza en sí misma, en su fuerza inmensa, permitirá a la clase obrera modificar los términos del « problema español ». La unidad de la empresa, sin exclusivas ni discriminación alguna, debe descansar sobre la alianza efectiva C.N.T.-U.G.T. Hoy, en mi opinión, esta es la tarea más importante. Su realización nos permitirá entroncar sólidamente con la España obrera que se ha formado bajo el franquismo y que, en fin de cuentas, será la que determinará el futuro político de nuestro país.

3°. — Es raro encontrar un trabajador que no sea partidario de la formación de una central sindical única. Sin embargo, por toda una serie de circunstancias y condiciones inherentes a la emigración, no creo en la posibilidad de su realización fuera de España.

EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL MOVIMIENTO SINDICAL

4°. — Este problema es bastante complejo, ya que en el momento en que lo tengamos delante de nosotros puede presentarse de muy diversas formas. Las condiciones políticas concretas que provocarán y seguirán la caída del franquismo determinarán esencialmente los términos del mismo. Sin embargo, no es preciso ser profeta para darse cuenta de que los sindicatos jugarán un papel muy importante en la reestructuración económica del país. Y ello ofrece sus ventajas y no menos peligros. Peligros de desviar su actuación hacia un burocratismo ligado al Estado directa o indirectamente, y que deje a la clase obrera prácticamente sin defensa. Este es un problema al que los trabajadores españoles deben conceder mucha atención y para cuyo estudio debe servirnos la lección de lo que ocurre en otros países.

5°. — La hipótesis de las relaciones internacionales que debería tener una central única no creo que presente mucha importancia. Lo ideal sería, naturalmente, tener una central sindical única primero y, después, que ella gozara de una independencia total respecto a la burguesía y al Estado, e igualmente respecto a las potencias extranjeras. Si esta independencia fuese sólida, se podrían y deberían tener relaciones con todas las organizaciones sindicales del mundo.

* * *

FELIX CARRASQUER. — *Militante sindicalista desde los 18 años. Ha sido uno de los dirigentes más abnegados de la C.N.T. clandestina durante muchos años. Detenido en varias ocasiones, pasó largas temporadas en las cárceles de Madrid, Barcelona, Ocaña y San Miguel de los Reyes. Reside en Francia desde hace unos meses.*

1°. — Definitivo como piedra angular sobre la que ha de edificarse el aparato antifranquista ; considerando, asimismo, que la C.N.T. ha de ser estímulo y catalizador.

2°. — Primero el derrocamiento del régimen acéfalo y tiránico que corrompe al país, y a continuación, proyectar la vida nacional por cauces de libertad, cooperación consciente y solidaridad constructiva, proponiéndose con actitud resuelta la sustitución del capitalismo por un régimen de socialismo descentralizado, científica y humanamente coordinado mediante las Federaciones de Industria.

3°. — Sí.

4°. — Fiel a la Primera Internacional y a los intereses eternos de los pueblos, la Central Sindical ha de luchar por la emancipación de los explotados, la libertad compatible con las exigencias psicológicas y sociales de cada momento, contra todo lo que represente centralización o merma de la iniciativa individual, desenvolviéndose en régimen de libre asociación sin que el fanatismo y las opiniones mayoritarias puedan avasallar ni mancillar las opiniones de los pequeños grupos. Y por esa vía de respeto y de apoyo mutuo, ir estableciendo los compromisos circunstanciales y las bases culturales y económicas que posibiliten el establecimiento del libre socialismo en el que individuos y grupos gocen de la misma oportunidad de expansión personal y de equidad económica.

5°. — Aparte de la actitud reivindicativa y de la defensa de los trabajadores en todas las esferas, han de propugnar por erigirse en realizadores de la economía que la pusilánime burguesía no ha sabido crear, organizando colectividades agrarias, centros industriales, proyectando y ampliando el transporte, fomentando las cooperativas, orientando las universidades e institutos obreros y ocupándose de cuanto, desde no importe qué ángulo de la vida peninsular, pueda mejorar la cultura científica y técnica de los españoles, su nivel de vida y la cooperación cívica en todos los órdenes.

6°. — Si bien en principio hay que atenerse al espíritu manifestado en el punto 4°, es preciso esforzarse siempre para aglutinar a todas las organizaciones obreras del mundo que no acepten la dictadura ni sueñen con hegemónicos afanes. En lo que respecta a América Latina y a África, pueden abrirse perspectivas magníficas en un futuro de dignificantes realizaciones, aunque esa meta de probabilidades está subordinada al prestigio que el sindicalismo clásico español consolide en sus próximas actuaciones.

* * *

JOSE PEIRATS. — *Conocido militante y periodista de la C.N.T. Ha sido redactor y director de varias publicaciones anarcosindicalistas. Es autor de « La C.N.T. en la Revolución Española », obra en tres volúmenes, y de otros libros.*

1°. — Desde que la C.N.T. se escindió en 1945, su potencialidad sufrió un rudo golpe en el interior de España, pues prácticamente no había dejado de existir allí a pesar del tremendo epílogo de nuestra guerra civil. Especialmente en Cataluña y Levante, al terminar la guerra mundial número 2, y aun durante, se reorganizaron los sindicatos, si es que llegaron a desaparecer; se cotizaba en la clandestinidad y se atendía a los presos, los que no habían recobrado la libertad ni la recobrarían en muchos años, y los que iban cayendo por el delito de organización clandestina. El disgusto que produjo la división, el hecho de dos organizaciones con el mismo nombre, hizo que muchísimos militantes optaran por el ostracismo. En estas condiciones, el movimiento anarcosindicalista quedó librado a manos jóvenes e inexpertas. El heroísmo de estos jóvenes, librado a su sola virtud, iba pereciendo con los héroes. (No se trata de que la organización perezca con el militante, sino que le sobreviva.) En el exilio, la división había dejado en pie un vasto sector mayoritario, pero con ésto produjo graves repercusiones en la moral militante. Hubo también ostracismo aquí y se malogró un tiempo precioso en contiendas fratricidas. Y aunque el sector mayoritario llevó a cabo grandes sacrificios en vidas preciosas, se ha comprobado que no se reconquistan posiciones desde el exterior sin complicidades dentro en grande escala. El restablecimiento de la unidad confederal puede reparar en parte los daños ocasionados por la fisura. Renacida la confianza militante en el interior, la C.N.T. puede insuflar el contenido popular que le falta al difuso movimiento de oposición antifranquista, anclado en « élites » políticas e intelectuales, muy trabajadas por cierto por activistas estipendiados u obedientes a la razón de Estado de Moscú.

2°. — Una alianza de fuerzas sindicales obreras españolas debería fijarse por principal objetivo el dar un contenido popular a la lucha contra el régimen de Franco. Porque sin el concurso de los trabajadores la oposición no podrá salir nunca de los entretelones. Los trabajadores pueden llevar la agitación a la vía pública, que es la fase conspirativa que daña verdaderamente al equipo de la tiranía, de una forma directa, y porque lo desprestigia internacionalmente. La « paz social » del franquismo es aparente, pero la mayor vergüenza del antifranquismo es haber consentido esa apariencia de « paz social » durante tantos años permitiendo que el franquismo especulara con ella y que el tiempo trabajase para él. Por otra parte, la sola fecundación popular de la oposición es una contribución de las sindicales que puede averarse decisiva, tanto más si añadimos que la intervención popular puede fecundar con ideas los acontecimientos episódicos. Sabemos por amarga experiencia que las preocupaciones, así materiales como morales de los trabajadores, han sido ignoradas por la oposición estrictamente política o intelectual. Es una regla fija en la historia de España. Y cuando no ignoradas, fueron escamoteadas. En el frontispicio de nuestras reivindicaciones coloco yo las garantías sindicales. Entiendo por ello no sólo el derecho de reunión y de libre expresión, sino también el de independencia de las inclinaciones determinativas, corporativas y arbitrales del Estado. Sin estas garantías, el derecho sindical es una burla.

3°. — Me pronuncio abiertamente contra la constitución de una central sindical única. Las consignas de « central sindical única » y de « partido político único » son de origen sospechoso. Ya sé que hay antifascistas y antistalinistas entre los partidarios de tales monumentos monolíticos. No quiero tampoco discutir aquí las razones manifiestas o encubiertas de ciertos panegiristas más o menos oportunistas. Me limitaré a decir que la C.N.T. no es una organización satélite ni autónomo-anodina, sino un movimiento con ideas propias, no importa que algunos las discutan. Podemos desprendernos de una organización satélite en aras de un conglomerado único marginal. La C.N.T. no puede sacrificar ninguna parte sin entregar la totalidad de sí misma, puesto que forma un solo cuerpo. ¿A qué iría la C.N.T. a una central sindical única? ¿A desaparecer como personalidad político-social-revolucionaria en holocausto de una plataforma prefabricada, ni carne ni pescado, es decir : no sospechosa de parcialidad? ¿A hacer hipócritamente votos de castidad anfibionutralista con el doble propósito de imponer el peso de sus adherentes, las experiencias y el fogueo de sus militantes? Una cosa y otra me repugnan. Contra el amontonamiento monolítico, me pronuncio, en cambio, por las alianzas sindicales fraternales sobre puntos de coincidencia concretos, más o menos permanentes.

Descartada mi adhesión a la « central sindical única » paso por alto los puntos 4°. y 6°. Opino sobre el

5°. — Siendo varias y variadas las tendencias sindicales, se hace difícil hablar de una « misión » que cada una enfoca a su manera : encomendando los problemas que plantea la vida diaria al partido o confesión piloto ; desentendiéndose completamente de toda aspiración revolucionaria los autónomos, persistiendo en su propósito de transformación de las condiciones económico-sociales desde abajo, los confederales. Habría que inten-

tar la práctica de alianzas más o menos amplias sobre puntos de coincidencia de orden inmediato y más o menos permanente. Ya he formulado algunos en el apartado segundo. A aquéllos podría añadir : estado de prevención contra toda amenaza de dictadura ; lucha contra el militarismo (guerra y pronunciamiento) ; impulso a una profunda y verdadera reforma agraria como solución a los problemas del campo ; equilibrio salarial y dignificación moral de los productores (seguridad social sin hipotecas) ; prospección sanitaria de los lugares de producción ; alfabetización en grande escala y acceso de los trabajadores a todos los grados de la instrucción pública ; ofensiva contra los monopolios, el filibusterismo casero, el pulpo fiscal y la carestía de las subsistencias (inflación artificial) ; audaz solución del problema religioso sin jacobinismo ni demagogia. Dentro del cuadro de la alianza, garantía a cada central sindical para desarrollar al margen de los objetivos de entente las características tácticas que le son peculiares.

"TRIBUNA SOCIALISTA"

publicará en sus próximos números

José Peirats :

La C.N.T. en el movimiento obrero español.

J. Jacobson :

El movimiento socialista en los Estados Unidos.

M. Loevy :

La cuestión agraria en el Brasil.

Luis Alfonso :

Cómo se fundó el Partido Comunista de España.

Silvio Frondizi :

El dilema argentino.

Pierre Naville :

León Trotsky.

L. Goldmann :

La aportación del marxismo a la crítica literaria.

Anselmo Carretero Jiménez :

Las nacionalidades españolas.

Wilebaldo Solano :

Problemas del movimiento obrero español.

Carlos Rama :

Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea.

Franz Mehring :

Una amistad sin igual : Marx-Engels.

Oscar Waiss :

Las fuerzas obreras y anti-imperialistas en América Latina.
Extractos del programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y varios estudios sobre la Revolución Cubana.

A nuestros lectores

EL éxito del primer número de « TRIBUNA SOCIALISTA » ha superado todas nuestras esperanzas. Sabíamos que una revista como la nuestra era necesaria. Sabíamos que sería acogida con interés en diversos medios. Sabíamos también —¿por qué no decirlo?— que en otros sería víctima de la conspiración del silencio, cuando no de una abierta hostilidad.

Ahora, al lanzar el segundo número (con un retraso del que nos disculpamos), estamos en condiciones de hacer un pequeño balance. Pues bien, este balance es extraordinariamente favorable. « TRIBUNA SOCIALISTA » ha tenido un eco extraordinario en la emigración, en España, en diversos países de América Latina, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, en Bélgica.

De todas partes nos han llegado cartas de aliento, felicitaciones efusivas, promesas de colaboración, artículos e informaciones, suscripciones, donativos, demandas de autorización para traducir y reproducir nuestros artículos. Nos sentimos satisfechos y —¿por qué no decirlo también?— un poco abrumados. La razón de esto último es bien simple: vamos a tener que atender como corresponde a todas las pruebas de confianza y de simpatía de que hemos sido objeto y nuestros medios son limitados.

La revista se hace con grandes dificultades, sin un aparato de trabajo, aprovechando los escasos ocios que nos dejan nuestras ocupaciones profesionales y políticas. Sin embargo, que nadie lo dude: la revista no será de esas que se terminan en el segundo o tercer número. Vive y vivirá.

Teníamos la intención de publicar extractos de las numerosas cartas que hemos recibido. Pero hemos renunciado a ello. Esos extractos habrían llenado varias páginas del presente número. Por otra parte, no sabemos si todos los que nos han escrito verían con agrado la publicación de sus cartas.

En esa abundante correspondencia hay cartas de dos tipos. En unas se elogia nuestra iniciativa y se nos invita a persistir. En otras se nos hacen sugerencias. Hablemos brevemente de estas últimas. Un lector de Madrid y un viejo amigo de Estocolmo son categóricos casi en los mismos términos: « la revista debe publicarse mensualmente ». Nuestra respuesta será no menos categórica: por el momento, eso es completamente imposible. Lo único que podemos prometer hoy es hacer todo lo posible para sacarla cada dos meses.

Algunos lectores de América Latina nos piden que dediquemos más espacio a los problemas de aquel continente. Como esas peticiones han ido acompañadas de colaboraciones importantes y como todo lo que se refiere a los países latinoamericanos presenta un interés creciente para los trabajadores españoles, abrimos en este mismo número una rúbrica especial consagrada a los problemas de esos países, a los que nos sentimos más ligados

que nunca. Varios intelectuales jóvenes de España desean que publiquemos ciertos trabajos de clásicos del marxismo (en particular de Rosa Luxemburgo, Bujarin y Plejanov) y estudios de G. Lukacs, Antonio Gramsci y Joaquín Maurin, sobre todo los que no se encuentran actualmente en castellano. Trataremos de complacerles. Los camaradas de « Critica Sociale » de Milán nos han llamado la atención sobre los trabajos de Rodolfo Mondolfo. Daremos alguno de los estudios del ilustre escritor marxista italiano. Otros lectores han solicitado que incluyamos en las páginas de la revista determinados artículos de los escritores marxistas franceses Pierre Naville, Lucien Goldmann y Henri Lefebvre. Lo tendremos en cuenta.

Como ocurre casi siempre, el primer número fué un ensayo. La fórmula definitiva de la revista se irá definiendo en los próximos números. Haremos las rectificaciones que la experiencia y el contacto con los lectores nos aconsejen. Pero, desde luego, mantendremos el espíritu de la « Presentación » en todos sus diversos aspectos.

Pasando ya a otro terreno, debemos decir que la revista ha provocado más comentarios en la prensa obrera y socialista extranjera que en las publicaciones de la emigración española. (Decididamente, no hay nada peor que vivir en el exilio). Es natural, pues, que destaquemos las amables notas informativas de « España Libre » de Toulouse y de « Euzko Deya » de París. En lo que se refiere al extranjero, la tarea es más difícil. No pudiendo citar a todos los que se han ocupado de nuestro esfuerzo, mencionaremos especialmente los largos artículos consagrados a la revista por « Critica Sociale » de Milán, « El Sol » de Montevideo, órgano del Partido Socialista uruguayo, e « International Socialism » de Londres.

En el curso de las últimas semanas hemos ampliado y consolidado nuestra red de intercambio de colaboraciones con publicaciones similares de otros países. Los artículos de José H. Balboa, José María Juanbelz y Pedro Morales han sido traducidos a varios idiomas y se han publicado o van a publicarse en revistas de Inglaterra, Estados Unidos, Italia, Japón e Israel. Por otra parte, nuestros compañeros Julius Jacobson y Hal Draper van a lanzar próximamente en los Estados Unidos una revista parecida a la nuestra, revista con la que estableceremos también un intercambio de colaboraciones.

No podemos terminar estas líneas sin manifestar nuestro sincero agradecimiento a todos los compañeros y amigos que han efectuado tenaces y perseverantes esfuerzos para dar a la revista la máxima difusión, como también a los que nos han enviado espontáneamente donativos.

El mejor medio de ayudarnos es difundir la revista y lograr suscripciones. Todos los lectores y suscriptores pueden prestarnos un concurso inestimable. Somos plenamente conscientes de que la labor que nos hemos impuesto es de una gran importancia para el porvenir del movimiento obrero español. Esperamos que cada día serán más numerosos los que lo comprendan.

« TRIBUNA SOCIALISTA ».

TRIBUNA SOCIALISTA

REVISTA BIMESTRAL

Director : Wilebaldo SOLANO

Redacción y Administración : 17, rue de Chaligny, París XII

Teléfono : DORian 23-96

Precios de suscripción

Francia (6 números)	14 N.F.
Otros países de Europa	16 N.F.
Países de América	4 dólares U.S.A.

Los giros deben ser remitidos al Compte Chèque Postal 8711-53
París, Madame Vaillant, 1, Avenue du Général de Gaulle, LA GA-
RENNE (Seine).

Dir. Gérant de la publication : Jean-René Chauvin
Impr. Editions Polyglottes, 232, rue de Charenton, París XII





TRIBUNA socialista

LA REVOLUCION ESPAÑOLA *WILEBALDO SOLANO*

EL EXODO RURAL Y LA EMIGRACION

E. de la SOUCHERE

TESTIMONIOS DE OBREROS INMIGRADOS

RAMON VIVES

INFORME SOBRE EL COLONIALISMO PORTUGUES

M. A. C.

LAS CLASES SOCIALES EN LA REPUBLICA
DOMINICANA

HUGO TOLENTINO

CUBA, AMERICA LATINA Y LOS EE. UU.

C. WRIGHT MILLS

EL DINAMISMO DE LA REVOLUCION CUBANA

A. ORTIZ

UN SINDICALISTA NORTEAMERICANO EN CUBA

SIDNEY LENS

LISTA DE LIBROS PROHIBIDOS EN ESPAÑA

DOCUMENTOS

EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL SINDICALISMO
EN ESPAÑA

ENCUESTAS

Nº 3

Julio-Agosto 1961

Revista independiente de crítica e información

80 P. 5154

SUMARIO

NOTAS EDITORIALES

<i>Berlín y la guerra fría</i>	1
<i>Por la neutralidad española</i>	2
<i>La Revolución Española</i>	Wilebaldo SOLANO 4
<i>El éxodo rural y la emigración al extranjero</i>	E. de la SOUCHERE 7
<i>Testimonios de trabajadores inmigrados</i>	Ramón VIVES 14
<i>Informe sobre el colonialismo portugués</i>	M.A.C. 27
<i>Las clases sociales en la República dominicana</i>	Hugo TOLENTINO 32
<i>¿Constituyen los técnicos una nueva clase social?</i>	Ch. BETTELHEIM 37

LA REVOLUCION CUBANA

<i>Presentación</i>	45
<i>Cuba, América Latina y los Estados Unidos</i>	C. WRIGHT MILLS 46
<i>El asombroso dinamismo de la Revolución Cubana</i>	A. ORTIZ 53
<i>Un sindicalista norteamericano en Cuba</i>	Sidney LENS 59
<i>Declaración de La Habana</i>	67

CRITICA DE LIBROS Y REVISTAS

«*The grand camouflage*», por Burnett Bolloten. — «*Veinte años de poesía española*», por J.M. Castellet. — «*El hombre y su Historia*», por F. Fernández-Santos. — «*Le glaive et le fourreau*», por G. Regler.

COOPERACION ENTRE LAS REVISTAS SOCIALISTAS INDEPENDIENTES

<i>Resoluciones de Bruselas</i>	78
« <i>La Nouvelle Revue Marxiste</i> »	Pierre NAVILLE 80
« <i>New Left Review</i> »	Edward THOMPSON 81

DOCUMENTOS

<i>Lista de libros prohibidos en España</i>	84
---	----

ENCUESTAS

<i>El presente y el futuro del movimiento sindical español</i>	87
<i>Respuestas de Juan Ferrer, Pedro Bonet, Ildefonso González y Victor Alba.</i>	

NOTAS EDITORIALES

Berlín y la guerra fría

LA cuestión de la modificación del estatuto de Berlín, planteada por el Kremlin hace más de tres años, ha vuelto al primer plano de la actualidad internacional. Pero esta vez todo parece indicar que Jruschov no se contentará con lanzar recriminaciones y sugerir fórmulas de negociación.

Plenamente conscientes de que la relación de fuerzas ha cambiado en el mundo, los dirigentes rusos van a tratar de obtener algo de lo que desean desde hace largo tiempo: la supresión de ese islote del bloque occidental en el corazón de la República de Pankow que es Berlín-Oeste y el reconocimiento del régimen de Ulbricht.

Los discursos de Jruschov y las réplicas de Kennedy han elevado sensiblemente la tensión. En pocas semanas, en el Este y en el Oeste, se ha pasado de las amenazas diplomáticas a los argumentos de tipo militar. Y el espectro de la tercera guerra mundial se ha dibujado de nuevo en el horizonte.

Resulta difícil imaginar que la cuestión de Berlín pueda provocar un conflicto armado general. Lo más probable es que, tras un período más o menos largo de tensión, se encuentre una fórmula intermedia entre las reivindicaciones de Jruschov y las tesis inflexibles de Adenauer y de Kennedy.

El estatuto actual de Berlín es completamente absurdo. La división de la capital histórica de Alemania en dos sectores quince años después del fin de la guerra mundial no tiene sentido. Pero el absurdo es todavía mayor porque esa capital está enclavada en el centro de uno de los dos Estados alemanes.

La solución justa sería, evidentemente, la reunificación de Alemania en un solo Estado independiente, liberado de la presión política y militar del Este y del Oeste. Pero esa solución, que es la única que corresponde a los intereses del pueblo alemán, del movimiento obrero europeo y de la paz mundial, ha sido descartada por casi todo el mundo.

Son muchos los que sostienen que el problema de la unidad

alemana no puede ser planteado haciendo abstracción de que la República de Pankow es un Estado socialista y la República de Bonn un Estado capitalista. La fórmula es demasiado simplista. En realidad, el régimen de Pankow es un Estado burocrático dominado por Moscú y el régimen de Adenauer un Estado reaccionario dominado por monopolios ligados al capitalismo norteamericano. Lo cual quiere decir que ni en el Este ni en el Oeste los trabajadores pueden disponer libremente de sus destinos.

Al plantear exclusivamente la cuestión de Berlín se elude el problema esencial: el de la reunificación de Alemania. La cosa no es casual. En la actualidad, aunque no por las mismas razones, el Kremlin y Washington se oponen a liquidar realmente todas las secuelas de la segunda guerra mundial en Europa y, sobre todo, la más importante, es decir, la división de Alemania.

Es posible que, después de un verano relativamente agitado, Jruschov obtenga el reconocimiento de la República de Pankow y una modificación más o menos importante del estatuto actual de Berlín. Pero el problema fundamental seguirá en pie. Los motivos de tensión y de conflicto no desaparecerán por arte de magia. Razón de más para que nos pronunciemos firmemente por lo que debería ser la posición del movimiento obrero internacional: una Alemania unificada, independiente y socialista.

Por la neutralidad española

ULTIMAMENTE, coincidiendo con la nueva crisis internacional provocada por la cuestión de Berlín, la prensa franquista ha publicado una serie de artículos y reportajes sobre las bases norteamericanas en España y en particular sobre la base de Torrejón de Ardoz (cerca de Madrid), en donde se encuentra el alto mando de la XVI Fuerza Aérea de la Aviación Estratégica de los Estados Unidos.

Estos artículos y reportajes, aunque parciales y equívocos en diversos aspectos, han tenido la virtud de poner en claro varias cosas importantes. La primera de ellas es que Torrejón de Ardoz es una de las bases esenciales de la llamada «Fuerza de disuasión» norteamericana, es decir, de la aviación atómica. Según «A.B.C.», «aviones bombarderos del Mando Estratégico se mantienen, turnándose, perpetuamente en el aire; salen de los Estados Unidos, se reaprovisionan en Terranova, las Bahamas o las Azores, llegan a España y emprenden el regreso a Norteamérica. Por inesperado que fuera un ataque, siempre se hallan varios aviones volando, aviones capaces de destruir la totalidad de los objetivos enemigos». En este sistema, las pistas de Torre-

jón, que según parece son las más grandes y las mejores de Europa, juegan un papel de primer orden.

Como se sabe, Torrejón de Ardoz no es la única base norteamericana en España. Hay otras cerca de Zaragoza y Sevilla. Y existe también la inmensa base aeronaval de Rota, instrumento esencial de la VI Flota del Mediterráneo. La España franquista es en realidad una plataforma estratégica de los Estados Unidos en la punta occidental de Europa.

Todo esto quiere decir que en caso de crisis internacional grave, las bases atómicas de España constituirán uno de los principales objetivos de la artillería nuclear rusa y que la Península Ibérica correrá el riesgo de sufrir destrucciones realmente apocalípticas.

Tan terrible perspectiva no parece preocupar a Franco y a las clases dirigentes españolas. En 1953, la salvación de la dictadura franquista hizo necesaria la conclusión de la alianza de tipo colonial Washington-Madrid. Esta alianza implicaba odiosas servidumbres y enormes peligros. Sin embargo, Franco y los suyos no vacilaron lo más mínimo. Así, por primera vez después de la invasión napoleónica, tropas extranjeras ocupan el territorio español y disponen en él de medios de acción y de represalias sin precedentes.

La política militar de Franco se explica. Era y es su última carta. Lo que no se explica, en cambio, es que esa política sea aceptada explícitamente por la « oposición » monárquica e implícitamente por diversas fuerzas antifranquistas.

No hace mucho, varias personalidades de la « oposición » monárquica (Gil Robles, Tierno Galván, Ridruejo, Ruiz Gallardón, Prados Arrarte, etc.) se dirigieron a Kennedy pidiéndole ayuda para establecer una « situación democrática » en España y ofreciéndole a cambio « cualquier tratado ». Por otra parte, en más de una ocasión, ciertos dirigentes antifranquistas han manifestado su extrañeza ante la actitud de Washington con respecto al régimen franquista y han asegurado que una España democrática concedería a los norteamericanos derechos equivalentes o superiores a los que actualmente poseen en España.

Pues bien, ahora más que nunca hay que reaccionar contra semejantes tendencias. La liquidación de la dictadura franquista debe abrir en España una nueva etapa política y tiene que implicar el fin de toda subordinación de tipo colonial, económica, política o militar. España debe dejar de ser una plataforma estratégica para convertirse en un pueblo libre, dueño de sus destinos. Eso presupone una política de neutralidad y de oposición a la división del mundo en bloques militares. Y, por consiguiente, la evacuación de las bases norteamericanas y de los depósitos de bombas atómicas.

VEINTICINCO AÑOS DESPUES

La Revolución Española

Por WILEBALDO SOLANO

I

LA Revolución Rusa de 1917 se produce en plena guerra mundial e inaugura un ciclo de grandes convulsiones sociales que rompe violentamente el equilibrio del sistema capitalista en Europa. La Revolución Española de 1936 clausura el ciclo abierto en 1917. Estalla y sucumbe como el epílogo grandioso de las grandes luchas del proletariado europeo, en el umbral de la segunda guerra imperialista mundial y del período de dominación fascista en nuestro continente.

La Revolución Rusa aparece en 1917 como la gran esperanza de los oprimidos que se levantan contra la guerra imperialista y por el poder de los obreros y campesinos. La Revolución Española surge en 1936 como el último sobresalto de la conciencia de clase de los trabajadores en una Europa al borde del abismo.

Recordemos brevemente :

En 1936, Italia gime bajo el fascismo desde 1922. Alemania sufre la tiranía hitleriana desde 1933. Austria conoce las delicias de un régimen reaccionario de inspiración vaticanista desde 1934. Los trabajadores de Francia comienzan a saborear amargamente las consecuencias de la reciente derrota de Junio. En Polonia, en Hungría, en los países bálticos y en los Balcanes prevalecen regímenes reaccionarios o semifascistas. Europa se ha familiarizado ya con las prisiones, con los campos de concentración y con las islas de deportación.

En una Europa que liquida las libertades democráticas, que suprime los derechos más elementales del hombre, que entroniza las persecuciones raciales y políticas, que destruye poco a poco las conquistas fundamentales de la civilización y se hunde en las tinieblas, la Revolución Española viene a afirmar el valor y la fuerza del proletariado como clase social consciente de su misión y de su destino : hacer frente a la barbarie fascista y abrir la ruta del socialismo.

La Revolución Española —como todas las grandes revoluciones de la Historia— tiene que afrontar al mismo tiempo la guerra civil y la intervención extranjera en condiciones extraordinariamente críticas.

Políticamente, el poder no está por entero en manos de los trabajadores. Aunque maltrecho y vacilante, el Estado burgués permanece todavía en pie. Desde el punto de vista económico, la división del territorio revolucionario en dos zonas y el hecho de que los fascistas consoliden su poder en una

vasta porción del país crean dificultades inmensas. Por otra parte, la Revolución —a diferencia de las que la precedieron— no conoce pausa ni tregua. La guerra civil comienza, simultáneamente, el mismo 19 de julio. La intervención extranjera no se hace esperar y se produce con un automatismo riguroso.

En la Europa de 1936, las contradicciones y las rivalidades imperialistas se manifiestan con un vigor inusitado. Hitler y Mussolini corren inmediatamente en socorro del movimiento franquista. Apagar rápidamente la antorcha revolucionaria encendida más allá de los Pirineos constituye para ellos una necesidad ineludible y apremiante.

Pero las potencias «democráticas» temen a la Revolución Española tanto como Hitler y Mussolini. Y se inicia la criminal política de «no intervención», la farsa más escandalosa de la época. Dicha política, seguida durante dos años y medio con un celo digno de la mejor de las causas, permitirá a las tropas italianas y alemanas ensayar su material de guerra en España y contribuir de una forma decisiva al aplastamiento de la Revolución.

II

La causa de los trabajadores españoles se convierte en seguida en la causa común de todos los oprimidos del mundo. Instintivamente, los trabajadores de Europa comprenden que su porvenir inmediato se juega en los campos de batalla de la Península Ibérica. La solidaridad internacional se manifiesta por doquier. Pero no adquiere nunca la fuerza necesaria. Sobre el proletariado internacional pesan gravemente ya las decepciones y las derrotas sufridas desde 1917.

La Internacional Socialista se hace cómplice de la política de «no intervención». La Internacional Comunista desfigura groseramente el carácter y la significación de la lucha entablada en España, y, a través de su sección española, interviene como una fuerza de conservación del orden capitalista y de represión del movimiento revolucionario.

La U.R.S.S. practica durante los primeros meses —¡los meses decisivos!— la política de «no intervención» de Francia y de Inglaterra. Más tarde proporciona una ayuda material insignificante, ayuda que se cobra con creces, tanto económica como políticamente. (Nos hallamos en la época más negra del stalinismo, en esa época que Jruschov iba a denunciar veinte años después en un informe sensacional.) Y es que Stalin, después de haber liquidado las conquistas fundamentales de Octubre, teme verlas renacer en la otra punta de Europa. La destrucción de la vieja guardia bolchevique coincide con la ofensiva decisiva contra las conquistas de la Revolución Española.

Prácticamente, pues, la Revolución Española se encuentra maniatada por sus propias dificultades y acosada por una coalición internacional vastísima. En tales condiciones, los retrocesos políticos y las derrotas militares se suceden rápidamente. La contrarrevolución levanta la cabeza en el interior. Finalmente, la victoria militar de Franco y sus aliados pone fin a una lucha tan heroica como desproporcionada.

El triunfo de la Revolución Española hubiese seguramente ahorrado a la humanidad la segunda guerra mundial y los horrores de la dominación hitleriana en Europa. La derrota aceleró la marcha hacia la guerra y el fascismo y facilitó grandemente los planes de Hitler y Mussolini.

III

Veinticinco años después del histórico 19 de julio de 1936, la Revolución Española sigue siendo uno de los grandes acontecimientos de nuestro siglo. La mejor prueba de ello es que en el mundo entero los historiadores y los cronistas —cada día en mayor número— tratan de reconstituir y de estudiar sus facetas esenciales.

Pero la Revolución Española es algo más que un acontecimiento histórico. Olvidada o renegada por infinidad de ex-revolucionarios desmoralizados o vencidos por las luchas dramáticas de nuestro tiempo, constituye el punto de mira de los elementos más inquietos de la joven generación obrera o intelectual de nuestro país, para los cuales comienza a revestir características de gesta o de leyenda. Es el proceso histórico normal.

Los adversarios de la Revolución Española —los de siempre y los que han ido apareciendo en el curso de estos veinticinco años— suelen hablar solamente de la guerra civil y de sus trágicas consecuencias. Para ellos sólo es cuestión de « desgarrón », de « cataclismo », de « lucha fratricida » y de otras cosas por el estilo. ¡Como si la guerra civil española constituyera una excepción en la Historia!

La guerra civil fué simplemente uno de los aspectos de la Revolución. La iniciaron —conviene repetirlo— las fuerzas reaccionarias que ni siquiera aceptaron las tímidas reformas de la República. Y la Revolución planteó y trató de resolver los problemas fundamentales de España: los que la burguesía había resuelto ya en otros países más adelantados (mediante luchas y revoluciones) y los que el atraso de nuestro país y la ausencia de una revolución democrático-burguesa imponía a la clase obrera en el siglo XX, que es al fin y al cabo el siglo de la Revolución Socialista.

Esos problemas siguen en pie o se han agravado. Hoy lo reconocen incluso los intelectuales burgueses educados bajo el franquismo y que han estudiado a fondo la realidad española. No los ha resuelto ni los puede resolver —de ahí su gran fracaso histórico— la dictadura franquista. No los resolverá esa monarquía que nos preparan ahora las fuerzas reaccionarias tradicionales (las que inventaron a Franco y le dieron los medios para escalar el poder). Y tampoco podrá resolverlos una nueva República del tipo de la de 1931. Por lo tanto, en 1961 sólo queda en realidad la alternativa que apuntaron en 1936 los obreros y campesinos de nuestro país: una España socialista.

Wilebaldo SOLANO.

El éxodo rural y la emigración al extranjero

Por ELENA DE LA SOUCHERE

UNO de los mayores escándalos de la vida española en los últimos años, y de modo singular desde que se inició el llamado «Plan de estabilización», es la irresponsabilidad con que va organizando la dictadura franquista la emigración colectiva de los trabajadores hacia los países ultramarinos y el occidente europeo.

A este respecto publicó a primeros de abril el diario *Arriba* un artículo poniendo de relieve la importancia que está cobrando el flujo migratorio: «Montan en flecha —escribía el diario falangista— las cifras de nuestros trabajadores que son contratados para Alemania, Suiza, Francia y Holanda». Refiriéndose a determinados temores expresados «de cuando en cuando» en algunos consejos de administración y en ciertas publicaciones ante el éxodo de la mano de obra, el portavoz de la Falange declaraba que «los estudios más solventes realizados últimamente sobre la población óptima de España aconsejan —a la vista de nuestro crecimiento demográfico, de nuestra carencia de recursos indispensables, y de la anacrónica estructura de algunos sectores de nuestra economía— un drenaje no inferior a 80.000 ó 100.000 unidades por año, que es todavía superior a la totalidad de nuestra emigración neta, es decir, a la diferencia entre los que emigran en un año y los que se repatrian en el mismo período de tiempo».

Acababa el redactor por instar a los españoles, quienes sobre estos asuntos «tienen una opinión bobamente sentimental», a que se alegren por la creciente importancia de las cantidades giradas por los emigrantes a sus respectivas familias en España: «Solamente a través de los servicios del giro postal internacional nuestros emigrantes han transferido a sus familiares, en el transcurso de 1960, más de 177 millones de pesetas, de las que 116 millones provienen de Alemania»...

Cabe subrayar que este punto de vista, el que refleja —dicho sea de paso— el tradicional maltusianismo de las capas capitalistas, coincide con el criterio expresado en varias oportunidades y publicaciones por los dirigentes del C.I.M.E. (Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas), el organismo internacional que se dedica a organizar la emigración en masa de los trabajadores hacia los países ultramarinos.

I. — EL MITO DEL DESMEDIDO CRECIMIENTO DEMOGRAFICO

Para justificar el incremento del flujo migratorio, los portavoces de la dictadura franquista y los del C.I.M.E. suelen fundarse —según acabamos de ver en el citado artículo de *Arriba*— en el crecimiento vegetativo de la población española. Sin embargo las propias estadísticas oficiales publicadas en los últimos años demuestran que aquel aumento demográfico dista mucho de ser tan rápido y continuo como lo afirman los

propagandistas del régimen. El número de los nacidos vivos, el que a principios del siglo distaba poco de las elevadísimas cifras registradas en los países subdesarrollados de Hispanoamérica y del grupo afroasiático alcanzando el promedio de 35,13 por mil habitantes durante el quinquenio 1901-1905, fué bajando paulatinamente en lo que va de siglo, oscilando entre el mínimo de 19,9 y el máximo de 21,7 en los últimos cinco años. Con este promedio aproximativo de 20 por mil habitantes se sitúa España entre los países del grupo occidental europeo, es decir, entre los países de menor desarrollo demográfico del mundo, a igual distancia de los Países Bajos (21,5 por mil) y Francia (18,5). En cifras absolutas, el número de los nacidos vivos en la actual España de 30 millones de habitantes resulta inferior al de la España de 1900 con una población que no pasaba de 18 millones de personas. Durante el primer quinquenio del siglo XX se registró, pues, un promedio anual de 664.626 nacidos vivos mientras que en la última década la cifra de los nacimientos osciló entre el mínimo de 558.000 al año y el máximo de 638.000.

El lento y continuo decrecimiento del promedio de los nacimientos queda reflejado hasta cierto punto en las variaciones demográficas del país. Entre 1920 y 1940 —a pesar de que cabían en este periodo los tres años de baja natalidad y alta mortalidad de la guerra civil, la población tuvo un incremento de 4.574.809 habitantes, es decir de 21 %, mientras que en los últimos veinte años sólo se notó un aumento de 4.250.085 personas en cifras absolutas y 16 % en cifra proporcional. Lo cual se explica no sólo por el decrecimiento del número de los nacidos vivos, sino también por la elevadísima mortalidad propia de los años de la postguerra civil. Hasta 1948, pues, el crecimiento vegetativo quedó muy inferior a los promedios de la postguerra y en determinados años, por ejemplo, en el tremendo año 1941, la cifra de las defunciones fué más o menos igual a la de los nacidos vivos, quedando reducida la cifra relativa del crecimiento vegetativo a 0,91 por mil habitantes.

Pero superadas las consecuencias inmediatas de la guerra y siendo el actual número de los habitantes en cifra absoluta muy superior al de la preguerra el crecimiento vegetativo anual no tardó en rebasar a pesar del decrecimiento de los nacimientos, las cifras correspondientes del periodo 1920-1936. El número de las personas que se agregan anualmente a la población española se cifra hoy en día en 330.000, contra 238.000 en los quince años de la preguerra civil. Sin embargo, en cifras relativas, la España actual con un crecimiento vegetativo de 11 por mil habitantes se sitúa entre los países de lentísimo desarrollo demográfico del occidente europeo, a igual distancia de los Países Bajos (13,4 por mil) y de Irlanda (9,3), de Yugoslavia (14,6) y de Italia (7,8). Al comparar estas cifras relativas con las que se notan en los países ultramarinos de rapidísimo desarrollo demográfico, de modo singular los latinoamericanos cuyo crecimiento vegetativo se cifra en 26 por mil habitantes, nos consta que un crecimiento vegetativo como el que de algún tiempo a esta parte se va registrando en España no figura entre los que puedan plantear problemas de auténtica gravedad.

El hecho de que a pesar del decrecimiento del número de los nacidos vivos, las cifras absolutas del crecimiento vegetativo hayan vuelto a alcanzar a principios de la última década el promedio de los tres quinquenios de la preguerra, rebasando en los últimos años las cifras correspondientes de aquella época, sólo puede explicarse teniendo en cuenta la disminución que desde los primeros años del siglo va registrándose en el número de las defunciones, las que cifrándose anualmente durante el quinquenio 1901-1905 en 490.902 no pasan hoy en día de 280.000. En cifras relativas,

EL EXODO RURAL Y LA EMIGRACION AL EXTRANJERO

el promedio anual, que era de 25,95 por mil habitantes, se sitúa hoy en día en 9,84 por mil. Explicase a su vez este fenómeno por la rápida disminución de la mortalidad infantil, la que dicho sea de paso, se advierte en todos los países del mundo e incluso en las tierras subdesarrolladas de Africa e Hispanoamérica. A primeros del siglo fallecían 172 niños de menos de un año por mil nacidos vivos. En sesenta años disminuyó en 72 % la cifra de las defunciones, no pasando en la actualidad de 47 por mil. Sin embargo, a pesar de los resultados conseguidos, España se coloca en el último lugar entre los países del occidente europeo, detrás de Alemania (39 por mil), Francia (36), Inglaterra (24), Países Bajos (19) y Suecia (17). Con respecto a la duración media de la vida humana se advierte una evolución más o menos análoga. La esperanza de vida que a principios del siglo no pasaba de 34 años subió constantemente en lo que va de siglo alcanzando hoy en día el promedio de 61 años, el que no resulta tan alentador como parece, puesto que en la mayor parte de los países del occidente europeo la esperanza de vida pasa de 70 años.

No cabe menospreciar la influencia que en la evolución del crecimiento vegetativo tuvieron estos factores. Pero tampoco conviene exagerarla. En realidad los factores decisivos, los que más influyeron en la disminución de los fallecimientos pertenecen al pasado. La España de hoy está sacando el beneficio de las condiciones positivas e incluso de las negativas que prevalecían en la preguerra, es decir, en una época caracterizada por el alto nivel de los nacimientos y una bajísima esperanza de vida. Desaparecidas prematuramente las generaciones anteriores, la población española queda integrada en un 61 % por jóvenes de menos de 35 años de edad, entre los que figura una elevadísima proporción de personas nacidas en los fecundos diez años de la inmediata preguerra, es decir, de hombres y mujeres de 25 a 35 años. Es, pues, la población española una población joven cuya característica ha de ser lógica y fatalmente la proporción mínima de las defunciones.

Otra característica es la elevadísima proporción de las mujeres que se encuentran en la edad fecunda, lo cual subraya a su vez la gravedad del problema planteado por la baja natalidad. Siendo mayor que en los demás países del occidente europeo la proporción de las mujeres jóvenes en relación con la población total, es más o menos igual la proporción de los nacidos vivos. En estas condiciones no deja de envejecer rápidamente una población joven cuyo crecimiento vegetativo se mantiene al nivel de los países vecinos única y exclusivamente mediante el decrecimiento de las defunciones.

Dentro de quince o veinte años, conforme vayan entrando las generaciones nacidas en la preguerra en un período de mayor mortalidad y vayan saliendo las mujeres de edad fecunda, siendo sustituidas por las jóvenes nacidas entre 1940 y 1960, España empezará a padecer las consecuencias de la baja natalidad propia de esta época. Por esto estiman los especialistas de los problemas demográficos que de no cambiar las actuales tendencias la coincidencia del crecimiento de las defunciones con la disminución de la natalidad traería como consecuencia una inversión en el movimiento natural de la población. Según estos cálculos la población alcanzará entre 1975 y 1980 la cifra máxima de 34 a 35 millones, empezando a decrecer paulatinamente en los años sucesivos. Lejos de tener que enfrentarse con un problema demográfico inaudito, España es quizá uno de los raros países del mundo amenazado en plazo de relativa brevedad con una disminución de la cifra de su población.

Contestarán con razón los partidarios del régimen franquista que las

amenazas de signo contrario que se ciernen sobre el porvenir, por auténticas e inquietantes que sean, no impiden que en la actualidad España se vea obligada a proporcionar medios de vida a las 330.000 personas suplementarias que cada año se incorporan a su población. Por lo que se refiere a la alimentación, el problema se plantea en términos rigurosos. Pero en lo tocante al empleo sólo hemos de considerar los jóvenes de 14 a 20 años que se incorporan a la vida activa. Lo cual significa que el factor que rige en la materia no es el balance entre los nacimientos y defunciones del año, sino la cifra de los nacidos vivos registrados catorce o veinte años atrás. En estas condiciones hemos de reconocer que el problema del empleo se planteó en términos mucho más apremiantes entre 1934 y 1955 cuando iban incorporándose a la vida activa las generaciones nacidas en la época de alta natalidad de la preguerra. Los muchachos que en los últimos dos años acudieron al mercado del trabajo en demanda de empleo son los que nacieron entre 1938 y 1947, es decir, en los años de la guerra civil y de la inmediata postguerra, en que se registraron, en lo tocante a los nacidos vivos, las cifras más bajas del siglo XX. Y entonces es cuando se incrementa desenfrenadamente el flujo migratorio. La coincidencia de ambos fenómenos ha de demostrar a los más escépticos que el aumento de la emigración no reside en el crecimiento demográfico, sino en la escasez de oportunidades y la estrechez de la estructura económica del país.

II. — LOS MOTIVOS ECONOMICOS DE LA EMIGRACION

LA estrecha relación entre el desarrollo económico del país y la corriente migratoria queda demostrada por la comparación de las estadísticas económicas y demográficas en las varias etapas de la vida española durante el siglo XX. Fué bajando el nivel de la emigración en las épocas de prosperidad mientras se incrementó al revés el flujo migratorio en los momentos de retroceso económico. Si iniciamos el estudio en 1900, vemos que la emigración, muy alta en un principio, bajó de pronto durante la época de desarrollo industrial que coincidió con la primera guerra mundial, y volvió a subir repentinamente al acabarse la contienda, alcanzando en 1920 la cifra inaudita de 150.566 emigrantes. En los años sucesivos fué decreciendo otra vez a medida que aumentaban la producción y prosperidad, no pasando de 12.473 al año como término medio durante el quinquenio republicano. Durante los años de hambre y miseria de la inmediata postguerra, fué contrarrestada la corriente migratoria por varios factores ajenos a la realidad española, entre ellos el cierre de las fronteras, las dificultades de transportes y las escasas oportunidades ofrecidas a los trabajadores por las arruinadas economías de los países del occidente europeo. Reanudada la emigración a partir de 1947, alcanzó durante la segunda década de la postguerra el promedio anual de 60.000 trabajadores.

Nos proporciona el estudio de las migraciones internas otra indicación fidedigna sobre la influencia de los factores económicos en las corrientes migratorias. Nos consta que la emigración alcanza el mayor nivel en las regiones de menor desarrollo económico, de modo singular en las zonas agrícolas en que a los factores adversos derivados de la inmutabilidad de la estructura de la propiedad se agregaron en la postguerra otros impedimentos nacidos de la política del régimen franquista. Sabido es que después del débil incremento de la producción agrícola registrado durante los últimos años de la monarquía y el quinquenio republicano, se observó una caída vertical en el nivel de las cosechas,

EL EXODO RURAL Y LA EMIGRACION AL EXTRANJERO

las que en la mayor parte de los productos y zonas no alcanzan todavía, a los veintidós años de terminada la guerra, las cifras del periodo 1929-1935. A la inmovilidad económica corresponde en aquellas zonas la inmovilidad demográfica. Las estadísticas demuestran, pues, que desde 1900 la población total de la zona rural permaneció prácticamente inmóvil o por lo menos no sufrió variaciones notables, como si el campo español, con su estructura agraria inmóvil y sus métodos arcaicos, sólo pudiera suministrar trabajo y medios de vida a once millones de seres humanos vertiéndose en la zona urbana el exceso de la natalidad campesina. Los jornaleros sobrantes se ven obligados a abandonar la zona rural para trasladarse en la mayoría de los casos a los grandes núcleos urbanos. En los últimos veinte años, al agravarse el malestar económico y el paro forzoso en la zona rural, la emigración interna se convirtió en un éxodo de masa. Asturias y las regiones industriales de Cataluña y Vizcaya han acogido una nutrida emigración procedente en una abrumadora mayoría de Andalucía y Murcia, mientras en determinados núcleos urbanos de menor importancia, de modo singular Zaragoza, Pamplona y León, se registraba también un rápido incremento de la población. El aumento más llamativo se dió en Madrid-capital cuya población, que no pasaba de 950.000 en vísperas de la guerra, alcanzó, en junio de 1959 la cifra de dos millones de habitantes. Entre 1950 y esta última fecha, en ocho años y medio, la población madrileña ha tenido un incremento de 381.500 personas, 191.000 de ellas nacidas en la capital y otras tantas procedentes de las provincias de Cuenca, Guadalajara, Toledo, Ciudad Real y demás regiones agrícolas; con lo cual se calcula en término medio en 1.800 personas el número de los inmigrantes que cada mes se establecen en las afueras de la capital. En determinados meses resultó muy superior a aquel promedio la cifra de los trásfugas que pasaron huyendo de la zona rural al núcleo urbano madrileño. En marzo de 1957 fué cuando se registró el nivel máximo, alcanzando en dicho mes el flujo migratorio hacia la capital la aterradora cifra de 4.253 personas.

No cabe en nuestro tema el estudiar las condiciones de vida y alojamiento derivadas de aquellas migraciones masivas y del establecimiento de grupos humanos cada vez más nutridos en el «cinturón de miseria» de las grandes ciudades. Pero aquellos suburbios míseros, con sus cuevas y chabolas, demuestran con su sola existencia la incapacidad de los núcleos industriales para absorber la población campesina sobrante. En estas condiciones resulta perfectamente lógico que después de una estancia más o menos prolongada en los suburbios de las grandes ciudades, una proporción cada vez más elevada de los inmigrantes campesinos se vea en el trance de tener que marcharse al extranjero en busca de trabajo y medios de vida decorosos.

Dentro de la zona rural se nota también un creciente flujo migratorio, desde las provincias pobres hacia las regiones ricas, lo cual evidencia una vez más el lazo que une las migraciones humanas con las variaciones del nivel económico y de producción. Aquella corriente migratoria interna queda integrada en una abrumadora mayoría por trabajadores oriundos de las provincias de Andalucía, Murcia y Castilla la Nueva, en las que impera el sistema de la gran propiedad feudal. Al finalizar las faenas veraniegas el trabajo escasea en dichas regiones, viéndose obligados los jornaleros más jóvenes y activos a escoger entre dos tipos de emigración: uno momentáneo o estacional, el otro definitivo. Escogen los más el primer tipo de emigración llevando cada año durante varios meses una vida peregrina e incierta. En su ir y venir por las carreteras de España paran donde se les ofrece trabajo, sembrando arroz en la isla de Sevilla,

plantando árboles en las empresas de repoblación forestal de la provincia de Huelva o participando en la recolección de aceitunas en Jaén y Córdoba. Llegan algunos jornaleros extremeños, andaluces o murcianos hasta la región de Gerona, en que se dedican a trabajar de temporeros en los arrozales de Pals; y, al terminar la temporada, vuelven a sus respectivos pueblos. Hartos de aquel vivir andariego e inquieto, pequeños grupos de braceros murcianos, andaluces o extremeños se establecen de un modo definitivo en las ricas provincias de la región mediterránea. La zona rural catalana, de modo singular las provincias de Barcelona y Lérida, sigue acogiendo mano de obra agrícola.

III. — NUEVAS ORIENTACIONES Y ESTRUCTURAS DE LA EMIGRACION

LA estructura de la emigración ha sufrido importantes modificaciones en los últimos años. Limitémonos a señalar de paso los cambios relativos a los países de destino de los emigrantes. Sabido es, pues, que en los últimos años fué bajando paulatinamente el flujo migratorio ultramarino, dirigido principalmente en un principio a Argentina, luego a Venezuela y, últimamente, al Brasil, mientras se incrementaba paralelamente el ritmo de la emigración hacia los países del occidente europeo. A principios de la última década, la emigración ultramarina alcanzaba por término medio la cifra anual de cincuenta mil personas. El cambio de orientación se produjo en 1957, y en 1959 la emigración hacia la América hispánica había bajado ya en un 32%, no pasando de 34.648 personas, mientras que la emigración hacia Europa, muy baja a principios de la última década, era ya de 24.055 personas. Y desde aquel momento fué incrementándose día a día el número de los emigrantes que cruzan la frontera pirenaica para establecerse en los varios países del occidente europeo. No merecen un detenido estudio las razones de este cambio puesto que no dependen de la realidad española, sino de las condiciones que imperan en los países de destino: de las dificultades económicas y políticas por las que atraviesan los países hispanoamericanos, de la seguridad en el empleo ofrecida desde hace pocos años por algunos países europeos y sobre todo de la proximidad geográfica, que permite la emigración temporal.

Resultan mucho más importantes para nuestro tema los cambios cuantitativos y estructurales que se advierten en la emigración española desde el punto de vista de las provincias de origen de los emigrantes y de sus especialidades profesionales.

Hasta 1956, los emigrantes procedían casi exclusivamente de Galicia y de las zonas agrícolas meridionales (Andalucía, Murcia, Castilla la Nueva). Durante el invierno 1956, al sufrir la zona valenciana una helada que destruyó la mayor parte de la producción de agrios del año, se inició por primera vez en aquella región un movimiento de emigración en masa orientado hacia Cataluña y el extranjero. Los servicios de propaganda del régimen explicaron el nacimiento de la nueva corriente migratoria por el malestar económico derivado de la helada. Hemos de reconocer que en un principio ambos fenómenos iban estrechamente unidos. Pero en los años sucesivos, el flujo migratorio, en vez de detenerse a consecuencia de la recuperación económica de la región, fué incrementándose día a día. Poco a poco va colocándose la zona levantina —la que había sido tradicionalmente una tierra de acogida— entre las regiones que más contribuyen al incremento del flujo migratorio español hacia el extranjero.

EL EXODO RURAL Y LA EMIGRACION AL EXTRANJERO

¿Qué había sucedido? Sencillamente esto: que con la llegada continua de nuevos inmigrantes procedentes de las tierras pobres de Extremadura y Andalucía, alcanzó la población activa valenciana su nivel máximo en relación con las oportunidades ofrecidas por el grado de desarrollo económico de la región. Entonces fué cuando se dió en la zona valenciana el «hecho del lleno»; y así fué como se inició el flujo migratorio.

Otro cambio de gran significación tanto en el aspecto social como en el económico se advierte en las especialidades profesionales de los trabajadores que, empujados por el hambre y la miseria, emprenden la marcha hacia el extranjero. Hasta 1959, la corriente migratoria quedaba integrada única y exclusivamente por braceros agrícolas y peones de origen campesino, quienes después de una estancia más o menos prolongada en los suburbios de las grandes ciudades y ante la imposibilidad de incorporarse a la vida económica urbana, se veían obligados a abandonar el país. Pero desde que se inició el «Plan de estabilización» trayendo como ineludible consecuencia la rápida extensión del paro forzoso en los grandes núcleos urbanos, numerosos trabajadores industriales y hasta obreros cualificados se incorporaron por primera vez a la corriente migratoria. Hasta tal punto es esto así que el gobierno franquista, para librarse del problema social planteado por el incremento del paro forzoso, favorece el éxodo de la mano de obra, mediante convenios firmados con los grandes países industrializados. Sabido es, pues, que el más escandaloso fué firmado el año pasado con Alemania occidental, donde a primeros de enero de 1961 se calculaba ya en 30.146 el número de los metalúrgicos, operarios de la industria textil y demás trabajadores especializados o semi especializados recién incorporados a la actividad industrial germánica. En Suiza el rapidísimo ritmo de la inmigración española rebasa las previsiones del acuerdo recién firmado entre ambos gobiernos. En realidad para los parados que no caben en los cupos anuales de emigración y no consiguieron contratos de trabajo en el extranjero, cualquier pretexto sirve para emigrar. Entre los temporeros que salen a Francia para participar en las cosechas y vendimia figura cada año cierto número de emigrantes potenciales dispuestos a quedarse en el extranjero. Igualmente difíciles de calcular son las emigraciones disfrazadas de turismo, como las de las muchachas que salen de España como peregrinas a Lourdes y de los jóvenes que piden un visado de entrada de tres meses con el pretexto de estudiar en Francia.

El ritmo de emigraciones a Francia ha sido en los últimos tres años de unos 20.000 trabajadores al año con propósito de residir, con lo cual a fines del año 1960 podía calcularse en 400.000 personas el número de los españoles establecidos en tierra gala. Para otros emigrantes, Francia es sólo una primera etapa en el camino que los conduce hacia otros países del occidente europeo. En Inglaterra, donde sólo se admiten servidores domésticos, el grupo de trabajadores españoles queda muy reducido. Pero en Holanda, los emigrantes rebasan la cifra de 3.000. En Bélgica los trabajadores españoles van sustituyendo a los italianos en las minas.

No permiten cálculos rigurosos las idas y vueltas de los temporeros y la frecuencia de los casos de emigraciones disfrazadas de turismo. Cabe suponer que en 1960 la emigración hacia Europa alcanzó la cifra aproximada de 40.000 personas; y el flujo migratorio va incrementándose día a día. Este éxodo en masa, esta amplia corriente humana, la que lleva miles y miles de dramas personales y familiares profundamente dolorosos, significa también desde el punto de vista de la colectividad española la pérdida de un capital humano que hará falta el día en que se inicie la reconstrucción económica del país.

Testimonios de trabajadores inmigrados

Por RAMON VIVES

LA inmigración española en Francia, iniciada a primeros de siglo, después de la pérdida de las últimas posesiones de Ultramar, debía reflejar, a partir de 1936, las vicisitudes dramáticas de la guerra civil. Durante la contienda numerosísimas personas de los dos campos buscaron refugio al otro lado de los Pirineos. Al producirse el hundimiento de la República, más de medio millón de españoles cruzaron la frontera y conocieron, más tarde, los campos de concentración, la guerra, la deportación a Alemania. La Resistencia contra el ocupante fué obra, en gran parte, de esta inmigración. Numerosos españoles entraron en París en 1944 con los tanques de Leclerc.

El final de la guerra mundial aportó una gran decepción a los antifranquistas. Las Naciones Unidas se limitaron a condenar moralmente al dictador y la invasión organizada en el Valle de Arán fracasó ante la indiferencia general del país, no restablecido aún de las graves cicatrices sufridas durante la guerra de 1936-1939.

A esta inmigración política, ha sucedido, a partir de 1955-56, una inmigración de origen económico. Empujados por la miseria, la carestía, el paro, millares de españoles vienen a buscar trabajo en Francia. Los hombres se colocan, sobre todo, en la construcción, si bien el número de mineros, obreros mecánicos y agricultores, aumenta de día en día; las mujeres se emplean como chicas de servir. Las regiones tradicionalmente ricas —Cataluña y, en especial, Valencia, después de las heladas e inundaciones de 1956— dan el contingente mayor de inmigrantes. Los gastos de pasaporte y viaje exigen una cantidad de dinero bastante respetable, que no está al alcance de todos los bolsillos. Para emigrar se necesita, en cierto modo, ser rico. Así, es curioso observar que los inmigrantes procedentes de regiones donde la situación económica y social es más dura —por ejemplo, Extremadura, Andalucía o Murcia— no han venido casi jamás a Francia directamente, sino después de una estancia más o menos larga en Cataluña o Valencia, primeras etapas de abastecimiento y reposo, en su viaje huyendo de la miseria.

Las personas interrogadas forman parte de esta novísima inmigración. Hemos procurado escogerlas de distintas regiones, de forma que reflejen mejor la situación y mentalidad de los obreros y campesinos de la España de hoy. Para prevenir posibles represalias hemos suprimido ciertos nombres o dado simplemente sus iniciales, de manera que impidan su identificación.

Juan E., jornalero, natural de V., provincia de Badajoz

MI historia es de esas que, si vienen en un libro, no se creen : la gente piensa que el escritor se las inventa. He recorrido media España a pie, con el traje roto y casi descalzo, he mendigado un pedazo de pan de cortijo en cortijo y, durante meses enteros, he dormido a la fresca, por no encontrar donde cobijarme. Ahora que me gano bien la vida y tengo mujer y techo, me gusta recordar las que he pasado, que una cosa es contarlo y otra vivirlo.

Mi padre era un pobre jornalero de V. y se casó con mi madre durante la dictadura del general Primo de Rivera. Mi padre trabajaba de peón en el campo y mi madre lavaba, fregaba y cosía para las gentes ricas del pueblo. Soy el mayor de cuatro hermanos. En Extremadura, las mujeres están siempre encinta y mi familia es de las menos numerosas de V. A pesar de eso, vivíamos miserablemente. Cuando vino la República tenía yo unos tres años. Mis padres trabajaban hasta rendirse y, lo que ganaban, no alcanzaba siquiera para comer. Recuerdo —mucho después— un discurso de Largo Caballero. La gente gritaba y levantaba el puño en alto. Meses antes del Frente Popular fui, por primera vez, a la escuela. Hasta entonces, había vivido en la calle, con los otros niños y no sabía nada de nada. Pero, como aquel verano hubo el Alzamiento, tuve que dejarla en seguida para ayudar a mi madre.

En la región de V. la tierra pertenece a un puñado de personas y, lo mismo encuentras grandes fortunas, que gentes que no tienen dónde caer muertos.

El mismo día del Alzamiento, mi padre desapareció de casa y luego nos dijeron que se había pasado al otro lado, con los demás jornaleros. Como había votado por la República, tuvo miedo de que lo fusilaran. La línea del frente estaba a veintitantos kilómetros y mi madre lavaba y zurcía la ropa de los soldados franquistas. Yo iba a buscar leche a los cortijos.

Al acabarse la guerra, mi padre estuvo encerrado cinco meses en un campo de concentración. Un conocido suyo me dijo si quería ser pastor y, a los once años, empecé a guardar sus cerdos, cabras y ovejas. Mis hermanos eran demasiado pequeños para ayudar y pasábamos mucha hambre. Luego, al quedar libre, mi padre se encontró con que no le daban trabajo. Había que traer comida a casa e iba de buena mañana al monte, a recoger leña. Mis hermanos cargaban también con la que podían y mi pobre madre buscaba hierbas medicinales y raíces que luego vendía por unos céntimos en las farmacias del pueblo. Con lo que ganábamos entre todos no podíamos comprar pan, ni arroz, ni aceite. La mitad de las noches nos acostábamos sin cenar y lo que comíamos era siempre lo mismo : hierbas del campo que llenaban y no alimentaban, aceitunas, bellotas, habas y, de vez en cuando —y era un auténtico festín—, boniatos y patatas hervidos, sin aceite.

En el pueblo, la mayor parte de la gente las pasaba tan negras como nosotros. Los niños tenían los vientres hinchados y, en un solo invierno, murieron más de cincuenta personas. Había el Auxilio Social, pero no ayudaba más que a los de Falange. Los demás era como si no existiéramos. De buena mañana los hombres iban a la plaza a buscar trabajo y, si nadie les llamaba, no tenían otro remedio que ir al monte, y coger caracoles, bellotas, hierba, leña. Cuando los dueños acotaron sus tierras, los denunciaron a la guardia civil y ¡ay, del que pescaban! le quitaban lo que llevaba encima y le « arrimaban candela ».

TESTIMONIOS DE TRABAJADORES INMIGRADOS

Los años siguientes, las cosas fueron de mal en peor: mi padre seguía parado o haciendo alguna chapuza; mi madre cogiendo hierbas. Las que mis hermanos traían a casa las hervíamos para quitarles el gusto y las comíamos hasta hincharnos. En 1945, la sequía quemó las cosechas y los patronos no daban trabajo. En casa, no se podía aguantar ya. Un día —tenía diecisiete años y mi hermano segundo catorce— nos largamos los dos, sin prevenir a nadie. Para mis padres no éramos ninguna ayuda y, en cambio, estando fuera había dos bocas menos.

Estuvimos quince días por los campos. Dormíamos al raso, o en cuevas, o alojados por alguna persona caritativa. De lo que comíamos, será mejor que no hable. Muchos patronos, al verme pedir limosna, me gritaban: « ¡Fuera! ¡Que no quiero mantener haraganes! », y cuando yo les ofrecía trabajar mi hermano y yo a cambio de un poco de comida, se quedaban mudos y nos echaban a patadas.

Volvimos a casa tan pobres como antes y, al poco tiempo de llegar, nos ofrecieron cuidar unas piaras de cerdos, a varios kilómetros del pueblo. Aceptamos en seguida la mar de alegres y estuvimos allí durante más de dos años. Ganábamos quince pesetas diarias entre los dos; una fortuna en aquel entonces. Mi hermana se vino también a vivir con nosotros, cogía hierba y hacía la cocina. Las quince pesetas nos daban para vivir los tres: comprábamos habas y patatas y las hervíamos mezcladas con las hierbas del campo.

En casa, entretanto, las cosas iban peor que nunca. Mis padres seguían recogiendo hierbas y leña, pero no encontraban a nadie que se los comprara. No podían procurar siquiera por mi hermano pequeño, y mi madre, la pobre, se lo tuvo que confiar a mi tía. En agosto de 1947, cayeron enfermos los dos y, un tiempo después, mi hermana: eran los años de hambre y las privaciones, el peso de todo lo que llevábamos sufriendo. El médico recetó unas inyecciones, pero nosotros no teníamos dinero. ¿Cómo íbamos a tenerlo si con las quince pesetas debíamos comer todos? En ningún lado querían fiarnos y tampoco podíamos empeñarnos, como hacían otros. En casa vivíamos como animales, sin colchones, muebles, mantas ni sábanas. Yo me estrujaba el cerebro buscando cuando, llegando el final del tiempo que habíamos apalabrado, el dueño de la piara nos regaló una cerdeta. Valía lo menos cien duros, de gorda que estaba, pero la tuve que vender por cuarenta. Con el dinero compré las inyecciones y, gracias a ello, mis padres se salvaron.

Mi padre estuvo en cama dos meses y mi madre cinco. Mi hermano y yo nos habíamos quedado sin trabajo y estábamos todos desesperados y hambrientos. Por esta época salté una vez en una huerta y cogí cuatro lechugas. Tenía tanta hambre que recuerdo que las comí sin aliñar, bajo un árbol. Pero alguien debió verme pues, al día siguiente, la guardia civil estaba en casa. Me llevaron al cuartelillo y el sargento me preguntó: « ¿Te gustan las lechugas, verdad? » y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que pasaba me encontré en el suelo, con la cara hinchada.

Había que comer y, como era otoño, salía a coger bellotas a la montaña. En el pueblo las pagaban a doce pesetas la cuartilla y, yendo en familia, podían sacarse cinco o seis duros diarios. He olvidado decir que, desde hacía dos años, los amos habían acotado sus tierras y nos prohibían la entrada. Por cuatro perras, contrataban a un puñado de desgraciados que, para no morir de hambre, se ponían en contra nuestro. Cuando veían a alguno le daban el alto y avisaban a la guardia civil.

Era un verdadero calvario : encañonándonos igual que si fuéramos criminales, nos llevaban a la cárcel del pueblo y allí permanecíamos cinco, diez, quince, veinte horas, hasta que les daba la gana soltarnos. Querían saber quién compraba las bellotas y arreaban fuerte para hacernos cantar. Un día que me pescaron con mi padre —que era viejo ya y acababa de salir de la cama— uno de los civiles —llevaba una pierna de goma, no lo olvidaré nunca— agarró una correa con tres nudos y le golpeó delante mío. Aún ahora no sé cómo no lo maté. Veía cómo íbamos vestidos y lo necesitados que andábamos, y se ensañaban todavía. En cuanto a mí, no sé las veces que llegaron a cogerme, ni los golpes que he recibido. Hubo ocasiones en que pasé veinticuatro horas en el calabozo —con los golpes, la humillación y la rabia— y nada más salir al día siguiente, ya estaba otra vez en el monte. Los pobres no podíamos hacer otra cosa y las palizas eran algo tan natural para nosotros como, para otros lo son la sequía, los rayos o las heladas.

En febrero de 1948, días antes de que me llamaran a filas —había acabado ya la época de la bellota—, salí a pedir por segunda vez con el menor de mis hermanos. Debía presentarme a primeros de marzo en la Caja de Reclutamiento y estuvimos fuera alrededor de veinte días. Al cabo, sólo habíamos reunido dieciocho pesetas y un trozo de queso, que dimos a mi madre. Fué en ese momento, creo yo, cuando decidí no volver nunca al pueblo. Los veinte años que llevaba en él no había conocido más que calamidades. « Cuando acabe la «mil» —me dije para mí— iré a buscar los garbanzos a otro lado ».

Me destinaron a Getafe y allí pasé los mejores meses de mi vida. El rancho que no querían los otros me lo comía yo : estaba como en Jauja. En los ratos que tenía libres aprendí a leer y a escribir ; y mandé una carta a mi padre. Nadie la pudo entender pero yo me sentía contento de mí mismo y, durante horas enteras copiaba, en una hoja de papel, los títulos de los diarios. Tuve tres permisos para ver a la familia, pero no fuí. Por sus cartas, sabía que andaban igual que siempre y prefería no estorbarles.

Cuando me licenciaron era noviembre de 1950. Mi padre trabajaba en Almendralejo de los Barros, en la vendimia y, de paso para V., fuí a hacerle una visita. Durante el viaje había perdido un zapato sin darme cuenta y me dió veinte duros para que me comprase un par nuevo. Yo le dije que lo compraría más tarde y, como era el final de la vendimia, nos encaminamos juntos al pueblo. Mi madre, al verme, se puso muy contenta : ¡hacía casi dos años que llevábamos separados! Me hicieron de comer y, al otro día, me fuí a buscar espárragos silvestres con mi padre por la montaña. Estuvimos todo el día fuera y, por lo que, entre uno y otro cogimos ¡nos dieron solamente seis reales! Yo ya me había olvidado un poco de lo que había pasado en el pueblo y aquello me despertó. Estaba harto de trabajar y no comer e ir medio desnudo y pedir limosna. Se lo dije así a mi padre, que estuvo de acuerdo conmigo : « Si encuentras algo mejor fuera, aprovéchalo. Si no aquí siempre tendrás tu casa ». A mi pobre madre no me atreví a decirselo y le conté que iba a coger aceitunas a Almendralejo de los Barros.

De buena mañana me eché la manta al hombro y con las cien pesetas que me había dado mi padre para los zapatos, unas botas altas y el mono que me había traído del servicio, me fuí hacia la parte de Huelva. La primera etapa que hice en cinco días —al llegar la noche me tumbaba a dormir en los campos, envuelto en mi manta llena de agujeros— fué Valverde del Camino. Allí, un conocido me aconsejó ir a una finca de la Compañía de Minas de Río Tinto que llamaban Torreblanca. Me presenté

TESTIMONIOS DE TRABAJADORES INMIGRADOS

donde decía y resultó ser una empresa de repoblación forestal. Había que abrir hoyos para plantar árboles. Se trabajaba a destajo, a razón de cuarenta céntimos la hoyo. Yo cavaba diez y doce horas y ganaba cuarenta o cuarenta y cinco pesetas diarias. En mi vida había cobrado tanto. Pero al cabo de dos meses nos despidieron y tuve que buscar trabajo en Almonte, en unas fincas que son de los jesuitas, aunque figuran como del Patrimonio Forestal del Estado. Cuatro meses, sudando como un negro, por veintiuna pesetas al día. En mi barracón dormían veinticinco hombres y los piojos se nos comían vivos. Hacía frío y por la noche «tocábamos diana con los dientes» —así llamábamos, entre nosotros, a: momento en que nos despertábamos tiritando. Recuerdo que el día de San José los encargados nos vinieron a buscar a donde trabajábamos y nos llevaron a los barracones. Dentro había tres curas. Esperaban allí para confesarnos y cuando terminamos —nadie se atrevió a escabullirse— nos enviaron de nuevo a plantar árboles. Es la única confesión que he hecho en mi vida.

En mayo de 1951, un compañero me propuso ir a la Isla de Sevilla. «Te enseñaré a plantar arroz y ganaremos el triple de lo que aquí nos dan». Envié los dineros que había ahorrado a mi madre y me guardé veinte duros por si acaso hacían falta durante el viaje. Atravesamos a pie la provincia de Huelva y entramos en la de Sevilla. Ibamos los dos por la carretera, sucios y mal vestidos, y nos paró la guardia civil. Yo creía que nos iban a «enchironar» a los dos, pero los guardias nos miraron las manos y al ver los callos y cicatrices del trabajo, nos dejaron seguir adelante. Luego me enteré de que a los pobres que tenían las manos limpias los detenían por ladrones y los cascaban hasta hacerles confesar que habían robado. Llegamos a La Isla después de penar mucho. Yo no sabía sembrar y, para empezar a aprender, tuve que hacerlo gratis dos días. Al tercero me dieron veinticinco pesetas. ¡Doce horas haciendo caballones con los pies en el fango por cinco miserables duros!

Cuando aprendí a sembrar pedí la cuenta y me fui a otros arrozales. Allí ganaba setenta pesetas por una jornada de diez o doce horas y me creía casi rico. Al final de la temporada, con los ahorros que había hecho, me compré un traje y un par de zapatos. Cogí el tren y, vestido y calzado, me presenté en V. ¡Qué alegría y cuántos besos y abrazos! Mi familia estaba loca de contenta al ver que me abría camino en la vida, pero mucha gente del pueblo que me recordaba entre dos civiles, cuando iba a buscar bellotas, estaban envidiosos y decían: «¿Habéis visto qué traje tan lucido? No puede ser de él. Lo habrá robado».

Mi hermano pequeño acababa de cumplir los dieciséis años. Estaba parado, sin hacer nada y, viendo que yo me iba, me dijo que quería venirse conmigo. «Bueno, le dije yo. Lo que sea de uno será de los dos y los padres estarán más desahogados». Agarramos el tren para Lorca del Río pero, al llegar, nos encontramos con que no había trabajo. Buscamos por los cortijos y nos ofrecieron arrancar patatas, él a veinte pesetas diarias y yo a treinta. Aceptamos y estuvimos allí una temporada. Al acabarse, nos fuimos a Bujalance, en la provincia de Córdoba, pues era la estación de la aceituna. En febrero de 1953 nuestra suerte empezó a cambiar. Un amigo nos dijo que encontraríamos trabajo por la parte de Valencia y cogimos el tren para Alcira. Como era la temporada de la naranja, me aceptaron en seguida en el almacén. Ganaba cuarenta pesetas y mi hermano treinta. A los pocos meses de estar allí, conocí a una mujer del pueblo y nos hicimos novios; me casé en 1954. A partir de entonces trabajaba en el pueblo durante los meses de la naranja y, el

resto del año, me iba a Cataluña —a Pals, en la provincia de Gerona— a sembrar arroz como temporero.

Y hubiera continuado así —ganando lo justo para comer los dos—, si la mala suerte no se hubiera de nuevo encarnizado conmigo. Mi mujer tuvo dos abortos en menos de un año y nos entrampamos por más de cinco mil pesetas. A los pocos meses se helaron las naranjas y los braceros nos encontramos sin trabajo. Arreglé el pasaporte y me fui al sur de Francia, a hacer la vendimia. Mi mujer se fué a París por su cuenta y riesgo y, cuando yo llegué, había encontrado colocación en una casa.

Me gustaría saber de letras para contar esas cosas en un libro. Entonces explicaría a todo el mundo que los españoles somos tratados en nuestro propio país como animales y que la mayor parte de las gentes que se creen muy santas y muy buenas no tienen ninguna consideración con los pobres. Diría que, para vivir como una persona he necesitado salir de mi país y muchas otras cosas más. Y si alguno creyera que miento, le daría infinidad de detalles sobre los lugares en que he estado y las gentes que he conocido, para demostrarle que lo que digo es la pura verdad y que no he inventado una sílaba.

José S., obrero textil, natural de S., provincia de Barcelona

NACI en 1935 y, cuando tenía cuatro años, los franquistas metieron a mi padre en la cárcel. Hasta entonces habíamos vivido en un piso, en los arrabales de S. Un día, el dueño nos echó a la calle y mi madre me llevó a mendigar por los caminos.

Durante quince meses recorrimos Cataluña a pie. Cada vez que encontrábamos a una persona bien vestida, mi madre me obligaba a alzar la mano: «Una caridad, señora, que Dios se lo pagará»; «una caridad, caballero, que hace tres días que no como»; y los ricos, al verme casi desnudo y con las piernas como palillos, me daban algún dinero: piezas de cinco, diez, veinticinco céntimos, casi nunca pesetas o duros. En las casas solían entregarnos un trozo de pan o las sobras de la comida. Gracias a esto, no conocimos el hambre.

Dormíamos donde nos pillaba la noche: bajo los puentes, en los pajares, en alguna choza abandonada. Estábamos llenos de piojos y, al rascarse era una verdadera carnicería. Todas esas señales del cuello las guardo desde entonces. Mi madre lo curaba todo restregando un poco de tierra. Por dos veces, estuve a punto de morir de una infección. Más tarde, también atrapé la sarna.

Cuando mi padre salió de la cárcel volvimos a S. y nos hicimos una «chabola». Yo ya no me acordaba casi de él: había cambiado mucho durante el tiempo que estubo encerrado, y bebía y se peleaba con mi madre. He olvidado decir que los dos son analfabetos y que no saben hablar de otro modo que gritando e insultándose. Yo, a los seis años, sabía más «tacos» que un carretero. Mi padre se divertía enseñándomelos. A veces, se sentaba en la puerta de la barraca y maldecía hora enteras contra Dios, los santos y la Virgen. Al empezar la guerra se hizo de la F.A.I. y había quemado varias iglesias. Cuando estaba de buen humor, me sentaba en sus rodillas y decía: «Pepito, reniega» y, si mis «tacos» le gustaban, se ponía la mar de contento y me regalaba unos reales.

Si saco esto a cuento, es para dar una idea de mi familia y de la

TESTIMONIOS DE TRABAJADORES INMIGRADOS

manera que me he criado. Mi padre, en el fondo, es un pedazo de pan ; todo lo que tiene es de los demás pero, desde que abre la boca es más fuerte que él : pega gritos por nada. Mi pobre madre es una buena mujer, con un corazón así de grande, pero demasiado bruta.

La culpa de que sean así no es de ninguno de los dos. Estos últimos años, la gente pobre ha sufrido mucho. Yo era un niño en 1945, pero me acuerdo bien del hambre que pasábamos y de la miseria que nos daban de racionamiento. Hasta que cumplí dieciocho años, creo que sólo he pensado en comer : por la mañana, por la tarde, por la noche y mientras dormía... Un día, y otro, y otro... La gente que no ha conocido eso, no puede imaginarlo. Es más fuerte que todo. En casa, desde que guardo memoria, no se ha hablado de otra cosa que de comida.

A los siete años, comencé a ayudar a mis padres. Al salir libre, mi padre se encontró con que no le daban trabajo y se estableció como trapero. Era el único recurso de los pobres por aquel entonces, en el barrio había más de cien. Mi madre y él se turnaban empujando el carrito e íbamos de un lado a otro de la ciudad y por los pueblos de los alrededores tocando la pandereta para anunciarnos. Cargábamos con todo : papel, ropa vieja, chatarra, botellas, latas de sardinas. Con un palo, hurgábamos en las basuras. Al volver a casa, mi padre vaciaba lo que había en los sacos y lo clasificaba para venderlo. La chabola se fué llenando poco a poco de cosas inservibles ; apenas teníamos sitio. Cuando hice la «mili», todo el mundo se quejaba de la dureza de los patates, pero yo, acostumbrado a la suciedad de casa, me creía en Nueva York. Prefiero no hablar del olor los meses de verano. Nosotros estábamos acostumbrados porque todo el barrio olía mal, pero, al pasar por enfrente, los forasteros se tapaban la nariz. El único año que fuí a la escuela, el primer día los profesores no me admitieron. En cinco minutos apesté toda la clase y mis padres tuvieron que bañarme.

Para quienes no saben lo que es la vida en las barracas, voy a contar un detalle. Durante mucho tiempo he dormido con mis padres en el mismo jergón. Por la noche, me hacía el dormido y espiaba sus juegos. Cuando mi hermana pequeña nació, yo ya sabía de qué forma vienen los niños al mundo. Una vez, a la salida de la escuela, quise hacer lo mismo con una chica, pero se puso a gritar como una condenada y me detuvieron.

Hasta los dieciséis años seguí acompañando a mis padres. Como en la barraca no cabíamos ya, ocupamos otra mayor que estaba vacía. El dueño, al enterarse, vino con un cuchillo, pero mi padre le dió tres mil pesetas y se largó sin decir nada. Desde entonces, en lugar de una, teníamos tres habitaciones : la de mis padres, que servía también de cocina y comedor ; la de mi hermana y mía ; y otra, con todos los trastos, donde dormía el borrico.

En 1951, con sus ahorros, mis padres compraron un burro para tirar del carrito. Cuando lo trajeron estaba flaco y daba casi pena verlo, pero en seguida, con los cuidados que le dimos, se recuperó y nos arrastraba a todos. Hace unos meses —al venirme yo a Francia— apenas entraba por la puerta de gordo que estaba.

No tenemos gas ni electricidad. Cuando oscurece, encendemos las velas y mi hermana, que lee día y noche, está enferma de los ojos. Agua, tampoco hay. Debemos buscarla en una fuente, á más de cien metros de casa. La gente del barrio —casi todos son murcianos y andaluces, catalanes hay muy pocos— hace sus necesidades en el campo. El dueño de la tierra puso un cartel diciendo PROHIBIDO ENSUCIARSE BAJO MURTA, pero nadie le obedece. ¿Y cómo le íbamos a obedecer? Las barracas

no tienen cloaca ni retrete. Cada vez que salgo, encuentro a alguien haciendo lo mismo que yo. Aunque nos multaran de verdad, no vamos a retenernos toda la vida.

En 1952, el dueño del bar donde yo iba los domingos me procuró empleo en una fábrica de hilados. Ganaba cuarenta duros a la semana. Los sábados daba ciento cincuenta pesetas a mi madre y, el resto, era para mí. En 1956, al entrar en la « mili », cobraba 275 pesetas. Unido a lo de mis padres servía justo para comer. ¡Ocho horas trabajando como un negro por un poco de arroz, patatas y carne! Los que dicen que en España se está bien no tienen más que vivir donde yo vivo y ocupar mi plaza en la fábrica y cambiarán en seguida de opinión.

Desde que estoy fuera —con lo ladrones y todo que son los patronos aquí— me parece vivir un sueño. Con lo que gano, como, me visto y ahorro para enviar algo a la familia. En España —y cuando salí tenía veintitrés años— no he podido comprarme nunca trajes nuevos, ni zapatos, ni camisas.

En casa están locos de contento. Cuando me marché, mi madre lloraba porque creía que no me iba a volver a ver. En cuanto encontré trabajo les escribí y me contestaron con esta carta, a través de mi hermana :

« Tu querido padre escribe a su querido hijo pues bien me encuentro con la perfecta salud como deseo la tuya que tu padre nunca te olvidará en este mundo ni el otro me siento muy orgulloso de la honradez de mi hijo que se halle en París con el cariño de su padre felicito a todos los concejales de París y incluso al Señor Alcalde con cariño y amor que han recogido a mi hijo quisiera a estrechar mi mano del presidente de la República porque Francia es muy buena y la amo con cariño y para que conste firma.

« (Nombre y cuatro apellidos). »

Si encontrara una habitación grande me gustaría traerles aquí. No quiero que continuen viviendo como han vivido toda su vida. En S. tenía ganas de dejarlos para siempre pero ahora, cuando pienso en ellos, casi me salen las lágrimas.

José G., agricultor, natural de V., provincia de Cuenca

NACI en 1908, hijo de familia campesina y soy el mayor de cuatro hermanos : A. exilado en Francia desde 1939 ; L. que cruzó clandestinamente la frontera en 1946 y no ha vuelto a poner los pies en España, y R., agricultor como yo en un pueblo vecino al mío. Otro hermano, J., fué fusilado por los fascistas al final de la guerra.

Lo ocurrido con mi familia no es un caso especial, en cada pueblo de la provincia existen decenas de historias parecidas.

Mis hermanos y yo luchamos del bando de la República porque la República defendía los derechos del campesino pobre. Yo estuve tres años en el frente —en Somosierra y luego por la parte de Caspe y Castellón— y fui herido en El Escorial. Al terminarse la guerra volví a V. y los fascistas nos metieron en la cárcel a todos, incluso a mi madre. Cuando me juzgaron, el fiscal pidió para mí veinte años y un día, pero, a falta de pruebas, tuvieron que soltarme.

Mi familia ha sufrido mucho, pero no me arrepiento. En 1936 creía que teníamos razón y lo sigo creyendo todavía. El régimen nos ha vuelto

TESTIMONIOS DE TRABAJADORES INMIGRADOS

más pobres que nunca. Durante veinte años ha tenido las manos libres para hacer lo que quería y las cosas van peor que antes.

Cuando salí libre en 1940, los jornaleros estaban a 7,20 pesetas diarias y teníamos derecho a solamente 50 gramos de pan. De estraperlo, se vendía a 5 pesetas el kilo y el aceite a más de 10 el litro. En 1958 cobraba 55 pesetas y el pan estaba a 7, las alubias a 8, los garbanzos a 10 y el aceite a más de 16 pesetas el litro. No cobramos el salario dominical, ni primas, ni pagas extraordinarias. La mayor parte de nosotros no sabe siquiera lo que es el Seguro. Con once duros debemos comer, vestirnos, calzarnos y pagar los gastos de farmacia y escuela. Durante la República, la instrucción era gratuita. Ahora doy 30 pesetas al mes por cada uno de mis hijos más 55 al comienzo del curso, por el certificado médico.

Nadie se ocupa de nosotros. El poco dinero de los Ayuntamientos, en lugar de invertirse en cosas útiles, modernizar las escuelas, por ejemplo, se gasta organizando romerías y festejos en honor de la Virgen de Fátima. En el pueblo de mis primos, las autoridades la nombraron alcaldesa.

En los diarios se habla mucho del Plan de Concentración Parcelaria. Lo presentan como una gran mejora social y, en principio, debiera de serlo. En nuestra región se aplica desde hace unos años y su objetivo es el siguiente: los que poseen tierras repartidas en cuarenta sitios distintos reciben el equivalente —en extensión y categoría— de las mismas, unido en una sola propiedad. Así el cultivo es mucho más fácil y permite el empleo de tractores.

Pero como las tierras siguen en manos de sus dueños, los jornaleros no ganamos nada con el cambio. Lo que hacen, queda entre ellos y no nos aprovecha. Les sirve para decir que se ocupan de nosotros y engañar a los que van de buena fe con su propaganda.

Y así ocurre con todo. Cuando los periódicos cuentan una cosa, debe creerse lo contrario.

Para venir a París he necesitado más de 2.000 pesetas, un verdadero capital para un jornalero pobre. Aquí trabajo en la construcción y ahorro en menos de un mes lo que no consigo reunir allí en más de un año.

Pablo O., agricultor, natural de B., provincia de Valencia

LA región de B. es una de las más ricas de España. Su producción principal es la naranja y, cada año, millares de cajas seleccionadas por las obreras y obreros del almacén son transportadas a Cullera, Valencia o el Grao de Gandía, donde embarcan con destino a Inglaterra, Bélgica, Francia o Alemania. La tierra suele estar repartida —a razón de 4, 6, 10 o 12 anegadas— y la mayor parte de las familias son propietarias. A causa de esto —y aunque, durante la guerra, Valencia quedó del lado republicano— es una de las partes de España donde abundan más los fascistas. Los propietarios —incluso aquellos cuyas tierras apenas dan para vivir y que son explotados como nosotros— tienen miedo de que una Revolución les quite lo poco que tienen y, en vez de querer mejorar su situación, se ponen siempre de parte de los ricos. Después de las heladas de 1956 muchos tuvieron que emigrar a Francia, como yo, duermen amontonados —seis y siete por habitación— lo mismo que yo, y aún hablan en contra de los Seguros y los Sindicatos y van al trabajo cuando hay orden de huelga.

Mi familia era una de las más pobres del pueblo. Mi padre no tenía tierra y se ganaba la vida transportando mercancías de un sitio a otro, con un carro. Mi madre se ocupaba de las faenas de la casa —somos ocho hermanos— y trabajaba todo el día, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Teníamos sólo dos camas y yo compartía la mía con mis hermanos pequeños. Mis padres dormían en la otra con el recién nacido y mis hermanos mayores en un colchón, en el suelo. Lo que mi padre ganaba servía apenas para comer y nos levantábamos de la mesa con hambre. Con mis hermanos y otros chicos de mi edad, íbamos a la huerta a robar naranjas. Me mandaron un año a la escuela y no aprendí nada. Hice la comunión y el cura nos habló de Dios y su Majestad Alfonso XIII. En casa andábamos cada vez peor y, a los nueve años mi padre me envió a trabajar la tierra. Mis patronos me daban de comer y había una boca menos en casa. Cuando tenía once años, mi madre se murió. Mi padre vendió el carro y, desde entonces, hasta que tuvo más de sesenta años, trabajó de sol a sol en la huerta.

Cuando vino la República, acababa de cumplir doce años. Mi padre había votado por las izquierdas y algunos patronos no querían darle trabajo. Yo crecía como un ignorante y no sabía lo que quería decir Blanco ni Rojo. No empecé a comprender hasta que llegó la guerra. En el pueblo se formó un Comité y los milicianos dieron el «paseo» a los fascistas más conocidos de la comarca. La vida había cambiado de la mañana a la noche y me interesaba por la política. Fui a las reuniones del Comité y escuchaba los discursos por la Radio. Transcurrió así todo 1936. En enero del año siguiente, como la República necesitaba hombres jóvenes, me presenté a servir voluntario. Estuve un mes en Valencia, estudiando el manejo del mosquetón y me enviaron al frente de Madrid. Participé en los combates por la parte de Las Rosas y El Pardo. Por las noches asistía a clases para analfabetos y aprendí a escribir y a leer. Entonces mandé postales a todo el mundo diciendo: «La República me ha instruído», y recibí una carta dictada por mi padre, felicitándome. El no había aprendido nunca a leer ni a escribir, firmaba con el dedo humedecido en tinta y, hasta el final de la guerra, guardé su respuesta en el bolsillo de la guerrera, para que me diera suerte contra las balas.

Un día, los oficiales pidieron voluntarios para una brigada de tanques, y me apunté. Fui a Archena —allá por Murcia— a seguir un cursillo de instrucción. Pasado el examen, me enviaron de nuevo a Madrid y, luego, a Guadalajara. Había creído hasta entonces que la guerra la íbamos a ganar los republicanos y, poco a poco, me di cuenta de que las cosas no marchaban como era debido. Los fascistas habían comprado a nuestros jefes y, cuando nos ordenaban atacar, lo hacían siempre a deshora. En Segovia nos lanzaron contra la artillería enemiga y estuvimos a punto de ser copados. La gente empezaba a murmurar, decía que estábamos vendidos. La aviación fascista nos bombardeaba. Hubo desertiones y nos mandaron del lado de Ciudad Real. Un día el capitán nos dijo que Madrid capitulaba y que se había acabado la guerra.

Volví a Valencia y, al llegar al pueblo, me encontré con que mandaban ya los de Falange. Fui a casa y, a las pocas horas, me vinieron a buscar. El jefe era un tal V.L. que se había pasado al otro bando al principio de la guerra. Me dijo: «Tú estabas con los comunistas y acompañaste a los milicianos que fusilaron a don Pascual». Ordenó que me encerraran con los del Comité y gritaba que nadie me salvaría del paredón. Por la tarde recibí la visita de un tío mío, falangista. Había ido a ver a V.L. y los otros, y les contó que me habían llevado al frente engañado. «Es un buen chico, muy devoto de la Virgen y res-

TESTIMONIOS DE TRABAJADORES INMIGRADOS

pondo por él». Y tanto porfió e insistió que acabó por convencerles, pues, al otro día me dejaron en libertad.

Volví a la huerta, con mi padre y mis hermanos. Era la época del racionamiento. Trabajábamos diez, doce y catorce horas por día y sólo teníamos derecho a medio litro de aceite y tres cuartos de kilo de harina mensualmente por persona. Lo que se repartía, no bastaba para alimentar a un niño de cinco años. Había que comprar el aceite, el arroz, las patatas y el pan de «estraperlo». Los jornales estaban entonces a ocho pesetas y un litro de aceite valía veinte. Comíamos pan de maíz, boniatos, nabos, naranjas. En el pueblo había muchos tuberculosos y mi hermana pequeña murió de meningitis en menos de una semana.

El año 41 me llamaron a servir. Me destinaron a Melilla y permanecí allí cuarenta y tres meses, sin ver a mi padre. Después de la jura de la bandera, el capitán me había nombrado furriel y, por primera vez en muchos meses, podía comer hasta hartarme. Pero el sargento de la compañía se vendía los efectos de los soldados y se llevaba muy mal conmigo. Como no había querido seguir su ejemplo, tenía miedo de que yo le delatara. Un día le pedí el petróleo de la tropa sabiendo que se lo había «pulido». «Estaba ayer en el almacén y yo mismo vi cómo lo sacaba». Viéndose perdido, empezó a chillar, me cargó la culpa a mí y dió parte por escrito a los jefes que tomaron por moneda de ley todo lo que decía y, por haber defendido los derechos de mis compañeros, me enviaron al Gurugú, castigado.

Me licencié en el año 45 y me casé once meses después. Mi mujer es de un pueblo vecino a B. y me había carteaado con ella durante la «mili». Me ha dado tres hijos. Su familia es casi tan pobre como la mía y todo lo que poseemos apenas si alcanza una anegada. Cuando volví, me encontré con una situación aún peor que la que había dejado al marcharme. Los jornales estaban a cinco duros y el arroz no costaba menos de 10 pesetas el kilo, la harina de 16 y el aceite de 28. Al casarme, me había tenido que empeñar para comprar un traje nuevo a mi mujer y yo no tenía más prenda que una camisa y unos pantalones de soldado. Lo que llevaba a casa después de penar doce y catorce horas en la huerta, no alcanzaba para comer nosotros dos. Mi mujer empacaba naranjas en el almacén, durante la temporada y, al llegar a casa por la noche, tenía que fregar y hacer la comida. Cuando me dijo que estaba encinta se echó a llorar. Era la ruina de los dos y había que encontrar algo para salir del paso.

Conocía a un muchacho que había estado en el frente conmigo y que, desde el racionamiento, vivía del «estraperlo». Fui a verle y le dije: «Esto no puede seguir así. Me mato trabajando y lo que gano no cunde nada. Mi mujer espera un niño y necesita un poco de descanso. Si no me ayudas, no tengo otro recurso que robar». J. me dijo que tenía algo para mí y, al día siguiente, me llevó a Sueca y me dió la dirección de un individuo. «Dile que vienes de mi parte y que estás en un apuro». Cumplí lo que me ordenaba y el hombre me entregó un saco con 60 kilos de arroz en cáscara. «Te lo dejo a dieciocho reales el kilo —dijo—. En Gandía podrás venderlo a más de un duro». Le entregué las 270 pesetas que J. me había adelantado y cargué con el saco en la bicicleta. En Gandía tenía amistad con los dueños de un colmado, que me pagaron 340. Me quedaban 70 pesetas limpias para mí y compré un filete de ternera para mi mujer y seis botes de leche condensada.

A partir de entonces, durante más de dos años, recorrí la comarca en bicicleta, cargado con sacos de 70, 80 y hasta 100 kilos de arroz en cáscara. Era una verdadera aventura. La guardia civil vigilaba los caminos

y los de la Fiscalía de tasas abrían todos los envoltorios sospechosos a la entrada de los pueblos. Había que obrar con mucha astucia. Al que caía, le confiscaban lo que llevaba, le ponían una multa y, encima, lo molían a palos. A un chico de O. lo tuvieron que hospitalizar de la paliza que le dieron. Por eso, acostumbrábamos a salir de noche y por caminos poco conocidos y, cuando veíamos una pareja de civiles, volvíamos atrás, para dar la voz de alarma.

Durante dos años salí todas las noches con mi bicicleta y Dios, el demonio, la suerte o lo que sea, siempre me fueron favorables. Pero mi mujer perdía el sueño esperándome y a fines de 1948, como las cosas se normalizaban un poco, volví a las faenas del campo. Los jornales estaban a 35 pesetas y, trabajando los dos, ganábamos lo suficiente para subsistir.

Conviene explicar, ahora, las condiciones en que vivimos en el pueblo. Los exportadores naranjeros no pasan de una docena —aunque la tierra está repartida, los hay que poseen cien, ciento cincuenta y hasta más de doscientas anegadas— y se ponen de acuerdo entre ellos para fijar el nivel de los jornales. Cuando se acaba la temporada el trabajo escasea y, a veces, durante meses enteros, se trabaja a razón de cuatro, tres y aun dos días por semana. ¡Setenta o cien pesetas para atender a las necesidades de toda una familia!

No se conoce la paga dominical y el que quiere trabajar su propia tierra el domingo —porque trabaja la de los demás durante el resto de la semana—, no tiene derecho a hacerlo. Si el cura o algún otro lo denuncia, le clavan una multa de 25 ó 50 pesetas. Durante muchos años no ha existido el Seguro y aunque Girón lo prometió, de hecho, sigue siendo letra muerta. Los patronos jamás lo han aplicado. Así, conozco el caso de un hombre que, con sus hijos de 13 y 14 años, trabajaba en el almacén de F. Un día oyó un discurso sobre los derechos del padre de familia y fué al patrón a reclamarle los puntos que le debía. El patrón no solamente no se lo dió, sino que los echó a los tres a la calle. Podría contar muchas historias parecidas.

Los braceros somos muchos y la faena escasea. Los patronos siempre llevan las de ganar y nos explotan como quieren. El que no va a misa o tiene fama de «rojo» encuentra difícilmente ocupación. Los amos no le llaman nunca y tiene que humillarse como los demás o morderse los puños de hambre. No hay unión y, si uno no quiere doblar el espinazo, digamos, por menos de cuarenta pesetas, el patrón halla siempre otro que se vende más barato. El pueblo se ha ido llenando estos últimos años de emigrantes andaluces y, como los jornales son más altos aquí que en sus tierras, aceptan lo que muchos de nosotros no queremos aceptar. De este modo, los patronos tienen siempre la sartén por el mango. Y, a la que uno levanta la voz o quiere hacer valer sus derechos, lo acusan de comunista y nadie quiere emplearlo.

Tal es la situación, ni más ni menos. Mientras dura la temporada de la naranja, se trabaja día y noche y se gana lo justo para comer. ¡Cuántas veces he visto pasar íntegras las ganancias de un mes en el campo o el almacén en liquidar las cuentas pendientes con el colmado! Al final del invierno, la gente ha pagado ya todo lo que debía, pero no ha podido ahorrar ni cinco. La mujer y los hijos esperan en casa algo para comer y, maldiciendo lo humano y lo divino, hay que volver a entramparse. Esto, en lo que respecta a la comida. Queda, luego, el problema de vestir, calzar, pagar la escuela a los hijos... En estas condiciones, cualquier enfermedad supone una verdadera catástrofe. Los gastos de farmacia son elevados y se contraen nuevas deudas. Cada invierno temblamos mi mujer y yo, pensando en la salud de los hijos.

TESTIMONIOS DE TRABAJADORES INMIGRADOS

Cuando en enero de 1956 hubo las heladas, la situación se hizo insopor- table. El frío destruyó enteramente la cosecha, matando a centenares de árboles. Nadie, ni los más viejos del pueblo, había visto nada parecido. Era la ruina para todos y el comienzo de otros años de hambre. El gobier- no anunció medidas de ayuda —una miseria— y el cura dijo que la culpa la teníamos nosotros, que habíamos ofendido a Dios con nuestros pecados. Los jornales que, en diciembre de 1955, rebasaban las 50 pesetas, cayeron, de golpe, a menos de 35. Al comienzo, ninguno de nosotros quería aceptar, hasta se habló de hacer una huelga. Pero el hambre apretaba y, una vez más, tuvimos que rebajarnos ¡meses enteros mendigando siete duros a los patronos, que nos los daban como quien hace un favor! Las tiendas no fiaban a nadie y mi mujer y yo nos encontramos en las mismas condiciones que diez años antes cuando, cansado de trabajar y no comer, tuve que dedicarme al « estraperlo ».

A fines de 1956, con dinero prestado, me vine a Francia. Desde la helada habían emigrado una docena, sólo de mi pueblo y, con poca dife- rencia, ocurría lo mismo en toda la comarca. Era el comienzo del éxodo y, después que yo me fui, han salido varios millares. París está lleno de valencianos. Se les encuentra en el trabajo, en la calle, en el « metro ». Los hombres vienen a trabajar en la construcción o en las fábricas. Las muje- res se colocan como chicas de servir y cuidan los niños ajenos sin saber sí, en el pueblo, alguien cuida los suyos propios. Los domingos por la tarde nos reunimos en la Avenue de Wagram, en la rue Tiquetonne, o en las bocas del « metro » Pompe. Cada vez encontramos conocidos que aca- ban de salir del pueblo y nos enteramos de lo que allí ocurre.

Ahora trabajo ocho horas en una fábrica y gano cincuenta y cinco mil francos al mes. Duermo en un hotel, con dos amigos, por el precio de cuatro mil francos. Para comer gasto menos de seis mil y, el resto, se lo envío a mi familia. Sé que me explotan, pero no me quejo.

Muchos españoles dicen que los obreros franceses nos desprecian y los tienen muy criticados, pero yo creo, al revés, que se portan bien con nosotros. Los que venimos a trabajar aquí pensamos sólo en ahorrar dinero y en hacer horas extraordinarias —lo mismo que los andaluces que van a Valencia— y, a pesar de eso, se portan mejor ellos con nosotros —ex- tranjeros— que nosotros con nuestros propios compatriotas.

Pierre BROUE - Emile TEMINE

LA REVOLUTION ET LA GUERRE D'ESPAGNE

Un volumen de 542 páginas, 14 × 22,5, 30 N.F.

Obra fundamental para comprender el proceso revolucionario español

Editions de Minuit, Paris - Colección « Arguments »

Informe sobre el colonialismo portugués

Por M.A.C.

La lucha del pueblo de Angola por su liberación nacional constituye actualmente una de las grandes manifestaciones de la Revolución colonial. Al objeto de ayudar a nuestros lectores a comprender lo que pasa actualmente en Angola publicamos hoy los extractos fundamentales de un informe presentado por el Movimiento Anticolonialista (que recientemente se ha incorporado al Frente Revolucionario africano por la independencia de las colonias portuguesas) en la II Conferencia de los Pueblos Africanos celebrada en Túnez.

COMO es sabido, Portugal inauguró la moderna expansión imperialista de Europa en Africa y practicó el primer tráfico sistemático de hombres negros. Además, después de haber ocupado a través de su acción en Africa un importante lugar en la ejecución del mayor genocidio que jamás fué practicado en la Historia, Portugal, aprovechando la entente imperialista mundial contra nuestros pueblos y el apoyo interesado de algunas potencias imperialistas, comenzó la conquista militar de sus actuales colonias del Africa continental. Pero la ocupación militar de esos territorios, a causa de la heroica resistencia de nuestros pueblos, no pudo ser acabada hasta 1920.

Una vez liquidada la casi totalidad de los cuadros dirigentes tradicionales de las sociedades africanas, Portugal empleó el método del colonialismo clásico: la dominación directa. En efecto, las tesis fundamentales del colonialismo portugués han sido formuladas siempre en esos términos: el territorio africano debe ser considerado como «res nullius»; la civilización y la cultura occidentales tienen un valor absoluto y único en el mundo, el desarrollo mental y moral de los pueblos coloniales del Africa continental se halla al nivel de la animalidad. En virtud de estas tesis los dirigentes portugueses se orientaron hacia una política de anexión de las colonias, de asimilación espiritual de los pueblos y de represión policíaca.

Es evidente, sin embargo, que un país como Portugal, subdesarrollado, agrícola y atrasado, y cuya renta «per capita» es de alrededor de 150 dólares, con un 49% de analfabetos, está bien lejos de poder contribuir al progreso de la civilización y de la cultura de los pueblos africanos. Por ello no es casual que los más importantes y decisivos trabajos de valoración de los territorios africanos bajo dominación portuguesa hayan

sido realizados con el concurso de capitales no portugueses: el ferrocarril de Beira y Benguela, el Trans-Zambezián Railway, el puerto de Beira. Del mismo modo, con el concurso de capitales no portugueses, se han plantado caña de azúcar, sisal y palmeras en Quelimane, se ha instalado la electricidad y conducido el agua potable a Lourenço Marques, se han extraído diamantes, se ha buscado petróleo y se han financiado los trabajos hidroeléctricos y agrícolas más importantes que están en curso en este país.

Como Portugal no reconoce «el derecho de los pueblos africanos a disponer de ellos mismos», nos ha impuesto la nacionalidad portuguesa. Pero el hecho de ser un negro africano «portugués», o sea, un indígena, no significa necesariamente que se sea un ciudadano portugués. A través de una ley racista se ha establecido que no se reconoce a los individuos de raza negra (ni a sus descendientes) el derecho de ciudadanía del mismo modo que se reconoce normalmente a los portugueses. Ni siquiera teóricamente tiene el indígena un mínimo de posibilidades de participar en la vida pública y en la dirección de los asuntos de su país ya sea directamente como por mediación de representantes libremente elegidos.

Los negros ciudadanos, que constituyen una minoría que no sobrepasa el 0,3% de la población de las colonias portuguesas del África continental, no pueden tampoco intervenir en la vida pública ni en la dirección de los asuntos de su país, tanto menos cuanto que Portugal se halla desde hace más de 30 años, bajo un régimen de dictadura fascista. Además, en Portugal no existe ningún partido político aparte de la Unión Nacional de Salazar.

LA EXPLOTACION DEL CAMPESINO NEGRO

Los dirigentes portugueses han tomado múltiples medidas prácticas para prohibir a los africanos la posesión de bienes rurales y urbanos. Puede afirmarse que la casi totalidad de los campesinos africanos trabajan tierras cuyo derecho de posesión no les está reconocido oficialmente. En efecto, por una parte, la ley no permite a los indígenas que viven en organizaciones tribales más que el uso y el beneficio de las tierras necesarias a su establecimiento y a sus cultivos; y, por otra, la ley les prohíbe todo derecho de posesión sobre propiedades rurales.

De los 25 millones de hectáreas de tierra cultivada que hay en Angola, alrededor de 2 millones pertenecen a unos cuantos millares de colonos. Más de las cuatro quintas partes de los cultivos de café —el más rico producto agrícola del país— están igualmente en manos de los colonos. Y pese a que más del 70% de la producción agrícola de Angola provenga directamente de la agricultura indígena —donde el trabajo femenino ocupa un lugar predominante en virtud de la práctica generalizada del trabajo forzado—, la renta del campesino negro agrícola es muy baja.

La Administración colonial contribuye conscientemente a reducir a los campesinos a la miseria mediante un cierto número de medidas, especialmente mediante la fijación oficial de viles precios a los productos de la agricultura indígena, la carencia de moneda, la suspensión teórica del comercio de intercambio, la falta de asistencia técnica efectiva, la sistemática expulsión de los africanos de las tierras más fértiles, la confiscación de útiles agrícolas por las autoridades en las fronteras de Angola y Mozambique bajo el pretexto de falta de pago del impuesto de soberanía.

La Administración colonial portuguesa ha tomado igualmente una serie de medidas prácticas de estrecho control de la economía del campe-

INFORME SOBRE EL COLONIALISMO PORTUGUES

sinado. El trabajo explotado del campesino africano toma aspectos de servidumbre con la práctica del monocultivo, legalmente impuesto. En 1953, más de 570.000 indígenas de Angola y Mozambique fueron obligados a producir algodón sobre una extensión de tierra superior a 320.000 hectáreas. Esos cultivos obligatorios no sólo agotan las tierras africanas, sino que reducen todavía más los cultivos de productos alimenticios en nuestros países, aquejados ya de subalimentación crónica. Además, esos cultivos elevan excepcionalmente el coste de la vida en esas regiones, e instalan el hambre más desesperada entre las masas laboriosas.

EL TRABAJO FORZADO

EL trabajo forzado es practicado todavía en las colonias portuguesas. Las causas de este hecho son múltiples: la reducción demográfica de las poblaciones (consecuencia de la secular trata practicada por los portugueses), la búsqueda de mano de obra africana barata, la política portuguesa de genocidio, el retraso económico, los déficits de la balanza comercial y de pagos de Portugal, la búsqueda de divisas para financiar la instalación en masa de colonos blancos.

El sistema de trabajo forzado va acompañado de métodos heredados de la esclavitud. En realidad, los indígenas son vendidos por las autoridades administrativas a los agricultores y a las compañías europeas, que luchan entre ellas, en una áspera competencia, en búsqueda de mano de obra.

Hace algunos años, el arzobispo de Luanda, en una Memoria confidencial dirigida al gobernador de Angola, hacía a la práctica oficial del trabajo forzado responsable del escaso progreso del cristianismo entre las masas angoleñas. El arzobispo reveló en ese documento que las autoridades administrativas vendían a cada trabajador forzado por un precio que variaba entre 1.000 y 2.000 escudos. Las autoridades se defendieron contra esta acusación de vender negros afirmando que no hacían más que alquilarlos. Semejante corrupción alcanzó no solamente a las autoridades portuguesas, sino también, por su mediación, a los jefes africanos de las aldeas impuestas por la Administración colonial.

La práctica del trabajo forzado lleva consigo, de modo permanente, la destrucción de la vida económica africana, la desintegración de millones de familias, la prostitución de un número considerable de mujeres, la propagación de enfermedades venéreas, la baja del índice de natalidad y el aumento de la mortalidad infantil, la reducción de la vida útil del trabajador, la liquidación de la actividad agrícola relativamente «independiente» de millones de campesinos africanos, la práctica por los colonos de la apropiación de tierras y de otros bienes abandonados por los africanos sometidos al trabajo forzado, etc.

En Mozambique existe un tráfico oficial anual de más de 400.000 africanos hacia las minas de Rodesia y Africa del Sur, en cuyo mantenimiento se halla interesado Portugal puesto que constituye una de las únicas fuentes seguras para la adquisición de las divisas necesarias para la aceleración de los trabajos preparatorios de la instalación en masa de colonos portugueses, y que puede permitir equilibrar la balanza de pagos de esta colonia.

Es preciso ver en la práctica del trabajo forzado el motivo fundamental del bárbaro asesinato colectivo de más de 1.000 negros en la isla de Santo Tomé en Febrero de 1953. En efecto, la reducción de la exportación

de trabajadores forzados de Angola en dirección de ese archipiélago, y el alza del precio del café en aquella época, llevó al gobernador de Santo Tomé a imponer por las armas el régimen de trabajo forzoso a los propios nativos de la isla.

Este mismo tipo de colonialismo practicado por un país atrasado se revela incapaz de hacer frente al grave problema de las hambres cíclicas en el archipiélago de Cabo Verde. Esas crisis provocan la muerte de millares de habitantes, mientras otros se ven obligados a emigrar hacia otras colonias, donde son duramente explotados.

EL SAQUEO DE BIENES

DESDE hace largo tiempo los vinos ocupan, después de los tejidos, el segundo lugar entre los productos de importación de Angola. En 1958, Portugal exportó hacia Angola vinos cuyo valor equivalía al 10 % del total valor de las importaciones de esa colonia, en tanto que, en el curso del mismo año, el valor total de las importaciones angolesas en maquinaria y aparatos industriales y agrícolas, así como medicamentos, fué inferior a 80 millones de escudos en relación con el valor de los vinos importados.

Entre 1951 y 1955, en Mozambique, cada negro consumía anualmente un kilo de carne y menos de un litro de leche, en tanto que cada blanco consumía, respectivamente, 58 y 63 veces más. Sin embargo, en el año 1958, el consumo anual de vinos portugueses de cada habitante de Mozambique (incluidos los niños de todas las edades) fué de alrededor de cinco litros.

Al lado de la miseria extrema impuesta por Portugal en nuestros países, se acumulaban riquezas en las manos de algunos europeos y, en la mayor parte de los casos, fuera de Africa. Por ejemplo, los beneficios netos de la Sociedad de Agricultura Colonial (Santo Tomé), del Banco de Angola, de la «Diamang» (Compañía de Diamantes de Angola), de la «Comgeral», la «Purfina», la «Compañía Agrícola del Cassequel» (Angola), la «Sena Sugar States Ltd.» (Mozambique), fueron en 1947 del orden de un cuarenta y nueve por ciento por término medio en relación con el capital de esas empresas. Sólo con el total del beneficio neto de esas siete empresas se hubiera podido cubrir, en 1957, el total de los gastos públicos de Cabo Verde, Guinea, Santo Tomé y Príncipe, con un superávit de cincuenta millones de escudos, es decir, una cantidad superior a la suma gastada en ese mismo año por la instrucción pública de Angola.

Hasta 1943, el impuesto de soberanía pagado por los angolese representó el primer ingreso del presupuesto de la colonia. En Angola únicamente se comenzaron a percibir impuestos sobre la renta, la exportación agrícola y la renta profesional a partir de 1950. Nuestras riquezas y el producto de nuestros trabajos son empleados por el gobierno portugués en beneficio de la colonización blanca.

Gracias a ese trabajo y a esas riquezas, han sido instalados los colonos blancos de Cela y del valle del Limpopo, se han realizado trabajos en las orillas del Cuanza y se está instalando la colonia blanca de Tanninga. Solamente una parte de la colonia de Cela comprenderá alrededor de 530 propiedades con una superficie total de 40.000 hectáreas. Se gastarán en esta instalación 500 millones de escudos, es decir, casi veinte veces la suma que el Estado invirtió en 1957 en los Servicios de Agricultura y Selvicultura de Angola.

LA SALUD Y LA ENSEÑANZA DE LOS AFRICANOS

EN lo que se refiere a los problemas de sanidad es preciso decir que en las colonias portuguesas la mayor parte de los hospitales y otros establecimientos sanitarios son frecuentados esencialmente por los europeos. En Angola, por ejemplo, en el curso del año 1956, el ochenta y cuatro por ciento de los fallecimientos de «indígenas» fueron atribuidos a la «senilidad y a otras causas mal conocidas o desconocidas» —según informaciones de la Organización Mundial de la Sanidad. Señalemos de paso que la mortalidad infantil entre los angoleños sobrepasa el cuarenta por ciento. En la isla de Santo Tomé se observa el más elevado índice de mortalidad del mundo: cuarenta y dos por mil en período normal. En el año 1956 había en Cabo Verde una comadrona para toda la población (147.000 habitantes) que ocupa las doce islas.

Según un acuerdo firmado hace veinte años entre Portugal y la Santa Sede, las misiones católicas poseen el monopolio de la enseñanza a los indígenas.

En lo que se refiere a la naturaleza y calidad de la enseñanza dada por las misiones católicas, basta con el siguiente pasaje de una reciente circular confidencial procedente de la Administración Civil de Angola que comenta un despacho del secretario general del gobierno de la Colonia: «Quien trata con un indígena educado bajo la influencia de las misiones protestantes observa una profunda diferencia entre él y aquellos otros educados por las misiones católicas: en efecto, los primeros son más sociables, tienen otros hábitos de trabajo, son más cultos tanto desde el punto de vista cultural como profesional, y están mejor preparados para la vida práctica; los segundos son más místicos, más embarullados, más pobres e, indiscutiblemente, más portugueses».

UNA POLITICA DE GENOCIDIO Y DE GUERRA

EN realidad, el plan portugués consiste en realizar la tradicional política de genocidio (por los métodos indirectos del trabajo forzado y de una insuficiente asistencia sanitaria; a través del mantenimiento de índices muy elevados de mortalidad infantil; mediante la alcoholización de las masas, los salarios bajísimos), y en la instalación de una población blanca con el fin de mantener dominación definitiva de ésta sobre la población africana.

Se trata en esto de un verdadero plan diabólico.

Partiendo de estas realidades, es preciso admitir que la guerra colonial preparada por Portugal será un medio que permitirá realizar a ese país sus planes de dominación y de exterminio de las poblaciones africanas. No es una casualidad el hecho de que el gobierno portugués no muestre la menor tendencia a adaptar su política colonial a las realidades de nuestro tiempo. El ejército colonial acaba de modificar su estrategia y su táctica basándose en una tesis nueva —anunciada ya hace dos años por el gobernador del distrito de Congo (Angola)—, que es la siguiente: el enemigo principal de la soberanía portuguesa no es la ambición y la competencia de las demás potencias imperialistas, sino el nacionalismo africano que, en el caso de una lucha armada, utiliza la guerrilla. Existen ya centros tácticos instalados sobre todo el territorio angolés por los mandos militares.

Las clases sociales en la República Dominicana

Por HUGO TOLENTINO

El artículo que publicamos a continuación fué escrito antes de la ejecución de Trujillo. Sin embargo, sigue conservando todo su interés. Su autor, el doctor Hugo Tolentino, es uno de los dirigentes del Movimiento de Liberación Dominicano y reside actualmente en Londres.

EN un país como Santo Domingo, por no haber tenido un desarrollo económico que le hubiese permitido en un momento de su evolución culminar en un sistema homogéneo, nuestras clases sociales no asumen características de bloques compactos con sus aristas bien definidas. Las mil taras de regímenes a medio depasar que arrastra nuestra sociedad, han sido un freno a su configuración general como entidad capitalista. Nuestra clase media refleja en particular todo ese desequilibrio. Sus caracteres son por demás huidizos.

Aún así ella es una realidad no difícil de abarcar y analizar. Económicamente la forman los pequeños comerciantes, parte de la burocracia, los profesionales pertenecientes a una de estas dos ramas nacidos de familias de profesionales sin gran fortuna. En el campo, los pequeños propietarios son sus representantes principales. Forma parte de ella también, una parte de los que para ella trabajan, que depende de ella y adopta por ambición los mismos ideales aunque, de hecho, está colocada en una escala más baja de la estratificación social. Ejemplo éste mucho más abundante entre la clase que analizamos, cuyo destino no ha sido otro que vivir a rastras de la reacción por falta de la evolución, de la preparación y del coraje necesarios para emprender el camino del pueblo.

Por la posición que ocupa, intermediaria entre burguesía y proletariado campesino y urbano, esta clase vive económica y políticamente en estado de precaria estabilidad. Cuando es ella la que sirve de motor a un cambio social, las fuerzas de las contradicciones que la acosan de uno y otro lado la obligan a ceder en sus propias aspiraciones. O va hacia el pueblo, que hasta ahora ha negado, o se alía a la burguesía y hace política antipopular y por ende antinacional. Jamás clase media alguna ha podido mantenerse en el poder si no es a costa de traicionarse a sí misma y ya entonces el poder no le pertenece. Cada vez que ha pretendido hacer política de equilibrio ha terminado entregándose a la reacción. Esa es la suerte de aquellos que se creen capaces de mantenerse invariables cuando están justo en el cruce de los grandes antagonistas sociales. Los ejemplos no nos faltan hoy día en América para ilustrarnos mejor.

Característica saliente de la clase media es su grado de intelectualidad. Ella es, en la más alta proporción, la detentora del pensamiento intelectual dominicano. Y eso es una consecuencia de su posición intermedia como

grupo social. La vocación mayor de los que a ello pertenecen es ser profesional, siendo la manera más directa, mediante un título, de ascender en el grado de los valores hoy existentes en nuestro país. Problema dominicano éste, pero también de toda Latinoamérica.

Históricamente, esta clase está ligada a los momentos cruciales de nuestro desarrollo. Era el grupo de los Ciriaco Ramírez y Cristóbal Hubert cuando la Reconquista. Primeros voceros de nuestra independencia y de nuestra nacionalidad, oscurecidos sistemáticamente por nuestros historiadores, falsamente españolizantes y oficiales. Contrarios a Sánchez Ramírez, quien precisamente representaba todo lo opuesto : juguete de los intereses del semifeudal, de la burocracia colonial y del colonialismo español.

Los que tuvieron que mastigar la amargura de sentirse colonia de nuevo, de una España menos boba de lo que se cree, frustrados en sus ambiciones, colocados y mantenidos entre el español y el esclavo, no podrán hacer otra cosa, frente a la timidez revolucionaria de Núñez de Cáceres, que abrir los brazos a Haití en gesto que creyeron liberador de las injusticias y de los prejuicios coloniales. Ahora bien, no tardó Boyer, presidente de Haití, en ser un dictador más de los muchos que esta isla iba a alumbrar. Tardaron menos las oligarquías semif feudales en lanzarse en búsqueda de su protección a fin de aprovecharse hasta de esta circunstancia.

El movimiento histórico que oponía la clase media al conjunto de intereses boyeristas y anexionistas, nos llevó a la independencia por encima de mil tropiezos. Y otra vez la baja de las ambiciones antidominicanas le impediría realizar su proyecto de ajustar nuestra situación social a una constitución política que en verdad nos iba grande. Para Duarte, Sánchez y Mella luchar contra los que una vez se sintieron haitianos a gusto, y querían ahora ser franceses y mañana ingleses y luego españoles, hubieran necesitado de un apoyo nacional que el caudillismo santanista se encargó de prohibirles.

La clase conservadora, como la llaman algunos historiadores nuestros, siguió conspirando contra el pueblo y contra la nacionalidad en ciernes, hasta que nos hizo colonia de nuevo.

Buscando el camino de esa nacionalidad, los que enarbolan el pabellón dominicano en la lucha restauradora son aún los representantes de la clase media unidos al pueblo en maravillosa epopeya.

Nuestra vida colonial, desgraciadamente, no terminaba allí. Aún nos faltaba comprobar que la doctrina de Monroe había sido hecha más bien a favor de las ambiciones norteamericanas que contra las europeas. Esta vez la dependencia era diferente. Había culpa dominicana en ella, pero las razones verdaderas depasaban el marco nacional y había que ir a buscarlas en la modalidad imperialista que alcanzaba el capitalismo americano.

Quien va a encarnar el patriotismo y mantener aglutinados nuestros elementos nacionales será una vez más la clase media. Representada sobre todo en sus intelectuales lucharía bellamente por la búsqueda de la soberanía.

Norteamérica se marcha y en las condiciones que aceptó hacerlo hubo más de un engaño al pueblo. La oligarquía, la burguesía y la cohorte de intelectuales a su servicio se harían cómplices de ella.

Sin embargo, quedó a la clase media liberal bastante ardor, atizado por su crecimiento, para ensayar de nuevo, a la sombra de la «democracia» de Horacio Vásquez, de alcanzar el poder.

Entretanto, la estructura económica del país evolucionaba de tal manera que daba al traste con ciertos aspectos del viejo modo de producción. Aunque estábamos aún tarados de residuos semicoloniales, ni siquiera hoy vencidos, en este momento cumple Santo Domingo su mayoría de edad

LAS CLASES SOCIALES EN LA REPUBLICA DOMINICANA

capitalista. El marco general en que se envuelve ahora la sociedad dominicana responderá en lo adelante a las necesidades del capitalismo, sobre todo imperialista. Naturalmente, tanto éste como la oligarquía, por conveniencia, harán todo lo posible por mantener intactos ciertos modos de producción que, respondiendo a etapas históricas depasadas, les resultaban más beneficiosos.

El caudillismo cedió ante el paso de la transformación. La nueva orientación dominicana no le permitiría más el predominio que hasta entonces había ejercido. La burguesía y la clase media crecían. Contra la primera, instalada en la prosperidad que le dejó la intervención americana, la segunda continuaría a debatirse.

En esa mañana de fuerzas se intercalaban otras dos, decididas a jugar el papel principal : imperialismo y ejército. Contra el Estado más o menos dibujado como institución burguesa, el ejército venía a ser un nuevo caudillismo centralizado y organizado al servicio del imperialismo.

La lucha se trabó. Rafael Estrella Ureña representaba la clase media liberal. Era su figura política más saliente. Repleto de un nacionalismo cuyo mayor enemigo son las grandes empresas, traía tras sí la mayoría. En él fundaba el pueblo sus esperanzas. Pero a él y a los que le rodeaban se les olvidó el pueblo, creyendo que con la limosna de su cultura hostosiana, con el Estado Maestro, lo harían subir hasta ellos, sin edificarse y sin bajar a él. Fueron incapaces de avivar en el proletariado campesino y urbano el embrión de conciencia de clase que ya presentaban.

A pesar de estas debilidades, este grupo venía a deshacer viejos entuertos y, por tanto, hizo temblar a la « aristocracia » del dinero y a los residuos del caudillismo. Tembló todo el imperialismo.

Aquí hace su aparición el predestinado y aglutinador de los intereses más bastardos que de por siglos ahogan nuestra tierra. Surge Trujillo, nacido en clase media, ya hacía mucho tiempo integrado, con cautela zorruna, a las miras del imperialismo y de la oligarquía. A estos dos, andando el tiempo, el hueso se les haría duro de roer.

Entre estos dos hombres, sin embargo, había un punto común : el olvido del pueblo. Estrella Ureña creyó que sin el pueblo, a fuerza de prestigio de intelectual nacionalista, podía triunfar. Ignoraba al pueblo porque desconocía el papel que éste era capaz de jugar en razón de las energías que todo aquel proceso había acumulado en él. Trujillo, claro en su ambición y empujado por las reacciones interna e internacional, se impuso. Ni el hombre ni quienes allí lo trajeron estaban para « democracias » a la vieja usanza. La dictadura más sangrienta que haya conocido América marcó la traición al pueblo y la derrota de la clase media liberal. Esta última, por debilidad social y política, sufría un nuevo engaño. Lo peor era que quien iba a pagar más caro la debacle era el pueblo.

Aunque las relaciones de fuerzas son más o menos las mismas, el problema se presenta actualmente con aspectos diferentes. Las clases sociales han evolucionado y tienen consciencia de lo que son, de su fuerza, de las razones que las oponen entre sí y de las relaciones sociales que ellas engendran. Más aún, cuando los hombres que forman parte de una clase social no comprenden bien el papel y las aspiraciones que ella representa en la sociedad, actúan sin embargo como parte de ella, manifestando en cada actitud su pertenencia a intereses precisos. En esto nadie se equivoca ; esta es una ley que sólo niegan aquellos que se esfuerzan en ver el problema dominicano como un asunto de familia, queriendo eliminar de él su principal contenido : los antagonismos de clases.

Dentro de la misma clase media existen, a su vez, dos tendencias. Una que se podría llamar conservadora y otra liberal. Dos bandos que, partidos

de un punto común, se han integrado a formas de acción y de pensamiento diferentes.

La facción conservadora ha heredado el sueño de Estrella Ureña y a él agrega fantasía. Revestida de palabras liberales ejerce en la práctica una política antinacional. Ligada a su pequeña ideología de clase, cuando sus «pensadores» miran al pueblo lo hacen en actitud de románticos y concluyendo, con un análisis que es el complejo mayor de esa clase, que el problema dominicano está basado en la «educación del pueblo», «en su falta de cultura», «su falta de educación cívica». Y, naturalmente, para darle al pueblo las enseñanzas que le faltan, ahí están ellos, los depositarios de esa misión.

Difícil es hacerles comprender que nuestro problema es cuestión de estructura económica, base de todos los problemas socio-políticos. Que una vez alcanzadas las reformas que darán a cada dominicano la vida material que merece, de ellas mismas, de su contenido mismo, saldrán y se impondrán las superestructuras culturales necesarias para su educación. Lo que ha creado nuestros actuales antagonismos no es la falta de cultura, ni la falta de educación cívica, fácil excusa para desplazar las culpas y sumárselas al pueblo, sino los planos diferentes en que están colocados varios grupos de dominicanos en razón de nuestro sistema económico. Es este sistema el que ha creado las diversas clases en contradicción, dadas las diferencias en la obtención de las riquezas y en las riquezas en sí con que cuenta cada una de ellas. Cuando cesen estas desigualdades, entonces podrán sermonear los que quieren hacer de la política un movimiento literario para disfrazar sus ambiciones.

Mientras la facción conservadora continúe a propalar sus «slogans» no hará más que el juego de las fuerzas antipopulares. No será más que una continuadora pobre de la reacción. Mantenerse defendiendo, muchos inconscientemente, esta actitud, es defender en el fondo ciertos modelos de la cultura impuesta por la tradición oligárquica y los intereses imperialistas antinacionales.

Cuando Hostos asomó en nuestro país, vino precisamente a romper todo eso. La clase media, que buscaba desesperada un asidero intelectual donde asentar sus reivindicaciones y su lucha, encontró en él toda la sabiduría necesaria. Sus continuadores, los que no traicionaron vendiéndose a la ocupación americana y luego a Trujillo, fueron incapaces de comprender en 1930, que Hostos había hecho su tiempo. Ajenos al movimiento continuo de la sociedad, no hicieron la readaptación de los principios con la época en que vivían. Siguieron lanzando frases que no tenían nada que ver con la evolución social en que se encontraba en ese momento la sociedad dominicana. Trujillo, desde otro punto de vista, fué enemigo del hostosismo. Era normal; a pesar de su vejez tenía esta doctrina una aureola y una base liberales que no convenían a su régimen. La justificación de su dictadura la iban a hacer sus «ideólogos», creando una escolástica reverdecida en su fascismo.

Los que hoy día continúan la senda del positivismo hostosiano, pecan de anacronismo intelectual y político. La mayoría de ellos son hoy los representantes de lo que fué hace treinta años el ala liberal de la clase media. Frente a la dictadura de Trujillo no dieron su brazo a torcer y partieron los más al exilio. Con esa página de honestidad que entonces escribieron no han hecho otra cosa que embadurnarla de un irrealismo político que ya una vez no les sirvió para contener la dictadura.

Todo un mundo se reconstruye en nuestra América y esta parte de la clase media sigue encerrada en su pequeña ideología, fija, repitiendo el espejismo de la democracia de la misma manera que lo repitieron nuestros

antecesores, ya entonces depasados por los acontecimientos. Quedarse ahí es no darse cuenta que el contenido social de los principios democráticos se transforma de acuerdo a la transformación de las fuerzas motrices de un país. Seguir repitiendo de manera monocorde los viejos cantos es traicionar al pueblo actual dominicano, es no querer darse cuenta del papel que éste debe y está llamado a jugar en nuestra sociedad.

La otra facción de la clase media, la que hemos llamado liberal, es la que rompiendo con todo ese pasado de errores y traición, poniendo de lado las mezquinas aspiraciones de su clase, va a buscar en las reivindicaciones del pueblo su fuente de orientación y de lucha, comprendiendo que ésta es la sola manera de hacer justicia y labor nacional. Su lucha será pues aquella del proletariado campesino y urbano. Lucha clara, precisa, donde no tendrá cabida el falso romanticismo oportunista de los que quieren, y mal pueden situar y resolver el problema dominicano desprendiéndolo de las razones económicas creadoras de nuestras contradicciones de clases.

El papel de la clase media es hoy por hoy fundamental en Santo Domingo. Dentro de la multiplicidad de fuerzas que representan la dictadura, la burguesía, el imperialismo y el proletariado campesino y urbano, ella es una especie de pivote decisivo.

La burguesía, enriquecida casi toda a costa de Trujillo, ve en él, actualmente, un obstáculo a sus ambiciones. Su necesidad de expandirse, de industrializarse, encuentra en él un enorme valladar. De ahí que pueda sentir, y así lo manifiesta, un descontento profundo. Ahora bien, carente de un potencial económico capaz de convertirla en burguesía nacional, autónoma y por tanto antiimperialista, va a buscar apoyo a sus aspiraciones en el capital extranjero y con él nuda alianzas. Obligada, pues, a maridarse con el imperialismo a fin de emprender su sueño y su ambición industriales, el papel que está llamada a jugar es ciertamente antinacional y antidemocrático.

El imperialismo, de otra parte, limitado por el egocentrismo del régimen trujillista y dándose cuenta que el movimiento de liberación de las masas populares se generaliza en América, trata de «democratizarse» a fin de evitar, manteniendo abiertamente a la dictadura, una ola de nacionalismo nutrido, y con razón, en el antiimperialismo. Pero viendo que en Santo Domingo los antagonistas sociales anuncian la solución popular como el camino más cercano al cambio inmediato, mientras el imperialismo no encuentra los medios propicios, el cambio justo, para la solución de «su» problema, apuntala la dictadura y la mantiene, ligándose por otro lado con la burguesía y el ala conservadora de la clase media. Esto último es un espectáculo cotidiano en el exilio.

En el fondo de todo esto está el pueblo, contra el que la reacción se complace en tramar sombríos horizontes. Pero él está al acecho, seguro de ser la razón y el motor del cambio que lo sacará de su miseria legendaria. En el ala liberal de la clase media encontrará el pueblo la ayuda necesaria para la instauración del sistema social que colmará sus reivindicaciones.

Hugo TOLENTINO.

¿Constituyen los técnicos una nueva clase social?

Por CHARLES BETTELHEIM

El estudio que reproducimos seguidamente, obra del economista marxista Charles Bettelheim, fué publicado en francés en « Industrialisation et technocratie », volumen editado bajo la dirección de G. Gurvitch por la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. Estamos convencidos de que interesará a los lectores de lengua española.

LA cuestión de saber si los técnicos constituyen o no una nueva clase social es de gran actualidad. Fué planteada ya, hace mucho tiempo, en los Estados Unidos, por Veblen, y, algunos años después, por Burnham. La noción misma de técnico, en el sentido que tiene la palabra en la actualidad, es nueva. En nuestros días, el vocablo « técnico » sirve para designar a una cierta categoría social y no solamente a algunos individuos o personas.

Es un concepto tan inédito como mal definido. Y no es nuestra pretensión aquí definirlo mejor ; queremos sólo, antes de seguir adelante, tratar, primero, de precisar su extensión. A este objeto nos parece necesario, para comenzar, mostrar un doble aspecto del problema de los técnicos o, más exactamente, la existencia de *dos categorías de técnicos*. Hay, de una parte, *técnicos de producción*, y trátase de ingenieros químicos, físicos o agrónomos, tienen todos a su cargo la aplicación de una ciencia particular a la producción. Y hay, por otra parte, *técnicos de organización*, nombre con que designamos tanto a aquellos que organizan interiormente las empresas como a quienes administran un conjunto de compañías o una rama de la industria, incluso a escala nacional. A esta segunda categoría de técnicos, Burnham les reserva específicamente el calificativo de « managers ».

Creemos importante plantear de una vez la diferenciación fundamental de estos dos tipos de técnicos completamente distintos a causa de sus funciones y de su papel general. Los unos pertenecen de manera precisa a la categoría técnica en el sentido clásico de la palabra ; a los otros se los reúne general y corrientemente bajo la designación de « burócratas », aunque es mucho más correcto considerarlos técnicos de una naturaleza particular.

La delimitación de la noción de técnico implica la necesidad de tomar en consideración aún otro término : el tipo de papel o de responsabilidad que tienen en la vida económica quienes pertenecen al grupo que estudiamos. Así, por ejemplo, si bien es cierto

que los maestros o los profesores son técnicos en su dominio, no es posible, sin embargo, designarlos, en el sentido de una categoría social, con el término de « técnicos ». Cualquier maestro y cualquier profesor se halla siempre al margen de responsabilidades económicas directas. El problema de la definición que buscamos tiene, además, una importancia práctica ; para poder valorar estadísticamente la amplitud de un desarrollo técnico se requiere estar provisto de una definición que permita efectuar un censo correcto. En efecto, un empadronamiento sistemáticamente orientado en ese sentido nunca se ha realizado hasta hoy. Y, desde este punto de vista, también nos encontramos ante un dominio casi vírgen.

En el curso de la exposición que sigue no será nuestro objetivo definir y delimitar la noción de técnico. Partiendo de las nociones generales que acabamos de exponer, nos ocuparemos esencialmente de dilucidar en qué medida los técnicos así considerados, bajo una forma aún muy aproximativa, constituyen o no una clase social.

A primera vista, la cuestión puede parecer algo formalista, dado que la respuesta que se dé dependerá evidentemente de como se defina la clase social. Es sabido que no existe, ni en el lenguaje corriente ni en el científico, un concepto único de la clase. Según los objetivos perseguidos por algunos investigadores, la clase ha sido definida por el *nivel de vida*, por el *nivel de los ingresos*, por el *comportamiento*, por las *necesidades*. Partiendo de tal o cual de esos criterios, puede tranquilamente concluirse que los técnicos constituyen (o no) una clase. Pero, a nuestro modo de ver, el concepto de clase social, para tomar un contenido preciso y no ser elegido arbitrariamente, debe estar ligado a una concepción común de la historia y de la economía. Esa concepción de conjunto la hallamos en particular en el marxismo, que reposa por entero sobre la idea de que la historia (contamos aquí desde la disolución de las comunidades primitivas) es la historia de la lucha de clases. En consecuencia, estudiaremos inicialmente cómo es posible llegar hasta una concepción tan profunda de la clase. Luego examinaremos en qué medida la noción así obtenida es aplicable o no a los técnicos. Y concluiremos intentando precisar algunas de las razones sociales e históricas que constituyen el interés del problema aquí discutido.

En los análisis que seguirán consideraremos la clase social como una categoría histórica enraizada en la estructura económica de la sociedad, es decir, en un sistema de producción y de reparto. Por consiguiente, la concepción marxista general de la clase constituirá nuestro punto de partida.

Marx nunca adelantó una definición formal de la clase. Para él, su definición debía ser la coronación, la conclusión de un amplio análisis económico e histórico y no un punto de partida. Asimismo, no es una casualidad que sólo se halle al final de la obra maestra de Marx, en *El Capital*, un capítulo que tiene por título justamente este : Las Clases. Pero esa parte de la obra fué dejada

inconclusa por su autor. De ahí que no dispongamos en la obra de Marx de una respuesta precisa a la cuestión de lo qué es una clase. Sin embargo, el comienzo de respuesta que se esboza en lo que alcanzó a escribir en ese capítulo es ya extremadamente instructivo. El punto de partida que adopta Marx es el de la noción común de *clase obrera*, *clase capitalista* y *clase* de los propietarios rentistas, y se pregunta qué puede ser lo que hace de los miembros de esos tres grupos los componentes de tres clases sociales. A la pregunta así planteada, Marx comienza por dar una respuesta que corresponde a lo que es más generalmente admitido. Y lo hace para demostrar su debilidad. Escribe, en efecto, que aquello que a primera vista hace de los integrantes de esos tres grupos miembros de tres clases sociales o, más exactamente, para hablar como Marx, « creadores de tres clases sociales », es la identidad de los ingresos y de las fuentes de esos ingresos. Agrega que « son (...) tres grandes grupos sociales de los que sus componentes, los individuos que los constituyen, viven respectivamente del salario, del beneficio y de la renta agrícola, del nivel del valor de su fuerza de trabajo, de su capital y de su propiedad rentística ». A este planteamiento, Marx le crítica, ante todo, la manera de considerar la delimitación de las clases : desde fuera. Y también el apoyarse sobre las categorías de la circulación y el reparto y no sobre las de la producción. Piensa el autor de « El Capital » que la distinción de los ingresos obtenidos según esa opinión, no de acuerdo con su volumen sino según su naturaleza, es sin duda una consecuencia de la multiplicidad de clases, pero no su fundamento ni su condición suficiente. El *volumen de los ingresos* no permite llegar a una definición de la clase social ; por de pronto basta observar cómo personas pertenecientes a grupos socialmente diversos, un campesino medio, un pequeño propietario de inmuebles y un obrero calificado, pongamos por caso, pueden tener ingresos equivalentes sin ser por esto miembros de una misma clase social.

No basta entonces con una simple *diferencia de las fuentes de ingresos* para que se constituyan las clases. Marx nos lo demuestra cuando escribe : « Según este modo de ver, los médicos y los funcionarios, por ejemplo, constituyen igualmente dos clases, pues pertenecen a dos grupos sociales diferentes, en los que los ingresos de los miembros provienen, para cada grupo, de una misma fuente. El mismo razonamiento se aplicaría al número infinito de intereses y situaciones que la división del trabajo social provoca entre los obreros, los capitalistas y los propietarios rentistas (vicultores, cultivadores, propietarios de minas, de bosques, de pesquerías, etc.). Asistimos a una especie de desmenuzamiento del concepto que estamos ensayando de definir. No es posible, por consiguiente, caracterizar una clase sólo por la *naturaleza de sus ingresos*. Aquí, como ante la mayor parte de los problemas económicos, es preciso elevarse por encima de las relaciones de reparto y considerar los fenómenos de producción que las condicionan. De esta manera, la percepción de un salario no es más que la expresión de la situación que ocupa

en la sociedad quien percibe ese ingreso. Lo que importa es, pues, no la naturaleza de los ingresos obtenidos, sino esa situación determinada.

Lenin da una definición más precisa de la clase social cuando dice : « Se llaman clases a esas grandes agrupaciones humanas que se distinguen por el lugar que ocupan en un sistema histórico dado de producción social, por sus relaciones, estipuladas y fijadas por la ley, con los medios de producción, por su papel en la organización social del trabajo y, en consecuencia, por sus posibilidades de recibir su parte de la riqueza social, así como por la importancia de esa parte. » Según esta definición, lo decisivo es el sitio que un grupo humano ocupa en un sistema de producción. Ese puesto determina las relaciones con los medios de producción y, en consecuencia, el papel del grupo en la organización social y la parte que percibe en el reparto de la producción. O dicho en otros términos : la situación en la producción y la situación con relación a los medios de producción permiten determinar los límites de las clases sociales. Las relaciones con los medios de producción constituyen, a nuestro modo de ver, el momento decisivo de la determinación de las relaciones entre las clases. Las formas de propiedad son la expresión jurídica de esas relaciones de producción ; son su confirmación exterior. En ese sentido, el dominio que los propietarios de los medios de producción ejercen sobre la actividad de los no propietarios (que son, al mismo tiempo, aquellos que los accionan), constituye lo esencial de la dominación de clase. Históricamente, esa dominación ha coincidido con una forma particular de la división del trabajo, la división de las tareas de dirección y de ejecución. Pero, precisamente, la existencia de esa forma de división del trabajo no basta para expresar la división de la sociedad en clases, sino coincide con la apropiación paralela de los medios de producción.

A la luz de un tal análisis, las clases aparecen, pues, como categorías históricas con raíces económicas y cuya existencia supone e implica una cierta división social del trabajo, que se expresa justamente en las oposiciones y en las relaciones entre ellas. Asimismo, todo sistema de producción social caracterizado por la existencia de clases se caracteriza igualmente por la oposición, por la lucha de dos clases fundamentales que sólo existen una con relación a la otra. Como dice el *Manifiesto Comunista* : « Libres y esclavos, patricios y plebeyos, varones y siervos de la gleba, maestros y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, unas veces velada y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes ». De admitirse el análisis precedente, las clases sociales fundamentales deben poder definirse también por sus relaciones entre sí, que son relaciones de opresores a oprimidos, relaciones de dominación. La forma particular de esas relaciones es variable históricamente. Y varía en función del grado

¿CONSTITUYEN LOS TÉCNICOS UNA NUEVA CLASE SOCIAL?

de desarrollo de la producción, en función del nivel de la productividad social del trabajo.

Si las relaciones de las clases son relaciones de propietarios a no propietarios que se desenvuelven como relaciones de opresores a oprimidos, nos parece que podemos ya responder de una manera negativa a la interrogación planteada en un comienzo sobre si « los técnicos constituyen o no una clase ». Nuestra respuesta será negativa sea cual fuere la extensión que se dé al término « técnico ». Con todo, el examen de la cuestión no nos parece agotado. Nuestro próximo paso consistirá en examinar de manera directa en qué sentido los técnicos no constituyen una clase.

Antes que nada, es claro que si los técnicos se distinguen por llenar una función dada en el sistema de producción (y no debemos perder de vista ni por un momento la naturaleza de esa función), sus relaciones con los medios de producción no los diferencian fundamentalmente de las otras categorías de trabajadores. Por ese mismo hecho, la categoría de los técnicos no constituye una división fundamental de la sociedad capitalista. Los técnicos no aparecen desempeñando en la dialéctica social ora un papel específico de opresores ora o un papel específico de oprimidos. Si desempeñan uno u otro, es en la medida en que participan en las relaciones de las clases existentes *al margen de ellos* y que los dominan, es decir, en la medida en que participan en las relaciones entre la burguesía y el proletariado. Por lo demás, en última instancia, los técnicos pertenecen al proletariado, ya que no son propietarios de los medios de producción.

Viendo las cosas con una perspectiva más amplia, debemos decir que lo que caracteriza históricamente a una clase es el papel que ésta juega en la evolución social. Por otra parte, la manifestación de ese papel es lo que le da un interés real a la cuestión de saber si una categoría social constituye o no una clase, cuestión que sin esto sería muy académica. Ahora bien : si se comprende con claridad, por una parte el papel histórico de la burguesía, y por otra, el del proletariado, no se ve en qué podría consistir el papel histórico independiente de los técnicos, y esto por múltiples razones.

Entre ellas, la menos decisiva, la más formal, es una razón de número. Los técnicos, sea cual fuere la extensión acordada al término, constituyen una pequeña minoría en el conjunto de la estructura social. Para jugar un papel histórico, para *modificar* fundamentalmente las relaciones de producción, una capa social debe ser suficientemente numerosa. Una vez establecido el orden social que corresponde a su dominación puede disminuir en número, pero esa misma disminución anuncia el ocaso de ese poder, el advenimiento cada vez más próximo de una nueva clase. Así, en el momento en que la clase burguesa derribaba las últimas supervivencias del régimen feudal era una clase numerosa, en pleno ascenso. Y una vez establecida como clase dominante, cuando las leyes de la competencia, de la concentración capitalista entran en juego, la bur-

guesía se reduce y aumenta el proletariado. El fenómeno es demasiado conocido para que sea preciso insistir.

Pero lo que sí tal vez ha escapado más frecuentemente a la observación es la tendencia de las clases históricamente condenadas a reformar su base social asociándose a hombres salidos de otros estratos de la población. Es necesario a este objeto señalar por encima de todo los fenómenos de « clientela » o « adopción », tomando la palabra en su sentido más amplio. De esta manera, los capitalistas de los Estados Unidos, por ejemplo, se han rodeado de una nube de hombres, las más de las veces técnicos precisamente (sea de producción, de finanzas, o de organización), con los que aumentan su fortuna, se proveen de fieles defensores, y cuyo éxito social está destinado a probar a sus compatriotas que en Norteamérica hay aún « self-made men ». Tal ha sido la suerte, bajo la égida de la casa Morgan, de hombres como Thomas Lamont o Samuel Insull ; pero tales hombres cesan de ser precisamente técnicos para convertirse en capitalistas.

Hay otro hecho que revela cómo los técnicos no constituyen una clase social y ni siquiera una categoría de la población cuyo poder económico vaya en aumento : la evolución de sus remuneraciones. A fines del siglo XIX todavía, los técnicos (más precisamente los ingenieros industriales) tenían en un país como Francia (y las cifras parecen indicar que esto es igualmente válido para los Estados Unidos) un ingreso diez o quince veces superior al salario de un jornalero y cuatro a seis veces superior al salario de un obrero calificado. Hoy, en tales países, esa relación ha bajado hasta situarse en una proporción de dos a cuatro veces el salario del primero y del doble del salario del segundo. Así, los « privilegios » de los técnicos tienen, como vemos, una tendencia a borrarse, y lo que va apareciendo es más bien lo que muchos no vacilan en llamar « la miseria de los técnicos ».

Sin embargo, la razón definitiva de que los técnicos no constituyen una clase social está, en fin de cuentas, en el hecho de que forman, más simplemente, una categoría profesional, cuyas funciones no son, en tanto que tales, modificadas fundamentalmente por una transformación del orden económico y social existente. Esta transformación puede sin duda ampliar de manera considerable al campo de actividad de los técnicos, en especial al suprimir los obstáculos puestos por el capitalismo al mismo desarrollo de la técnica. Pero la naturaleza de las funciones del grupo profesional no ha sido modificada por esa transformación. En otras palabras, y más exactamente, sólo es modificada de manera análoga a como son modificadas las funciones de otros trabajadores que, al llegar la transformación social, cesan de trabajar en provecho de otros y pueden hacerlo en lo sucesivo para la satisfacción de sus necesidades. Y si tenemos razón en lo expuesto, si las funciones de los técnicos no sufren en tanto que tales transformación fundamental alguna, es porque los técnicos constituyen sólo una categoría profesional o una serie de categorías profesionales, al lado de otras

muchas. Y entramos así en el importante problema de las relaciones entre profesión y clase.

La relación entre las clases es, lo hemos dicho, una relación que, estando acompañada de un cierto reparto de los medios de producción, entraña la división fundamental de la sociedad en opresores y oprimidos. Nada parecido acontece en las relaciones profesionales. No dan ellas lugar a una división semejante, aunque sí a la aparición de multitud de categorías profesionales. Esas categorías se definen no por su relación con los medios de producción, sino por las características técnicas y personales de su actividad. Esas características técnicas y personales pueden, precisamente, mantenerse a través de las modificaciones sociales. Esto significa que, en lo esencial, las características que definen en tanto que actividad personal, por ejemplo, la profesión de carpintero, permanecen invariables mientras esa profesión existe, sea cual fuere el régimen económico. Y ocurre exactamente lo contrario en lo que respecta a las clases. El carácter personal o casi completamente personal de las situaciones profesionales, en oposición a las situaciones de clase, entraña la posibilidad individual de pasar en el curso de la existencia, y hasta muy fácilmente, de una profesión a otra. Por el contrario, perteneciendo a una clase socialmente determinada, el paso de una clase a otra constituye, desde el punto de vista individual, un mero accidente, aunque ese paso estaría también socialmente determinado.

Otro elemento sobre el que no podemos insistir pese a que tiene una gran importancia y permite oponer la clase a la profesión, es el fenómeno de la solidaridad, que no se manifiesta ni bajo la misma forma ni con el mismo vigor en lo que concierne a la profesión. Al abordar el hecho de la solidaridad de clase, tomamos uno de los aspectos esenciales de la vida de cada una de ellas. La solidaridad comienza por ser un hecho espontáneo, una especie de solidaridad mecánica. Pero en seguida se transforma en « conciencia de clase ». Sólo cuando esta conciencia existe, un grupo está verdaderamente constituido en clase. El papel de la conciencia es fundamental y, cuando se le deja de lado, resulta imposible plantear correctamente el problema de que nos ocupamos aquí, el de las clases. Más particularmente, resulta imposible responder de manera válida a la cuestión de si tal o cual grupo constituye o no una clase. La toma de conciencia de una clase encuentra su coronación en una concepción del mundo y de la historia que permite a esa clase determinar su papel histórico y situarse en la dialéctica social. Desde este punto de vista, tampoco observamos, en los técnicos nada que nos permita decir que constituyen una clase, puesto que no se presenta entre ellos ningún fenómeno que revele, sea espontánea o sea sistemáticamente, una conciencia de clase.

Para no prolongar este estudio, queremos ahora llegar rápidamente al final, examinando las razones sociales e históricas que confieren a la cuestión que estudiamos una actualidad particular.

Creemos que esta actualidad tiene dos fuentes : una nos parece brotar de los problemas suscitados por la construcción de la sociedad soviética, la primera que se desarrolla fuera de los marcos del capitalismo. En esa sociedad ya no existe la división en dos clases fundamentales, la una dominante y propietaria de los medios de producción y la otra dominada y sólo poseedora de su fuerza de trabajo. Pero esa supresión no se identifica con la de todas las diferencias sociales y todas las diferencias de ingresos. Y por esto, si no se parte de una definición precisa de la clase, es muy fácil deslizarse de la consignación de las diferencias de ingresos a la afirmación de que han sido mantenidas las diferencias de clase. Es este uno de los aspectos que contribuye a darle un mayor interés y actualidad al asunto que discutimos.

La otra fuente de ese interés la hallamos en la misma evolución del capitalismo y en una doble forma. Por una parte, el papel de los técnicos en el dominio de la producción ha ido creciendo con el progreso de la ciencia y de sus aplicaciones industriales. Por otra parte (y no es esto menos importante) en el dominio de la organización económica y social la concentración capitalista ha traído como corolario la multiplicación de los organismos de coordinación, mientras que la concentración financiera ha obligado al gran capital a confiar a los directores técnicos, a los técnicos de organización, la gestión de sus empresas. Por consiguiente, es particularmente fácil, voluntariamente o no, hacer abstracción de los que mandan a los técnicos y presentar a estos últimos como los nuevos señores de la economía. Lo cual se aviene de manera particularmente fácil con el resto de disfraces y mistificaciones de las dictaduras fascistas.

En lo que concierne a los técnicos mismos, el hecho de presentarles una visión del porvenir en la que juegan el papel de clase dominante podría contribuir a crear entre ellos un movimiento que los separaría de la clase obrera, los opondría a ella, y los convertiría en una fuerza social y política autónoma. En esa dirección han apuntado movimientos como la « Tecnocracia » o la « Sinarquía ». Y el hecho de que esos movimientos hayan fracasado constituye la prueba, ya no teórica sino práctica, de que los técnicos no constituyen una clase susceptible de ser animada por una ideología propia.

Charles BETTELHEIM.

LA REVOLUCION CUBANA

Presentación

LA Revolución Cubana —uno de los fenómenos más trascendentales de nuestros días— suscita apasionadas discusiones en los medios de la emigración española y en el interior de España.

Entre los elementos de las jóvenes generaciones, la prodigiosa aventura de Castro y Guevara ejerce un efecto verdaderamente magnético. Entre los viejos militantes, las reacciones no son tan unánimes. Algunos manifiestan un entusiasmo desbordante; otros, se muestran escépticos y temen que la influencia stalinista modifique radicalmente el curso del proceso revolucionario.

Los acontecimientos de Cuba se desarrollan a un ritmo vertiginoso. A causa de ello, resulta difícil seguirlos a través de los libros o de las revistas. Sin embargo, el proceso revolucionario cubano debe ser analizado y discutido.

Para facilitar esa labor hemos reunido varios trabajos y documentos que ofrecen un interés indudable. Sus autores han estado en Cuba y han tenido la posibilidad, en diferentes momentos, de vivir de cerca la gran experiencia revolucionaria. Todo cuanto dicen queda bajo su responsabilidad y es, naturalmente, materia de discusión.

Por nuestra parte, nos interesa precisar claramente tres cosas:

1. — Condenamos resueltamente la política de agresión contra Cuba y sostenemos el derecho de su pueblo a darse el régimen de su preferencia.

2. — La Revolución Cubana es una revolución democrático-socialista original, la primera revolución de este tipo en la América subdesarrollada y colonizada por el imperialismo. Por lo tanto, debe ser sostenida por todos los que se reclaman de la causa del socialismo.

3. — Sobre la Revolución Cubana se ciernen los mismos peligros que conocieron otras revoluciones, y especialmente la Revolución Española. Por una parte, el peligro de la burocratización. Y, por otra, la acción nefasta de ciertos elementos stalinistas para los cuales ni siquiera cuentan las lecciones del XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. La Revolución sólo podrá alcanzar sus objetivos si lucha contra esos peligros, si eleva la conciencia política de las masas obreras y campesinas y asegura la libre expresión de todas las tendencias revolucionarias.

Cuba, América Latina y los Estados Unidos

Por C. WRIGHT MILLS

Las páginas que siguen han sido sacadas del epílogo de «Escucha, yanqui», la célebre obra sobre la Revolución Cubana que ha tenido tanta resonancia en los Estados Unidos y en América Latina. Su autor, C. Wright Mills, es un sociólogo de renombre mundial que profesa actualmente en Columbia University. La edición castellana de «Escucha, yanqui» ha sido realizada por el Fondo de Cultura Económica de México.

1

AMÉRICA Latina es inmensamente rica, por su suelo, sus maderas, su petróleo, todos sus metales, sus productos químicos; es rica en casi todo lo que el hombre necesita para vivir bien. Sin embargo, en este saqueado continente viven hoy algunos de los pueblos más desesperadamente pobres y persistentemente explotados.

La mayoría de estos países —como en la Cuba de antes— son economías de monocultivo, dependientes de las fluctuaciones de los precios mundiales y los cálculos impersonales de los banqueros extranjeros.

La mayoría de estos países —como en la Cuba de antes— son dominados por una alianza del capital extranjero y los intereses locales más retrógrados que es posible imaginar. La mayoría de sus gobiernos —como los de la Cuba de antes— son una burla universal al significado de la «democracia constitucional». En esta parte del mundo, los gobiernos tienden a ser sucursales de la empresa privada; la «democracia» en casi toda América Latina no es más que una fachada tolerada por el ejército, una ceremonia desplegada cuando lo exige la ocasión.

En muchos de estos países —como en la Cuba de antes— no pueden realizarse verdaderas reformas sin la aprobación de los militares, cuya participación en el ingreso nacional es mayor del 20%. Sólo en México en 1914, en Bolivia en 1952 y en Cuba en 1958-59 han sido destruidos los ejércitos regulares por una revolución; y SOLO en esos tres países se han producido intentos de resolver realmente los problemas básicos de la tierra.

Hay, naturalmente, una considerable variedad; cada país tiene sus problemas propios además de los específicos de esta región del mundo. El Brasil, por ejemplo, ha estado experimentando durante cuatro años un auge capitalista. Es una «sociedad dual»: existe la zona rica y capitalista de Sao Paulo, con su población urbana sujeta a una ola inflacionista de salarios y precios; y el resto del país, una verdadera colonia interna. Quizás la mitad de la población no pertenezca siquiera a una economía monetaria; y en la empobrecida región del Nordeste del país, la gente vive a veces de los cactus. El Brasil es en sí un continente, y una peculiar potencia colonial.

En las seis «repúblicas» de Centroamérica, unos cientos de familias de la élite son dueñas de casi toda la tierra; apenas existe una clase media; la inmensa mayoría vive como siervos, con pobreza y suciedad; más de la mitad son analfabetos.

Las plantaciones de bananos, tanto en Honduras como en Panamá; el algodón en Nicaragua; el café y los plátanos en Costa Rica; el café en las demás son los cultivos de exportación (los «postres») en torno a los cuales giran esas economías.

La Argentina no hace nada importante por desarrollar su verdadera riqueza: la tierra, el ganado, los granos; las tres cuartas partes de su población vive en las ciudades la mayoría está subempleada; la industria está estancada, la inflación continúa y el gobierno depende cada vez más del ejército. Mientras tanto hay gente armada en las pampas, la mejor tierra de América Latina, y el terror policiaco es frecuente en las ciudades.

Chile, que abraza oficialmente los principios de la democracia política y el capitalismo de libre empresa, está cayendo en manos de instituciones financieras dominadas por los Estados Unidos. Estas instituciones hacen pequeños préstamos y, como contrapartida, dictan la política financiera a un gobierno conservador. Una cuarta parte de la población es un inflado grupo burocrático. Y también allí se descuida terriblemente la tierra: un 86% constituye grandes latifundios, cuyos dueños se interesan más en especular con la tierra que en cultivarla. En Chile la agricultura anda mal.

Probablemente las tres cuartas partes de los habitantes del Perú viven fuera de una economía monetaria, desesperadamente, a punto de morir de hambre (el promedio de ingestión de calorías diarias es de 1900).

Los vapores sulfúricos de las minas de cobre cubren las húmedas montañas; los pueblos mineros no son habitables para seres humanos pero allí viven seres humanos.

Y se nos asegura que el Perú es una democracia altamente constitucional.

La historia reciente de Venezuela es la locura económica. El profesor Edwin Lieuwen declara que, al morir el dictador Juan Vicente Gómez en 1935, «un dictador económico había heredado a Venezuela... La industria petrolera era el nuevo gobernante. El nuevo tirano era inmortal y los incidentes políticos apenas lo conmovían. Sólo respondía a las demandas del mercado norteamericano y de la Europa occidental y esperaba las indicaciones del extranjero». El petróleo representa más del 90% del ingreso exterior de Venezuela, el 63% de los ingresos del gobierno, pero sólo ocupa al 3% de la fuerza de trabajo. Por lo que se refiere al desarrollo industrial, la industria petrolera ha llevado a lo que el economista mexicano Edmundo Flores llama «un reluciente callejón sin salida». El presidente constitucionalmente electo, Betancourt, ha heredado ahora las consecuencias de esta locura económica que, según Paul Johnson, incluye «la más alta economía de costos del mundo entero, que está desplazando al petróleo venezolano del mercado mundial; siete diferentes fuerzas policiacas; una excesiva burocracia superpagada; fuerzas armadas infladas, con carísimos equipos tales como cazas supersónicos (ya han encargado un submarino atómico) y una multitud de deudas». Mientras tanto, el presidente Betancourt se ha visto «obligado a acudir a los préstamos norteamericanos, con todo lo que esto significa como estancamiento social y económico. La Reforma Agraria básica ha sido archivada... el desempleo sigue aumentando. La ira creciente de la masa (de los

desempleados de Caracas) sólo se equilibra mediante mayores concesiones al ejército».

¿Y en México? La gran Revolución de 1910 y los años siguientes se ha detenido. En pocas palabras, la revolución que empezó con la demanda de tierra y libertad parece haber formado una plutocracia dentro del Estado y en la cima de una economía capitalista, con su retórica revolucionaria. Algunos viejos revolucionarios se han convertido en ricos políticos capitalistas. Para ellos y para la nueva clase media, la Revolución ha sido y es un gran negocio. En 1957, el 46% de la población tenía un ingreso inferior a 40 dólares mensuales. Y, sin embargo, la clase gobernante se considera de ultra izquierda.

Los revolucionarios mexicanos conservan, no obstante, sus recuerdos; saben que el «turismo» constituye casi la cuarta parte del ingreso de divisas del país pero no olvidan que hace cien años los Estados Unidos se apropiaron por la fuerza de una enorme tajada del territorio nacional mexicano. Saben que no hay impuesto progresivo sobre la renta, pero recuerdan también su lucha con los Estados Unidos, hace muy poco, cuando nacionalizaron el petróleo. Son viejos y ricos, pero saben cómo se utiliza el catolicismo en las contrarrevoluciones.

Actualmente en México, los estudiantes hacen manifestaciones contra los yanquis; y, a diferencia de los Estados Unidos, la opinión no es monolítica respecto de Cuba. México está dividido en este sentido. Inclusive los viejos revolucionarios ven en Fidel Castro algo de su juventud perdida. El vendaval que una vez sopló sobre México puede soplar nuevamente. A pesar de todo, que es mucho, México es hoy en día un lugar expuesto al viento.

América Latina es una parte considerable del mundo; es un continente saqueado por mucho tiempo. Y está en fermento revolucionario. El hecho de que esté ahora en fermento revolucionario es un elocuente testimonio de la voluntad del hombre de no seguir siendo siempre un objeto de explotación. Por más de un siglo el latinoamericano ha vivido fuera de la historia del mundo, salvo como un objeto; ahora está penetrando en esa historia como sujeto, con ánimo de venganza, con orgullo, con violencia. La Doctrina Monroe unilateral corresponde a la época del aislamiento latinoamericano; es el aislamiento a una escala continental y un escudo de la explotación norteamericana. Esa época, y con ella esa Doctrina, está llegando a su fin.

Pero ¿no hay otro aspecto de la cuestión? Naturalmente, América Latina es un continente y, como tal, es variado. Las ideas sobre Latinoamérica son tan diversas como apasionadamente sostenidas (1). Pero si queremos describir brevemente el panorama general, hay que mencionar:

La increíble pobreza (quizás las dos terceras partes de la población padece desnutrición); la mala salud (cerca de la tercera parte de la población sufre infecciones o enfermedades por deficiencias); las colonias «internas» (una tercera parte de la población permanece fuera de la comunidad económica y cultural latinoamericana); la explotación perma-

(1) Las mejores expresiones de «una posición optimista» se basan en las esperanzas en el papel político de la clase media. De estos testimonios el mejor es, probablemente, el de John J. Johnson: *Political Change in Latin America* (Stanford University Press, 1958). Aunque no estoy de acuerdo con la opinión del profesor Johnson acerca de los «sectores medios», considero que este libro es «lectura indispensable» para todo el que quiera entender el panorama latinoamericano.

nente (dos terceras partes de la población está sujeta a condiciones de trabajo semifeudales); las economías monoproductoras (y la peligrosa dependencia de las fluctuaciones de los mercados extranjeros); los injustos e ineficaces sistemas de propiedad y tenencia de la tierra (las dos terceras partes de la tierra están controladas y con frecuencia mal utilizadas por las oligarquías nativas y las empresas extranjeras); el dominio extranjero (quizás la mayoría de las «industrias de extracción» son propiedad o están controladas por capital extranjero); los inadecuados sistemas de transporte (los que existen son, principalmente, medios para transportar materias primas del interior a la costa, más que vehículos propicios para el desarrollo de mercados internos); los ineficaces sistemas de crédito y la falta de verdadero comercio dentro y entre estos mismos países (el comercio entre ellos corresponde al 7% del comercio mundial de América Latina); las repetidas intervenciones —comerciales y militares— de las grandes potencias mundiales; el dominio político de las oligarquías feudales, mezclado con intereses de las compañías extranjeras y sujeto a los actos arbitrarios de los inflados ejércitos; los árbitros militares (desde fines de la segunda Guerra Mundial, los gobiernos de América Latina han «cambiado de manos» sin ningún «procedimiento formal» más de treinta veces).

Estas son las realidades obvias de América Latina: de ayer y de hoy. Ayer —pero no hoy— eran las realidades de Cuba.

II

EL segundo hecho general que es necesario entender es el papel que los Estados Unidos han desempeñado y están desempeñando en América Latina. Ya he indicado este papel: el «capital extranjero» es principalmente capital norteamericano; la ayuda prestada a los ejércitos locales y, en consecuencia, a las oligarquías feudales, es ayuda norteamericana. En América Latina, el gobierno norteamericano ha apoyado a los círculos reaccionarios y a los sectores dominantes y ociosos. Su papel ha sido y sigue siendo, en general, la estabilización del dominio de esos sectores y la persistencia de la miseria. Su ayuda ha consistido, principalmente, en darles armas y apoyo militar, en nombre de la «defensa del continente», que ha significado la defensa contra sus propios pueblos.

Respecto de esta «ayuda» desde fines de la segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han entregado en ayuda directa unos treinta y un mil millones de dólares a países fuera de América Latina y sólo cerca de 625 millones de dólares a América Latina (menos de lo que ha sido prestado a las Filipinas). Por sus «préstamos» (que equivalen a unos dos mil quinientos millones), los Estados Unidos exigen la aceptación de una política económica que, dada la disminución de los precios de los productos latinoamericanos, cancela toda la ayuda y los préstamos. «En los últimos diez años —resume Paul Johnson— la caída de los precios mundiales (de la que han obtenido enormes beneficios los Estados Unidos y los demás países industrialmente desarrollados) ha significado una reducción neta del ingreso en América Latina de más de mil millones al año: tres veces más, en total, que la suma total de la ayuda y los préstamos que esta región ha recibido durante el mismo período. Esta es la brutal aritmética que explica por qué cientos de millones de latinoamericanos pobres se están empobreciendo cada vez más».

CUBA, AMERICA LATINA Y LOS ESTADOS UNIDOS

«Las prédicas —advirtió recientemente A. A. Berle Jr.— acerca del valor de la empresa y las inversiones privadas y la utilidad del capital extranjero resultaban un poco tontas para la mayoría de los estudiosos de la situación... Probablemente, si se supiera la verdad, esta forma de desarrollo económico en América Latina es, por el momento, una función minoritaria más que mayoritaria... La ayuda extranjera o la empresa privada pueden industrializar, aumentar la producción y dejar a las masas en tan malas condiciones como siempre.»

El comercio norteamericano con América Latina es más amplio, por supuesto, que el comercio norteamericano con cualquier otra región; la inversión norteamericana en América Latina, que equivale a cerca de nueve mil millones de dólares, es mayor que la inversión en cualquier otra región del mundo. La minería y el petróleo representan los mayores factores en esta inversión y ambos son necesarios para la economía norteamericana tal como ahora funciona. En consecuencia, el papel del gobierno de los Estados Unidos ha sido fomentar el comercio y proteger estas inversiones. Para lograr estos fines, la línea oficial ha sido mantener la estabilidad política entre los dominados, independientemente de las formas de gobierno, para que los negocios puedan seguir marchando como de costumbre. Lo demás es ornato retórico, necesario quizás para asegurar los votos de estos gobiernos en las Naciones Unidas. En pocas palabras, ésta es la verdad esencial de la cuestión.

Pero hay más: los Estados Unidos han suministrado armas a esos veinte países y han brindado ayuda militar a doce; han enviado Misiones Militares que, según el profesor Lieuwen —autor de la obra más equilibrada y comprensiva sobre el tema—, no «tienen una finalidad auténticamente militar». La razón oficial de todo esto es el miedo a la agresión comunista. Pero en una verdadera lucha entre el Este y el Oeste, el tipo de armas no tiene gran importancia; y los partidos comunistas en América Latina no sólo son, en general, bastante débiles sino que se nutren de las deplorables condiciones económicas y sociales que la política norteamericana contribuye a sostener. Independientemente de la sinceridad de las intenciones oficiales, las verdaderas funciones de esta ayuda militar han sido convincentemente expuestas por el profesor Lieuwen: en la mayoría de estos países, las fuerzas armadas «desempeñan papeles políticos claves» y son «aparentemente insaciables» en su demanda de armas. «El adiestramiento y la ayuda militar tienden, pues, a obtener —y asegurar— la cooperación política... Se espera lograr beneficios políticos de los programas militares: gobiernos bien dispuestos, apoyo a la política norteamericana en los organismos internacionales y seguridad de acceso a las bases militares y las materias primas estratégicas en América Latina. Otro objetivo de los programas militares es fomentar la estabilidad política en esta región subdesarrollada para poder dedicar a otras partes las máximas energías. El razonamiento, muy sencillo, es que cuanto mejor sea el ejército en cualquier república latinoamericana hay menos probabilidades de que sea subvertido el orden interno.»

El hecho de que hayan surgido formas de gobierno más democráticas en varios países latinoamericanos desde fines de la segunda Guerra Mundial —afirma Mr. A. A. Berle— «ha sido acogido por el Departamento de Estado como un cambio casi trivial y no del todo agradable». (Quizá el Departamento de Estado ha tenido razón en su juicio acerca de la trivialidad del cambio.) Mr. Berle añade que, en el pasado, el Departamento de Estado ha mantenido la amistad con los «dictadores» que han tenido «que sostener una política permanente y cada vez más cruel de supresión de la oposición popular por métodos policíacos, pero los

Estados Unidos se han empeñado en no demostrar simpatías a sus opositores, independientemente de la calidad de los hombres y de las fuerzas que simbolizaban. En esta actitud, el Departamento de Estado fué apoyado por una corriente persistente de información procedente de la policía secreta de los dictadores en el sentido de que todos sus oponentes eran «comunistas». Todo este material se abrió paso hasta los archivos del Departamento de Estado y era conocido por los miembros del Congreso y otros funcionarios. Era una útil excusa para impedir y estorbar los movimientos plenamente democráticos... En sus propios países o en el exilio o refugiados en los Estados Unidos, los líderes democráticos se vieron en desgracia, desacreditados, casi perseguidos por el gobierno de los Estados Unidos, que es supuestamente el símbolo de la democracia.»

¿Es extraño, pues, que en la mente de muchos latinoamericanos inteligentes los Estados Unidos de América representen con frecuencia la tiranía política, la explotación económica, la pobreza permanente y el dominio militar? ¿Es raro que escupieran a Mr. Nixon cuando intentó hacer una jira de buena voluntad? El que haya sido una sorpresa para la mayoría de los norteamericanos revela la inadecuación de la prensa norteamericana: aquello era un reflejo de la realidad cotidiana de América Latina.

«La triste verdad —escriben los profesores Pike y Bray— es que el estado de cosas en América Latina ha llegado al punto en que los Estados Unidos podrían contribuir a la destrucción de un régimen democrático apoyándolo.» Al menos en un aspecto, los Estados Unidos representan el mismo papel en el siglo XX que la Rusia zarista en el siglo XIX respecto de Europa: los Estados Unidos constituyen una amenaza reaccionaria a cualquier intento real de modificar las realidades básicas de América Latina. En general, siempre que en América Latina han surgido movimientos auténticos, la política y la falta de política de los Estados Unidos han sido persistentemente contrarrevolucionarias.

En realidad, así ha sido y es el caso respecto de la Revolución Cubana.

III

EN el contexto general de América Latina y en función del papel de los Estados Unidos en América Latina, la Revolución Cubana es un nuevo fenómeno. Algunos de sus caracteres se han producido en otras partes, en distintas épocas, pero la combinación que se ha dado específicamente en Cuba es única en la historia.

1) Como la Revolución Mexicana de hace 40 años, la de Cuba se basa en el campesinado, pero la Reforma Agraria de Cuba ha sido mucho más completa, rápida y afortunada que la de México o la de Bolivia. (En años recientes, México tenía que importar todavía productos alimenticios.) En otros países no ha habido una verdadera Reforma Agraria.

2) En seis naciones latinoamericanas cuando menos ha sido destruido el papel funesto del aparato militar tradicional en la vida política, social y económica. En Cuba, este aparato ha sido aplastado total y casi súbitamente, y al mismo tiempo las fuerzas económicas dominantes.

3) La Revolución Cubana ha destruido rápidamente la base económica del capitalismo: la extranjera y la cubana. Casi toda su fuerza era extranjera, norteamericana en realidad. Ahora ha sido destruida totalmente, en una forma única en la historia de América Latina.

4) Además, el éxito económico de Cuba —debido principalmente a una Reforma Agraria afortunada e inteligente y ayudada en un momento decisivo por los acuerdos económicos y el comercio con los países del bloque soviético— la hacen inexpugnable para un bloqueo o una presión económica efectivos por parte de los intereses norteamericanos.

Hay, por supuesto, otros rasgos en esta revolución pero esta combinación es única en América Latina. Y, a mi juicio, en esta combinación reside, con posibles modificaciones y adiciones, la gran alternativa que pueden oponer a la miseria los demás países de América Latina. Una cosa que podría impedir que se convirtiera en la alternativa más probable sería un cambio drástico en la política norteamericana. Pero, dado el carácter de la economía política de los Estados Unidos en la actualidad, no me parece razonable esperar un cambio tal como sería necesario: el gobierno de los Estados Unidos tendría que ayudar activamente a los latinoamericanos a destruir los intereses creados dentro de sus respectivos países, así como los intereses de las compañías norteamericanas que ahora operan con ellos. Porque esta alianza del capital norteamericano con los intereses locales domina ahora a la mayoría de América Latina y contribuye a mantenerla en las condiciones en que está.

Sin la destrucción de estos intereses —latino y norteamericanos— no puede esperarse racionalmente que se produzcan verdaderos cambios económicos; no, por supuesto, a un ritmo suficientemente rápido. Y sin esos cambios económicos estructurales, la «democracia» seguirá siendo lo que es hoy en casi todo este continente: farsa, fraude, retórica.

« TRIBUNA SOCIALISTA »

puede adquirirse en las siguientes librerías :

Librería Española (Ediciones Hispanoamericanas)

26, rue Monsieur-le-Prince, Paris (6°).

Librairie H. Sauramps

34, rue Saint-Guilhem, Montpellier.

Librairie L.E.E.

1, boulevard d'Arcole, Toulouse.

A. Plaisance

13, place de la République, Bayonne.

Dépôt Central de Journaux

59, rue Gambetta, St-Jean-de-Luz.

G. Mingan

Gare S.N.C.F., Biarritz.

El asombroso dinamismo de la Revolución Cubana

Por A. ORTIZ

El presente estudio constituye una parte de un extenso folleto, todavía inédito, del compañero A. Ortiz, miembro del Secretariado Latinoamericano de la IV Internacional. Ortiz ha pasado varios meses en Cuba y es un asiduo colaborador de « Voz Proletaria » de La Habana, órgano del Partido Obrero Revolucionario, organización trotskista cubana.

LAS grandes medidas económicas en el campo y en la ciudad han ido acompañadas de mejoras pequeñas pero sensibles, que alcanzan directamente a los sectores más explotados de la vieja sociedad. La rebaja de alquileres a la mitad, la rebaja de las tarifas eléctricas y telefónicas fueron medidas inmediatas de la Revolución. Luego se constituyó el I.N.A.V. (Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas), que ha desarrollado una tarea relativamente importante de construcción de bloques de viviendas populares modernas.

Posteriormente, la Reforma Urbana se ha hecho desarrollando la concepción de la función social de la vivienda, aboliendo las grandes propiedades de viviendas urbanas (1), convirtiendo en propietario a cada ocupante de casa a través del pago de su alquiler durante un período de tiempo (2).

Uno de los programas más audaces ha sido el de la vivienda campesina y de los obreros agrícolas. Este se encaró en un principio como una vivienda individual, en lugar de la vieja vivienda, de acuerdo a la primera concepción de la Reforma Agraria. Pero actualmente, a través de las Granjas del Pueblo, se va realizando la concentración de su población en centros poblados construidos especialmente, lo que permite atender las normas sanitarias, la disponibilidad de alumbrado eléctrico, centros escolares para niños y de alfabetización para adultos, centros de atención médica, Tiendas del Pueblo, diversiones y otros servicios sociales.

Las Tiendas del Pueblo, creadas en 1959, significaron una forma de circulación de distintos artículos de consumo a los que hasta ese momento no tenían acceso los habitantes del campo y, por lo tanto, una posibilidad de aumento del intercambio y de variación en la alimentación y en el

(1) Había propietarios de cinco mil viviendas.

(2) A los propietarios modestos y medios que vivían de los alquileres de unas pocas viviendas, el Estado les ha asegurado una pensión equivalente al monto de sus ingresos hasta un máximo de 600 pesos.

consumo general. Al mismo tiempo, significaron una eliminación de los intermediarios y una rebaja real de los precios al por menor, ya que no se contaron más que los gastos de administración. Según el profesor Dumont, estos precios fueron rebajados de un veinte a un treinta por ciento, lo que elevó otro tanto el consumo rural.

El profesor Dumont hace al respecto la siguiente observación :

« El Estado comunista tradicional se habría quedado con la diferencia de precios o la mayor parte de él para afectarla a las inversiones. Cuando he propuesto consagrar a éstas la mitad de la rebaja de los precios al por menor, el presidente del Banco Nacional, el célebre comandante Che Guevara, me ha dicho que subvendra a ese fondo de inversiones revendiendo a los antiguos precios los relojes y aparatos de radio que la U.R.S.S. les proveería muy baratos. Un reloj comprado a 9 pesos podría ser revendido a 40. Pero estas compras « durables » no constituyen más que una débil parte de los gastos : un impuesto general sobre el conjunto de las compras reportaría mucho más. » (3)

La asistencia sanitaria, a pesar de la deserción de médicos, como de otros técnicos, alentada por el imperialismo y la reacción, ha sido mejorada sobre todo combatiendo la concentración de estos médicos de los medios urbanos y de los medios sociales capaces de pagar, y distribuyendo los técnicos en el conjunto del país, levantando nuevos centros sanitarios en la Sierra, ampliando los servicios de los ingenios, pero especialmente uniéndolo a la nueva estructura del campo que van dando las Granjas del Pueblo y sus centros poblados.

Pero donde actualmente el nuevo régimen concentra su esfuerzo es en la campaña contra el analfabetismo y por la educación (4). Aparte de la formación de grandes centros escolares, sobre todo habilitando antiguos cuarteles de la dictadura de Batista, ahora el esfuerzo tiende a combatir el analfabetismo de los adultos, fundamentalmente en el campo, con la creación de cuerpos de maestros voluntarios, para lo cual se apela al espíritu de sacrificio y a la generosidad de los jóvenes cubanos. Evidentemente, de este esfuerzo ha resultado la oposición abierta de algunos de los viejos sectores que monopolizaban la enseñanza cuando ésta tenía un sentido de clase estricto y una enorme resistencia de la Iglesia. Todos los colegios y Universidades han sido estatizados.

Aquí como en otros aspectos, la deserción, acompañada de la escasez ya normal de técnicos y de elementos especializados, más notoria frente a las tareas de masa que deben encarar, representa un handicap grande para el Estado Obrero, pero también empuja a desarrollar su propio equipo y su propio aparato, apelando a las energías creadoras y a la capacidad de desarrollo del pueblo. Al mismo tiempo, los Estados Obreros ofrecen un apoyo para la formación de técnicos, que aún la enseñanza cubana no está en condiciones de formar, y voluntarios de otros países latinoamericanos dan una cantidad de técnicos de una gran utilidad en esta difícil etapa transitoria.

(3) Artículo citado, página 391. Por ejemplo, después de la instalación de las Tiendas del Pueblo, la Sabatés, fábrica norteamericana de jabones y otros artículos de higiene, hoy expropiada, incorporó a su red de distribución zonas enteras a las que antes no llegaba.

(4) El año 1961 ha sido llamado « Año de la Educación ».

EL ASOMBROSO DINAMISMO DE LA REVOLUCION CUBANA

Si a estas medidas agregamos los progresos hechos contra la desocupación o la semiocupación, podemos ver que ha habido mejoras reales en la condición de las masas, aunque algunos sectores obreros más privilegiados hayan visto disminuir sus ingresos normales, así como la pequeña burguesía.

La diferencia que anota el profesor Dumont con el « Estado comunista tradicional » es absolutamente real, no con el Estado comunista tradicional sino con la concepción stalinista del Estado y de su relación con las masas. El stalinismo ha impuesto en la zona oriental, como fuente de acumulación, una sobreexplotación de las masas, justificando al mismo tiempo la opresión política y la falta de democracia obrera por la necesidad durante todo un período histórico de imponer a las masas un régimen capaz de asegurar el máximo de productividad imponiendo un nivel de consumo sumamente bajo. En realidad, sobre este nivel bajo de consumo se ha levantado, no un sacrificio parejo, sino una capa privilegiada de administradores y dirigentes.

La Revolución Cubana, al mismo tiempo que se basa en los otros Estados Obreros y en su desarrollo, se diferencia del stalinismo entre otras cosas en que frente a la presión del cerco imperialista, de las invasiones o amenazas de invasión, de la contrarrevolución interna, desarrolla la ligazón material del pueblo cubano a través del mejoramiento aún mínimo pero real, a través de una participación que se mide materialmente en las transformaciones hechas por la Revolución.

LA ESTRUCTURA Y COMPOSICION DEL APARATO ESTATAL

Esta mayor participación de las masas en la renta nacional, no ha eliminado las diferencias en los ingresos de los diversos sectores. Si el Estado cubano es obrero por las relaciones de producción en que se asienta, las normas de distribución son burguesas. Se mantiene la acumulación en base a la plusvalía, se mantienen ingresos más elevados para diversas capas sociales (técnicos, profesores, administradores, miembros del gobierno, dirigentes sindicales y militares) con respecto a las grandes masas (5).

Estas diferencias no son muy marcadas en la etapa actual de movilización revolucionaria y su peligro es mayor potencialmente, debido a la propia estructura y composición del aparato estatal. Este aparato se ha ido renovando a través de crisis, depuraciones, desde enero de 1959, pero mantiene formas del viejo Estado. Está en cambio permanente, no tiene una coherencia y homogeneidad, no representa una clase ejerciendo el poder a través de sus organismos constituidos.

Hay dificultades para conducir desde una dirección centralizada estas fuerzas en desarrollo, esta movilización permanente a lo largo de toda Cuba contra el imperialismo y la contrarrevolución interna, esta economía que evoluciona día a día, este proceso revolucionario que pone en manos del Estado recursos humanos y económicos de un dinamismo formidable.

En realidad no se podrán centralizar estas fuerzas y planificarlas sin atentar contra su expansión permanente, sin operar un cambio muy grande

(5) Esa diferencia de ingresos se expresa no sólo en los salarios, sino en el usufructo de bienes expropiados a la vieja administración (casas, automóviles, etc.).

en la propia estructura y composición del aparato estatal. La estructura de ese aparato debe surgir de las propias clases que mantienen todo el dinamismo revolucionario e interés en el desarrollo de la economía. Sólo la clase obrera, apoyada por el campesinado, a través de sus organismos de poder, sus Consejos Obreros, puede dar la estructura capaz de centralizar el Estado, de planificar la economía, manteniendo y profundizando su dinámica, su fuerza creadora.

La vía tomada es, en general, otra. Consiste en desarrollar la centralización administrativa, un aparato estatal, económico, sindical, político, disciplinado, que se va imponiendo desde arriba. Las fábricas, las Granjas del Pueblo, las cooperativas (6) son administradas directamente por el Estado, por el I.N.R.A. En los sindicatos se ha ido imponiendo desde arriba una dirección stalinista.

La consolidación de un tal aparato sólo puede hacerse a expensas de la iniciativa de las masas, de la dinámica del desarrollo. En la medida que este aparato estatal no es de una estructura controlada por los obreros no es de composición obrera, y que se va asentando sobre el desarrollo de la industria, de las Granjas del Pueblo, del ejército, los peligros de estas relaciones de distribución burguesa, hoy débiles, se acrecentarán y pueden introducir diferencias que tiendan a cristalizar en deformaciones burocráticas serias. Es decir, que estas relaciones de distribución pueden poner en peligro a la larga las relaciones de propiedad caracterizadas por la estatización de los medios de producción.

El papel del Estado es fundamental porque, como lo ha planteado Trotsky, mientras en el régimen capitalista las fuerzas productivas trabajan automáticamente, en el Estado Obrero las relaciones de propiedad establecidas por la Revolución «están indisolublemente ligadas al Estado que las lleva en su seno».

Es necesario que el aparato del Estado, su política, esté completamente del lado del proletariado y de sus tendencias socialistas, es decir, que el poder político ponga todo su peso en el sostén de las tendencias socialistas. Esto es determinante para el verdadero desarrollo socialista de la sociedad cubana.

EL PODER OBRERO Y LAS MILICIAS

Pero también aquí el proceso es rico, contradictorio y está lejos de haber cristalizado. Durante todo un período la fuente de poder de Fidel Castro fué el apoyo de las masas, pero este poder se ejercía concretamente gracias al Ejército Rebelde, organismo cuyos principales cuadros eran reclutados en general en los medios de la pequeña burguesía, pero cuya masa la constituían obreros agrícolas, campesinos e hijos de trabajadoras, y cuyo medio social era el campo cubano con todas sus contradicciones explosivas.

Pero ha habido un rápido desarrollo de las Milicias, alimentadas fundamentalmente por la clase obrera urbana y rural, por los campesinos y por la pequeña burguesía pobre urbana. La lucha contra las guerrillas

(6) Las cooperativas eligen sus dirigentes, pero la administración real está en manos del coordinador y del administrador, designados por el I.N.R.A.

EL ASOMBROSO DINAMISMO DE LA REVOLUCION CUBANA

contrarrevolucionarias fué llevada directamente por los campesinos en la Sierra del Escambray y en las Sierras de Oriente. La vigilancia de los centros de trabajo contra los sabotajes, la vigilancia contra el terrorismo, ha exigido una movilización permanente de los trabajadores mucho más que de un cuerpo de ejército o de policía movilizadoindependientemente. Esto ha ido dando una mayor participación y peso en la defensa de la Revolución a las Milicias, ligadas a las fábricas y centros de trabajo, a los campos de caña, a las Granjas del Pueblo, a los ingenios.

Pero aún el propio peligro de una invasión ha contribuido a exaltar la importancia de la Milicia con relación al ejército regular. Frente a una invasión norteamericana —como la de abril último— no es el enfrentamiento militar de ejército a ejército el que puede sostenerse. Y sí sobre todo, la movilización en masa de todo el pueblo cubano, la guerra llevada casa por casa, como dijo Fidel Castro, de guerra de guerrillas, el hostigamiento infinito en todas partes de Cuba, por el pueblo armado.

Esta es la guerra que puede sostener el Estado Obrero cubano en su defensa frente a una invasión armada de las fuerzas del imperialismo, la guerra que no podrá ser perdida y que también pone en primer plano a la Milicia.

En realidad, la Milicia ha desbordado hoy al Ejército por su importancia y su peso. Es ella quien ha llevado las acciones y ha estado en el centro y en la vanguardia del rechazo de la reciente invasión imperialista, y es la expresión más altamente organizada de la movilización de las masas trabajadoras cubanas. Es ahí donde se han desarrollado nuevas formas de poder en Cuba, en los últimos meses, aunque este poder aún no se exprese de una forma organizada y canalizada en la conducción del Estado.

Más de medio millón de milicianos armados, más de un millón de hombres movilizados en los servicios de lucha y auxiliares, y sostenidos activamente por la mayor parte de la población cubana, con cifras que dan al Estado Obrero cubano características particulares que no tienen relación con la de ningún otro Estado Obrero en el momento actual y que permiten comprender la dinámica, la audacia y el proceso permanente de desarrollo sorprendente de la Revolución Cubana.

Es éste otro de los grandes obstáculos al desarrollo de un régimen burocrático, stalinista, este Estado que para subsistir debe asentarse en el estímulo del espíritu creador y en la iniciativa de las masas, en su plena fusión con ellas en cada rincón de Cuba.

LOS CONSEJOS TECNICOS ASESORES Y LA GESTION DE LA ECONOMIA

La formación de los Consejos Técnicos Asesores (C.T.A.) es un paso en el camino de la intervención del movimiento obrero en el control y la gestión de la economía. Los C.T.A. han sido concebidos en parte como una forma de asociar a los trabajadores de las diversas empresas al esfuerzo de producción, asociándolos a su dirección. La ley que los reglamenta dispone su instalación en todas las empresas estatales, intervenidas o mixtas, como órganos de consulta, con participación «en todo lo concerniente al desarrollo y al mejoramiento de la producción, a la fijación de normas a la discusión con los trabajadores sobre el rendimiento productivo y demás condiciones laborales, así como en la elaboración de planes a corto y a largo

plazo». Estos Consejos, según la ley, tienen entre sus facultades proponer a la Administración «la adopción de cuantas medidas estimare oportunas para el mejoramiento táctico de la producción, tanto en lo relativo a la productividad como a la calidad de los artículos elaborados».

La elección de estos Consejos no es directamente hecha por los obreros: éstos, en Asamblea General por departamento o sección, eligen una terna, que es elevada a la Administración, la cual elige de esa terna el delegado por cada departamento o sección.

Guevara ha explicado que los C.T.A. «constituyen una cosa que no ha sido un norte nuestro, que es el de ligar a la clase obrera cada vez más con la dirección de la producción, el hacer que la clase obrera se interese por la producción y el hacer ver los problemas que tiene cada fábrica, para resolver los problemas difícilísimos que tenemos en estos momentos cuando estamos sometidos al cerco imperialista, cuando hemos tenido que absorber la gran mayoría de las empresas de Cuba, sin contar con ningún aparato administrativo prácticamente...», destacando el rol de los C.T.A. «para aprovechar al máximo la capacidad de producción de la fábrica y también para poder mejorar el nivel de vida de sus compañeros», concluyendo que «nosotros podremos integrarnos mucho más o integrar a la clase obrera con la dirección de las fábricas. Porque es un hecho que el trabajo administrativo separa de la masa. Es una realidad. La burocracia existe».

En la Convención de febrero de los C.T.A., dijo Fidel Castro: «Esta es una reunión de los obreros como participantes en la dirección de las empresas». Y Guevara añadió: «No se puede hacer de ninguna manera un plan económico de envergadura si no se cuenta con la aquiescencia del pueblo, con el interés del pueblo y con la participación de las masas, en todo trabajo de planificación de la economía de la nación».

En estas expresiones, con lo que reflejan de comprensión y de prevención y desconfianza hacia los obreros, está encerrado el papel actual de los C.T.A. Los C.T.A. son un paso revolucionario en la participación de los trabajadores en el control de las empresas. Es todavía una conducción paternalista y desconfiada, que trava una plena intervención, que resiste un desarrollo pleno de la democracia obrera, que la clase obrera como clase tome la dirección de la economía y del Estado a través de sus organismos de poder, absorbiendo en el control y dirección de éstos el aparato administrativo. Este aún se mantiene independiente y conservando su capacidad de resolución por encima de la clase obrera.

Pero esto hay que verlo en un proceso dinámico de incorporación permanente de la clase obrera, de desarrollo de su experiencia y de su participación. Como todos los otros organismos de la Revolución, los C.T.A. son organismos transitorios, cuyo contenido no se lo dará la ley ni la voluntad previa de los dirigentes, sino que lo irá dando la propia masa. Los C.T.A. responden a una necesidad objetiva de la intervención de los trabajadores en la planificación y conducción de la economía. Y son el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo de la intervención organizada de la clase trabajadora.

A. ORTIZ

Un sindicalista norteamericano en Cuba

Por SIDNEY LENS

Nuestro amigo Sidney Lens, conocido escritor y militante sindicalista norteamericano, ha estado también, recientemente, en Cuba. Nos sentimos particularmente satisfechos de que su colaboración en nuestra revista se inicie con las siguientes páginas sobre la Revolución Cubana.

EN dos años la Revolución ha rehecho a Cuba. Le ha insuflado un impulso humanista sin precedentes. Ha dado a la nación el primer gobierno honrado de su historia. Ha redistribuido las riquezas y las rentas, diversificado la agricultura, mejorado la industria, acelerado la instrucción, eliminado la discriminación racial y aumentado la ayuda médica. Finalmente, ha hecho nacer en los corazones una inmensa esperanza.

LA OBRA DE LA REVOLUCION

Una de las primeras medidas de la Revolución fué reducir a la mitad los impuestos y en forma considerable los gastos de electricidad y de otros servicios. El año pasado instituyó una «reforma urbana» para abolir el sistema inmobiliario: dentro de cinco años, la mayor parte de los habitantes de las ciudades poseerán su casa o su piso. Los propietarios continuarán cobrando sus alquileres hasta un límite máximo de 600 dólares mensuales durante cinco años (más tiempo en ciertos casos en que los edificios son más recientes); después, los habitantes recibirán un título. Esta reforma no ha dejado de ocasionar algunas expropiaciones injustas. Por ejemplo, un taxista compró hace unos años una casa compuesta de dos viviendas, pensando en su vejez; el régimen se ha incautado de una de las viviendas. Pero un ministro me ha asegurado que el régimen había nombrado un consejo para estudiar estos casos e indemnizarlos. «Carecemos de administradores capaces y tenemos que ir demasiado de prisa. Por ello nos vemos obligados a volver sobre nuestros pasos y a revisar todos nuestros actos para corregir estos errores».

Todo el mundo conoce la importancia de la reforma agraria. Pero a menudo se ignora que la Revolución ha construido decenas de millares de viviendas en las aldeas y ciudades pobres. Por todas

partes se ven casas nuevas de cinco habitaciones destinadas a las gentes del pueblo. «Tengo que pellizcarme —decía una anciana de la cooperativa de Jesús Menéndez, en Aquate— para creer que voy a trasladarme a esa casa moderna». El bohío en el que ella y decenas de millares de otras personas vivían tenía un techo de paja y un suelo de tierra apisonada. La lluvia lo inundaba y el viento pasaba a su través. En una choza de la Sierra Maestra, una familia de seis personas vivía en una superficie de 8 pies por 15. Los únicos muebles eran dos camas y una mesa; unas cuantas viejas cajas servían de sillas. Ni cuarto de baño, ni agua, ni electricidad, ni retrete. Pregunté a la mujer por qué apoyaba a la Revolución, puesto que aún no había recibido una casa nueva. «Hay que dejarles tiempo», me dijo. «Sé que tendré una, puesto que veo construir casas por todos lados». Al Este de La Habana, el gobierno ha construido un gran barrio de viviendas nuevas en el que podrán alojarse 3.000 familias. El gobierno entrega incluso muebles a quienes carecen de ellos.

La Revolución ha procurado trabajo a los obreros en paro, aumentado los salarios y mantenido o incluso rebajado el precio de los productos básicos. De los 700.000 parados de tiempos de Batista, en dos años 300.000 han encontrado empleo; y según un economista de las Naciones Unidas (un socialista cristiano procedente de otro país de América Latina y que no es fidelista), en los dos años próximos se habrá conseguido el pleno empleo. Los salarios de la clase obrera han aumentado en 90 millones de dólares, cifra sorprendente para una economía de 3.000 millones de dólares. Las reducciones en el precio de la carne, de la grasa de cerdo, del crédito, etc., han contribuido también al bienestar general.

Crear empleos es la preocupación fundamental del régimen. Con vistas a ello, no sólo trata de diversificar la agricultura, sino que construye fábricas. El 23 % de la renta nacional sirve de capital para las nuevas empresas. La economía se desarrolla, a pesar de la presión norteamericana, a un ritmo del 9 % anual y la producción industrial ha aumentado en cerca del 30 % desde finales de 1958.

La Revolución ha lanzado un programa formidable para suprimir el analfabetismo y mejorar la instrucción. Hace dos años existían 18.000 clases; actualmente existen 30.000. Antiguos cuarteles del ejército han sido convertidos en escuelas. La contratación de profesores y maestros ha doblado. En la Sierra Maestra, el régimen consagra 37 millones de dólares a la construcción de cuarenta clases que constituirán una escuela de enseñanza media para 20.000 niños que viven en las regiones montañosas casi inaccesibles. Otros dos centros de enseñanza semejantes están en proyecto en otras dos provincias. Los maestros trabajan en dos equipos para acelerar el proceso de instrucción. Diez mil voluntarios (que en su mayor parte sólo tienen una instrucción secundaria) han seguido un entrenamiento de tres a seis meses para enseñar a los adultos analfabetos. Según el ministro de la Educación, a finales de 1961 habrá desaparecido el analfabetismo. A los estudiantes universitarios se

les han concedido cuatro mil becas. En Cuba, la instrucción se ha convertido en una religión.

La Revolución ha reformado el sistema penal para la delincuencia juvenil. Nueve días después de su subida al poder, Castro encargó a un psiquiatra, el doctor Araujo, que reformara las viejas instituciones. Mi mujer ha visitado su «prisión de jóvenes». Sea cual sea su delito, estos jóvenes viven en bonitas habitaciones individuales; se los reúne por grupos de doce, bajo la guarda de un padre o una madre adoptivos. Van a la escuela, trabajan en las tiendas o en las granjas y tienen sus ocios. Si violan el reglamento, se los «aisla» en habitaciones especiales, con su propio cuarto de baño y con pequeñas ventanas sin barrotes que dan al exterior, para que no se sientan aislados del mundo. Y aun durante esta cuarentena siguen yendo a la escuela o a la tienda, pero ya no disponen de ocios y duermen aparte. El doctor Araujo pasó tres meses en los Estados Unidos reuniendo documentación para su proyecto. El doctor libera a sus prisioneros después que un consejo de psiquiatras les declara curados y no al final de un período determinado de tiempo.

La Revolución se preocupa asimismo por la salud del pueblo. En los lugares más remotos he podido ver nuevos dispensarios dirigidos por jóvenes médicos (generalmente en su último año de estudios, pues muchos médicos han huído y los que quedan no son suficientes) y enfermeras diplomadas.

La Revolución ha construido casas-cunas y se ha esforzado por aumentar de diversas formas el bienestar del pueblo. Ha empezado por enfrentarse con la discriminación racial. Casi un tercio de la población es negra o mulata. En otro tiempo, a estos cubanos se les afectaba a las tareas más duras, manteniéndoseles a menudo al margen de la sociedad. Hasta en los mismos sindicatos solían existir clubs separados, uno para los blancos y otro para los negros. Hoy muchos negros ocupan puestos importantes.

Finalmente, la Revolución ha destruido completamente el viejo sistema militar que durante un siglo ha constituido el azote de la América Latina. El nuevo ejército es completamente diferente. He visitado un cierto número de campamentos militares. Los soldados se someten a un entrenamiento militar, pero pasan la mayor parte de su tiempo construyendo carreteras, dispensarios o casas, criando cerdos, trabajando en el campo y realizando (las mujeres) tareas de asistentas sociales, de enfermeras y de administradoras. Cuba tiene hoy 500.000 personas bajo las armas, de ellas 400.000 en las milicias. Pero en 1960 los gastos militares disminuyeron en relación con 1959 y el presupuesto prevé incluso para 1961 una cantidad inferior.

Quienes tienen la impresión de que Castro no goza del apoyo de su pueblo deberían hacerse esta pregunta: Centenares de millares de obreros y de campesinos poseen fusiles y metralletas (algunos

en su misma casa), si el régimen fuera impopular, ¿no se producirían levantamientos e insurrecciones? En una población de 6,8 millones, ¿cómo puede haber tantas personas que posean un fusil si no sostuvieran al gobierno?

CUBA NO ES RUSIA NI CHINA

Existen otros rasgos de la Revolución que resultan inquietantes ; pero hay que considerarlos dentro de su marco propio. El *habeas corpus* es un derecho del ciudadano, pero no se le aplica. La detención de corresponsales norteamericanos fué un acto estúpido. El encarcelamiento de ciertas personas desde hace meses o años es también algo que hay que incluir en el pasivo de la Revolución, así como el control de la prensa. Ciertamente, se podría autorizar un mayor grado de discusión sin poner por ello en peligro la Revolución.

Sin embargo, hay que reconocer con los fidelistas que el régimen se encuentra virtualmente en estado de guerra. Y ¿no impuso nuestro gobierno durante la segunda guerra mundial una serie de límites a la prensa, a la libertad de expresión y al derecho de huelga? En cuanto a las elecciones, Castro sostiene que un parado o un analfabeto es fácil presa para la corrupción electoral. Unas elecciones democráticas no son posibles, dice, sin el pleno empleo y una instrucción generalizada. Sea como fuere, la ausencia de elecciones y la restricción de las libertades cívicas en el régimen no significan necesariamente que la Revolución ha quedado superada o que está tomando una mala dirección, sino sólo que atraviesa un período difícil.

Por otro lado, Cuba no es Rusia ni China. Por muy restringidos que se hallen los derechos democráticos, la situación no puede compararse al miedo que reina tras el telón de acero, especialmente en Alemania del Este, en Albania y en China. Yo me encontraba en Rusia unos meses antes de visitar Cuba. En tres semanas, no encontré allí más que seis o siete personas que criticaran libremente a su gobierno. En Cuba, encontré varias docenas. No hay aquí nada que se parezca a los procesos-purgas, a la organización de la policía, a los campos de trabajo y a otras injusticias de la era staliniana. Por el contrario, ciertos tribunales han dejado en libertad tras discutir su caso a enemigos del régimen que a veces habían cometido actos ilegales. Los partidarios de Castro emplean aún la persuasión en forma desconocida en la mayoría de los países. Un escritor ha calificado a la revolución cubana de « revolución amable ». Vista desde los Estados Unidos, leyendo nuestra prensa, es difícil aplicarle este término, pero en La Habana o en la Sierra Maestra la cosa es distinta. Quizá me engañe, pero esa es mi impresión.

El gobierno nacionaliza la industria, pero no desposee a los pequeños propietarios. Confisca las grandes empresas, pero no el ahorro privado. Todos los días, en los casinos que aún existen pueden verse

decenas de cubanos acomodados jugando al «black-jack» o a la ruleta. Si los profesores no están de acuerdo con el doctor Armando Hart, ministro de Educación, va a verlos y discute con ellos. Se le puede hablar libremente sin temor a represalias. Si el periódico *Revolución* no se distribuye en Oriente, el director envía una protesta al ministro de Transportes. Ni al director ni al editor de *Revolución* se les inquieta. En ninguna parte se encuentra el centralismo rígido característico del stalinismo.

¿Son ya cosas definitivas la restricción de las libertades cívicas y el dominio de los comunistas? Estoy casi seguro de que si los Estados Unidos atenuaran su presión económica —comprando, por ejemplo, una o dos toneladas de azúcar a cambio de productos norteamericanos—, veríamos una neta mejoría en dos aspectos: en la prensa se admitiría una crítica más amplia y la influencia del comunismo en Cuba se debilitaría.

En Cuba y fuera de Cuba, he oído formular numerosas críticas contra el régimen de Castro. Antes de partir, hablé con un cierto número de dirigentes de la contrarrevolución y por lo menos con dos periodistas que eran antiguos simpatizantes de Castro. En Cuba misma, hablé con docenas de científicos opuestos al régimen y examiné cada una de sus acusaciones para pesar su significación.

Se me dijo, por ejemplo, que para obtener un empleo había que inscribirse en el Ministerio del Trabajo. A priori esto parece una militarización. Pero bajo Batista, cuando una tercera parte de los trabajadores se hallaban en paro, no se podía encontrar un empleo si no se tenía amigos en el gobierno o en los sindicatos. La Revolución ha escogido otro método para evitar el carácter burocrático de tales usos. El ministro del Trabajo debe registrar las solicitudes de las personas sin empleo y proporcionarles trabajo teniendo en cuenta: 1.º los casos de invalidez; 2.º los despidos como consecuencia del cierre de una empresa, y 3.º los ingresos de la familia. Los inválidos gozan de prioridad para obtener un empleo en cualquier empresa. Vienen después aquellos cuya fábrica o mina ha sido cerrada. Finalmente, la mayor parte reciben un empleo en razón de sus ingresos familiares. Una familia sin empleo obtiene un puesto con preferencia a otra que cuente ya con un trabajador.

En los Estados Unidos leí que los rusos estaban construyendo en el suelo cubano bases para el lanzamiento de proyectiles. Unos amigos míos que visitaron las ciénagas de Zapata donde al parecer se encontraban dichas bases no vieron más que a unos técnicos japoneses que roturaban el terreno para plantar arroz. El gobierno me ofreció un «jeep», un chófer y un salvo-conducto para que pudiera visitar toda la isla durante seis meses en busca de las bases rusas en proyecto de construcción.

Oí decir en los Estados Unidos que una aplastante mayoría de cubanos eran abiertamente hostiles al régimen. En La Habana, entre las clases medias, hay sin duda descontentos. Otros tienen

dudas. Un comerciante judío que había perdido su fábrica pero que tenía un trasfondo de liberalismo me dijo que «todo marcharía bien si el gobierno no iba demasiado lejos y no confiscaba el ahorro privado. Así podré vivir medianamente hasta el fin de mis días». El comerciante añadió rápidamente que el régimen no toleraba el antisemitismo ni los sentimientos anti-negros y que el pueblo pobre de Cuba vivía netamente mejor que antes. En las aldeas que visité, resultaba difícil encontrar personas que formularan dudas sobre la revolución.

En la prensa norteamericana se había hablado de la expulsión del líder del sindicato de los trabajadores de la electricidad, Fraguinals. Es una historia demasiado complicada para ser contada aquí. Tras haber discutido el asunto en detalle, mi impresión es que probablemente había buenas razones para retirarle su cargo, pero que su expulsión se decidió arbitrariamente en un mitin organizado de antemano.

Mientras me hallaba en Cuba, los periódicos hablaron de la «reforma del Tribunal Supremo». El antiguo tribunal, que contaba con unos 32 miembros, fué disuelto y se iba a nombrar uno nuevo compuesto por quince miembros. El gobierno decía que el antiguo tribunal era poco manejable y que de él formaban parte demasiados adversarios de la Revolución. Siete u ocho decisiones sobre dos o tres millones de dólares habían constituido un precedente peligroso para la valoración de las propiedades confiscadas que podía torpedear la Revolución. A veces, el tribunal duplicaba las valoraciones que el régimen consideraba razonables. Tal era, se me dijo, la razón de la reforma. Basándome sólo en mis informaciones, no puedo afirmar que este argumento sea válido. A primera vista, el asunto me parecía una intrusión del poder ejecutivo en los asuntos del poder judicial. Pero no hay que olvidar que en las revoluciones las viejas instituciones resultan generalmente molestas y es necesario reemplazarlas.

Muchos adversarios de Castro se quejaban de que el dinero en circulación había pasado de 450 a 935 millones de pesos, que en todas partes se observaban insuficiencias e incompetencias y que el retroceso del turismo minaría la economía. Sin embargo, nada de esto es tan peligroso como parece. El aumento de la circulación monetaria se debe en parte a la expansión de la economía y al aumento considerable de los salarios y de las ganancias de las explotaciones agrícolas. La disminución de los viajes a los Estados Unidos compensa el déficit del turismo. La escasez de materias primas y ciertas incapacidades son probablemente ciertas, pero se las corrige sistemáticamente.

UNA REVOLUCION AMENAZADA EN VARIOS FRENTES

Cualesquiera que sean las debilidades y las insuficiencias del régimen de Castro, hay que compararle con el pasado y no con un ideal abstracto, y hay que situarle en el contexto de una revo-

lución amenazada en varios frentes. Hoy, a la prensa cubana se la controla, pero tampoco era libre bajo Batista. La mayor parte de los dieciséis periódicos de La Habana cobraban una subvención del régimen. El *habeas corpus* se reconocía en la ley, pero se quedaba en el papel. Los sindicatos eran nominalmente independientes, pero en realidad estaban profundamente esclavizados. A pesar de los tribunales, las ejecuciones criminales y las torturas se sucedían sin cesar. En ningún terreno puede decirse que las condiciones sean peor que antes. Quizá no hayan mejorado tanto como era de desear, pero no cabe duda de que son mejores.

La cosa más difícil de admitir para los norteamericanos liberales es quizá la defección de los primeros líderes fidelistas. ¿Por qué han roto con Fidel Castro hombres como Manolo Ray, Hubert Matos, Raúl Chibás y el doctor Felipe Pazos? Estos hombres se batieron a su lado contra Batista y hoy están o en la oposición o inactivos. No conozco las razones particulares de cada uno, pero creo que algunos piensan que la Revolución ha ido demasiado lejos; a otros les irritan sus insuficiencias. No hay que olvidar que la clase media ofrecía un apoyo considerable al esfuerzo de Castro. Muchos se unieron a su causa únicamente porque deseaban el fin de la corrupción de Batista. Otros querían ir más lejos, pero no hasta la reforma agraria y otras medidas tan radicales. La Revolución ha dejado atrás a sus partidarios. A ello se ha visto obligada para poder sobrevivir, pero, para ciertos miembros de la clase media, Castro ha falseado sus objetivos. A estas personas les molestan y ofenden las nacionalizaciones, la ruptura con los Estados Unidos y las relaciones con la Unión Soviética.

Muchas gentes han perdido sus propiedades injustamente —el gobierno de Castro lo reconoce y trata de poner remedio a ello. A otros les faltaba idealismo para elevarse por encima de sus intereses personales. En el hotel *Riviera* encontré a diez minutos de intervalo a dos maestras. Una era amargamente hostil al régimen. Su familia había pertenecido a los antiguos servicios diplomáticos; ahora, ella tenía que trabajar como maestra en dos equipos a la vez, en lugar de uno solo, por el mismo salario (me confesó de todos modos que, si bien su situación era peor que antes, la de los pobres había mejorado). La otra maestra me hizo las mismas observaciones en cuanto a su trabajo y a su salario, pero se sentía feliz de poder trabajar en dos equipos: «Debemos instruir al pueblo». Me dijo que había perdido la mitad de sus amigos —que habían abandonado el país— y su marido, médico, había perdido la mitad de su clientela de pago; pero se mostraba muy entusiasta: «Quiero trabajar por la Revolución —me dijo— hasta la muerte. A todos nos ha dado un ideal».

Algunos antiguos fidelistas se sienten desilusionados por la disminución de las libertades cívicas, el control de la prensa y los avances del comunismo. Estas acusaciones tienen algo de verdad y puede comprenderse que algunos se sientan consternados. De ello han

sacado la conclusión de que la Revolución estaba superada y que ya no podía mejorar el nivel de vida de las masas.

Pero aquí entramos en el terreno de la especulación. ¿Son justificadas estas críticas? Nadie puede afirmarlo. En mi opinión, los que piensan así se hallan demasiado metidos en la Revolución y se exageran los peligros.

Tras mi visita a Cuba, veo con claridad los peligros del futuro. Pero me inquieto por ellos dentro del marco de una Revolución que es sin duda alguna progresiva. Si el nivel de vida cesa de mejorar, si la policía política se impone, superando al Estado, si se establece el reino del terror, volveré a examinar la cuestión.

Durante estos últimos diez años, he visitado sesenta y seis países. En ninguna parte, excepto quizá en los kibbutz de Israel, he visto este entusiasmo idealista que se ve en Cuba. Jóvenes de apenas veinte años trabajan de la mañana a la noche por lo que consideran una Causa. Se hallan tan absorbidos en su trabajo que pocos ven las debilidades de la Revolución, lo que es sin duda de lamentar. Pero no puede concebirse que este entusiasmo sea tan general sin que la Revolución contenga en sí misma una profunda corriente humanista.

Sidney LENS.

LA NOUVELLE REVUE MARXISTE

Sommaire

du numéro 1 - avril-juin 1961

La Nouvelle Revue Marxiste	par J. M.
Du Référendum à la négociation	par Pierre Naville
<i>L'Armée et le pouvoir :</i>	
Après la mutinerie des généraux	par Oreste Rosenfeld
La V ^e République et le pouvoir mili- taire	par Pierre Naville
Militarisme et antimilitarisme dans la société occidentale moderne	par Jean-Marie Vincent
Pour un programme d'action contre la caste militaire	par Favre-Bleibtreu
Critique de la critique non critique ..	par Henri Lefebvre
<hr/>	
Le problème de la propriété et la ges- tion dans l'économie	par Pachitch
6, rue Thouin, PARIS (5 ^e)	C.C.P. 5 617.88 Paris

Declaración de La Habana

El texto que publicamos a continuación, conocido bajo el nombre de « Declaración de La Habana », es uno de los documentos más importantes de la Revolución Cubana. Fué aprobado en septiembre de 1960, como réplica a la « Declaración de San José de Costa Rica », suscrita por la Organización de los Estados Americanos, y con la que se trató de reducir al aislamiento al gobierno de Fidel Castro.

JUNTO a la imagen y el recuerdo de José Martí, en Cuba, territorio libre de América, el pueblo, en uso de las potestades inalienables que dimanaban del efectivo ejercicio de la soberanía expresada en el sufragio directo, universal y público, se ha constituido en Asamblea General Nacional.

« En nombre propio y recogiendo el sentir de los pueblos de Nuestra América, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba :

« 1) Condena en todos sus términos la denominada « Declaración de San José de Costa Rica », documento dictado por el imperialismo norteamericano y atentatorio a la autodeterminación nacional, la soberanía y la dignidad de los pueblos hermanos del Continente.

« 2) La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, condena enérgicamente la intervención abierta y criminal que durante más de un siglo ha ejercido el imperialismo norteamericano sobre todos los pueblos de la América Latina, pueblos que más de una vez han visto invadido su suelo en México, Nicaragua, Haití, Santo Domingo o Cuba, que han perdido ante la voracidad de los imperialistas yanquis extensas y ricas zonas como Tejas, centros estratégicos vitales como el Canal de Panamá, países enteros como Puerto Rico convertido en territorio de ocupación ; que han sufrido, además, el trato vejaminoso de los Infantes de Marina, lo mismo contra nuestras mujeres e hijas que contra los símbolos más altos de la historia patria, como la efigie de José Martí.

« Esa intervención, afianzada en la superioridad militar, en tratados desiguales y en la sumisión miserable de gobernantes traidores, ha convertido a lo largo de más de cien años a Nuestra América —la América que Bolívar, Hidalgo, Juárez, San Martín, O'Higgins, Sucre y Martí quisieron libre—, en zona de explota-

ción, en traspasío del imperialismo financiero y político yanqui, en reserva de votos para los organismos internacionales en los cuales los países latinoamericanos hemos figurado como arrias de «el Norte revuelto y brutal que nos desprecia».

«La Asamblea General Nacional del Pueblo declara que la aceptación por parte de gobiernos que asumen oficialmente la representación de los países de América Latina de esa intervención continuada e históricamente irrefutable, traiciona los ideales independientes de sus pueblos, borra su soberanía e impide la verdadera solidaridad entre nuestros países, lo que obliga a esta Asamblea a repudiarla a nombre del pueblo de Cuba y con voz que recoge la esperanza y la decisión de los pueblos latinoamericanos y el acento liberador de los próceres inmortales de Nuestra América.

«3) La Asamblea General Nacional del Pueblo rechaza asimismo el intento de preservar la Doctrina de Monroe, utilizada hasta ahora, como lo previera José Martí, «para extender el dominio en América» de los imperialistas voraces, para inyectar mejor el veneno también denunciado a tiempo por José Martí, «el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles...» Por ello, frente al hipócrita panamericanismo que es sólo predominio de los monopolios yanquis sobre los intereses de nuestros pueblos y manejo yanqui de gobiernos prosternados ante Washington; la Asamblea del Pueblo de Cuba proclama el latinoamericanismo liberador que late en Martí y Benito Juárez. Y, al extender la amistad hacia el pueblo norteamericano —el pueblo de los negros linchados, de los intelectuales perseguidos, de los obreros forzados a aceptar la dirección de gangsters—, reafirma la voluntad de marchar «con todo el mundo y no con una parte de él».

«4) La Asamblea General Nacional del Pueblo declara que la ayuda espontáneamente ofrecida por la Unión Soviética a Cuba en caso de que nuestro país fuere atacado por fuerzas militares imperialistas, no podrá ser considerada jamás como un acto de intromisión, sino que constituye un evidente acto de solidaridad y que esa ayuda, brindada a Cuba ante un inminente ataque del Pentágono yanqui, honra tanto al gobierno de la Unión Soviética que la ofrece como deshonran al gobierno de los Estados Unidos sus cobardes y criminales agresiones contra Cuba. Por tanto, la Asamblea General del Pueblo declara ante América y el mundo que acepta y agradece el apoyo de los cohetes de la Unión Soviética si su territorio fuere invadido por fuerzas militares de los Estados Unidos.

«5) La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba niega categóricamente que haya existido pretensión alguna por parte de la Unión Soviética y la República Popular China de «utilizar la posición económica, política y social de Cuba... para quebrantar la unidad continental y poner en peligro la unidad del hemisferio». Desde el primero hasta el último disparo, desde el primero hasta

el último de los veinte mil mártires que costó la lucha para derrocar la tiranía y conquistar el poder revolucionario, desde la primera hasta la última ley revolucionaria, desde el primero hasta el último acto de la Revolución, el pueblo de Cuba ha actuado por libre y absoluta determinación propia, sin que, por tanto, se pueda culpar jamás a la Unión Soviética o a la República Popular China de la existencia de una Revolución que es la respuesta cabal de Cuba a los crímenes y las injusticias instaurados por el imperia-lismo en América.

«Por el contrario, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba entiende que la política de aislamiento y hostilidad hacia la Unión Soviética y la República Popular China preconizada por el gobierno de los Estados Unidos e impuesta por éste a los gobiernos de la América Latina y la conducta guerrillera y agresiva del gobierno norteamericano y su negativa sistemática al ingreso de la República Popular China en las Naciones Unidas, pese a representar aquélla la casi totalidad de un país de más de seiscientos millones de habitantes, sí ponen en peligro la paz y la seguridad del hemisferio y del mundo.

«Por tanto, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba ratifica su política de amistad con todos los pueblos del mundo, reafirma su propósito de establecer relaciones diplomáticas también con todos los países socialistas y desde este instante, en uso de su soberana y libre voluntad, expresa al gobierno de la República Popular China que acuerda establecer relaciones diplomáticas entre ambos países y que, por tanto, quedan rescindidas las relaciones que hasta hoy Cuba había mantenido con el régimen títere que sostienen en Formosa los barcos de la Séptima Flota yanqui.

«La Asamblea General Nacional del Pueblo reafirma —y está segura de hacerlo como expresión de un criterio común a los pueblos de la América Latina—, que la democracia no es compatible con la oligarquía financiera, con la existencia de la discriminación del negro y los desmanes del Ku-Klux-Klan, con la persecución que privó de sus cargos a científicos como Oppenheimer, que impidió durante años que el mundo escuchara la voz maravillosa de Paul Robeson, preso en su propio país, y que llevó a la muerte, ante la protesta y el espanto del mundo entero y pese a la apelación de gobernantes de diversos países y del Papa Pío XII, a los esposos Rosenberg.

«La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba expresa la convicción cubana de que la democracia no puede consistir sólo en el ejercicio de un voto electoral que casi siempre es ficticio y está manejado por latifundistas y políticos profesionales, sino en el derecho de los ciudadanos a decidir, como ahora lo hace esta Asamblea del Pueblo, su propio destino. La democracia, además, sólo existirá en América Latina cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos —por el hambre,

la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos— a la más ominosa impotencia.

«Por eso, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba :

«Condena el latifundio, fuente de miseria para el campesino y sistema de producción agrícola retrógrado e inhumano ; condena los salarios de hambre y la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses ; condena el analfabetismo, la ausencia de maestros, de escuelas, de médicos y de hospitales ; la falta de protección a la vejez que impera en los países de América ; condena la discriminación del negro y del indio ; condena la desigualdad y la explotación de la mujer ; condena a las oligarquías militares y políticas que mantienen a nuestros pueblos en la miseria, impiden su desarrollo democrático y el pleno ejercicio de su soberanía ; condena las concesiones de los recursos naturales de nuestros países a los monopolios extranjeros como política entreguista y traidora al interés de los pueblos ; condena a los gobiernos que desoyen el sentimiento de sus pueblos para acatar los mandatos de Washington ; condena el engaño sistemático a los pueblos por órganos de divulgación que responden al interés de las oligarquías y a la política del imperialismo opresor ; condena el monopolio de las noticias por agencias yanquis, instrumentos de los trusts norteamericanos y agentes de Washington ; condena las leyes represivas que impiden a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes y los intelectuales, a las grandes mayorías de cada país, organizarse y luchar por sus reivindicaciones sociales y patrióticas ; condena a los monopolios y empresas imperialistas que saquean continuamente nuestras riquezas, explotan a nuestros obreros y campesinos, desangran y mantienen en retraso nuestras economías, someten la política de la América Latina a sus designios e intereses.

«La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista.

«En consecuencia, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba proclama ante América :

«El derecho de los campesinos a la tierra ; el derecho del obrero al fruto de su trabajo ; el derecho de los niños a la educación ; el derecho de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria ; el derecho de los jóvenes al trabajo ; el derecho de los estudiantes a la enseñanza libre, experimental y científica ; el derecho de los negros y los indios a « la dignidad plena del hombre » ; el derecho de la mujer a la igualdad civil, social y política ; el derecho del anciano a una vejez segura ; el derecho de los intelectuales, artistas y científicos a luchar, con sus obras, por un mundo mejor ; el derecho de los Estados a la nacionalización de los monopolios imperialistas, rescatando así las riquezas y recursos nacionales ; el derecho de los países al comercio libre con todos los pueblos del mundo ;

el derecho de las naciones a su plena soberanía; el derecho de los pueblos a convertir sus fortalezas militares en escuelas, y a armar a sus obreros, a sus campesinos, a sus estudiantes, a sus intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano, a todos los oprimidos y explotados, para que defiendan por sí mismos, sus derechos y sus destinos.

«7) La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba postula:

«El deber de los obreros, de los campesinos, de los estudiantes, de los intelectuales, de los negros, de los indios, de los jóvenes, de las mujeres, de los ancianos, a luchar por sus reivindicaciones económicas, políticas y sociales; el deber de cada pueblo a la solidaridad con todos los pueblos oprimidos, colonizados, explotados o agredidos, sea cual fuere el lugar del mundo en que éstos se encuentren y la distancia geográfica que los separe. ¡Todos los pueblos del mundo son hermanos!

«8) La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma su fe en que América Latina marchará pronto, unida y vencedora, libre de las ataduras que convierten sus economías en riqueza enajenada al imperialismo norteamericano y que le impiden hacer oír su verdadera voz en las reuniones donde Cancilleres domesticados hacen de coro infamante al amo despótico. Ratifica, por ello, su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano que permitirá a nuestros países edificar una solidaridad verdadera, asentada en la libre voluntad de cada uno de ellos y en las aspiraciones conjuntas de todos. En la lucha por esa América Latina liberada, frente a las voces obedientes de quienes usurpan su representación oficial, surge ahora, como potencia invencible, la voz genuina de los pueblos, voz que se abre paso desde las entrañas de sus minas de carbón y de estaño, desde sus fábricas y centrales azucareras, desde sus tierras enfeudadas donde rotos, cholos, gauchos, jíbaros, herederos de Zapata y de Sandino, empuñan las armas de su libertad, voz que resuena en sus poetas y en sus novelistas, en sus estudiantes, en sus mujeres y en sus niños, en sus ancianos desvalidos.

«A esa voz hermana, la Asamblea del Pueblo de Cuba le responde:

«¡Presente! Cuba no fallará. Aquí está hoy Cuba para ratificar, ante América Latina y ante el mundo, como un compromiso histórico, su dilema irrenunciable: Patria o muerte».

¡Que así sea, como punto de partida de la iniciación del socialismo en Latinoamérica, y a través de ella su afirmación en el mundo entero!

Crítica de libros y revistas

Burnet Bolloten

THE GRAND CAMOUFLAGE

Hollis and Carter, Londres 1961

BURNETT Bolloten fué corresponsal de la «United Press» en España desde comienzos de la guerra civil hasta 1938. Gracias a esa circunstancia fué testigo de los principales acontecimientos que se produjeron en el bienio 1936-1938, conoció a los personajes principales del drama y reunió una importante documentación.

Durante varios años, Bolloten ha trabajado en México con vistas a publicar una obra monumental sobre la Revolución Española. Pero las obras científicas importantes no suelen ser acogidas con entusiasmo por los editores en los Estados Unidos. «The Grand Camouflage», el libro publicado ahora por Hollis y Carter, no es más que una parte de la obra gigantesca concebida por Burnett Bolloten.

Esta parte se limita al primer período de la Revolución y de la guerra civil y se termina con la caída del gobierno Largo Caballero y lo que el autor llama el «triunfo comunista». Se trata, en este marco, de un estudio muy documentado, fundado esencialmente en un análisis de la prensa de la época y en testimonios de personalidades de los sectores más diversos.

En la primera parte de su libro, Bolloten describe la revolución que la propaganda stalinista ha camuflado: la inmensa red de comités obreros que se adueñaron del poder en vastas zonas del país, las realizaciones económicas, colectivizaciones, sindicalizaciones y socializaciones. La segunda parte trata del

ascenso de los stalinistas españoles cuya orientación es analizada en el marco de la política de colaboración de clases bautizada en Moscú política de «Frente Popular». Esa política encuentra en España su terreno de aplicación con la voluntad de ahogar una revolución que no gusta a los «aliados» ingleses y franceses.

El aplastamiento de la Revolución es descrito minuciosamente. Un interesante testimonio de Federica Montseny explica el estado de espíritu de los dirigentes de la C.N.T. al aceptar la colaboración gubernamental y sus derrotas cotidianas en el seno de un gobierno que restaura la autoridad del Estado destruyendo los comités revolucionarios, reconstituyendo la policía, oponiendo la «nacionalización» a las diversas formas de «socialización» adoptadas espontáneamente. El autor analiza con bastante talento el juego sutil de los dirigentes stalinistas con las clases sociales a fin de establecer su poder a través del Estado reconstituido.

La última parte está consagrada al paso de las milicias al nuevo ejército regular. También en este dominio Bolloten analiza detalladamente las reacciones de los dirigentes y militantes de la C.N.T.; numerosos documentos, algunos de ellos inéditos, subrayan el papel jugado en esta transformación por el Quinto Regimiento, unidad creada y controlada por el Partido Comunista.

La obra se termina con una abundante bibliografía y preciosas indicaciones sobre las fuentes de información. El investigador encontrará sobre todo una descripción de los numerosos documentos sobre la Re-

volución Española que figuran actualmente en las bibliotecas norteamericanas, una buena parte de los cuales fueron cedidos por el propio Bolloten.

La lectura de este importante trabajo permite responder a muchas cuestiones que se plantean los elementos de las nuevas generaciones. Sin embargo, cabe registrar una importante laguna: la poca atención consagrada a la Cataluña revolucionaria. Entre otras cosas, resulta realmente inconcebible que un autor de la experiencia de Bolloten pueda hablar de la caída del gobierno Largo Caballero sin explicar el hundimiento preliminar del movimiento revolucionario catalán ante la coalición de los stalinistas y de los partidos pequeño-burgueses en Barcelona. Sin duda alguna, encontramos aquí la explicación de «The Grand Camouflage», que, según se dice en la solapa de la obra, está destinado a «abrir los ojos del gran público sobre el verdadero papel de los comunistas en España y sobre los métodos que emplean por doquier para apoderarse del poder».

El trabajo monumental de Burnett Bolloten fué rechazado por los editores. En cambio, «The Grand Camouflage» ha podido publicarse. Es preciso preguntarse a qué precio, ya que este autor, tan lúcido en otros dominios, deja en la penumbra cosas esenciales: el reproche esencial que puede hacerse a los dirigentes stalinistas no reside en que trataran de adueñarse del poder, sino en que se colocaran al frente de las fuerzas adversarias de la Revolución Socialista.

Ciertas características de «The Grand Camouflage» permiten esperar que Burnett Bolloten publicará un día, con absoluta independencia, la gran obra a que nos hemos referido más arriba. Lo deseamos por él mismo y sobre todo por la historia de la Revolución Española.

F. MANUEL

José María Castellet

VEINTE AÑOS DE POESIA
ESPAÑOLA

Seix Barral, Barcelona, 1960

UNA antología poética es siempre una empresa arriesgada y casi inevitablemente injusta, se dice. Yo no voy a afirmar lo contrario; es posible que tal cosa sea cierta. ¿Lo es también para la antología que comentamos? Admitamos que sí, que la antología de J. M. Castellet es arriesgada y que posiblemente cometa injusticias. Admitido esto, yo añadiría inmediatamente: no importa. Y no importa, en mi sentir porque, arriesgada o no, injusta o no en algún aspecto, esta antología tiene sobre la gran mayoría de sus hermanas españolas una ventaja de calibre, a saber, que es inteligente.

La mayoría de las antologías poéticas se hacen basándose en el criterio eminentemente subjetivo y aleatorio de la calidad. El autor se enfrenta con el montón informe de poemas que él ha delimitado geográfica o temporalmente y emprende su ordenación en base al criterio anárquico y difícilmente transmisible de su propio gusto, quizá momentáneo. El montón así «ordenado» sigue siendo tan montón como antes: la única ordenación real introducida por el autor habrá sido la puramente mecánica del libro impreso —un poema detrás de otro, un poeta detrás de otro. Este tipo de antologías no nos enseñan nada sobre la poesía como fenómeno total: se limitan a mostrarnos individualmente a unos poetas, que por lo demás podemos conocer más amplia y auténticamente en sus ediciones originales.

En cambio, Castellet rompe con esta norma al uso y nos propone un criterio antológico que escapa a la fragilidad y aleatoriedad del mé-

todo subjetivo. Su finalidad no es mostrarnos simplemente a los poetas que a él le gustan, sino la poesía como hecho humano orgánico; es decir, como fenómeno dotado de un sentido y de una estructura dentro del fenómeno general que es la historia de los hombres. En esto su proyecto es totalmente original dentro de la crítica y la teoría literarias españolas.

Apoyándose en la tradición de la crítica literaria de abolengo marxista, esbozada por Marx y desarrollada por Plejanov y por otros pensadores (reconozcamos de paso que este desarrollo no ha sido todo lo profundo que cabía esperar), Castellet encaja a la poesía dentro del marco de la estructura social humana que la sustenta y con la que se halla íntimamente relacionada (no en una relación, claro está, de efecto a causa, puramente mecánica y vulgarmente determinista, que nada tiene que ver con el auténtico pensamiento marxista, sino en una relación dialéctica y, por tanto, circular, de mutuo condicionamiento).

Armado, pues, de esta metodología crítica decididamente historicista, se trata para Castellet de ordenar antológicamente los veinte últimos años de poesía española (desde el fin de la guerra civil hasta 1959) en función de los cambios y vicisitudes histórico-sociales que en ese espacio de tiempo se van produciendo en nuestro país. Desde este punto de vista, Castellet intenta esclarecer en la evolución de la poesía que durante esos años se escribe lo que resulta significativamente paralelo a la evolución de la sociedad española bajo el régimen de Franco (por eso no hay que escandalizarse de que queden fuera de la antología los poemas escritos durante ese período por un Juan Ramón Jiménez, fieramente encerrado en su torre de marfil esteticista, poemas que por eso mismo no resultan históricamente significativos).

La antología va precedida de una excelente introducción en la que a partir del 98 se nos ofrece un rápido y vigoroso esbozo de las corrientes poéticas dominantes en la poesía española del siglo XX. Parte Castellet de la distinción entre poesía de tradición simbolista y poesía de tradición realista, la primera representada principalmente por J. R. Jiménez y los poetas de la generación del 25, la segunda sobre todo por Unamuno y Machado. A partir de 1936 y de la guerra civil española, con la intensa politización que provocó en todas las clases españolas, la poesía gira decididamente hacia el realismo y la preocupación histórica, aunque este giro sólo va a durar, provisionalmente, los tres años del conflicto. Sobre este fondo se inicia la historia de la poesía española de la postguerra, que Castellet analiza agudamente, a partir de un criterio histórico-social, en sus diversos movimientos y etapas.

En una primera etapa, el cataclismo físico y moral que la guerra civil y la victoria de Franco han supuesto hace que los poetas, sobre todo los del interior, se retiren a un esteticismo y a un neo-clasicismo (neo-garcilasismo) totalmente estériles o a una inocua imprecación a un Dios de ópera italiana (¡bien lejos de la dramática imprecación unamuniana!). Es la época de los «poetas celestiales», según los ha calificado uno de los mejores poetas de la joven generación, José Agustín Goytisolo. Pero en 1944 se produce el primer y vigoroso alda-bonazo, que va a repercutir áspera pero saludablemente por los ámbitos de la poesía española: *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso. «Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres», gritaba el poeta en este libro desgarrado. Y este simple verso, señala Castellet, «bastó para que, de pronto, quedara roto el hechizo y empezara una lenta evolución que iba, al correr de los años, a volver a construir el edificio de la poesía realista,

precipitadamente levantado durante los años de la guerra y derruido después». A partir de *Hijos de la ira* se produce una reacción de la poesía española que se va volviendo progresivamente hacia la realidad, una realidad «intimista» en poetas como Rosales, Ridruejo y Valverde o ya fuertemente historicada como en Eugenio de Nora y Victoriano Crémer. A la par, el giro realista iniciado durante la guerra entre los poetas del 25 vuelve a afirmarse en obras nuevas, particularmente en Cernuda, Alexandre y Alberti. Abordamos así la década del 50, en que la tendencia hacia el realismo se va afirmando progresivamente —a medida que en la sociedad española empieza a despertar una nueva conciencia histórica y política, asfixiada hasta entonces por el régimen— con los libros de Blas de Otero, Hierro, Nora, etc. Hasta llegar a la joven generación de los poetas que hoy tienen entre veinticinco y treinta años, generación que defienda ya explícitamente, a la sombra tutelar de un Machado cuya estatura ha crecido prodigiosamente, un «realismo histórico» asumido con toda responsabilidad, coincidiendo en esto por lo demás con el resto de la joven literatura española. El tema de estos poetas es, señala Castellet, «el hombre histórico que pertenece a un mundo en transformación y al que, tenga o no tenga conciencia de ello, las circunstancias urgen dramáticamente, obligándole a comprometerse con su tiempo». Se abandona así el «individualismo artístico» iniciado por los románticos y que tiene su culminación desafiada en el simbolismo, en favor de una poesía, y en general de un arte, de la solidaridad y del acontecer históricos concretos.

Naturalmente, la obra que comentamos nos sugiere algunos reparos: ciertos análisis pueden resultar demasiado esquemáticos, por lo que habría que profundizarlos; habría también que matizar alguna afirma-

ción particular... Pero, en todo caso, éstos serían reparos de menor cuantía. Lo importante, lo que hace de esta antología un texto sumamente valioso de análisis literario, es que Castellet nos ofrece una visión nueva, coherente y racional del fenómeno poético español en estos veinte años últimos.

Fernando TOLEDO

Francisco Fernández-Santos

EL HOMBRE Y SU HISTORIA

EL libro del ensayista Francisco Fernández-Santos, precedido por un prólogo un tanto insolente de Dionisio Ridruejo, viene a ser un compendio, que se quiere objetivo, de «momentos» y vivencias intelectuales propios de los hombres que componen hoy día el pensamiento español, hombres y «momentos» marcados todos ellos, y como «heridos», por la búsqueda y difícil tentativa de determinación —imposible determinación tal vez— de esa oscura línea divisoria existente entre lo que podría llamarse «hecho o realidad española» y lo que propongo llamar «hecho interior español» de cada uno de ellos.

Fernández Santos, meritoriamente, trata de delimitar y de analizar en su obra una parte de los fenómenos ideológicos a cuya eclosión se asiste actualmente en el más reciente o joven pensamiento español. Fernández-Santos con sigue «protagonizarlos»; e intenta unirlos, más o menos forzosamente según los casos, a una concepción o visión más europea o universal, a un «contexto» general ideológico o filosófico más amplio —con lo que sin duda cree objetivarlos. En realidad y como re-

sultado más último y concreto, el libro «El Hombre y su Historia» vale principalmente en lo que tiene de orgulloso y real o eficaz combate de la mentira y de la comodidad, del «lugar común» español, de la «muletilla» intelectual y de tantas otras coartadas o cobardías con que muchos de los intelectuales de España acallan su conciencia, digieren o preparan su éxito y huyen o han huído ya sus actuales responsabilidades. Y todo ello en el mismo lenguaje especializado y especial de esos hombres.

Es indudable que no hay y no puede encontrarse hoy día en España otro ensayista (y menos de su edad) capaz de un lenguaje más claro y valeroso, abierto, sin concesiones visibles, y por todo ello tan positivo. Por otra importante parte, el libro «El Hombre y su Historia» debe ser mirado —y no es posible ciertamente juzgarle ni considerarle de otro modo— como **obra publicada en la España de Franco**, es decir, con lo que ello significa con toda probabilidad para el autor de reservas, inhibiciones, dudas, incertidumbres, presiones, peligros, amenazas e incluso las lógicas tentaciones de abandonar una partida, una lucha contra gigantes (o molinos), que en ciertos círculos o clases españolas parece con toda seguridad descabellada e inútil. Este hecho por sí solo, guste o no el libro, se crea o no lo que en él se dice, se acepte o no, nos sea o no la personalidad de Fernández-Santos simpática, constituye el principal mérito de esta obra, libro que «abre el fuego desde dentro» en un terreno muy especial.

Es, pues, un libro que debe ser leído; él explicará la raíz de una parte de la floración ideológica que tendrá sin duda lugar entre los intelectuales del interior dentro de unos cuantos años.

José HERNANDEZ BALBOA.

Gustave Regler

LE GLAIVE ET LE FOURREAU

ESTE libro es la autobiografía de un ex-militante comunista que fué al mismo tiempo un escritor de talento. Soldado de la primera guerra mundial, Regler participó en la Revolución alemana de los Consejos de 1918-1919 y, especialmente, en la lucha de los soviets de Baviera, de la que nos hace un relato interesante y muy animado.

Regler ingresó en el P.C. alemán en 1930, a tiempo para describir la lamentable política de los dirigentes comunistas ante la amenaza fascista. En la emigración, trabajó con Willy Müzenberg en la redacción del Libro pardo sobre el incendio del Reichstag, pero no osó levantarse contra las tesis oficiales de los dirigentes del P. C. alemán, que anunciaban tranquilamente, en 1934, la próxima caída de Hitler. Poco después se trasladó a la U.R.S.S., invitado por Koltsov, redactor de la «Pravda» y, por aquel entonces, uno de los hombres de confianza de Stalin.

Su libro abunda en descripciones interesantes sobre las esferas dirigentes rusas y sobre el Congreso de Escritores de Moscú. Por él desfilan, entre muchos otros, André Malraux, que rompía con los hábitos de esos comicios serviles; Radek, desmoralizado y cínicico; Kamenev, sonriente y secreto, que se sabía ya condenado por Stalin y, sobre todo, Miguel Koltsov, stalinista y lúcido, servil por oportunismo, al que se sentía ligado por una fuerte amistad.

Gustave Regler se ahogaba en la terrible atmósfera de Moscú en 1936, en víspera de las terribles « depuraciones ». La Revolución Española fué para él un soplo de aire fresco y una gran esperanza de renovación. Llegó a España en Septiembre de 1936 y combatió en nuestro país, donde fué gravemente herido, hasta Agosto de 1938. Volvió a ver a Malraux y, sobre todo, a Koltsov. En su libro, Regler hace un retrato severo de André Marty, Comisario de las Brigadas Internacionales, y habla con entusiasmo de algunos de sus compañeros de armas : el comunista alemán Beimler, el general húngaro Lukacs y el doctor Heilbrum. Recuerda que hizo amistad con Hemingway y con los oficiales rusos, a los que, según afirma, la « España heroica les despertaba el entusiasmo revolucionario ». Hace un relato muy detallado de la batalla de Guadalajara y del

papel jugado por la propaganda revolucionaria en la desmoralización del cuerpo expedicionario de Mussolini.

A su llegada a Francia, Regler fué internado en el tristemente célebre campo de Vernet, donde se encontró con Arthur Koestler y varios dirigentes del P.C. alemán. Esta vez, la ruptura fué definitiva. Poco después se refugió en México, donde fué víctima de una terrible campaña de calumnias. El libro se acaba con páginas de una gran amargura, en las que apunta también el escepticismo. De todos modos, su testimonio sobre España conmueve y cautiva. Para él, como para tantos otros, el episodio fundamental de su vida (el que recuerda con más nostalgia y pasión) fué su participación en la lucha del proletariado español contra Franco.

F. M.

EDITORIAL PALESTRA

Montevideo

Gregorio Selser	La Revolución Cubana (Escritos y discursos de Fidel Castro)
C. Wright Mills	Las causas de la III guerra mundial
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba
William Krehm	Democracia y itranías en el Caribe
Juan José Arévalo	Fábula del tiburón y las sardinas
Vicente Sáenz	Rompiendo cadenas
Daniel Guerin	Cuatro colonialismos sobre las Antillas
Alfredo L. Palacios	Nuestra América y el imperialismo

EN PRENSA

Leo Huberman	Anatomía de una revolución
y Paul M. Szweezy	(Una de las mejores obras sobre la Revolución Cubana, con prólogo del profesor Carlos M. Rama)

Cooperación entre las revistas socialistas independientes

LOS días 27 y 28 de mayo último tuvo lugar en Bruselas una importante conferencia de representantes y observadores de diversas revistas socialistas independientes. La reunión fué convocada por el Instituto Imre Nagy de Ciencias Políticas.

Estuvieron representadas las siguientes publicaciones: «ARGUMENTS» (París), «CLARION» (Londres), «CORRESPONDANCES SOCIALISTES» (París), «CRITICA SOCIALE» (Milán), «ETUDES» - «THE REVIEW» (Bruselas), «INTERNATIONAL SOCIALISM» (Londres), «LA NOUVELLE REVUE MARXISTE» (París), «LA VERITE» (París), «NEW POLITICS» (Nueva York), «SOCIALISTICHE POLITIK» (Colonia), «TEMPI MODERNI» (Roma), «THE SOCIALIST LEADER» (Glasgow), «TRIBUNA SOCIALISTA» (París) y «TRIBUNE» (Londres).

Los debates fueron muy animados y se desarrollaron en un ambiente de franca camaradería. Finalmente, se adoptaron dos resoluciones: una sobre la cooperación práctica entre las diversas revistas y otra sobre la organización de discusiones de carácter internacional.

«TRIBUNA SOCIALISTA» estuvo representada en la conferencia por el compañero Wilebaldo Solano. Nuestro director explicó el carácter y los objetivos de «TRIBUNA SOCIALISTA» en la actual situación española y propuso la apertura de una discusión internacional sobre la significación y las perspectivas de la Revolución Cubana.

Reproducimos a continuación las dos resoluciones aprobadas en la conferencia de Bruselas.

Resolución sobre la cooperación práctica

LOS representantes y observadores de las revistas socialistas independientes, reunidos en Bruselas los días 27 y 28 de mayo de 1961, someten a sus respectivos comités de redacción las proposiciones siguientes con vistas a una cooperación práctica:

1.º — Intercambio regular de las revistas y de otras publicaciones.

2.º — Publicación recíproca y gratuita de los sumarios de las revistas, en los límites que impongan las posibilidades de cada una de ellas.

3.º — Constitución de un fichero internacional mediante un intercambio de listas de direcciones seleccionadas.

4.º — Intercambio de información sobre los lugares de difusión.

5.º — Intercambio de información en lo que se refiere a las actividades y a los programas de trabajo.

6.º — Posibilidad de publicar gratuitamente y sin previa autorización los artículos aparecidos en las distintas revistas.

7.º — Facilidades a las demás revistas para ponerse en relación con los colaboradores.

8.º — Publicación, dos veces al año, de un Boletín en el que figurará un estudio analítico de los sumarios de las revistas, de los programas de estudio y, sobre todo, de los números especiales, así como una bibliografía de obras de interés general.

A este efecto, los participantes sugieren que el Instituto de Ciencias Políticas Imre Nagy recoja las informaciones y se encargue de la publicación del Boletín. Cada revista contribuirá a sufragar los gastos de dicha publicación. Esta fórmula de cooperación queda abierta a las revistas de inspiración socialista de todas las nacionalidades que acepten estos principios de libre cooperación práctica.

Resolución sobre la organización de discusiones

LOS representantes y observadores de las revistas, reunidos en Bruselas los días 27 y 28 de mayo de 1961, invitan a sus publicaciones a examinar especialmente, en el curso del año, dos series de problemas :

1.º — La autonomía obrera.

a) La integración directa o indirecta de los sindicatos al Estado.

b) La armonización de las instituciones del poder obrero y de las instituciones de defensa de los intereses de los trabajadores en una sociedad socialista.

2.º — El carácter y las perspectivas de la Revolución cubana.

a) El origen de la Revolución y las condiciones de la toma del poder.

b) Las instituciones revolucionarias, su evolución y el carácter del nuevo régimen.

c) Cuba y el problema de la revolución en el «Tercer mundo».

Después de la publicación de artículos sobre estos temas en las diversas revistas, podría organizarse una confrontación internacional. Una comisión podría prepararla elaborando un balance de los estudios publicados y comunicando por anticipado a los participantes un programa de las discusiones.

«La Nouvelle Revue Marxiste»

Por PIERRE NAVILLE

HACE unas semanas apareció en París el primer número de una nueva revista trimestral titulada «La Nouvelle Revue Marxiste». Esta revista asume la sucesión de tres publicaciones anteriores: «Tribune Marxiste», «Correspondances Socialiste Internationale» y «Tribune du Communisme».

El Comité de dirección de la nueva publicación comprende militantes que pertenecían al Partido Socialista Autónomo, a la Unión de la Izquierda Socialista y al Partido Comunista. La mayor parte de ellos militan hoy en el Partido Socialista Unificado de Francia. En dicho comité colaboran O. Rosenfeld, Jean Rous, Jean Poperen, Henri Lefebvre, V. Faye, F. Chalet, Favre-Bleibtreu, Pierre Naville, J. Baumgarten y D. Berger. Una veintena de colaboradores más forman parte de un amplio Comité de redacción. Mencionemos especialmente a Yvan Craipeau, G. Pivert, L. Weitz, J. M. Vincent y J. Martinais.

Este numeroso equipo se propone trabajar por el renacimiento y el progreso de las concepciones marxistas en el seno del movimiento obrero francés. Dicha tarea es importantísima hoy ya que las corrientes más diversas se ven obligadas a colaborar en el movimiento obrero, sindical, político y socialista, pero con frecuencia en un clima de gran confusión.

Fuera de las publicaciones del Partido Comunista, que siguen defendiendo una «ortodoxia» esclerosada (pese a ciertas tendencias de «Economie et Politique» y de «Les Cahiers Internationaux»), o de las revistas más bien literarias como «Les Temps Modernes» o «Esprit», ciertas corrientes nuevas se dividen entre las «Cahiers de la République» de Pierre Mendes-France y «Perspectives Socialistes», que agrupa a socialistas, socialcristianos y algunos marxistas.

«La Nouvelle Revue Marxiste» ha sido fundada por hombres que se reclaman de la tradición marxista del socialismo. Sus posiciones les opusieron con frecuencia en el pasado. Pero todos ellos coinciden en estimar que el mundo en que vivimos exige una profunda renovación de las ideas que han orientado la acción y el pensamiento marxistas en los últimos cincuenta años.

El primer número de la revista está consagrado al papel del ejército en la Francia de hoy. Comprende estudios relativos a las relaciones entre el militarismo y la economía, a las concepciones de la guerra revolucionaria, a las funciones del antimilitarismo, a las instituciones militares en el programa socialista, etc. El segundo número será dedicado esencialmente a la evolución y al estado actual de la clase obrera.

«La Nouvelle Revue Marxiste» se propone colaborar estrechamente con «Tribuna Socialista» y con las publicaciones similares de otros países.

« New Left Review »

Por EDWARD THOMPSON

LA « New Left Review », fundada en diciembre de 1959, proviene de la fusión de dos publicaciones que aparecieron a principios de 1957: « Universities and Left Review » y « The New Reasoner ». Una y otra apelaban a colaboradores benévolos; « Universities and Left Review » aparecía tres veces por año, con una tirada de seis a siete mil ejemplares; « The New Reasoner », trimestral, tenía de 2.000 a 2.500 lectores. Ahora, « New Left Review » está en condiciones de publicar seis números por año y tira ocho mil ejemplares. Se ha desarrollado entre los lectores y los corresponsales de la revista un movimiento de « Clubs de la Izquierda »; hay actualmente 40 a 50 de estas asociaciones en los principales centros del país.

Poseemos dos buenas razones para empezar la presentación por este género de detalles, en lugar de lanzarnos a definir la fisonomía teórica de la revista. La primera es que se acostumbra a pensar que el socialismo británico tiene, por tradición, cierta inclinación al empirismo. Jamás tuvimos por política tratar de ajustarnos, en las páginas de nuestra revista, a una determinada tendencia teórica. Nos hemos esforzado antes bien por atraer a un movimiento de ideas único (como al movimiento de los Clubs) a gentes que pertenecen a tendencias muy próximas y por estimular amigablemente el diálogo entre ellas. Se podría, pues, bastante justamente, considerar a « New Left Review » como una especie de prisma de ideas establecido teniendo en cuenta tanto la práctica como la teoría. Colaboran en ella escritores procedentes del comunismo, del trotskismo, de la izquierda católica o vinculados con las tradiciones socialistas libertarias. Sin embargo, en la práctica, los acontecimientos de los cuatro últimos años han forjado un comité de redacción de excepcional cohesión. Todos nuestros colaboradores condenaron unánimemente el stalinismo; todos sostuvieron el « revisionismo » de 1956, la lucha contra el imperialismo y el « apartheid », la batalla librada en el seno del movimiento laborista británico contra la tentativa de Gaitskell de revisar la « cláusula 4 » del programa; todos apoyan la « Campaña por el desarme nuclear ». Esta experiencia común, a la que se suma el abandono de las actitudes dogmáticas, juega su papel en el importante reagrupamiento de la izquierda británica.

Nuestra segunda razón se deriva de la que precede. « New Left Review » no es solamente una publicación teórica e informativa; es también el verdadero centro orgánico de la « Nueva Izquierda ». Y desde este punto de vista hemos obtenido algunos modestos éxitos, como lo prueban el aumento de nuestra venta (en tanto que muchas publicaciones británicas —y hasta diarios— han dejado de aparecer a causa de los costos demasiado elevados y de la concentración de las empresas), la multiplicación de los Clubs de la izquierda y la creciente influencia de nuestras ideas en las secciones del movimiento laborista, entre los estudiantes y, de manera general, entre los jóvenes. Es justificado esperar que podamos repetir, en nuevas condiciones, el éxito del « Left Book Club » (Club del Libro de Izquierda) que gozó de tanta influencia en Gran Bretaña en los años treinta. Y cuando recordamos que tal éxito fué posible sólo gracias a la experiencia del Partido Comunista en el terreno organizativo y al apoyo material de un editor de primer plano (Gollancz), los progresos limitados que hemos obtenido por nosotros mismos nos parecen muy alentadores.

En 1956, la confusión y la escisión parecían la nota dominante en el socialismo británico. El Partido Comunista perdió alrededor de un tercio de sus miembros, y sobre todo la mayor parte de sus intelectuales y muchos sindicalistas influyentes. Casi en la misma época, el ala izquierda del Partido Laborista, agrupada en torno de Bevan, se rebeló contra la desautorización por éste de la política de « unilateralismo » (renuncia unilateral a las armas nucleares). John Saville y E.P. Thompson fundaron entonces el « New Reasoner », que se presentó abiertamente como el órgano teórico del grupo de ex comunistas que había dirigido la oposición « revisionista » en el seno del P.C. en 1956. Desde su segundo número, esta publicación se consagró no sólo al análisis del stalinismo, sino también a una revisión general del socialismo. No tardó en atraer la atención de algunas personalidades del ala izquierda del « Labour » que lamentaban la ausencia de un órgano serio en el que pudiesen exponer puntos de vista opuestos a los de Gaitskell y Croosland. Al cabo de un año, escritores laboristas (Ralph Miliband, Mervyn Jones) formaban parte del comité de redacción, mientras que, en todo el país, muchos ex comunistas se unían a las filas del « Labour ».

« Universities and Left Review », creada por un grupo de diplomados de Oxford, era dirigida por Stuart Hall, Gabriel Pearson, Ralph Samuel y Charles Taylor. Concebida como una tribuna del socialismo libertario, la revista pensaba en un comienzo dirigirse a un público compuesto en su mayor parte por universitarios. Pero suscitó pronto gran interés entre los jóvenes que, en su mayoría, no pertenecían a ningún partido, pero a quienes los acontecimientos de 1956 en Polonia, en Hungría y en Suez habían movido a protestar unánimemente contra la política de armamentos nucleares y la guerra fría. « Universities and Left Review » se vió, pues, en la necesidad de organizar a los jóvenes en momentos en que éstos emprendían la campaña por el desarme nuclear. La aparición de la revista coincidió igualmente con una reacción general (aunque difusa) contra el oportunismo y el fabianismo de Estado del movimiento laborista oficial, y contra la degradación de los viejos valores de la comunidad a causa de la era de « abundancia », de la influencia de los grandes medios de difusión y de la publicidad que se infiltra en todas partes, de la falta de audacia e imaginación observada en la « vieja izquierda ».

« New Left Review » ha logrado mantener dos tradiciones a la vez : una tradición marxista que tiene muchos puntos comunes con el movimiento laborista y los intelectuales, y una tradición libertaria, claramente expresada en la rebeldía ética de los estudiantes y los « unilateralistas ». Naturalmente, existen dificultades, y necesitaríamos más de una sola publicación para atender a las exigencias de nuestra tarea. Nuestra revista desempeñó un importante papel para reorientar a la opinión tras la derrota de Gaitskell en la conferencia de Scarborough (octubre de 1960). Pero las inmensas posibilidades, y las no menos grandes dificultades que conoció la izquierda a raíz de esa victoria nos crearon graves problemas. Actualmente, debemos facilitar directivas teóricas a los miembros de la izquierda del « Labour » y a los sindicatos, proseguir el reforzamiento de la campaña « unilateralista », desarrollar los « Clubs de la Izquierda » como centros de discusiones y de educación política, mantener el contacto con el movimiento de los estudiantes y, por encima de todo, dejar abiertas nuestras columnas a los amplios y múltiples análisis teóricos y culturales que los acontecimientos de 1956 han suscitado y que no se deben abandonar en ningún caso, sean cuales fueren nuestros éxitos en la formación de una « nueva izquierda ». Algunos de estos problemas resultarán menos difíciles a medida que mejoremos nuestra cooperación con la izquierda

británica (con «Tribune», Victory for Socialism», etc.); otros se simplificarán a medida que vaya consultándose nuestra nueva colección de libros, el primero de los cuales, «Out of Apathy», salió en junio de 1960; otros más serán resueltos por la extensión ulterior de los «Clubs de la Izquierda».

Es importante que nuestros compañeros de España y de Europa comprendan que no somos ni una simple publicación ni un partido político independiente, sino, en cierto modo, uno de esos movimientos característicos de la vida política británica. Si bien la mayor parte de los miembros de la «Nueva Izquierda» pertenecen al «Labour», no sucede lo mismo con la mayoría de los adherentes más jóvenes de los «Clubs de la Izquierda» —con excepción de los que se afiliaron al Partido Laborista tras las decisiones de Scarborough. Durante algunos años, movimientos similares se desarrollaron en estrecha asociación con las organizaciones de masa del «Labour», pero independientemente de la burocracia laborista. La mayor parte se desintegró o se aisló (como la sección británica del Consejo Mundial de la Paz) a causa de su subordinación al Partido Comunista. Como este no puede ser el caso de la «Nueva Izquierda», tenemos una ocasión excepcional de imponer en el movimiento laborista ciertos puntos de nuestra política.

Durante el año pasado hicimos hincapié en las consecuencias, para Gran Bretaña, de una política de «neutralismo positivo». El movimiento «unilateralista» empezó pidiendo que la Gran Bretaña renunciara a las armas nucleares mediante un «gesto moral» ante el mundo; poco a poco, los apóstoles del «unilateralismo» se vieron obligados a desarrollar una política internacionalista más positiva. Los animadores de la campaña por el Desarme Nuclear aceptan ahora la perspectiva de una Gran Bretaña que se retire de la O.T.A.N. «en caso de necesidad», y fué esta posición la que conquistó la mayoría de los votos en la conferencia de Scarborough. Nosotros no hemos dejado de defenderla y de sostener que la Gran Bretaña debe estar con las naciones neutrales, tomar la iniciativa de luchar contra la guerra fría y ayudar (indirectamente) al reforzamiento del socialismo europeo occidental y a la democratización en el seno de la esfera de influencia soviética. Y ahora que esta política tiene el respaldo de una amplia fracción de la opinión británica —y una neta mayoría en el Partido Laborista— nos parece urgente discutir más detalladamente algunos de sus aspectos con nuestros compañeros españoles y europeos —en particular nuestra actitud común ante los problemas de Berlín, de la O.T.A.N. y de la integración económica del oeste europeo.

Esta rápida exposición ha tratado más de nuestras preocupaciones y nuestras actividades prácticas que de nuestras posiciones ideológicas; esperamos, sin embargo, que no se nos reprochará la «indiferencia británica por la teoría». En realidad, nuestras discusiones teóricas versan exactamente sobre los mismos problemas que los indicados en los informes de nuestros compañeros franceses e italianos; pero con esta diferencia: que, a nosotros los ingleses, no nos parece esencial alcanzar la unanimidad, lograr un acuerdo teórico sobre el control obrero, la burocracia y los diversos problemas de la sociedad de masas antes de haber conseguido crear un movimiento verdaderamente unido. En las condiciones actuales de nuestra acción, nos parece preferible antes que todo forjar ese movimiento, condición primera para proseguir eficazmente la discusión.

DOCUMENTOS

Lista de libros prohibidos en España

LA España franquista forma parte de la U.N.E.S.C.O. desde hace ya bastantes años. En los estatutos de dicha organización se dice que los países adheridos deben «garantizar la libre circulación de las ideas». Ahora bien, en este dominio, como en todos los demás, los dirigentes franquistas y los jefes de la Iglesia operan con el mayor desenfado.

Veinticinco años después de la insurrección militar-fascista, los dirigentes del régimen siguen prohibiendo no solamente la publicación y la difusión de las obras de inspiración socialista, sino también de infinidad de obras maestras de la literatura española y universal y de casi todos los libros modernos que no se ajustan a los cánones medievales imperantes en el país.

En el curso de los últimos años, la dictadura ha tolerado la edición y la circulación de diversas obras que estuvieron rigurosamente prohibidas durante cuatro lustros. Y eso ha permitido decir a algunos —con una intención política que no necesitamos comentar— que el régimen teocrático-militar se iba «liberalizando».

La realidad es que la censura de Franco sigue dando muestras de una rigidez implacable y que, en algunos casos, esa rigidez resulta realmente grotesca.

¿Ejemplos? La lista que ofrecemos hoy a nuestros lectores. Todos los libros que citamos a continuación han sido publicados por una de las editoriales más prestigiosas de América: el Fondo de Cultura Económica. Y todos ellos han sido prohibidos en España por la censura.

ECONOMIA

- CONDLIFFE, J. B. : Agenda para la posguerra.
MARX, C. : El capital. Crítica de la economía política.

SOCIOLOGIA

- HOBSON, J. A. : Vablen.
KARDINER, A. : Fronteras psicológicas de la sociedad.
LEMKAU, P. V. : Higiene mental.
STYCOS, J. M. : Familia y fecundidad en Puerto Rico.
WACH, J. : Sociología de la religión.
BASTIDE, R. : Arte y sociedad.
CASTIGLIONI, A. : Encantamiento y magia.
PAINE, T. : Los derechos del hombre.
TONNIES, F. : Principios de sociología.

HISTORIA

- BROGAN, D. W. : Francia, : 1870-1939.
BUHLER, J. : Vida y cultura en la Edad Media.
DE LOS RIOS, F. : Religión y Estado en la España del siglo XVI.
GREGOROVIVUS, F. : Roma y Atenas en la Edad Media y otros ensayos.
KAHLER, E. : Historia universal del hombre.
SARRAILH, J. : La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII.
SYMONDS, J. A. : El Renacimiento en Italia. 2 vols.
VOLTAIRE : El siglo de Luis XIV.
BURCKHARDT, J. : Reflexiones sobre la historia universal.
RANKE, L. : Historia de los papas en la época moderna.
SHOTWELL, J. T. : Historia de la historia en el mundo antiguo.

FILOSOFIA

- COLLINGWOOD, R. G. : Autobiografía.
LOPEZ MORILLAS, J. : El krausismo español.
LUKACS, G. : El asalto a la razón.
QUINTANILLA, L. : Bergsonismo y política.
REICHENBACH, H. : La filosofía científica.
IMAZ, E. : Luz en la caverna. Introducción a la psicología y otros ensayos.
ZEA, L. : La filosofía como compromiso y otros ensayos.

POLITICA Y DERECHO

- BECKER, C. L. : ¿Será distinto el Mundo de mañana?
CUEVAS CANCINO, F. : Roosevelt y la buena vecindad.
DUVERGER, M. : Los partidos políticos.
FIGGIS, J. N. : El derecho divino de los reyes y tres ensayos adicionales.
HAYA DE LA TORRE, J. R. : Treinta años de aprismo.
STERNBERG, F. : ¿Capitalismo o socialismo?
STURMTHAL, A. : La tragedia del movimiento obrero.
WEIGERT, H. W. : Geopolítica. Generales y geógrafos.

BIBLIOTECA AMERICANA

- BARBOSA, R. : Cartas de Inglaterra.
MAYER, B. : México, lo que fué y lo que es.

TIERRA FIRME

- ARIAS, A. C. : Vaz Ferreira.
ROJAS, A. F. : La novela ecuatoriana.
SILVA HERZOG, J. : El pensamiento económico en México.
TOSCANO, S. : Cuauhtémoc.
BABINI, J. : Historia de la ciencia argentina.
BENITEZ VINUEZA, L. : Argonautas de la selva.
DONOSO, R. : Alessandri, agitador y demoleedor. Cincuenta años de historia política de Chile.
DONOSO, R. : Las ideas políticas en Chile.
LARA, J. : La poesía quechua.
PAREJA DIEZ-CANSECO, A. : Vida y leyenda de Miguel de Santiago

LETRAS MEXICANAS

- MIRANDA, J. y GONZALEZ CASANOVA, P. : Sátira anónima del siglo XVIII.

LISTA DE LIBROS PROHIBIDOS EN ESPAÑA

- POZAS A., R. : Juan Pérez Jolote.
RULFO, J. : Pedro Páramo.
SOLANA, R. : El sol de octubre.
SPOTA, L. : La sangre enemiga.
REYES, A. : Obras completas. Tomo IX.

ARTE

- REED, A. : Orozco.
ENCINA, JUAN DE LA : Goya : su mundo histórico y poético.
JUAN DE LA ENCINA : La pintura española.

BREVIARIOS

- DUNN, L. C. y DOBZHANSKY, TH. : Herencia, raza y sociedad.
MICKLEM, N. : La religión.
LASKI, H. J. : Los sindicatos en la nueva sociedad.
RUSSELL, B. : Religión y ciencia.
ROMERO BREST, J. : La pintura europea contemporánea (1900-1950).
WOLTERECK, H. : La vida inverosímil.
RAMOS-OLIVEIRA, A. : Historia social y política de Alemania (1800-1950).
GALL, J. y F. : La pintura galante francesa (siglo XVIII).
LASKI, H. J. : El liberalismo europeo.
MAY, E. : Filosofía natural.
CHILDE, V. GORDON : Los orígenes de la civilización.
IRWIN, W. A. y FRANKFORT, H. y H. A. : El pensamiento prefilosófico II, Los hebreos.
SADOUL, G. : Vida de Chaplin.
FEBVRE, L. : Martín Lutero.
GUIGNEBERT, CH. : El cristianismo antiguo.
WOLF, W. : Introducción a la psicopatología.
GUIGNEBERT, CH. : El cristianismo medieval y moderno.
SEJOURNE, L. : Pensamiento y religión en el México antiguo.

TEZONTLE

- AUB, M. : Las buenas intenciones.
AUB, M. : No.
AUB, M. : Sala de espera.
AUB, M. : Yo vivo.
CERNUDA, L. : La realidad y el deseo.
COSIO VILLEGAS, D. : Extremos de América.
GINER DE LOS RIOS, F. : Jornada hecha.
IDUARTE, A. : Pláticas hispanoamericanas.
LEON FELIPE : La manzana.
PAREJA DIEZ-CANSECO, A. : El muelle.
PORTUONDO, J. A. : El heroísmo intelectual.
RAMOS, G. : Angustia.
REYES, A. : Marginalia.
TORRES RIOSECO, A. : Ensayos sobre literatura latinoamericana. — Segunda serie.

EL COLEGIO DE MEXICO

- GONZALEZ CASANOVA, P. : La literatura perseguida en la crisis de la Colonia.
GONZALEZ CASANOVA, P. : Una utopía de América.
IGLESIA, R. : El hombre Colón y otros ensayos.
JIMENEZ, A. : Ocaso y restauración. Ensayo sobre la universidad española moderna.
SALMERON, F. : Las mocedades de Ortega y Gasset.
ALTAMIRA y CREVEA, R. : Proceso histórico de la historiografía humana.

El presente y el futuro del movimiento sindical español

CUESTIONARIO

- 1.º — *¿Qué valor tiene para usted la reunificación de la C.N.T.?*
- 2.º — *¿Qué objetivos debería fijarse una alianza efectiva de las fuerzas sindicales obreras españolas?*
- 3.º — *¿Es usted partidario de la constitución de una central sindical única formada sobre la base de las organizaciones tradicionales?*
- 4.º — *En un caso afirmativo, ¿qué carácter debería tener la central única?*
- 5.º — *¿Qué misión deberán llenar los sindicatos después de la caída del franquismo?*
- 6.º — *¿Qué relaciones tendría que mantener la central sindical única con las organizaciones sindicales internacionales y con las centrales sindicales autónomas de América Latina y de África?*

RESPUESTAS

JUAN FERRER. — *Viejo y activo militante de la C.N.T. Ha desempeñado múltiples cargos en el movimiento anarcosindicalista español. Es actualmente director de «Solidaridad Obrera» de París y del «Suplemento Literario» de dicha publicación.*

1.º — El valor de la reunificación confederal no se puede justipreciar actualmente. Sería precipitado. Debe transcurrir un cierto tiempo durante el cual las tendencias se integren o se pronuncien de nuevo. La suerte de la C.N.T. será la vuelta a su punto de partida táctico e ideológico, del que sus militantes nos separamos por azares de guerra, fenómeno que a la postre ha producido la especie minoritaria del militante incierto, el de ahora lo caudal y más adelante lo trivial, esto es, de orientación a la deriva, cuando en la C.N.T. son imprescindibles un norte constante, una convicción firme para cumplir obra y trayectoria formales. Repito lo de «la suerte de la C.N.T. será la vuelta a su punto de partida táctico e ideológico» con la adición de una reaclimatación libertaria en razón a experiencias y enseñanzas de todo orden recibidas antes, durante y después de la guerra.

2.º — De momento el aniquilamiento del poder clérigo-totalitario que impera en la Península Ibérica; seguidamente presionar desde la calle, el tajo y la fábrica a fin de que los poderes conjuntos del Estado y la

burguesía se comprendan inferiores al esfuerzo del trabajo y frente al porvenir social de la clase productora.

3.º — No, aunque no me disgustaría una central sindical única siempre que se inspirara en deseos patentes de manumisión total de la clase trabajadora; mas en España, sobre la base de las dos centrales sindicales obreras en su acepción tradicional, la unión es difícil. La U.G.T. es un organismo centralizado y dirigido por líderes y parlamentarios socialistas y si esa central pudo ser revolucionaria en situaciones reaccionarias (1917, 1934) resultó lo contrario en gobernaciones que le fueron propicias. El mismo caso que la C.G.T. francesa cuando en 1945 tuvo «camaradas ministros». En cambio la C.N.T., siempre opuesta a las autoridades protectoras del capitalismo, nunca tuvo jefes ni ídolos, afecta siempre a la base popular y a la finalidad suprema de la emancipación total y apremiante de los trabajadores, resultándole la hora menos y una chuleta más una tarea necesaria en el complejo de las momentáneas reivindicaciones, y en ningún caso el efecto definitivo que los anarquistas sin cesar perseguimos. En menos palabras, lo que el socialismo de Estado espera de las leyes los confederales lo esperamos de nuestro esfuerzo coaligado con el de los trabajadores para que éstos crean en su poder —el de la organización obrera— y no en el mito sangriento y avasallador del Estado que, modernamente, cede puerta de acceso a regímenes totalitarios cual el que ilustra la historia actual del Gran Imperio ruso. Estimo, en consecuencia, que U.G.T. y C.N.T. cual las conocemos son dos fuerzas que en lo substancial se repelen. Para fusionarlas precisaría la abdicación de una de ellas o la coincidencia inestatal de las mismas, a falta de lo cual no iríamos más allá de una unión impura, sujeta a forcejeos e inducida a vicios y a hipocresías conducentes a una inestabilidad de fondo y a una malogración de propósito.

4.º — Por lo manifestado no me considero abocado a la cuarta pregunta.

5.º — No supongo, a la caída de Franco, el establecimiento de un régimen libertario con la economía regida, cual quería Peiró, por los sindicatos. Si me equivocara, aceptaría conmovido mi parte de labor en la nueva estructura social resultante del agradable acontecimiento. Pero en hombre que le gusta enfocar en anarquista-sindicalista todas las situaciones, imagino que una monarquía postfranquista concederá escasas garantías públicas por aquello de la **inmadurez política** que la democracia exterior atribuye al pueblo español, dejándolo peor conceptualizado que al pueblo congolés, al que trata de llevar a las urnas arrastrado por soldados de la O.N.U. Por lo tanto, habrá que bregar sin respeto a ajenos compromisos contra esa sucesión de una dictadura negra por otra blanca.

Con mejor voluntad aceptaría el emplazamiento de una Tercera República, pero, previsto el plan legal a que nos sujetarían los neo-republicanos (católicos, demócratas, marxistas, S. y C.), los sindicalistas partidarios de aplicar la acción directa en la lucha de clases podríamos vernos abocados a situaciones de violencia ante un Estado afanoso de leyes corporativas y de una actividad obrerista canalizada por el estamento autoritario. Nosotros los confederales, hemos siempre adelantado al Poder en cuanto a conquistas obreras, lo que nos da motivo para estimar que, ante las novísimas autoridades, nos veremos impelidos a defender la autonomía de nuestros sindicatos y el derecho de nuestras actuaciones. Cabe en este punto señalar que los intereses sindicales creados por el franquismo (sedes sociales y conexión de las mismas con el Estado) son susceptibles de acarrear serias desavenencias entre sindicalistas vaticanistas (los del doble juego actual), comunistas (introducidos ya en los sindicatos verticales),

EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL MOVIMIENTO SINDICAL

socialistas de vieja o nueva escuela, autónomos y cenetistas, máxime si el poder constituyente se pronuncia por alguno de esos sectores, en cuyo caso los sindicatos «desposeídos» se obligarían a emplear la táctica *squatter*. En este asunto considero que las autoridades regidoras de la nueva situación política obrarían imparcialmente no oficializando al sindicalismo aposentado en las actuales sedes del sindicalismo falangista, siendo lo más lógico dejar que en cada ciudad o pueblo tome posesión de la casa sindical la fuerza obrera autóctona-mayoritaria, sea o no consentidora del régimen gubernamental establecido. Una vez las «aguas sindicales» discurren en su cauce respectivo, dependerá de la diversidad o aproximación de concepciones el establecer uniones circunstanciales o duraderas a fin de disminuir el sistema capitalista y de acuerdo con lo ya apuntado en mi contestación a la segunda pregunta. Como experiencias optimistas (derrotista jamás lo he sido) aduzco las alianzas obreras parlamentadas y concluidas para una huelga general en 1916 y una revolución en 1917, más la coincidencia revolucionaria de 1836, lo que parece indicar que, pese a voluntades declinantes, no todo son disonancias en el apasionado historial del obrerismo español organizado.

6.º — Fraternal, de orientación antilideresca, de enderezamiento internacional, antitotalitario y anticapitalista.

PEDRO BONET. — *Militó en la C.N.T. durante largos años. Fué uno de los fundadores del Partido Comunista y del Bloque Obrero y Campesino. En 1935-1936 figuró entre los principales dirigentes de la Federación Obrera de Unidad Sindical de Cataluña. Actualmente reside en París y es secretario sindical del Comité Ejecutivo del P.O.U.M.*

1.º — La reunificación de la C.N.T. constituye un hecho de una trascendencia incalculable, tanto para el presente como para el futuro del movimiento obrero español. Liquidado el período lamentable de quince años de escisión, la C.N.T. reunificada puede convertirse en el centro aglutinador de las energías capaces de determinar la caída del régimen franquista.

2.º — Es incuestionable que el objetivo fundamental que debería fijarse una alianza de fuerzas sindicales españolas es la organización de la lucha contra Franco. Desde luego, orientando su acción de cara al interior. Todas las reivindicaciones inmediatas o circunstanciales por una mejora en el nivel de vida de los trabajadores españoles deberían estar subordinadas al objetivo esencial indicado.

3.º — Sí. Soy partidario de la constitución de una sola central sindical. Sin desconocer las dificultades que se presentan, estimo que la fusión de la C.N.T. y de la U.G.T. es uno de los problemas cruciales que tiene que abordar el movimiento obrero español. Claro está, la fusión de las dos centrales sindicales no se realizará de la noche a la mañana. Mas si la clase obrera no quiere renunciar a su misión revolucionaria y emancipadora tiene que superar la división en que ha vivido durante tres cuartos de siglo, es decir, desde los comienzos de la Primera Internacional.

La heroica epopeya de la Alianza Obrera asturiana en Octubre de 1934 puso sordina a las discrepancias doctrinales y tácticas de ambas organizaciones sindicales. La experiencia de la Revolución Española y la lucha de la Resistencia en el interior, con sus altibajos, en el curso de los últimos veintidós años, han de persuadirnos de que solamente la unidad sindical puede abrir al pueblo español perspectivas de liberación socialista.

El proceso de concentración industrial y la modernización de los

medios de producción fueron factores decisivos para que el sindicalismo cenetista remozara sus instrumentos de combate al realizar una profunda transformación en su estructura orgánica. En efecto, fué en 1918 cuando la C.N.T., en Cataluña, liquidó la complicada y frondosa red de sindicatos de sociedades de oficio, reorganizando los sindicatos sobre la base de ramo o industria. La nueva modalidad de organización que adoptó el proletariado catalán experimentó con éxito el bautismo de fuego policíaco-patronal con la magnífica huelga de «La Canadiense».

Asimismo, el renacimiento de nuestro movimiento obrero deberá efectuarse sobre la base de nuevas formas de organización. El sindicalismo, en la etapa histórica que vivimos, no puede polarizarse ni en Marx ni en Bakunin. Más que a una doble polarización de fuerzas proletarias opuestas nuestros propósitos deberían orientarse hacia la búsqueda de una síntesis en el orden del pensamiento y de la acción revolucionarios.

No nos hemos querido detener en analizar la vida y desarrollo de los «sindicatos» verticales, donde conviven millares de cenetistas y ugetistas, junto con las nuevas promociones proletarias que han surgido bajo el sombrío régimen vaticano-franquista. Ciertamente, la de ahora ha sido y sigue siendo una convivencia forzada. Pero estoy bien persuadido de que mañana, una vez liberados de la dictadura imperante, la mayoría de trabajadores estará de acuerdo en mantener una sola central sindical, aunque con una estructura y con objetivos fundamentalmente diferentes, claro está.

Por lo demás es indudable que la clase obrera ganará en conciencia y en capacidad combativa el día que logre realizar su unidad en un solo organismo sindical.

4.º — Después de lo dicho anteriormente, considero obvio hablar del carácter que debería tener la central única. Lo esencial es aceptar el principio de la misma. ¿Para qué hacer castillos en el aire?

5.º — Aun siendo imprevisibles las condiciones en que se producirá la caída del franquismo, la misión de los sindicatos será múltiple y compleja. No solamente para afirmar su personalidad e imponer el respeto de las libertades de asociación, reunión y prensa, sino también para intervenir eficaz y directamente en la reestructuración económica y social del país. Es evidente que una de las tareas inmediatas a realizar es el mejoramiento del nivel de vida de los trabajadores. La herencia de miseria que va a dejar el franquismo únicamente podrá ser atacada mediante cambios fundamentales de estructura. La primera medida a que debe tender la acción de los sindicatos es la promulgación de una profunda reforma agraria, capaz de destruir toda supervivencia del régimen semi-feudal.

Si la fuerza arrolladora de los imponderables determina una coyuntura política favorable, entonces la misión de los sindicatos será de mayor envergadura: ya no se tratará de reivindicaciones mínimas, sino de reivindicaciones máximas, partiendo de las conquistas revolucionarias de Julio de 1936. Es decir, será cuestión de elaborar un plan de socialización de las industrias-clave y de gestión obrera de la producción, etc., etc. De ahí la necesidad de la constitución de una sola central sindical.

6.º — Si partimos del principio de que somos internacionalistas y de que los prejuicios de raza, de color y de religión no cuentan para nosotros, puede darse por contestada la pregunta diciendo que estamos interesados en mantener relaciones con el movimiento sindical de todo el mundo y en particular con el de América Latina y de África. Con vistas a una mejor comprensión de los problemas político-sociales y de las diversas características que adquiere la lucha antiimperialista y de «descolonización» en

EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL MOVIMIENTO SINDICAL

los diversos países latinoamericanos y africanos. Así como también para establecer lazos de fraternal solidaridad y de compenetración en el duro combate de todos los días por el socialismo y la libertad.

ILDEFONSO GONZALEZ. — *Participa, desde el 1925, en entidades libertarias de América del Sur (F.O.R.A. y F.O.R.U.). A partir del 1933 milita en la C.N.T., particularmente en las regiones galaica y catalana. Colaborador de la prensa libertaria internacional.*

1.º — La reunificación de la C.N.T. ofrece importancia capital en tanto que aporte a una clarificación de posiciones, en vista a la constitución de un posible frente común antifranquista: no queda ya duda en cuanto a lo que la C.N.T. es y quiere, en cuanto a lo que significa y representa. La C.N.T. no es una organización centrada en prefijos inamovibles, en cuanto a la interpretación de los problemas sociales y sus soluciones probables. En su seno han intervenido con criterio propio —en goce de libertad moral y de fraterno respeto— militantes que en el terreno político pertenecían al P.O.U.M. o a partidos republicanos, autonomistas, etc. Actuaron desde la C.N.T. en tanto que militantes obreros y no pocas veces fueron más allá, colaborando físicamente en los intentos específicamente revolucionarios del Movimiento Libertario, aunque en el aspecto político cada uno de esos militantes correspondía preferentemente con las corrientes preconizadas por sus respectivos partidos.

En su esencia y en su fondo la C.N.T. es un organismo sindical revolucionario de orientación anarquista. Su línea de conducta, sus actos, sus acciones combativas y sus concepciones postrevolucionarias se ajustan en líneas generales a las corrientes preconizadas por el ala antiautoritaria de la Primera Internacional (fracción bakuninista). En el exilio, cada partido, grupo o sector del antifranquismo se ha reagrupado en torno a sus principios genéricos. En la C.N.T. exilada intervienen los militantes de procedencia y de concepción libertarias. Se halla desplazada de toda función sindical, por lo que los afiliados en razón a tal función retornan a sus partidos, tomando cada uno de éstos su fisonomía específica propia. Del mismo modo la C.N.T. se constituye en Movimiento Libertario, enunciado que reclama conducta y actitud consecuentes con las premisas libertarias.

Conocido cómo se produjo la escisión en el seno de la C.N.T., no es lugar éste para establecer justificaciones ni culpas. Pero deben consignarse las consecuencias del hecho. Sin hipérbole, ajustándose a las pruebas, se puede afirmar que jamás pudo contar el franquismo con mayor y con más fortuito apoyo. El sector más enérgico, más voluminoso, más vertebrado, de mayor raigambre popular y el más decidido del exilio, sufrió el mayor descalabro de su historia. Pueril es preguntarse a quién correspondieron las ventajas...

Desde entonces a hoy —a pesar del sacrificio de vidas inmoladas— los esfuerzos desperdigados de ambas fracciones de la C.N.T. se hallaban condenados al fracaso. Y la integración de un frente común antifranquista, con la participación de los sectores antitotalitarios del exterior y del interior de España, se revelaba imposible, por lo menos se constataba precario y sus carencias eran tales que no ofrecía tal frente común estímulo ni confianza. He aquí que se ofrece ahora la ocasión de fijar posiciones sin que jueguen amagos ventajistas. Quienes aprovechaban la división de los cenestistas en vistas a escamoteos de dudosa consecuencia prestaban flaco servicio al antifranquismo. Ha llegado el momento de no jugar de flanco y de aportar, cara a cara y sin dobleces, lo que cada grupo, partido, sector, organización quiera. Sinceramente y sin otras reservas que las impres-

cindiblemente necesarias a la preservación de una independencia de acción de cada uno, una vez lograda la libertad de todos.

Afirmar que la reunificación de la C.N.T. provocará el reagrupamiento general del antifranquismo es pecar de optimismo. Un sector se manifiesta particularmente obtuso. Todos sabemos cuál. No se moverá decididamente (y siempre tratará de frenar las consecuencias del gesto) hasta que su propia base militante se lance a la arena. Pero esa base militante no pasará del estadio de las «buenas intenciones» hasta que los grupos, organizaciones, partidos o sectores que interpretan que las cancillerías sólo se mueven ante el imponderable de los hechos consumados, convengan con la C.N.T. en que la solución del problema español no se halla en el decir, sino en el obrar.

La reunificación de la C.N.T. sitúa a sus propios militantes frente a una gran responsabilidad... Esto es lo positivo. La euforia. dejémosla para más tarde.

2.º — Convendría saber si el planteo corresponde al presente o al futuro de España, en el supuesto de un pronto retorno (previo derrocamiento del régimen) o si se trata del exilio. En cuanto al presente, no podemos hablar de España los que allí no estamos, para decidir lo que sindicalmente deba o pueda hacerse en el interior. No es honesto. A lo sumo podemos desear —si cooperamos a ello consecuentemente— que la vertebración orgánica de los sindicatos del interior se acelere al punto y grado que pueda conjugarse su trascendencia e impulso con la acción que desde aquí a allí, y allí mismo acto seguido, estemos dispuestos a realizar. Es lo que hasta hoy, aun dividida, ha intentado la C.N.T. Todo deseo que no se acredite con la acción no debe formularse, a trueque de incurrir en la abusiva interferencia del Capitán Araña. En el caso de una labor conjunta con los militantes del interior, es menester preparar el terreno de manera a que la acción contra el franquismo —motivo esencial de una alianza inmediata dentro y fuera de España— se complemente hasta el punto de asegurar la integridad funcional de los Sindicatos a la caída del régimen actual, a los efectos de que esta integridad funcional permita participar a los Sindicatos en las labores de reconstrucción económica del país. Lo que importa es que la alianza se establezca sobre la base del reconocimiento pleno, sin restricción alguna, de las características esenciales de cada una de las fracciones sindicales que en ella intervengan. Y que la Alianza Sindical no se supedite a las determinaciones de los partidos ni quede comprometida —bajo ningún aspecto ni concepto— en las prerrogativas del gobierno que probablemente ha de constituirse. Los Sindicatos deben participar en todas las actividades vitales del país, pero siempre al margen y de frente al gobierno, nunca confundidos con éste. De no ser así renegarían de su función histórica y caerían en el escamoteo de su finalidad. Todo quedaría a recomenzar y el porvenir social del país se hallaría de nuevo en la encrucijada.

Si se trata de una Alianza Sindical en el exilio diré con entera franqueza que la conceptúo difícil. No existe función sindical en el exilio que dé lugar a una alianza de tal tipo. Por otra parte, entre las organizaciones sindicales efectivas exiladas, la una, la U.G.T., se halla ligada —digamos mediatizada, para mayor claridad— al Partido Socialista. Los hechos dan prueba de que la U.G.T. no dispone de sí misma, ni de libertad de decisión. En el terreno de la constitución de una alianza de las organizaciones o grupos exilados, contra el franquismo, la U.G.T. cuenta también como apéndice del Partido Socialista, sin verdadera libertad de iniciativa.

3.º — La idea de que «la unión hace la fuerza» no pasa de ser un

EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL MOVIMIENTO SINDICAL

señuelo para la caza de incautos o de banderín de enganche para todos los oportunistas. Ha sido el trampolín de las aventuras totalitarias y su exponente más pristino —con consecuencias de degradación a todas las escalas— lo ofrece el régimen del Partido Único. Los sindicatos verticales constituyen también una Central Única. Y Perón, en la Argentina, se apresuró a forjar una Central Única que le sirvió de apoyo. Sus sucesores, incluido el radical Frondizi, se han dado en utilizar todos los métodos coercitivos posibles para que todo quede así, persiguiendo sin reposo a las organizaciones obreras independientes que intentan reconstruirse.

En no importa qué futuro idílico, fuere el régimen que fuere el que en el mejor de los casos floreciera en España, sería desechable la idea de «central única». Aunque en su carta orgánica se estipulara la peregrina intención de que cada tendencia continuaba en uso de libertad de opinión. Al correr del tiempo todo entraría en el casillero de un denominativo común, sometido a la corriente más oportunista, a la más autorizada, indudablemente.

La C.N.T. se negaría a sí misma y rubricaría su muerte civil integrándose a un conglomerado que de ningún modo, ni aun en el mejor de los casos, aceptaría sus postulados.

4.º — Después de lo expresado en el punto número 3 huelga reincidir en el presente punto. En el mismo caso nos hallamos ante el punto 6.

5.º — Restauradas en España las libertades esenciales cada organización sindical ha de recuperar su independencia y su propia iniciativa. Va en ello la garantía y la preservación de su propia originalidad. Una alianza permanente (salvo para casos concretos, bien determinados, que pudieran presentarse: derecho de huelga, de reunión, de opinión, de palabra, libertad sindical, etc.) conduciría a amalgamar las tendencias en detrimento de una necesaria oposición emulativa entre fracciones que se informan en base a tácticas, doctrinas y finalidades diversas. Los pactos y alianzas circunstanciales, recomendables ante casos concretos, mantendrán en cada sector vitalidad e interés. No olvidemos que la C.N.T. aspira a una transformación de la sociedad mediante la intervención directa de los trabajadores en el usufructo de la riqueza social y en todos los aspectos vitales del país. Pero sin «vuelta de tortilla» a la moscovita.

Lo que importa es fomentar y mantener el espíritu de solidaridad entre los sindicatos de las centrales que en verdad aspiren a crear las condiciones de una emancipación efectiva de los trabajadores. Cada conflicto creado ante la patronal o ante el Estado —hoy patrón— debería requerir la atención de todos los sindicatos interesados por el problema en causa, dando lugar a la inmediata creación de comités de enlace, comités que habrían de laborar en función autónoma, sin esperar ni aceptar «directivas» que entorpezcan el ejercicio de la solidaridad.

No me seduce la idea de establecer ni de aceptar planes de anticipación. No sabemos hasta qué punto las taras del régimen franquista se han enquistado en las diferentes capas sociales. El ejemplo italiano es desolador y no lo es menos la lección peronista, más honda aún en el «espíritu obrerista». Quedará en España la rémora de los sindicatos verticales; se nos presentará el problema de los sindicatos católicos; nos encontraremos con un Partido Comunista decuplicado en fuerzas en relación al 1936... Todo ello deberá concitar a estrechar filas a los sindicatos verdaderamente de avanzada. No se trata de continuar por el camino conocido, sino de crear nuevas condiciones de actuación. Y no creo en milagrerías, ni en resucitados, ni en la generación espontánea. Toda creación requiere esfuerzo y la reconstrucción sobre ruinas mayores exigencias.

VICTOR ALBA. — *Periodista y escritor socialista independiente. Es autor de numerosas obras, entre las que se destacan « Insomnie Espagnole », « Historia de la Segunda República Española » y « Esquema histórico del movimiento obrero en América Latina ». Ha pasado largos años en las prisiones franquistas y reside actualmente en Washington.*

Lo fundamental de la encuesta me parece la cuestión de si es conveniente la constitución de una central sindical única y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, qué papel habría de desempeñar.

La pregunta es capciosa, en cierto modo, porque no va acompañada de una serie paralela de preguntas para que las contesten quienes no crean en la conveniencia de la central sindical única. Por las respuestas ya publicadas, veo que no faltan quienes están contra la unificación sindical. Más numerosos de lo que sospechaba, dada la especie de neurosis de la unidad (unidad verbal, hasta ahora) que en el exilio ha florecido, acaso como excusa inconsciente con miras al porvenir, para explicar el fracaso total de nuestro exilio. Pero esto es higo (higo de moro, con muchas pías) de otro costal.

No, no soy partidario de una central sindical única. No soy, en principio, partidario de las unificaciones que no respondan a una unidad de principios, de puntos de vida, de actitudes vitales. Las unificaciones que obedecen, simplemente, a una necesidad de momento, a una conveniencia táctica, no dan nunca los resultados que de ellas se esperan y, además, castran al grupo más creador (más transformador) de los que se unifican.

El problema de la unificación sindical es, en distinto plano, el mismo problema del Frente Popular. O se limita a ser una frase para mitines y propaganda, una « justificación » de la inactividad, porque permite atribuir ésta a la falta de unidad, o bien, si pasa al terreno de los hechos, equivale a la victoria de las posiciones más resignadas, más conformistas, y conduce, a la larga, a una escisión y una nueva división. Para este viaje no se necesitan alforjas, alforjas en las que, entre tanto, sólo se ponen mercancías averiadas.

Veamos el caso concreto de la C.N.T. y la U.G.T. No sabemos cuál será la salida que se dará (al cabo de veintitantos años no me atrevo a decir: que DAREMOS), a la situación de España. Existe la posibilidad de que el régimen que suceda a Franco quiera mantener la C.N.S., los sindicatos verticales, para utilizar su aparato y su andamiaje. En este caso, los comunistas (muy bien instalados en la C.N.S.) tendrán el pie en el cuello del régimen... o cuando menos, de la clase obrera. La C.N.T. y la U.G.T. deberán luchar para existir y hacerse reconocer. Una alianza entre las dos centrales podrá ser útil, en tal coyuntura.

Pero si la C.N.S. desaparece cuando desaparezca el franquismo, o si la U.G.T. y la C.N.T. logran desplazar a la C.N.S., la situación será distinta. Una alianza podrá también, acaso, ser útil, para fines concretos: establecimiento de una democracia activa, presión para imponer reformas o medidas revolucionarias (según sea la situación), etc.

Pero si puede existir la alianza, ¿para qué la unificación, la fusión en una sola central? ¿Qué se puede ganar con ella que no se obtenga con alianzas momentáneas, para fines concretos?

¿Cuáles serán los grandes problemas del país?

El de la estructura social, ante todo. Sobre éste, la C.N.T. y la U.G.T. tienen puntos de vista irreconciliables. Habrá que encontrar soluciones aceptables para las dos centrales, pero que dejen a cada una la posibilidad

EL PRESENTE Y EL FUTURO DEL MOVIMIENTO SINDICAL

de seguir presionando para que estas soluciones vayan acercándose a sus puntos de vista. Esto lo mismo en la cuestión agraria, que en la del control obrero, que en la legislación del trabajo. ¿Renunciarían los anarcosindicalistas a la acción directa? ¿O aceptarían esta acción los socialistas de la U.G.T., abandonando el principio del arbitraje del Estado?

Luego, el problema del Estado. No ya de régimen, sino de organización del país. ¿Federalismo o centralismo? Y federalismo, en ese contexto, quiere decir no sólo resolver la cuestión de Cataluña y de Euzkadi, sino dar a los organismos locales y regionales unas funciones y una vitalidad que desde hace siglos no han tenido. Sobre todo esto, la C.N.T. y la U.G.T. no tienen ningún principio en común.

La U.G.T. se puede adaptar, más o menos a regañadientes, a soluciones de transacción: un ejército que absorba al de la guerra civil, por ejemplo; una enseñanza que no sea totalmente laica; un sistema de financiamiento del desarrollo que no sea por entero dirigido o planeado. La C.N.T. —por suerte para el país— es maximalista por definición. Podrá aceptar, condicionalmente, medidas determinadas, pero no las considerará soluciones.

Y España necesita, tanto como el pan que se come (y el que no se come, que es mucho más), un movimiento inconformista, protestatario que empuje, reclame, presione. Si no, con el cuento del recuerdo de la guerra civil, con la amenaza de los militares y con el «chantaje» de romper las coaliciones que se hagan, se obligará a las fuerzas de cambio a hacer todas las concesiones, y no se les harán más que aquellas que sean absolutamente indispensables para que no se venga abajo el tinglado de la sociedad que deje el régimen franquista.

Otra cosa: ¿a dónde irán los falangistas? Ahora, en la C.N.S. están preparando (acaso inconscientemente, muchos de ellos), su refugio futuro. Del mismo modo que bajo Vichy todos tenían su «buen judío», y durante la guerra civil tantos tuvieron su «buen falangista», los falangistas, ahora, tienen su «buen comunista». La colaboración entre falangistas y comunistas en la C.N.S. es constante, declarada. Si la C.N.S. no persiste (y hay que poner toda la carne en el asador para evitar que persista), ¿a dónde irán los comunistas (y con ellos los falangistas)? Si hay una central única, irán a ésta, claro está, y nadie podrá negarles la entrada. No incurramos en la ingenuidad de creer que no sucederá en esa central única (por suerte hipotética) lo que aconteció a las Juventudes Socialistas después de unificarse con las Comunistas, a la U.G.T. después de aceptar a los comunistas de la C.G.T.U., y lo que ocurrió a los socialistas del Este de Europa después de resignarse a la unificación con los comunistas (no se olvide que por presión inconfesable de socialistas franceses y laboristas británicos). Creer que seremos más listos, que nosotros lograremos lo que los demás no consiguieron, es una ingenua fanfarronería que no autorizan la historia de la guerra civil ni la historia de la emigración.

Pero si hay dos centrales, los comunistas (con su carga de falangistas con carnet comunista) irán a una de las dos centrales. No se necesita ser un lince para saber qué será la U.G.T. La historia del socialismo europeo y del español permiten predecir, sin acrimonia pero sin ilusiones, que la capacidad de resistencia de los organismos socialistas a los militantes comunistas es mínima, cuando les abren las puertas. La C.N.T., en cambio, tiene una tradición —a veces de un gran heroísmo— que la protege contra este peligro. Si de algo podemos estar seguros, es de que los comunistas se romperán los cuernos contra la C.N.T., mientras que los socialistas se romperán los dientes contra los comunistas. Creo que cualquiera que en

España tome el pulso directamente a los viejos obreros y los jóvenes, a los militantes y los descontentos, ha de coincidir en esto.

Una cosa evidente para quien esté en contacto con la realidad española: en la clase obrera, la C.N.T. conserva prestigio, se la recuerda. La U.G.T. no existe más que en el nombre (que Franco ha dorado) de Prieto, al que algunas gentes creen un taumaturgo, probablemente porque no han estado en el exilio.

Por todas estas razones, pues, nada de central única, que sería central inmóvil, resignada e infiltrada. Mejor dos centrales, una que acepte y la otra que presione, una que haga legislar sobre los problemas que la otra logre ir convirtiendo en intolerables.

La experiencia de otras unificaciones sindicales es concluyente. En Francia con la C.G.T. y los comunistas, en los Estados Unidos con la A.F.L. y la C.I.O. O llevan a la inmovilidad, como en Norteamérica, o a la utilización de la clase obrera al servicio de intereses ajenos a ella y al país. ¿Por qué entercarse en repetir esta experiencia en España? ¿No basta con los fracasos que nuestro movimiento obrero y nuestros republicanos hemos hecho soportar al país, para que intentemos ahora agregarle uno nuevo por el placer de blandir viejas frases rimbombantes?

«Unidad», «frente»... son palabras que habría que escribir siempre entre comillas, cuando se refieren al movimiento obrero. La unidad entre grupos que piensan esencialmente lo mismo y que se proponen lo mismo se hace sin necesidad de consignas ni de encuestas. La unidad que obedece a la presión de la fraseología, a la pereza y al anquilosamiento mentales que permiten encontrar en las fórmulas un sustituto de la estrategia, es como sembrar fracasos con la esperanza de cosechar éxitos.

Dejemos que la C.N.T. sea muy C.N.T. y la U.G.T., muy U.G.T. Pero, eso sí, sin exclusivas, sin poner a nadie al margen, sino considerar que quienes protestan hacen el juego al adversario, sin afirmar que quienes se resignan traicionan. Cada una de las centrales tiene su carácter y su misión; las dos tácticas no sólo caben, sino que son necesarias, en esa estrategia que la emigración no ha sabido todavía ofrecer al país (y que es lo único que puede aún darle). Y tal vez que se comience desde ahora a no aplicar exclusivas y a no querer ser los únicos que hablen por el proletariado español. Digo esto porque me parece incalificable que cuando la C.I.O.S.L. y la C.I.T.C. envían a delegados a Washington, vayan sólo uno de la U.G.T. y otro de la Solidaridad de Trabajadores Vascos. No sé por qué no iba uno de la C.N.T. Si fué por una exclusión, malo; si fué por decisión de la C.N.T., malo también. En todo caso, sólo esto, con ser anécdota casi de picaresca, demuestra que la cuestión de la central sindical única es inoportuna, retórica y gratuita.

Tal vez «Tribuna Socialista» podría publicar la polémica que en 1935 tuvo lugar entre Joaquín Maurín y Santiago Carrillo. El que ahora es comandante de plaza del Partido Comunista de España quería que el P.O.U.M. ingresara en las Juventudes Socialistas. Las razones que daba Maurín para no aceptar la dudosa invitación siguen siendo válidas, aplicadas hoy al terreno sindical.

Una cosa se me olvidaba decir: es fácil ver lo que la C.N.T. perdería con la unidad sindical; no logro ver lo que la U.G.T. podría ganar con ella. Una simple suma de dos negaciones ha de dar otra negación para el proletariado español.

Todo esto, aparte del hecho de que la obsesión de la unidad permanente (no la de alianzas ocasionales con fines concretos), es siempre un hermoso truco para fastidiar a los obreros.

TRIBUNA SOCIALISTA

REVISTA BIMESTRAL

Director : Wilebaldo SOLANO

Redacción y Administración : 17, rue de Chaligny, París XII

Teléfono : DORian 23-96

Precios de suscripción

(6 números)

España (6 números)	140 ptas.
Francia	14 N.F.
Otros países de Europa	16 N.F.
Países de América	4 dólares U.S.A.

Los giros deben ser remitidos al Compte Chèque Postal 8711-53 París, Madame Vaillant, 1, Avenue du Général de Gaulle, LA GA-RENNE (Seine). Esta dirección puede ser utilizada también para los envíos por Giro Postal Internacional.

Dir. Gérant de la publication : Jean-René Chauvin

Impr. Editions Polyglottes, 232, rue de Charenton, París XII

